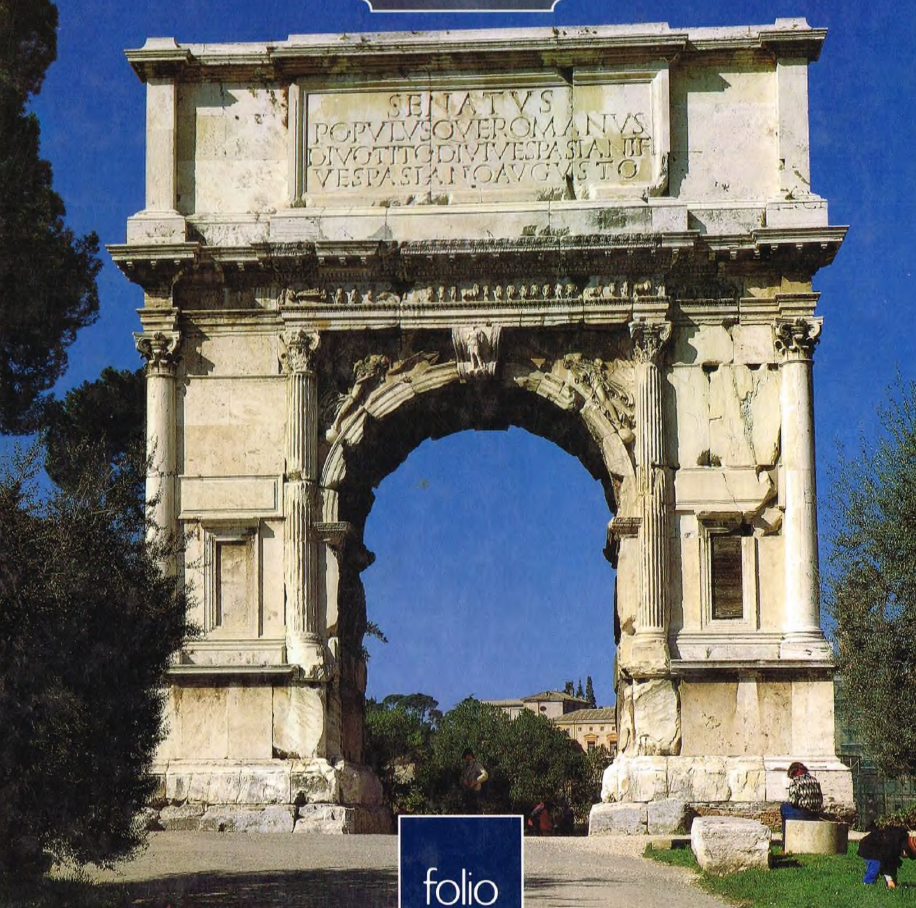
ATLAS CULTURALES DEL MUNDO

ROMA

LEGADO DE UN IMPERIO

VOLUMEN I



folio



TIM CORNELL y JOHN MATTHEWS

ROMA

Legado de un imperio

VOLUMEN I



folio

ÍNDICE GENERAL

Dirección editorial:
Julián Viñuales

Coordinación editorial:
Julián Viñuales Jr.

Dirreción Técnica:
Pilar Mora

Coordinación Técnica:
Miguel Angel Roig

Principales redactores y colaboradores de la edición española:
Luis García, Juan Ramón Azaola, María Luisa Rodríguez, Marta Carranza, Eduardo Montagut, Raquel Carrasco, Florentino García

Traducción:
Thema Equipo Editorial, S. A.

Fotografía y documentación gráfica:
Equinox LTD,INCAFO, José María Sáenz de Almeida, Luisa M.ª Fernández, Nano Cañas

Publicado por:
© Ediciones Folio, S.A. 10-8-93

ISBN: 84-7583-361-6
Dep. Legal:28451-93

Impresión:
Cayfosa S.A.

AUTORES:
Tim Cornell es catedrático de Historia Antigua en el University College London. Jonh Matthews es miembro del consejo de la Universidad de California, Berkerley, y jefe de su seminario de Historia Antigua y Arqueología Mediterránea.

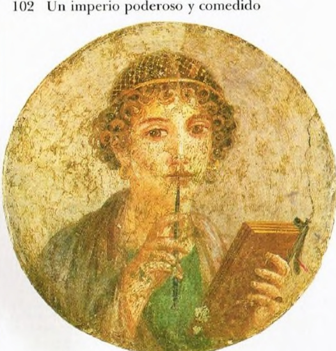
Portada: **Detalle fuente del Capitolio, ROMA (Juan A. Fernández, INCAFO).**

Parte Primera: La Italia primitiva y la república romana





Parte Segunda: De la república al imperio



Artículos especiales

Lista de mapas

Abreviaciones

A.	Aulo	P.	Publio
C.	Cayo	Q.	Quinto
Cn.	Cneo	Sex.	Sexto
D.	Décimo	Ser.	Servio
L.	Lucio	Sp.	Espurio
M.	Manio	T.	Tito
M'.	Marco	Ti.	Tiberio

TABLA CRONOLÓGICA

Esta tabla está complementada por la lista de emperadores que aparece en las págs. 98-99.

	800 a.C.	600 a.C.	500 a.C.	400 a.C.	300 a.C.	200 a.C.
ROMA E ITALIA	Fundación de Roma según la tradición, 753 Tarquino I, 616-579 Desarrollo de la ciudad	Servio Tulio, 579-534 Reorganización de las tribus, constitución del ejército y civica Tarquino II, 534-509 Inicio de la república, 509 Hegemonía política de Roma en el Lacio	Los latinos derrotados en el lago Regilo, 499 Incursiones de sabinos, ecuos y volscos Dominio de los patricios Campania invadida por los samnitas, 420 Asedio y conquista de Veyes	Roma saqueada por los galos Patricios y plebeyos se dividen el consulado Guerra latina, 340 Disolución de la liga latina Campania incorporada al estado romano, 338 Colonización romana y conquista de Italia, 334-264 Segunda guerra samnita, 327-304	Tercera guerra samnita, 298-290 Invasión del rey Pirro, 280-275 Primera acuñación romana (de hacia 280) Primera guerra púnica, 264-241 Los galos invaden Italia, 225 Segunda guerra púnica, 218-202	Tentativas de los Escipiones, 187 Censura de Porcio Catón el Viejo, 184 Abolición de los impuestos directos sobre los ciudadanos romanos, 167 Tribunado de T. y Graco, 133, 123-122 Mario siete veces cónsul: 107, 104-100, 86 Derrota de cimbrios y teutones
Urna cineraria en forma de casa, de la cultura de Villanova, hacia 800 a.C.		Cabeza del Apolo de Velles hacia 500 a.C.				Moneda con la efigie de Aníbal, hacia 210 a.C. Loba Capitolina, principios del siglo v a.C.
ARTE Y ARQUITECTURA	Cabañas primitivas en el palatino Rica ornamentación orientalizante de las tumbas de Caere, Praeneste, etc. El Foro romano; primeras construcciones permanentes de piedra en Roma	Templos de Diana, Fortuna y Mater Matuta, hacia 560 Murallas de Servio y Tulio (?) Templo de Júpiter Capitolino 509 Pinturas de las tumbas etruscas	Templo de Saturno, 497 Templo de Ceres, 493 Templo de Cástor, 484 Templo de Apolo, 431	Las murallas de Roma, reconstruidas en 378 Templo C en Largo Argentina, hacia 350 Vía Appia, Aqua Appia, construidas en 312 La tumba de François en Vulci, hacia 320-310	Programa de construcciones de templos en Roma, 302-272 Florece en Roma una delicada industria alfarera Tumba de los Escipiones, hacia 280 Circo Flaminio, 221	El arte griego es introducido en Roma, 200 Basílica Porcia, construida en el Foro romano, 184 Basílica Emilia y el puente Emilio, 179 Templo de la Fortuna en Praeneste, hacia 120
LITERATURA LATINA		Primeras inscripciones latinas, hacia 600	Las leyes de las Doce Tablas, 451-450		Apio Claudio Caeco, orador Livio Andrónico, Nevio, Plauto, Enio, Estacio, Cecilio y Pacovio, escritores teatrales y poetas Catón, orador, historiador y erudito	Terencio y Accio, escritores teatrales Lucilio, escritor satírico L. Calpurnio Pisóun y Celio, Antípater, historiadores C. Graco, L. Craspo y Q. Hortensio, oradores
ÁFRICA, HISPANIA Y EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL	Fundación de Cartago según la tradición, 814 Colonias púnicas en el Mediterráneo Occidental Colonización griega de Sicilia y sur de Italia, iniciada hacia 750 Colonia griega de Massilia (Marsella), fundada hacia 600	Los griegos focenses derrotados en Alalia (Córcega) por los etruscos y cartagineses, 535 Primer tratado entre Roma y Cartago, 509	Los cartagineses derrotados en Himera, 480 Hierón derrota a los etruscos en Cumas, 474 Los atenienses derrotados en Siracusa, 413	Segundo tratado entre Roma y Cartago, 348 Timoleón conduce a los cartagineses desde Sicilia, 344 Agatocles, tirano de Siracusa, 317-289; invasión de África, 310-307	Sicilia, provincia romana, 241 Cerdeña y Córcega invadidas y unidas en una provincia, 238 Los cartagineses construyen un imperio en Hispania, 237-218 Los romanos ocupan los dominios cartagineses en Hispania y forman dos nuevas provincias en 206	Guerras celtibéricas y lusitanas, 197-133 Tercera guerra púnica, 149-146; destrucción de Cartago, 146 Primera guerra de los esclavos en Sicilia Guerra contra Yugurta, 112-105 Segunda guerra de los esclavos, 104-102
GALIA, BRETAÑA Y EUROPA CENTRAL	Cultura de Halstatt		Cultura de la Tène Invasión celta del norte de Italia (y saqueo de Roma)		Los godos invaden Macedonia, Grecia y Asia Menor, 279 Invasión gala de Italia, detenida en la batalla de Telamón, 225	Conquista romana de la Galia Cisalpina, 202-191 La Galia Narbonense provincia romana, 121 (?) Migración de los cimbrios y teutones, hacia 120-100 Campañas romanas en Dalmacia, 118-117
GRECIA Y ORIENTE	Celebración de la primera Olimpiada, 776 Homero y Hesíodo, 700 Época de la colonización griega (iniciada hacia 750) Época de los tiranos griegos, hacia 665-510 →	Ciro el Grande crea el imperio persa, hacia 550-530 Esparta domina el Peloponeso desde 560 Pisístrato, tirano de Atenas, 546-528	Rebelión de las ciudades jonias, 499-494 Invasión persa de Grecia, 490 y 481-479 Imperio ateniense en el Egeo, 478-404 Construcción del Panteón, 447-432 Guerra del Peloponeso, 431-404	Batalla de Leuctra, 371 Filipo II hace de Macedonia el poder dominante en Grecia, 359-336 Alejandro Magno conquista el imperio persa, 333-323 Dinastía seléucida en Siria y Mesopotamia → Dinastía ptolomaica en Egipto —	Atenas ocupada por los macedonios, 261 Guerras romano-ilirias, 229-219 Dinastía atálida en el este de Asia Menor, 281-133 Dinastía antigónica en Macedonia, 277-167	Segunda guerra macedonia, 200-197 Guerra siria, 191-188 Tercera guerra macedonia, 172-168 Corinto destruida, 146

100 a.C.	d.C.	100 d.C.	200 d.C.	300 d.C.	400 d.C.	500 d.C.
Guerra social, 91-89 Guerra civil: Sila dictador, 83-82 Rebelión de Espartaco, 73-71 Primer triunvirato, 60 Guerra Civil: César dictador, 49-44 Muerte de César, 44 Segundo triunvirato, 43 Reinado de Octaviano/ Augusto, 31 a.C.-14 d.C.	Dinastía Julio-Claudia, 27 a.C.-68 d.C. Incendio de Roma, 64 Dinastía Flavia-Trajana, 69-117 Erupción del Vesubio, 79	Emperadores Antoninos, 117-93	Emperadores Severos, 193-235 La ciudadanía romana extendida a todos los habitantes libres de las provincias, 212 Usurpación y fragmentación del cargo imperial, 235-84 Tetrarquía establecida por Diocleciano, 293	«Gran persecuciuón» de cristianos, 303-5 Restaurada la libertad de culto, 313 Constantino único gobernante del imperio, 324-37 Intento fracasado de revivir el paganismo por Juliano, 361-63 «Separación» del paganismo, 382 División del Imperio, 395	La corte imperial trasladada a Ravena, 402 Los visigodos, con Alarico, saquean Roma, 410 Roma sometida al pillaje por los vándalos, 455 Deposición del último emperador romano de oriente, 476 Reyes bárbaros en Ravena, 476-540	Bizancio reconquista Italia, 540
Augusto como Pontífice a finales del siglo I a.C.		El Coliseum, 79 d.C.		Diocleciano y Maximiano, hacia 300 d.C.		Mosaico de Justiniano en Ravena hacia 560 d.C.
Tabularium, 78 Teatro de Pompeyo, 55 Foro de César, 46 Arco de Augusto, 46 Arco de Agripa, 21 Termas de Agripa, 19 Teatro Marcelo, 17 Ara Pacis Augustae, 9 Foro de Augusto	Programa de construcciones de Augusto en Roma Coliseo dedicado, 79	Foro trajano dedicado en 112 Reconstrucción del Panteón, 118-28 Villa de Adriano en Tívoli, 126-34	Construcciones de los Severos en Leptis Magna Termas de Caracalla construidas en Romna, 216 Aureliano construye alrededor de Roma, 271	Arco de Constantino Programa de construcción de iglesias en Roma, Jerusalén y Constantinopla	Mosaicos en las iglesias de Ravena	Reconstrucción de Santa Sofía de Constantinopla, 537
Cicerón, orador, filósofo César, orador e historiador Lucrecio, poeta y filósofo Salustioano y Tito Livio, historiadores Catulo, Virgilio, Horacio, Tíbulo, Propercio, Ovidio, poetas	Plinio el Joven, escritor de cartas Tácito, historiador	Juvenal, poeta Suetonio, historiador Apuleyo, novelista	Ulpiano, Papiniano, juristas Tertuliano, apologista cristiano	Ausonio y Claudio, poetas Lactancio, apologista cristiano Ambrosio, Jerónimo y Agustín, escritores cristianos Símaco, orador Amiano Marcelino, historiador	La Vulgata de S. Jerónimo, acabada hacia 404 Orosio, historiador Servio y Macrobio, eruditos Código teodosiano, 429/37 Compilación del Sidonio Apolinar, poeta	Boecio, filósofo Casiodoro, historiador y administrador
«Rebelión» de Sertorio en Hispani Derrota de las fuerzas de Pompeyo en Hispania (49) y África (46) Batalla de Munda 45 Sexto Pompeyo controla el Mediterráneo occidental, 40-36 Conquista del noroeste de Hispania por Agripa, 27-19	Anexión de Mauritania, 42		Expansión de Roma, colonias en el Norte de África	Orígenes del cisma donatista, 311/12	Los vándalos entran en Hispania Reino vándalo en Cartago, 439	Conquista bizantina del reino vándalo en África, 533 Conquista bizantina del sur de Hispania, 554
Conquista por César de la Galia Continental, 58-51; expediciones a Britania, 55-54 Noricum y Baetia se convierten en provincias, 16-15 Tiberio conquista Panonia, 12-9	Rebelión de Víndice, 68 Ocupación romana de Britania, 43 Avance de la frontera en Germania Consolidación de la frontera del Danubio e Iliria Guerras dacias, 86-92	Provincia de Dacia, formada en 107 Guerra marcomanas de M. Aurelio Invasión bárbara de Dacia, 167	Separación del «imperio» galo, 259-73 Bretaña en rebelión (Carausio y Alecto, 287-96) Ascensión de Tréveris como capital gala Dacia cede ante los godos, 272	Se permite a los godos asentarse dentro de los límites del imperio, 376 Batalla de Adrianápolis, 378	Régimen godo en el sur de Galia Bretaña abandonada por los romanos y colonizada por sajones Los burgundios ocupan el valle medio del Rin «Imperio» huno bajo Atila	Los francos empujan a los vándalos desde la Galia, 507 Incursiones de eslavos, búlgaros y ávaros
Guerras mitridáticas, 88-84, 83-82, 74-63 Conquistas de Pompeyo en Oriente, 66-63 Derrota de Pompeyo en Farsalia, 48 Bruto y Casio derrotados en Filipo, 42 Antonio vencido en Accio, 31	Primera revuelta judía, 66-73 Destrucción del templo de Jerusalén Josefo, historiador judío	Segunda revuelta judía (Bar-Kochba), 132-35 Constitución de la provincia de Mesopotamia en 165 Plutarco y Pausanias, escritores griegos Literatura griega: segunda solística	Ascenso de los saśénidas, dinastía persa Rebelión de Palmira, 266-72 Los hérulos invaden Ática y el Peloponeso, 267 Casio Dión y Herodiano, historiadores griegos Eusebio, apologista cristiano	Concilio de Nicea, 325 Constantinopla consagrada como nueva capital imperial, 330 Invasión visigoda de Grecia, 395 Eunapio, historiador griego	Invasiones de los hunos Concilio de Calcedonia, convocado en 451 Olimpiodoro, Prisco y Malco, historiadores griegos	Ataques persas en Asia Menor Incursiones eslavas en los Balcanes Disturbios de Nika, 532 Zósimo y Procopio, historiadores griegos

INTRODUCCIÓN

El propósito de este Atlas es dar una visión general y de conjunto del mundo romano en su marco geográfico y cultural. Abarca los siguientes períodos: la fundación y el desarrollo inicial de la ciudad de Roma a través de su expansión y la conquista de Italia y el Mediterráneo, el establecimiento del régimen imperial por Augusto, con el consiguiente nacimiento de un nuevo orden político y religioso, así como el colapso de Occidente y la reconquista de Italia, en manos de los reyes germanos, por un emperador cristiano bizantino. Nuestro estudio está realizado en forma de narración histórica; por ello nos ha parecido apropiado estructurar la obra de una forma básicamente cronológica, habida cuenta de la larga duración del período descrito (unos 1.300 años) y de la escala de las transformaciones experimentadas. Esperamos que la forma de redacción de los diferentes temas, así como nuestra selección y presentación de las ilustraciones, mapas y estudios monográficos, hayan dado como resultado una visión de conjunto equilibrada en que la interpretación temática sea tan importante como la narración histórica.

Por la misma razón, es decir, la variedad y duración del período abarcado, nos ha parecido necesario escribir esta obra en colaboración, con el fin de que el Atlas poseyera, siquiera en una parte no despreciable del ámbito que abarca, algo del carácter de inmediatez que otorga la familiaridad con las últimas investigaciones. Al mismo tiempo que hemos intentado escribir para el público en general, también hemos dejado claros los puntos de controversia entre los especialistas y hemos definido nuestra posición ante ellos.

Nuestra labor personal como investigadores de los primeros tiempos de la república y de los períodos imperiales más tardíos, respectivamente, ha llevado a que nuestro libro no se centre, excesivamente, como otros, en las épocas intermedias, sino más bien en los períodos iniciales y finales de la historia romana. La parte del libro dedicada a las provincias del imperio se centra sobre todo en el siglo II d.C. (aunque también ahí hemos recalcado los procesos de cambio y desarrollo mediante la selección y descripción de cada enclave); pero en general quizás hemos escrito, involuntariamente, con mayor interés sobre los períodos del comienzo y el final de la historia del mundo romano. Tal vez hayamos prestado mayor atención a la problemática de la sociedad romana arcaica y a la cristianización del imperio después de Constantino que a las guerras civiles de finales de la república y la política dinástica de la familia julio-claudia, pero no nos arrepentimos de ello.

El historiador Amiano Marcelino criticaba a los filósofos que al escribir libros acerca de la vanidad de la ambición humana ponían sus nombres en ellos. Sin embargo, como historiadores que somos también, si bien compartimos el respeto de Amiano por la relación objetiva de los hechos, hemos creído que sería útil indicar quién es el responsable de cada capítulo del libro. Tim Cornell ha realizado el estudio de la república romana y del imperio hasta la muerte de Augusto y ha seleccionado el material y escrito los pies de los mapas, ilustraciones y artículos monográficos que completan el tema, así como todo lo referente a Pompeya, Ostia y la religión romana. John Matthews es responsable del texto y la ilustración que hacen referencia al imperio después de Augusto, así como de la parte tercera, dedicada a las provincias del imperio. Aunque hemos trabajado independientemente, hemos seguido unas mismas directrices y nos hemos esforzado por dar cohesión al conjunto.

Hemos aprendido mucho el uno del otro y también reconocemos gustosamente la colaboración de los miembros del equipo editorial, especialmente de Andrew Lawson, con quien hemos trabajado en la elección y la presentación de las ilustraciones, compartiendo plenamente los criterios históricos y artísticos, lo cual nos ha llenado de satisfacción. Agradecemos asimismo a Liz Orrock y Zoe Goodwin su labor en la preparación del material cartográfico a partir de nuestros esbozos, quizá tanto más oscuros y confusos cuanto más completos tratábamos de hacerlos; a Graham Speake, sus sugerencias editoriales, que han influido mucho en el diseño del libro. Además, Ray Davis recopiló el material para el mapa sobre la distribución de las propiedades que aparecen citadas en el *Liber Pontificalis*; Michael Whitby hizo lo mismo para el mapa de la frontera oriental en la época de Justiniano, y Margaret Roxan nos ha asesorado en cuestiones relacionadas con la distribución del ejército romano. Otros especialistas nos han ayudado de muy diversas maneras, especialmente Benjamin Isaac, Kenan Erim y Brian Croke, así como otros muchos, quienes quizás no siempre se dieron cuenta de la finalidad de las consultas que les hacían unos autores que, en el transcurso de la redacción de la obra, se han vuelto más agudamente conscientes de cuánta es su ignorancia.

PRIMERA PARTE

LA ITALIA PRIMITIVA Y LA REPÚBLICA ROMANA





SUIZA
AUSTRIA
FRANCIA
YUGOSLAVIA
ITALIA
SAN MARINO
MÓNACO
TÚNEZ
ARGELIA
Berna
Lausana
L. Lemán
Ródano
Ginebra
Monte Cervino
Matterhorn
4.427
Mt Blanc
4.807
ALPES
L. Mayor
Valle de Aosta
r. Rin
Ortles
3.899
A. DOLOMÍTICOS
L. de Como
Trentino-
Alto Adigio
Friuli-
Venecia-
Julia
Klagenfurt
Graz
Mur
L. Balaton
Liubliana
Zagreb
L. de Iseo
Bérgamo
Lombardía
Milán
Ticino
Brescia
L. de Garda
Vicenza
Verona
Venecia
Euganea
Padua
Venecia
Piave
Trieste
Golfo de Venecia
Rijeka
Kupa
Sava
Una
Krk
Cres
Vrbas
Grenoble
Turín
Adda
Oglio
Mincio
Adigio
L. Po
Trebbia
Piacenza
Parma
Panaro
Ferrara
Reno
Piamonte
Reggio N.E.
Módena
ALPES LIGURES
Liguria
Génova
Bolonia
Ravena
Emilia-Romagna
Durance
La Spezia
Ronco
Forlí
Rímini
Zadar
Niza
Pisa
Arno
Florencia
Livorno
MAR DE LIGURIA
Tolón
Cecina
Toscana
Arezzo
Marcas
Ancona
Split
Brac
Hvar
Val di Chiana
APENINOS
Perugia
L. Trasimeno
Chienti
Elba
Bastia
Ombrone
Monte Amiata
1.738
Umbría
MAR ADRIÁTICO
Golo
Archipiélago toscano
L. de Bolsena
Terni
Monte Corno
2.914
Pescara
GRAN SASSO D'ITALIA
Pescara
Salto
L. de Vico
Tíber
Córcega
(Fr.)
Monte Amaro
2.795
MONTAGNA DELLA MAIELLA
Ajaccio
L. de Bracciano
Abruzo
Sangro
Biferno
L. de Lesina
L. de Varano
TESTA DEL GARGANO
TAVOLIERE DELLE APULIA
Roma
Sacco
Estrecho de Bonifacio
Lacio
Molise
Foggia
Liri
Volturno
Ofanto
Bari
Apulia
Campania
Nápoles
Vesubio
1.277
Salerno
Ischia
Capri
Sassari
Basilicata
Bradano
Murge
Taranto
Basento
Tanagro
Agri
Cerdeña
MAR TIRRENO
Golfo de Taranto
Tirso
Mannu
Acri
Cagliari
Calabria
2.000 m
1.000 m
200 m
0
3.899 pico (metros)
frontera internacional
frontera regional
escala 1: 4 250 000
0
150 km
0
100 mi
Ustica
Islas Lípari o Eólias
MAR MEDITERRÁNEO
Palermo
Messina
Reggio di Calabria
Islas Égades
Estrecho de Mesina
Sicilia
Etna
3.323
Simeto
Catania
Canal de Sicilia
Salso
Túnez
Pantelleria
6°
9°
12°
15°
46°
44°
42°
40°

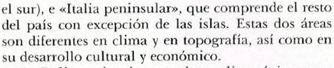
UNA CIUDAD DESTINADA A LA GRANDEZA

La geografía de Italia

La característica más importante de la geografía histórica de Italia es la estrecha interacción entre llanura, piedemonte y montaña. Sólo alrededor de un quinto de la superficie total de Italia está considerada oficialmente como llanura (es decir, tierras que no superan los 300 metros de altitud); de ella, más del 70 % se encuentra en el valle del Po. El resto, alrededor de dos quintas partes, está clasificado como montaña (por encima de 1.000 metros de altitud) y el territorio restante como piedemonte (entre 300 y 1.000 metros de altitud). La alternancia de estos tipos de relieve y su distribución a lo largo y ancho del país crean una gran diversidad de condiciones climáticas y grandes contrastes paisajísticos entre una región y otra.

Italia está separada de Europa central por la gran barrera de los Alpes. A pesar de su altitud, estas montañas no la han mantenido aislada del resto del continente. Si bien las nieves invernales los hacen impracticables durante más de la mitad del año, la mayoría de los pasos de montaña eran conocidos desde los tiempos más remotos. Durante toda la historia han tenido lugar movimientos de pueblos a través de los Alpes, a veces en gran escala, por ejemplo las incursiones de los celtas y los cimbrios en el período republicano y las invasiones bárbaras de los siglos V y VI de nuestra era.

Aunque no hay ninguna duda sobre la unidad geográfica del territorio italiano al sur de los Alpes, es conveniente hacer una distinción entre «Italia continental», formada por el valle del Po y sus bordes montañosos (los Alpes en el norte, los Apeninos en el sur), e «Italia peninsular», que comprende el resto del país con excepción de las islas. Estas dos áreas son diferentes en clima y en topografía, así como en su desarrollo cultural y económico.



La Italia peninsular goza de un clima típicamente mediterráneo, caracterizado por inviernos templados, veranos calurosos y una pluviosidad anual moderada; ésta, sin embargo, se concentra en fuertes precipitaciones durante los meses de invierno, mientras que junio, julio y agosto se experimenta una extremada sequía. Italia continental, en cambio, pertenece climáticamente a la Europa central. Tiene unas temperaturas extremas más acentuadas; el frío del invierno contrasta con el intenso calor del verano, en que las temperaturas son tan altas como las de la península. La pluviosidad anual no es más elevada que en algunas partes de Italia peninsular, pero está más equitativamente distribuida entre todas las estaciones. El ejemplo más evidente de la diferencia entre ambas zonas es el olivo, que crece en casi toda Italia peninsular y a lo largo de la costa ligur, mientras que no se encuentra al norte de los Apeninos.

En la actualidad la llanura del Po es el área agrícola más productiva de Italia. Su predominio económico se remonta a tiempos antiguos; escritores como Estrabón se explayan sobre su fertilidad, la importancia de su población y la prosperidad de sus ciudades. Las comunicaciones se efectuaban con facilidad a través del propio río, entonces como en la actualidad navegable hasta Turín. En la antigüedad la región era muy boscosa y sus abundantes bellotas alimentaban los rebaños de cerdos que proporcionaban la mayor parte de la carne consumida en la ciudad de Roma. Sin embargo, el curso inferior del Po discurre por una vasta llanura sujeta a frecuentes y extensas inundaciones que únicamente se han podido evitar mediante canales y diques. Es evidente que en época prerromana la parte inferior del valle del Po era pantanosa y estaba frecuentemente inundada, especialmente en la Emilia y el Véneto; los pantanos del lado sur del río supusieron un serio obstáculo al ejército invasor de Aníbal en el 218 a.C. Después de la conquista romana las tierras se desecaron mediante un sistema de canales y diques que el censor M. Emilio Escauro construyó en el 109 a.C. en la región situada entre Parma y Módena. Otros trabajos de desecación fueron llevados a cabo por Augusto y sus sucesores, y durante el siglo I de nuestra era, Italia septentrional fue una de las regiones más prósperas del imperio.

Italia continental está limitada al sur por los Apeninos, un sistema de macizos que atraviesan la península en toda su longitud, desde los Alpes Ligures hasta el estrecho de Mesina, y continúan más allá del estrecho a lo largo de la costa norte de Sicilia. En todo este recorrido las montañas siguen un trazado sinuoso. En el norte, atraviesan en línea recta y oblicuamente la península desde la costa ligur, en el oeste, hasta la costa este cerca de Rímini; aquí se incurvan suavemente hacia el sur y corren paralelamente a la costa adriática, alcanzando sus máximas alturas en el



Derecha El Gran Sasso de Italia. Con aproximadamente 3.000 m de altitud, el Gran Sasso (el «Gran risco») domina el área central de los Apeninos y es el punto más alto de la Italia peninsular.

Gran Sasso d'Italia (1.914 metros) y la Montagna della Maiella (2.795 metros), ambas en la región de los Abruzos. Desde allí cortan una vez más en diagonal la península hasta alcanzar la costa tirrénica en Lucania, desde donde se extienden hacia Calabria y Sicilia.

Así pues, las diferencias geográficas entre Italia continental e Italia peninsular se pueden resumir diciendo que la primera es, esencialmente, una extensa llanura circundada por montañas, mientras que la segunda consiste en una gran cadena montañosa central rodeada por pequeñas llanuras costeras.

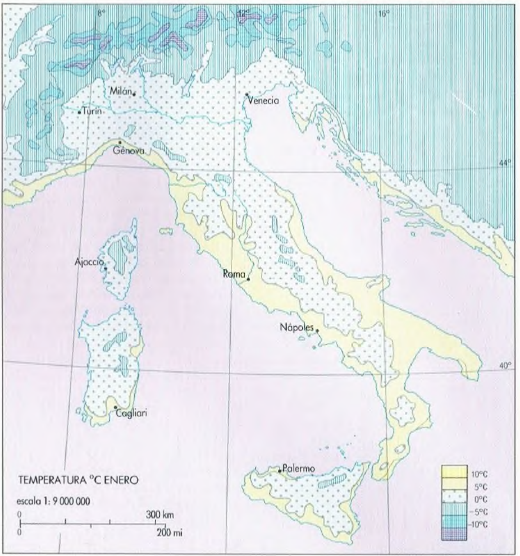
En lo que respecta a Italia peninsular, las llanuras costeras tienen una importancia histórica que no guarda relación alguna con su dimensión geográfica. Hablando en términos generales, los Apeninos dividen la península en dos llanuras. La principal cadena central de los Apeninos está más cerca del litoral oriental que del occidental y en los aproximadamente 350 kilómetros de distancia que hay entre Rímini y el río Biferno, la llanura litoral situada entre la costa y las montañas interiores tiene sólo 30 kilómetros de ancho. En la parte occidental, sin embargo, los Apeninos descienden suave e irregularmente hasta las llanuras del Lacio y Campania y la accidentada pero fértil región de Etruria.

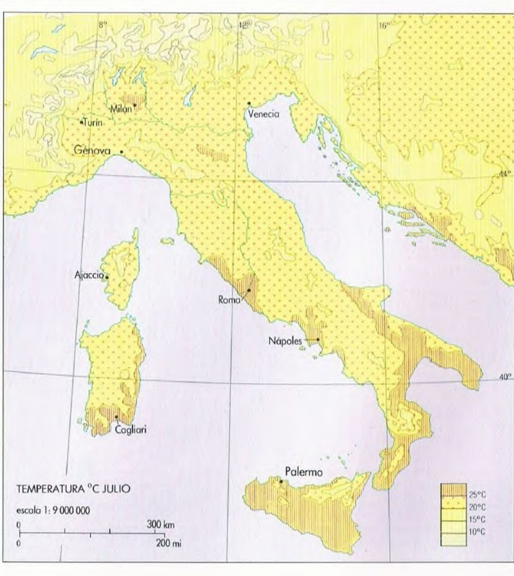
En el sur de la península, desde Molise y la vertiente septentrional del promontorio del Gargano, los Apeninos avanzan casi en línea recta hacia el sur, hasta Lucania y Calabria (la punta de la bota). Al este de esta línea está situada la segunda zona importante de Italia peninsular: la región de Apulia, que se extiende desde la llanura del Tavoliere, alrededor de Foggia, hasta el extremo de la península salentina (el tacón de la bota).

En general, la vertiente tirrénica de Italia goza de ciertas ventajas naturales con respecto a la adriática; como consecuencia de ello, el área noroccidental llana (Campania-Lacio-Etruria) ha sido más favorecida culturalmente que la región suroriental de Apulia. Estas diferencias se deben en buena parte al clima y a la naturaleza del suelo. La principal diferencia climática radica en la distribución general de la pluviosidad. Considerando el país en su conjunto, puede decirse que el norte es más húmedo que el sur y, exceptuando las regiones alpinas, el oeste más que el este. Este esquema general se complica por el hecho de que llueve más en las tierras altas que en las llanuras; pero para el presente estudio es suficiente indicar la tendencia general, que puede ilustrarse comparando la pluviosidad media anual de La Spezia (1.050 mm) en la costa noroccidental, con la de Ancona (610 mm), en el Adriático, o la de Nápoles (790 mm) con la de Bari (600 mm).

La costa tirrénica cuenta con la ventaja, además, de estar surcada por ríos relativamente caudalosos, dos de los cuales, por lo menos, el Tíber y el Arno, fueron navegables en la antigüedad clásica. Las corrientes que desembocan en el Adriático, por el contrario, están secas en verano en su mayoría y en invierno se transforman en violentos torrentes que erosionan el escaso suelo de las vertientes montañosas. La costa adriática está, además, en una situación de desventaja, al no contar con buenos puertos.

La consecuencia de este desequilibrio natural ha sido que la vertiente occidental de Italia ha representado un papel más importante en la historia de la civilización que la oriental, ya desde los tiempos en que los primeros colonos griegos evitaran la desolada

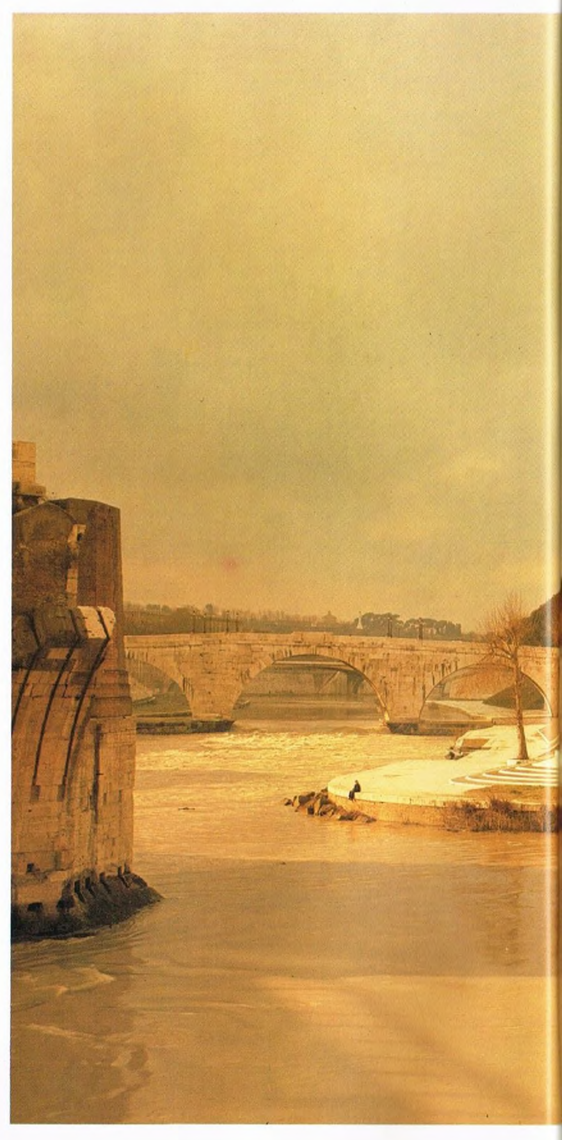




Temperatura y precipitaciones en Italia. El hecho más destacado del clima italiano es el contraste entre la llanura del norte y la península. La Italia peninsular goza de un clima típicamente «mediterráneo», con inviernos húmedos y templados y veranos secos y calurosos. La llanura del norte, por otro lado, pertenece climáticamente a la Europa central: su precipitación anual está mucho más representada en todas las estaciones pero alcanza temperaturas más extremas, con inviernos rigurosamente fríos y veranos intensamente calurosos. Otro rasgo es que las precipitaciones anuales en las regiones del NO de la península son más numerosas que en el SE, mientras que el este de la Italia continental es más húmedo que el oeste.



Los vestigios más antiguos de actividad humana en Roma se han hallado cerca de la isla del Tíber, antiguo lugar de paso. El primer puente, el Pons Sublicius, situado aguas abajo, fue atribuido por la tradición al rey Anco Marcio. Las ruinas de un puente republicano, el Pons Aemilius (siglo II a.C.), aún pueden verse (en primer término). La propia isla estuvo durante largo tiempo asociada con el arte de la curación. Después de una plaga, en 293 a.C., se estableció en ella un templo dedicado a Esculapio, el dios griego de la medicina. Un famoso hospital (del siglo XVI) se alza aún en la isla.

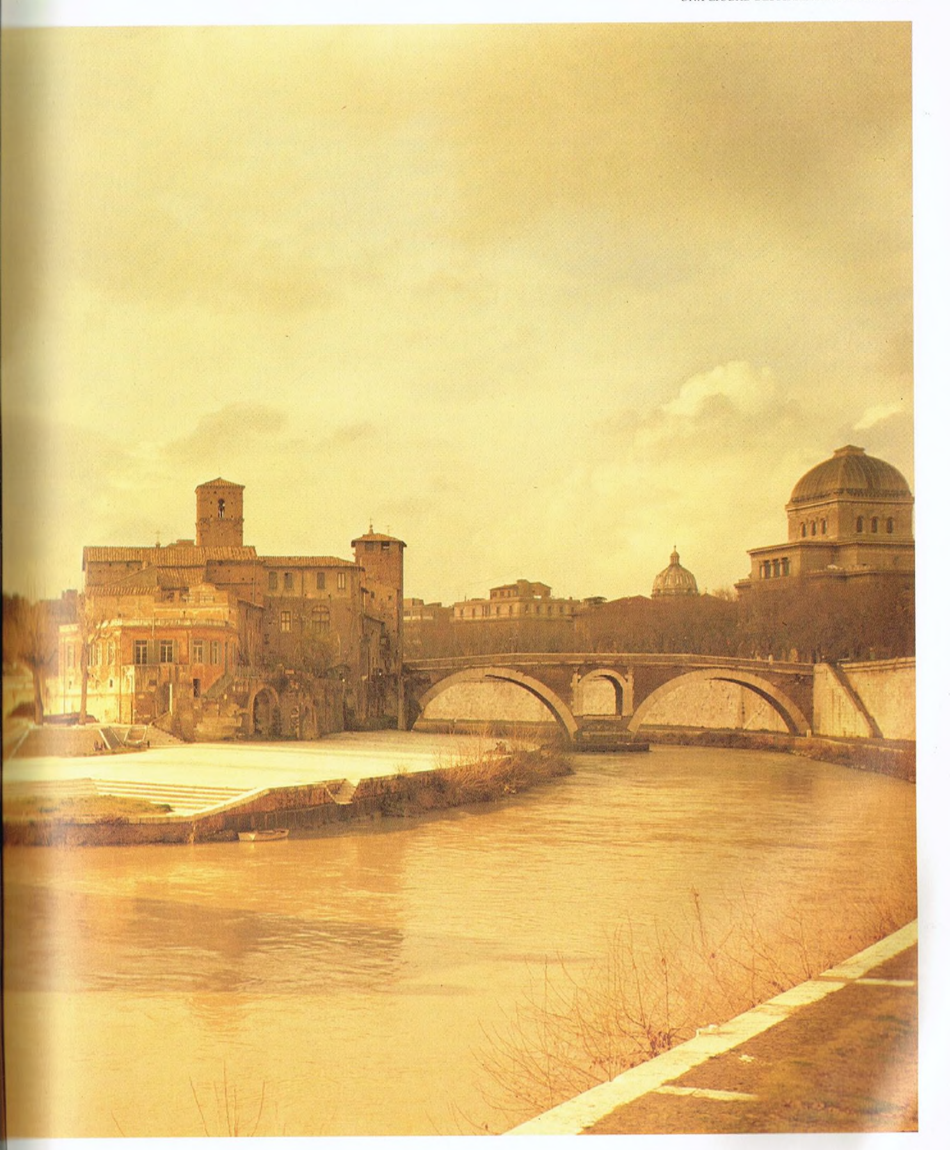


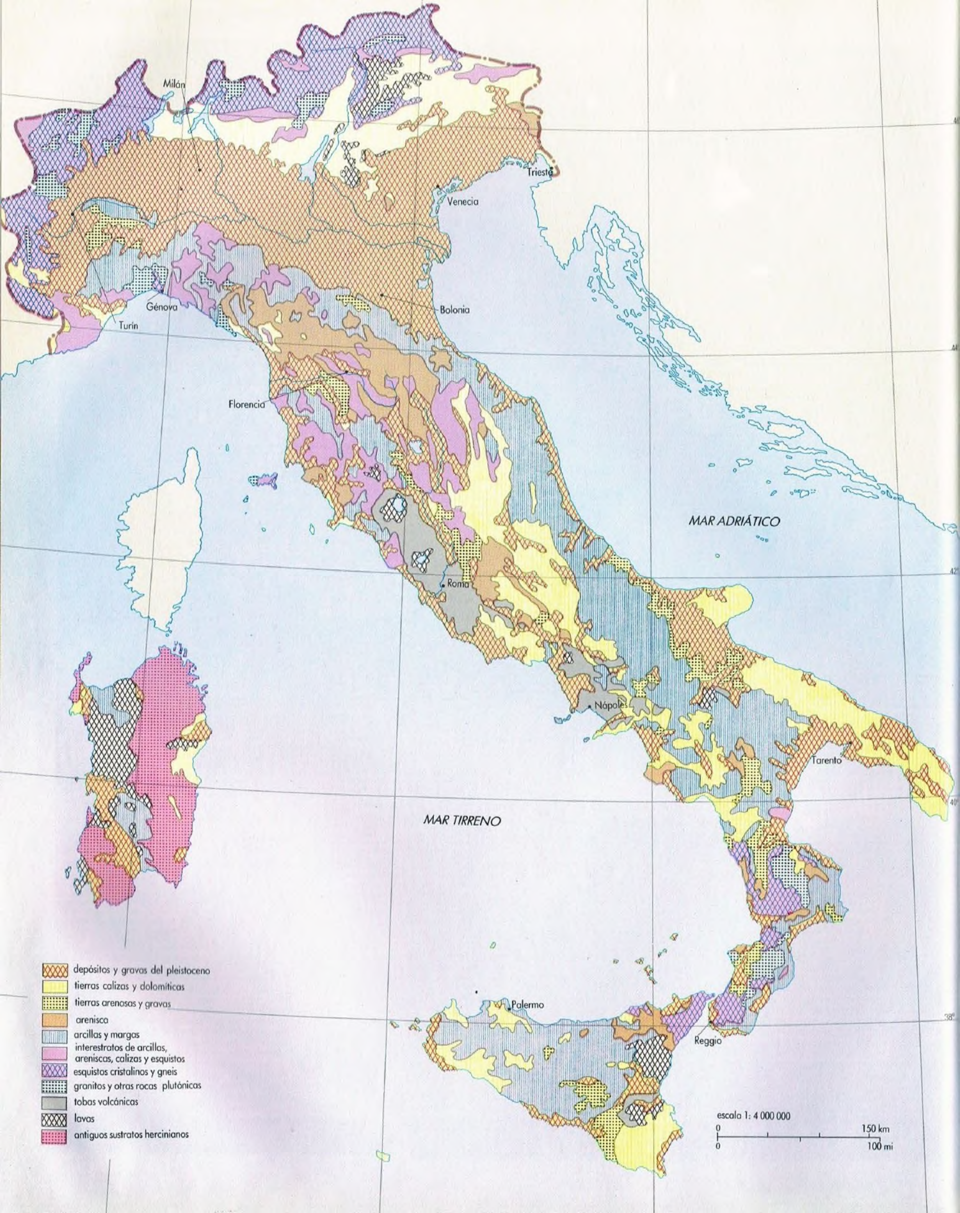
costa adriática y eligieran para instalarse el litoral jonio y tirrénico.

Apulia ha sido siempre una región atrasada; tiene el índice de pluviosidad más bajo de todas las regiones de Italia peninsular (una media anual que oscila entre 570 y 670 mm) y sufre las consecuencias de la sequía, especialmente en la altiplanicie árida del Murge, meseta caliza situada entre Bari y Tarento. En tiempos de Cicerón (siglo I a.C.) Apulia fue «la parte menos poblada de Italia» (*Cartas a Ático*, 13.4) y durante toda la antigüedad permaneció aislada culturalmente y sin relevancia política.

La otra área llana importante de Italia peninsular está situada al oeste de los Apeninos centrales y ocupa las regiones de Campania, Lacio y Toscana. Estas regiones presentan gran variedad de rasgos físicos. Una red de colinas y montañas volcánicas se extiende de norte a sur por el lado occidental de Italia, desde el monte Amiata, en la Toscana meridional, hasta el aún activo Vesubio, en el golfo de Nápoles. La mayor parte de este sistema está constituido por volcanes extintos rodeados de mesetas de toba volcánica y acompañados de una serie de lagos de cráter, cuyos principales ejemplos son los de Bolsena, Vico y Bracciano, en el sur de Etruria, Albano y Nemi al sur de Roma, en los montes Albanos, y el lago Averno en los Campi Flagrei, al oeste de Nápoles. El suelo volcánico de esta región central contiene fertilizantes naturales de vital importancia (fosfatos y potasa) que lo hacen sumamente productivo. A lo largo de la costa tirrénica hay una serie de pequeñas llanuras aluviales, mientras que el interior de la región, está atravesado por una serie de cuencas altas, conectadas entre sí, que lindan con el lado oriental; los valles aluviales más importantes de esta serie son el alto Arno, entre Florencia y Arezzo, el Val di Chiana, el Tíber medio y los valles de los ríos Liri, Sacco y Volturno, los cuales enlazan el Lacio con Campania.

Estos valles fluviales son, asimismo, pasillos naturales de comunicación, y juntos forman la principal ruta que en sentido longitudinal atraviesa la parte occidental de Italia, seguida en la actualidad por la principal vía férrea y la autopista del Sole, entre Florencia y Nápoles. Las principales líneas de comunicación entre la costa y el interior también discurren por los valles fluviales, sobre todo por el del Tíber. El valle del curso bajo de este río es el nudo de la red natural de comunicaciones de Italia central y era inevitable que el punto de paso del Tíber más cercano a su desembocadura, que se sitúa en Roma, se convirtiera en un centro importante. La ciudad, en una posición defendible, con un buen abastecimiento de agua, dominaba el punto de cruce del río en la isla del Tíber, cuyo primer puente (el Pons Sublicius) fue construido durante el reinado de Anco Marcio. En épocas históricas esta parte de la ciudad comprendía el puerto comercial (Portus) y el mercado de ganados (Forum Boarium). Aquí también se encontraba el «Gran Altar» de Hércules, erigido, según se decía, por los nativos de la región en agradecimiento





Milán
Trieste
Venecia
Génova
Turín
Bolonia
Florencia
MAR ADRIÁTICO
Roma
Nápoles
Tarento
MAR TIRRENO
Palermo
Reggio
depósitos y gravas del pleistoceno
tierras calizas y dolomíticas
tierras arenosas y gravas
arenisca
arcillas y margas
interestratos de arcillos, areniscas, calizas y esquistos
esquistos cristalinos y gneis
granitos y otras rocas plutónicas
tobas volcánicas
lavas
antiguos sustratos hercinianos
escala 1: 4 000 000
0
150 km
0
100 mi



Arriba: La historia del milagroso rescate de Rómulo y Remo se convirtió en uno de los temas predilectos del arte romano. Este relieve, en un altar de piedra del siglo II d.C., muestra al pastor Fáustulo descubriendo a los gemelos y a la loba cerca del Palatino.

Izquierda: Geología de Italia. La geología de Italia está determinada principalmente por los Apeninos, la gran cordillera que forma la columna vertebral de la península. Los Apeninos están formados en gran parte por calizas, areniscas y arcillas en los sectores septentrional y central, y granito en Calabria. El piedemonte occidental de los Apeninos, en Toscana, es rico en depósitos de minerales; mientras que más al sur, a lo largo de la costa del mar Tirreno, existe una serie de zonas volcánicas, extintas en la región del Lacio, desde el monte Amiata hasta los montes Albanos, al sur de Roma, y todavía activas en el área del monte Vesubio, que ha hecho erupción en varias ocasiones desde la gran explosión del 24 de agosto del 79 d.C.

a Hércules, que había dado muerte a Caco, el gigante del Palatino. La leyenda hace referencia de forma implícita al hecho de que el Forum Boarium fue un importante punto de reunión, frecuentado ya antes de la fundación de la ciudad de Roma.

Las ventajas naturales del lugar fueron claramente reconocidas por los propios romanos. Tito Livio dice en un discurso que puso en boca de Camilo: «No sin razón dioses y hombres eligieron este lugar como emplazamiento de nuestra ciudad: las salubres colinas, el río que nos trae los productos del interior del país y el comercio marítimo del extranjero, el mar mismo, lo suficientemente cerca para nuestra comodidad y sin que su excesiva proximidad nos exponga al peligro de las flotas extranjeras, nuestra situación en el propio corazón de Italia... todas estas ventajas hacen de éste el mejor lugar del mundo para una ciudad destinada a la grandeza» (Tito Livio, 5.54.4).

La fundación de Roma

El origen de Roma ha sido objeto de investigación, especulación y controversia desde el primer escrito de carácter histórico. Ya en el siglo V a.C. ciertos historiadores griegos incluyeron a Roma entre las fundaciones del héroe troyano Eneas que huyó a Italia tras el saqueo de Troya. Eneas sólo fue, de hecho, uno de los míticos aventureros de los que se dijo que erraron por el Mediterráneo occidental y fundaron asentamientos a lo largo de sus costas. Es difícil saber si algunas de estas leyendas corresponden a una realidad histórica, pero fueron muy populares entre los griegos y, con el tiempo, arraigaron también en Roma.

Los romanos no produjeron relatos históricos hasta alrededor del 200 a.C., fecha a la que corresponde la primera historia de Roma, escrita por Quinto Fabio Píctor, senador de ilustre familia. La obra, escrita en griego, no se ha conservado a excepción de unas pocas citas. Fabio Píctor consultó probablemente los archivos sacerdotales, los documentos de las principales familias aristocráticas y los relatos de los historiadores griegos; estas fuentes, junto con los datos obtenidos de la tradición popular oral y de las inscripciones arcaicas, monumentos y vestigios, fueron la base de su relato histórico sobre la Roma primitiva. Atribuyó la fundación de la ciudad a Rómulo. Según la tradición, Rómulo fue abandonado de niño, junto con su hermano Remo, a orillas del Tíber. Los niños se salvaron al ser amamantados por una loba y más tarde fueron rescatados por pastores, con los que pasaron su infancia en las colinas que dominaban la orilla izquierda del río. Fue aquí donde más tarde fundó Rómulo la ciudad que llevó su nombre, después de haber matado a su hermano en una disputa.

Esta conocida historia formó parte de la tradición más antigua y se consolidó como parte del patrimonio de la ciudad muchos años antes de la época de Fabio Píctor. En un momento dado (la fecha es incierta) la historia de Eneas fue admitida e incluida en la tradición local. El resultado fue una versión que, con el tiempo, se convirtió en la oficial: Eneas llegó al Lacio, donde fundó la ciudad de Lavinium; después de su muerte, su hijo Ascanio fundó Alba Longa, donde gobernaron sus descendientes como reyes durante unos 400 años. Rómulo y Remo pertenecían a este linaje, eran hijos del dios Marte y de la hija de uno de los reyes de Alba.

Esta fusión artificial entre el relato popular y la conjetura fue realizada en el curso del siglo III a.C. Una versión de la misma apareció en la obra de Fabio Píctor, y posteriormente en otras obras históricas hasta que Virgilio, Ovidio y Tito Livio le dieron su forma definitiva. Los elementos históricos de la leyenda son difíciles de discernir. Como se ha dicho, la parte que hace referencia a Eneas y a los troyanos es casi con absoluta seguridad pura ficción, aunque algunos especialistas ven en ella un vago recuerdo de los contactos entre el mundo micénico e Italia. El destacado papel de Lavinium y Alba Longa refleja, sin embargo, la importancia que estos lugares tuvieron como centros religiosos en los períodos iniciales; cabe señalar que algunos de los vestigios arqueológicos más importantes de los antiguos asentamientos permanentes del Lacio han sido hallados precisamente en Lavinium y en el área de los montes Albanos. Podemos destacar, sin embargo, que entre los asentamientos latinos más antiguos se incluye también Roma, que en la actualidad no se considera posterior en su fundación a cualquiera de los otros establecimientos de Lavinium o de los montes Albanos. La tradición sostenía que todos los centros históricos del Lacio eran colonias de Alba Longa, y que Roma fue la última; pero el supuesto intervalo cronológico entre las fundaciones de Alba y de Roma es una pura invención basada en la discrepancia entre la fecha griega dada para la guerra de Troya (1128 a.C.), en la que participó Eneas, y la creencia firme de los romanos de que su ciudad fue fundada en el siglo VIII a.C. El resultado de esta discordancia fue que hubo que inventar una dinastía de reyes de Alba para llenar el vacío de más de 400 años entre Eneas y Rómulo.

La mayor parte de los escritores romanos creían que su ciudad había sido fundada en el siglo VII a.C., si bien existían desacuerdos acerca del año exacto. Fabio Píctor la situó en el 748, pero otras alternativas (753, 751, 728) fueron discutidas por sus sucesores. La fecha que acabó imponiéndose (753) fue propuesta por el erudito M. Terencio Varrón a finales de la república.

Se han encontrado restos de cabañas primitivas en el monte Palatino, lugar que, según la tradición, fue el asentamiento de Rómulo, y datan del siglo VIII a.C.; pero los hallazgos sobre las tumbas del valle del Foro parecen indicar que el lugar había estado ocupado por lo menos desde el siglo X. La evidencia arqueológica no hace sino confirmar que el Palatino fue el primer asentamiento permanente de la ciudad. Así pues, puede decirse que algunos de los elementos de la historia de la fundación posiblemente están basados en la realidad, si bien Rómulo no puede ser considerado un personaje histórico. Pero la creencia de que la ciudad nació por un deliberado acto de «fundación» hizo necesaria la figura de un fundador; el mismo proceso mecánico hizo que Rómulo fuera el creador de algunas de las instituciones básicas de la ciudad.

Desde el estudio de Theodor Mommsen en el siglo pasado, se admite que nuestro conocimiento es más exacto en la historia constitucional y menos fidedigno cuando trata de sucesos políticos y militares. Pero hasta las partes más sensacionalistas y románticas pueden contener elementos de realidad histórica, como lo demuestra un caso extremo. Pocos meses después de la fundación de la ciudad, según se nos cuenta, tuvo lugar el rapto de las Sabinas, célebre suceso que condujo a una guerra entre los romanos

y los sabinos y, después, a una reconciliación entre ambos y al gobierno conjunto de los respectivos líderes, Rómulo y Tito Tacio. Esta historia, por fantásticos que sean sus detalles, forma parte de un considerable conjunto de pruebas que indica que en la población de la Roma primitiva había una importante proporción de elementos sabinos; por ejemplo, en la lengua latina se encuentran muchas voces de influencia sabina, sobre todo en ciertas expresiones domésticas tales como *bos* (buey), *scrofa* (puerca) y *popina* (cocina). En segundo lugar, la unión de romanos y sabinos bajo el gobierno conjunto de Rómulo y Tito Tacio da a entender, a raíz de ciertos indicios, que Roma nació como el resultado de una fusión de las comunidades, una en el Palatino y otra en el Quirinal o, quizá, más bien a través de la incorporación de la segunda a la primera. El hecho de que Roma fuera en sus orígenes una comunidad doble es lo que dan a entender nuestras fuentes (Tito Livio, 1.13.4, se refiere a la *geminata urbs*, «la ciudad doble»), lo que confirma el dualismo de ciertas instituciones arcaicas. Así, por ejemplo, los salios, los «sacerdotes danzantes» de Marte, estaban divididos en dos grupos: los salios del Palatino y los salios del Quirinal. Este dualismo primitivo puede reflejarse asimismo en el hecho de que los ciudadanos romanos eran también llamados *quirites*.

Los primeros reyes

Después de la muerte de Rómulo ocuparon respectivamente el trono hombres de origen latino y sabino. El sabino Numa Pompilio, un segundo rey de Roma, es presentado por la tradición como un hombre piadoso en cuyo reinado se crearon los principales sacerdocios e instituciones religiosas de Roma, y en particular el calendario. Fue sucedido por el latino Tulio Hostilio, un guerrero cruel que libró un épico combate contra Alba Longa, la ciudad-madre de Roma, que finalmente destruyó. El siguiente rey fue Anco Marcio, un sabino recordado por la tradición por haber extendido el territorio romano hasta la costa y por la fundación de Ostia en la desembocadura del Tíber.

A excepción del oscuro Rómulo, estos primeros reyes fueron probablemente personajes históricos. Aunque es cierto que no aparecen en las leyendas como figuras reales (es obvio, por ejemplo, que el pacífico Numa y el belicoso Tulio no son más que estereotipos opuestos), no tenemos por qué dudar de que entre los reyes de Roma se incluyan los llamados Numa Pompilio, Tulio Hostilio y Anco Marcio. Las tradiciones que vinculan sus nombres a instituciones concretas y hazañas militares pueden ser exactas. Estos relatos, contrastados con la práctica constitucional, permiten reconstruir un análisis coherente y verosímil de la organización política y social de Roma bajo los primeros reyes.

Organización política y social

Se nos dice que Rómulo eligió un centenar de «padres» para su asesoramiento; estos hombres formaron el primer Senado y sus descendientes fueron conocidos como patricios. Asimismo dividió el pueblo en tres tribus, llamadas Ramnes, Tities y Luceres, y que fueron a su vez subdivididas en treinta unidades más pequeñas (diez por cada tribu) llamadas *curiæ*. Las *curiæ* eran divisiones locales, aunque sus miembros estaban vinculados por parentesco. Esto significa que probablemente en su origen las *curiæ* consistían en grupos de familias vecinas. Éstas funcionaban como unidades constituyentes de una primitiva asamblea, los *comitia curiata*. También se ha dicho que Rómulo organizó un ejército de 3.000 soldados de infantería (*milites*) y 300 de caballería (*celeres*); cada tribu contribuía con 1.000 y 100 hombres respectivamente. Los contingentes tribales eran mandados por tribunos (*tribuni militum*, *tribuni celerum*).

A la cabeza del Estado estaba el rey. La monarquía en la Roma primitiva no era hereditaria. Al morir un rey las funciones de gobierno eran desempeñadas por los senadores, que se turnaban en el cargo por un período de cinco días, con el título de *interrex* (regente) hasta que se elegía el sucesor apropiado. Su designación dependía esencialmente de criterios religiosos. Según Tito Livio, el procedimiento normal era mediante *augures* (expertos en adivinación), los cuales pedían a los dioses que dieran su aprobación mediante el envío de signos adecuados (*auspices*). De este modo el rey era «inaugurado», palabra que ha pasado a nuestra lengua. Finalmente, el rango de rey era confirmado por el voto de los *comitia curiata*.

El rey tenía funciones políticas, militares, judiciales y religiosas, y los poderes que él ejercía en estas esferas pueden ser resumidos en el concepto de *imperium*. Este *imperium* era una especie de autoridad divina o mágica que únicamente podía ser otorgada por «inauguración» y recibida por *auspices*. En lo que se refiere al Senado, su papel parece haberse limitado durante el período monárquico al de consejero del rey. Se ha dicho, sin embargo, que poseía *auctoritas*, un tipo de prestigio religioso que ejercía en la aprobación y ratificación de las decisiones de los *comitia curiata*; asimismo jugaron un papel fundamental en el nombramiento del rey al elegir el *interrex*, que era uno de ellos. Muerto el rey (o en el caso de la república, si morían los cónsules antes de ser sustituidos) se decía que «los *auspices* volvían a los padres».

Estos padres representaban grupos de gran importancia social llamados *gentes*. La *gens* era esencialmente una asociación de parentesco formada por familias descendientes de un tronco común y expresaban su relación de linaje utilizando el mismo nombre. Los individuos pertenecientes a las *gentes* tenían en realidad dos nombres: uno personal o *praenomen* (por ejemplo, Marco, Cneo, Tito) y un gentilicio o *nomen*, en la forma de un patronímico (de aquí Marcio, Nevio, Ticio). Podemos compararles con los nombres de los clanes escoceses (MacDonald, MacGregor, etc.). El sistema de dos nombres se encuentra asimismo en otros pueblos itálicos y hace suponer que también se basaban en el sistema de *gentes*.

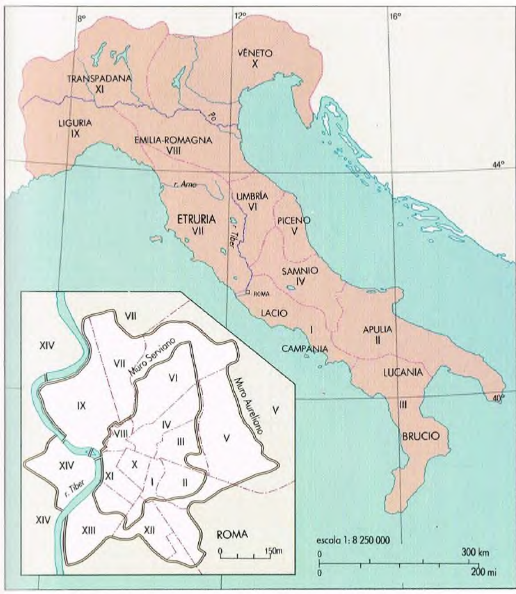
En el período histórico las *gentes* practicaban sus propios ritos religiosos y celebraciones y tenían sus propias costumbres en lo que se refiere al enterramiento de sus difuntos. Su origen y carácter en los primeros tiempos es, sin embargo, objeto de controversia. Algunos especialistas han argumentado que la *gens* fue una unidad primordial que existió antes de la aparición del Estado; según esta opinión, funcionaba como una organización política y económica autónoma que poseía su propio territorio y tenía un líder reconocido. Algunos vestigios de esta hipotética «organización gentilicia» subsistieron durante el período republicano, como puede verse, por ejemplo, en la hazaña de la *gens* Fabia, que en el 479 a.C. llevó a cabo una guerra privada contra la ciudad de Veyes.



Arriba: Esta cabeza en terracota de Hermes del siglo VI, pertenece a un grupo de estatuas que estuvieron en la cubierta de un templo en Veyes. Las esculturas fueron atribuidas por la tradición popular a Vulca, famoso artista veyentino de la época que fue llamado a Roma por el rey Tarquino para hacer la estatua cultural a Júpiter para el templo del Capitolio.



Arriba: Los *fasces* (haces de bastones y hachas) simbolizaban los poderes de los magistrados principales y eran transportados por sus subalternos (*lictores*). Según la tradición los *fasces* fueron copiados de las insignias reales etruscas, tradición confirmada por el hallazgo de un modelo de *fasces* de hierro en la ciudad etrusca de Vetulonia.



Regiones de Roma
I Porta Capena
II Coelimontium
III Isis et Serapis
IV Templum Pacis
V Esquiliae
VI Alta Semita
VII Via Lata
VIII Forum Romanum
IX Circus Flaminius
X Palatium
XI Circus Maximus
XII Piscina Publica
XIII Aventinus
XIV Trans Tiberim

Regiones augusteas de Italia y **regiones de Roma.** En tiempos antiguos Italia era una región de gran diversidad lingüística, étnica y cultural. Con la unificación de la región bajo el gobierno romano, esa primitiva desunión fue ampliamente, aunque no por completo, mitigada; huellas de la misma se conservaron y aún se conservan en los nombres de las regiones italianas. La primera división formal de Italia en regiones fue realizada por Augusto, que dividió el área en 11 distritos administrativos. La ciudad de Roma se dividió de igual manera en 14 regiones con fines administrativos.

La creencia de que las *gentes* existían «antes del Estado» es, sin embargo, una pura especulación, y su situación con respecto a las tribus y *curiæ* es incierta.

En tiempos históricos la familia, no la *gens*, fue la unidad básica de la sociedad romana. La familia romana englobaba a todos los componentes de la vivienda familiar, es decir, incluía tanto las propiedades como las personas, y estaba bajo el control del cabeza de familia, el *paterfamilias*. Éste ejercía virtualmente una autoridad absoluta sobre todos los miembros del grupo familiar, de quienes se decía que estaban bajo su poder (*in potestate*). Sus hijos, aunque fueran ya adultos y tuvieran sus propios hijos, no tenían una condición legal independiente ni derechos de propiedad y no se liberaban de la autoridad de su padre hasta la muerte de éste, tras lo cual se convertían en *patres familiarum* por derecho propio. El poder del padre (*patria potestas*) incluía el derecho a matar a miembros de su familia o a venderlos como esclavos. Estaba sujeto sólo a obligaciones morales o a limitaciones que imponía la costumbre; por ejemplo, en los asuntos importantes, y de acuerdo con la tradición, contaba con el consejo de los parientes de mayor edad y de los amigos, aunque no estaba obligado a seguirlo. El *paterfamilias* representaba a la familia en sus relaciones con otras familias y con la comunidad en su conjunto y realizaba, en nombre de toda la familia, los rituales y sacrificios necesarios en honor de sus antepasados y de los dioses. La familia era, de este modo, una especie de estado en miniatura, donde el *paterfamilias* era sacerdote, juez y legislador.

La propiedad privada y su concentración en manos del *paterfamilias* ha sido considerada por la historia como un rasgo original de la sociedad romana y se halla implícito en los textos legales más antiguos que se conservan. A pesar de ello es posible que en un principio la propiedad, especialmente de la tierra, fuera poseída en común por la *gens*. Muestra de ello puede ser la disposición de las Doce Tablas (450 a.C.), según la cual, si un *paterfamilias* moría sin testamento ni heredero, su propiedad debía volver a la *gens*. En cualquier caso nada nos impide pensar que en el período arcaico las familias integradas en una *gens* mantuvieran entre sí una mayor solidaridad, ocupando propiedades vecinas, y que el más influyente de los *patres* ejerciera algún tipo de liderazgo *de facto* sobre la totalidad de la *gens*.

El poder e influencia de las *gentes* importantes y aristocráticas provenía en parte del apoyo de un gran número de subordinados llamados clientes (*clientes*). La *clientela* fue una de las instituciones romanas más antiguas y ha sido atribuida por la tradición a Rómulo. La relación entre patrón y cliente se basaba más en las obligaciones morales que en las legales, ya que el cliente gozaba de la «confianza» (*fides*) del patrón. Un cliente puede ser definido como un hombre libre que se confiaba a la protección de otro hombre, ofreciéndole a cambio respeto y ciertos servicios.

La condición de patrón y cliente era hereditaria y se transmitía de una generación a otra. Es posible, además, que en un principio los clientes estuvieran integrados dentro de la estructura de la *gens* al lado de los *gentiles* propiamente dichos, y que ellos llevaran asimismo el nombre gentilicio. Hay evidencias de que en el período arcaico los clientes tenían asignadas porciones de tierras que cultivaban en nombre de sus patronos, y de que estaban también obligados a realizar servicios militares. A principios del período republicano las principales *gentes* reclutaron sus ejércitos privados de entre su clientela.

El desarrollo de la ciudad

Roma fue en sus primeros tiempos un pequeño poblado o grupo de poblados situado en el Palatino y colinas vecinas. Asentamientos parecidos existían en otros lugares del Latium Vetus, y las excavaciones han empezado a darnos recientemente alguna idea de su carácter. Los poblados consistían en pequeños grupos de cabañas de paja agrupadas en emplazamientos fácilmente defendibles sobre las colinas que dominaban la campiña romana.

La vida diaria de estos poblados, que probablemente constaban de unos pocos centenares de personas, era muy sencilla. La subsistencia se basaba en una agricultura primitiva (los principales cultivos eran trigo, cebada, guisantes y judías), completada con la cría de ganado (especialmente cabras y cerdos), la pesca, la caza y la recolección. La producción doméstica atendió a la provisión de cerámica, tejidos y otras necesidades familiares; no existen pruebas de que existieran grandes diferencias sociales.

Aproximadamente a partir del 770 a.C. los yacimientos arqueológicos (fundamentalmente necrópolis) empiezan a mostrar un mayor número de restos humanos, lo que indica un crecimiento de la población. En segundo lugar hay indicios de contactos más intensos con el mundo exterior, especialmente con las

área de inhumación
área de cremación
área de la cultura de Villanova
Thorros asentamiento de la Edad del Bronce
monumento funerario de la Edad del Bronce
Yacimiento de la Edad del Bronce que contiene restos numerosos y variados
Erice Asentamiento de la Edad del Hierro
monumento funerario de la Edad del Hierro
Yacimiento de la Edad del Hierro que contiene restos numerosos y variados
S'Uraki asentamiento de la E. del Bronce y del Hierro
restos de la Edad del Hierro y del Bronce
hallazgo de cerámica micénica

CULTURA DE GOLASECCA
CULTURA ESTE
CULTURA DE VILLANOVA
CULTURA LACIAL
CULTURAS ADRIÁTICAS
CULTURAS APULIAS
CULTURAS DE FOSA
CULTURAS DE SICILIA
MAR DE LIGURIA
MAR ADRIÁTICO
MAR TIRRENO
CÓRCEGA
CERDEÑA
ITALIA
SICILIA

escala 1: 6 000 000
0 300 km
0 200 mi

Emplazamientos italianos de la Edad del Bronce y del Hierro. Durante la Edad del Bronce, Italia muestra una notable uniformidad en la cultura material. El gran número de yacimientos montañosos ha inducido al uso del término «cultura apenina» para describir la civilización de la Edad del Bronce italiana, que parece haber estado basada en gran manera en una economía de pastoreo trashumante. Con el inicio de la Edad del Hierro, en el primer milenio a.C., los restos se hacen más abundantes, denotando un incremento general en el número y tamaño de los asentamientos y la aparición de culturas locales diferenciadas. Éstas se pueden dividir, en un sentido amplio, en dos grupos según los tipos de ritos funerarios utilizados. La inhumación (la «cultura de las fosas») fue practicada generalmente en el sur de Italia y en las regiones del Adriático, mientras que la cremación (las «culturas de campos de urnas») fue normal en el norte de Italia, Etruria y Umbría, al oeste del Tíber.

colonias griegas de Campania. Otras características de este período son la creciente especialización de la producción artesanal (por ejemplo, el empleo del torno de alfarero) y la aparición de clases sociales económicamente diferenciadas. Este último fenómeno empezó a aparecer en la segunda mitad del siglo VIII y se manifestó en mayor medida en el VII. Los indicios proceden de las tumbas de excepcional riqueza descubiertas en muchos lugares del Lacio, sobre todo durante los últimos años. Estas tumbas contienen ornamentos personales de extraordinaria riqueza y muestran la formación progresiva de una aristocracia dominante, la cual había conseguido concentrar el excedente económico de la comunidad en sus manos y perpetuar su dominio a través de la herencia.

Durante este período los poblados situados en lo alto de las colinas se convirtieron en grandes núcleos de asentamiento, en algunos casos protegidos por fortificaciones ingeniosas en forma de terrazas, terraplenes y fosos. Esta evolución acaeció sin duda también en Roma, que se había extendido considerablemente a partir del primitivo poblado del Palatino, y que a mediados del siglo VII incluía ya el valle del Foro, el Quirinal, parte del Esquilino y probablemente también del Celio.

A finales del siglo VII a.C. hay indicios de una importante transformación del aspecto físico del asentamiento, que en este momento empezó a tener la apariencia de una comunidad completamente urbanizada. En diversas partes de la ciudad las cabañas fueron reemplazadas por casas más sólidas con cimientos de piedra, estructuras de madera y techos de tejas. En el área del Foro las cabañas fueron derribadas y en su lugar se abrió una plaza pública. Se han descubierto vestigios de fundamentos de templos, edificios públicos y santuarios junto a fragmentos de tejas, terracotas y frisos arquitectónicos decorados.

Los últimos reyes

La aparición de estos cambios coincide temporalmente con la subida al trono de Tarquino Prisco, o

Abajo: Moneda del 54 a.C. emitida por Marco Bruto, el futuro asesino de César. El símbolo del reverso muestra a su antepasado L. Junio Bruto, cónsul en 509 a.C. y uno de los padres fundadores de la república. El anverso solemniza la idea aristocrática de la *libertas*, aquí retratada como una diosa.







Etruria y las ciudades etruscas en el siglo VI a.C. La civilización etrusca se desarrolló en la región limitada por el mar Tirreno al oeste, el río Arno al norte y los Apeninos y el Tíber por el este y el sur. Políticamente hablando, la región fue dividida en poderosas ciudades-estado independientes que alcanzaron su mayor poder durante el siglo VI a.C. Asentamientos etruscos se establecieron también en el valle del Po, incluyendo Felsina (Bolonia), Mantua y Ravena, y en Campania, donde los principales centros fueron Capua, Nola y Pompeya, así como una serie de yacimientos próximos a Salerno.

Tarquino I (fechas tradicionales, 616-579 a.C.), quien según nuestras fuentes transformó el aspecto del centro urbano de Roma. Los testimonios arqueológicos corroboran la tradición histórica, que puede ofrecer información fidedigna sobre el último siglo de la monarquía.

Tarquino Prisco fue un etrusco que emigró a Roma, donde fue aceptado en los círculos más influyentes, siendo elegido rey a la muerte de Anco Marcio. Gobernó durante más de 35 años y le sucedió Servio Tulio, un hombre de origen incierto que se apoderó del trono en una revolución palaciega seguida del asesinato de Tarquino. El largo y próspero reinado de Servio tuvo un violento final al ser también asesinado, en un golpe llevado a cabo por su hijo político y sucesor, Tarquino II, que a su vez era hijo o nieto de Tarquino I. También conocido como Tarquino el Soberbio, fue un despótico y brutal gobernante, finalmente derrocado en el 509 a.C. por un grupo de aristócratas que establecieron un gobierno republicano.

La historia es muy simple, aunque la realidad pudo haber sido más compleja. Por ejemplo, el emperador Claudio descubrió alguna información sobre un rey de Roma llamado Mastarna, que no aparecía en la lista tradicional de los siete reyes citados en las obras de los historiadores. Este dato sugiere que pudo haber habido más de tres reyes de Roma en el siglo VI a.C. y que la historia dinástica de este período fue más confusa de lo que pretende la tradición.

Lo mismo puede decirse de la caída de la monarquía. Se ha dicho que este acontecimiento tuvo lugar a raíz de la violación de Lucrecia por uno de los hijos de Tarquino. Éste fue expulsado, pero intentó volver a Roma con ayuda del *lars* Porsenna de Clusium. Aunque las historias convencionales sostienen que el ataque de Porsenna fue repelido por los romanos, gracias en parte a Horacio y sus dos compañeros, quienes defendieron el puente, otras fuentes históricas aseguran que Porsenna consiguió realmente conquistar Roma. Esta versión menos grata parece más plausible que la más patriótica (y romántica), e incluso puede ser que el derrocamiento de la monarquía fuera ocasionado no por el destino de Lucrecia, sino por el ejército invasor del *lars* Porsenna. Sea como fuere, los pormenores anecdóticos de la historia son de importancia secundaria. Lo que importa es que los elementos estructurales principales estén bien fundados y nos permitan hacer generalizaciones sobre el carácter de la sociedad romana en el período tardío de la monarquía.

El primer punto digno de mención es que se produjo un cambio notable en el carácter de la propia monarquía. Los últimos reyes basaban su posición en el apoyo popular y desafiaban el poder y privilegios de los aristócratas. De este modo, Tarquino I obtuvo el trono por aclamación de las masas y colocó hombres nuevos en el Senado. Servio Tulio y Tarquino II fueron más allá al rechazar abiertamente los procedimientos tradicionales y oponerse con todas sus fuerzas a la aristocracia. Ambos alcanzaron el poder por medios ilegales y gobernaron sin molestarse en obtener la aprobación de los dioses ni el voto de los *comitia curiata*. Tarquino II ignoró totalmente el consejo del Senado, dio muerte a sus más destacados miembros y se comportó como un tirano. La comparación más exacta podemos encontrarla en los tiranos que gobernaban en muchas de las ciudades griegas durante este mismo período.

Al igual que los tiranos griegos, los tres últimos reyes de Roma llevaron a cabo una ambiciosa política exterior, fomentaron las artes y se embarcaron en grandes proyectos arquitectónicos. Los tiranos griegos asimismo intentaban legitimar su posición atribuyéndose el especial y personal favor de los dioses; por ejemplo, Pisístrato de Atenas se presentaba a sí mismo como protegido de Atenea. De la misma forma, según parece, Servio Tulio alegó tener cierto parentesco con la diosa Fortuna, a la que construyó un templo en el Forum Boarium (las excavaciones han revelado, en realidad, parte de los cimientos de un templo arcaico en esta parte de la ciudad, datado precisamente a mediados del siglo VI a.C.).

Pero el rasgo más destacable de la tiranía fue su carácter populista. Los tiranos expropiaron los bienes de sus adversarios y los repartieron entre sus amigos y partidarios; al mismo tiempo impugnaron los privilegios oligárquicos y ampliaron el derecho de voto a grupos más amplios. Dentro de este contexto es donde debemos considerar las «reformas constitucionales» de Servio Tulio. Se ha dicho de Servio que creó los *comitia centuriata*, una nueva asamblea en que los ciudadanos se distribuían en unidades de voto llamadas centurias, clasificadas de acuerdo con la cantidad de bienes que poseían y con las capacidades militares según las armas y armaduras que podían costearse.

Las fuentes atribuyen a Servio la creación de un complejo sistema que comprendía cinco clases de infantería clasificadas según su riqueza y sus posibilidades de armarse. Este sistema, por lo tanto no puede datarse con anterioridad al siglo VI. Pero no existe razón alguna para dudar de que Servio introdujera la organización centuriada. Es probable que a él debamos atribuir un sistema más simple, del que tenemos algunas referencias en fuentes antiguas, en las que sólo se habla de una clase de infantería. Ésta se componía de hombres que poseían una cantidad mínima de bienes y eran llamados *adsidui*, para distinguirlos de los pobres que constituían la *infra classem* (clase inferior) y estaban excluidos del ejército. Los pobres eran llamados *proletarii*, ya que lo único que tenían eran hijos (*proles*).

A pesar de los pocos datos que poseemos la interpretación más aceptada es que la infantería constaba, en sus orígenes, de 60 centurias (en épocas posteriores este número fue la dotación corriente de una legión romana) y la caballería de unas seis centurias adicionales. Es lógico suponer que en el tiempo de su introducción la centuria fue un cuerpo de 100 hombres; es decir, que en la época de Servio Tulio, Roma contaba con una fuerza potencial de combate de 6.000 soldados de infantería y 600 de caballería.

La reforma estuvo probablemente relacionada con la introducción de técnicas militares más perfeccionadas y de un método disciplinado de combate en formación cerrada. Se ha dicho que los romanos aprendieron estas nuevas tácticas de los etruscos, que a su vez las habían tomado de la infantería pesada griega, los célebres hoplitas. Los hoplitas, al igual que los *adsidui* de Servio, tenían bienes suficientes como para poderse equipar ellos mismos. Las mejoras introducidas en el ejército dieron a estos hombres los medios necesarios para intervenir en cuestiones políticas, y a menudo se vio que los tiranos eran capaces de alcanzar el poder y desafiar a los aristócratas gracias a estar apoyados por los hoplitas.

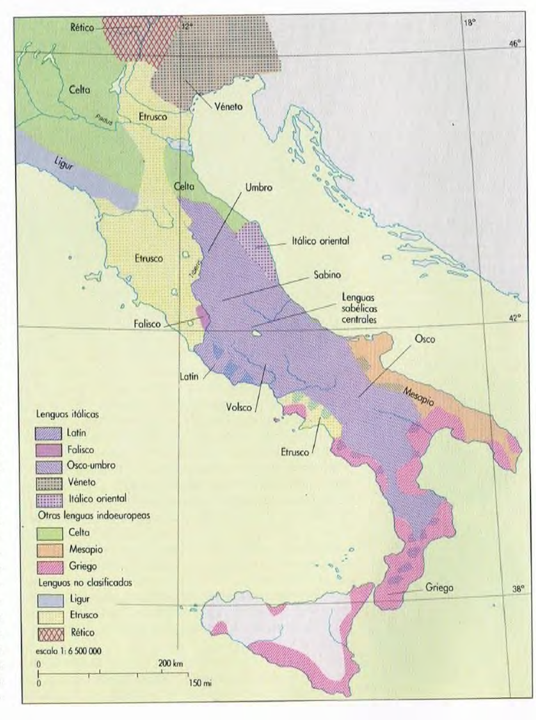
También se ha dicho de Servio que modificó las bases de la ciudadanía al crear nuevas tribus locales, a las que los nuevos ciudadanos eran asignados según su residencia. Esto tuvo como resultado conceder el derecho de voto a gran número de inmigrantes y a otros que no eran miembros de las *curiæ* y habían sido hasta entonces excluidos del conjunto ciudadano. A partir de este momento cayeron en desuso las viejas tribus de Rómulo y las *curiæ*.

El carácter popular y aristocrático del régimen de los últimos reyes está confirmado por la posterior actitud romana con respecto a la autoridad monárquica. En el período republicano la sola idea del rey provocaba una aversión patológica. Es difícil creer que ésta se debiera únicamente a la memoria popular de los crímenes de Tarquino II; es mucho más probable que fuera una manifestación de la profunda ideología aristocrática de la clase gobernante de la república. Esta clase estaba dominada por una reducida oligarquía de «nobles» que reclamaban el derecho exclusivo a competir por los puestos de poder e influencia, y dignificaban esta situación con el nombre de «libertad» (*libertas*). Los romanos fueron siempre conscientes de la incompatibilidad básica entre monarquía y *libertas*, y tomando precauciones en contra de la implantación de la primera esperaban defender y conservar la segunda. La tradición es probablemente exacta cuando dice que dos de las primeras acciones de los nuevos líderes de la república fueron hacer jurar al pueblo que no permitiría nunca a ningún hombre ser rey de Roma, y legislar contra cualquiera que ambicionara una posición monárquica en el futuro; pero la idea que realmente horrorizaba a los nobles era que uno de ellos intentara situarse por encima de sus iguales al defender las necesidades de las clases bajas y que por ello ganara su apoyo.

Esto explica por qué todas las acusaciones serias de monarquismo (*regnum*) en la república fueron dirigidas contra disidentes de la minoría gobernante, cuyo único delito, por cuanto nosotros podemos saber, fue dirigir sus esfuerzos y recursos personales en ayuda de los pobres. Éste fue el caso del desafortunado Espurio Maelio, ejecutado en 440, y de M. Manlio, quien sufrió un destino similar en 382. Posteriormente los asesinatos de los Gracos fueron también justificados, pretextando que los hermanos habían ambicionado la dignidad real. Por muy absurda que esta acusación pueda parecer, en realidad no fue simple retórica. Por aquel entonces no se dudó de que la sincera creencia de quienes abiertamente expresaban su odio a la monarquía, ocultaba un miedo inconsciente a las clases bajas.

Abajo: El «Lapis Niger» es el documento público más antiguo de Roma. La inscripción fragmentaria en piedra, que fue encontrada en una zona de mármol negro que pavimentaba el foro, data probablemente de principios del siglo VI a.C. El texto, escrito en un latín muy arcaico, no se puede interpretar completamente pero parece una especie de prescripción ritual para la realización de un culto o el mantenimiento de un santuario.





Colonias griegas y fenicias en el Mediterráneo occidental.



Arriba: Moneda de P. Porcio Laeca, del 110 o 109 a.C. La *provocatio* o derecho de apelar al pueblo fue considerado un elemento fundamental de la ciudadanía romana. La moneda muestra la *provocatio* en acción y lleva escrita la leyenda *provoco* («yo apelo»).

Izquierda: Las lenguas de la Italia prerromana, 450-400 a.C. Antes de la conquista romana Italia era una región de gran diversidad étnica, cultural y lingüística. Nuestro conocimiento de las lenguas de la Italia romana es muy limitado, pero al examinar los pobres restos de inscripciones, nombres de lugares y otras indicaciones los eruditos han podido dividir las lenguas protoitalianas en distintos grupos. La división principal es entre lenguas indoeuropeas y no indoeuropeas (el ejemplo más importante de estas últimas es el etrusco).

La Roma primitiva y los etruscos

La visión tradicional, que considera el final de la monarquía como una reacción contra la tiranía, es sin duda más convincente que una teoría moderna que interpreta la expulsión de los Tarquinos como un momento de liberación nacional y el final de un período de dominación etrusca en Roma. Es cierto que los Tarquinos eran de origen etrusco, pero esto no quiere decir que algún poder etrusco tuviera a Roma subordinada bajo su dominio. La tradición sostiene que Roma fue una ciudad independiente bajo los reyes y no hay ninguna prueba que indique lo contrario (aparte del breve episodio del *lars* Porsenna).

Por otra parte, es evidente que la vida cultural de Roma está fuertemente incluida por la civilización de Etruria, hecho plenamente admitido por la tradición. Por ejemplo, las insignias reales, especialmente los *fasces,* haz de varas y hachas que simbolizan los poderes reverenciales del posesor de *imperium*, fueron tomados de Etruria, como lo fueron asimismo los juegos, la ceremonia del triunfo y ciertas prácticas y cultos religiosos. Los dioses etruscos fueron también adoptados por Roma; se han hallado en las excavaciones numerosas muestras de cerámica *bucchero* y existen pruebas de que empezó a producirse cerámica local que la imitaba. La influencia etrusca es también manifiesta en la arquitectura y en las artes decorativas, y la presencia de artesanos etruscos viene señalada por el hecho de que Tarquino II hizo llamar a un escultor de Veyes llamado Vulca para que realizara la estatua del gran templo de Júpiter.

Algunas inscripciones etruscas de Roma muestran que la mayoría de sus habitantes eran latinoparlantes. La lengua latina presenta muy pocos rasgos de influencia etrusca, lo que sería sorprendente en caso de que la ciudad hubiera estado bajo dominio etrusco durante un largo período de tiempo. Además, el latín fue el idioma empleado en los documentos públicos, como por ejemplo la inscripción situada en la parte inferior de la célebre Piedra Negra, que data de principios del siglo VI a.C. Que cierto número de familias etruscas tuvieran su residencia fija en Roma está demostrado por la presencia de nombres etruscos entre los cónsules de los primeros años de la república. Ello demuestra, en parte, que el fin de la monarquía no supuso la expulsión masiva de los etruscos que vivían en la ciudad.

Según indican los datos, los romanos aceptaron sin reticencias a los inmigrantes dentro de su sociedad. Este curioso rasgo de la Roma arcaica, completamente aceptado por la tradición histórica, parece haber sido también característico de algunas de las ciudades etruscas, donde las inscripciones han revelado la presencia de familias de origen griego, latino e itálico. Estos testimonios hacen suponer la existencia de importantes movimientos migratorios que permitían la libre circulación de individuos y grupos que se trasladaban de una comunidad a otra. Éstos eran aceptados y se integraban dentro de su estructura social e incluso en sus más altos niveles. De esta forma, la historia del anciano Tarquino, que abandonó por propia decisión Tarquinia para buscar fortuna en Roma, podría ser otro ejemplo que otorgaría mayor credibilidad a las fuentes literarias que



Izquierda: Importante inscripción arcaica descubierta en 1977 durante las excavaciones en el templo de Mater Matuta en Satricum, al sur del Lacio. La parte conservada del texto reza: «Los camaradas de Publio Valerio lo dedicaron a Marte». El Publio Valerio en cuestión puede ser el gran Publio Valerio Publícola, uno de los primeros cónsules de la república; sin embargo, la importancia real del texto radica en que confirma el retrato de una sociedad dominada por bandas de guerreros que prestaban lealtad a los líderes y clanes aristocráticos.

a las teorías modernas que pretenden reemplazarlas.

Los orígenes de la república romana

En el 509 a.C. un grupo de aristócratas expulsó a Tarquino y puso fin a la monarquía. En su lugar, instituyeron una magistratura colegiada, en la cual dos hombres compartían el poder supremo. Los cónsules, como se les llamó después (en un principio fueron conocidos simplemente como «pretores», y aquí el término cónsul se emplea para evitar confusiones), eran elegidos por los *comitia centuriata* y desempeñaban el cargo por un período de un año. No era permitida la reelección en períodos consecutivos. Los cónsules tenían *imperium* (aunque estaban obligados a acatar el voto de los *comitia centuriata*) y conservaron todos los signos externos de la monarquía, aunque los fundadores de la república dispusieron que los cónsules debían poseer los *fasces* por turnos, para no dar la impresión de haber sustituido a un rey por dos.

Pero el poder de los cónsules estaba limitado en otros aspectos más importantes. Según la tradición, en el primer año de la república fue aprobada una ley que dio a las ciudades el derecho de recurrir (*provocatio*) al pueblo contra una decisión de un magistrado. Algunos especialistas ponen en duda la autenticidad de esta ley y la consideran un precedente ficticio de leyes similares aprobadas en el 449 y 300 a.C.; pero no hay pruebas de ello y la tradición no es, desde luego, tan incierta como se pretende. Su libertad de acción, además, estuvo limitada por el hecho de que su cargo era colegiado y anual. Los principios paralelos de «colegialidad» y «anualidad» se convirtieron en elementos básicos de la práctica constitucional romana y fueron aplicados a todas las magistraturas posteriores; la única excepción (parcial) fue la dictadura. El principio colegiado pretendía que los proyectos de cualquier cónsul pudieran ser frustrados por la intervención de sus colegas, ya que se acordó que en cualquier disputa debía prevalecer la opinión negativa. La limitación del mandato del cónsul a un año reducía asimismo las posibilidades de perjudicar al resto y aseguraba que la continuidad de gobierno y la dirección política del sistema dependiera del Senado, en el que se elegía a los cónsules y al que regresaban. De hecho, aunque el Senado sólo podía aconsejarles, debido a que sus miembros más influyentes habían sido cónsules con anterioridad, su opinión determinaba de hecho las acciones de quienes ejercían el cargo por un tiempo. El Senado fue una encarnación viviente de la tradición romana y el depositario de la sabiduría y la experiencia política. En la práctica era el cuerpo gobernante de Roma y los magistrados meros ejecutores.

La única excepción a estas reglas básicas fue la dictadura, instituida hacia el 500 a.C. En casos de excepcional peligro los cónsules podían nombrar un dictador para que actuara como comandante supremo y cabeza del Estado. Tenía un ayudante, el jefe de la caballería, subordinado estrictamente al dictador. No cabía apelación en contra de un dictador, que no podía ser discutido por sus colegas; por otro lado, la duración de su cargo era sólo de seis meses.

Entre otros magistrados estaban los cuestores, que ayudaban a los cónsules; eran elegidos por votación popular a partir de 447 a.C., y los censores, elegidos por primera vez en el año 443. Éstos se encargaban de las tareas que antiguamente habían desempeñado los cónsules; la más importante de sus obligaciones era llevar a cabo el censo de la comunidad, fijar los derechos y obligaciones de los ciudadanos y asignarlos a las tribus y centurias correspondientes. Los censores eran elegidos a intervalos de cuatro o cinco años y ejercían el cargo durante dieciocho meses.

El nuevo sistema constituía un conjunto muy sofisticado de instituciones políticas que, por lo que sabemos, no tenían parangón en el mundo griego ni en Etruria. Por esta razón algunos especialistas han dudado de que una institución única como el consulado pudiera haber surgido de la nada en los inicios de la república, argumentando, en cambio, que el consulado se desarrolló gradualmente a partir de un sistema más primitivo en que el estado era gobernado por un dictador anual o un único magistrado principal (*praetor maximus*). Pero no hay ninguna prueba convincente que apoye estas teorías.

De hecho existen buenos motivos para pensar que los padres fundadores de la república estaban muy lejos de ser unos políticos inexpertos. Una de sus innovaciones más atrevidas fue el nombramiento de un oficial destinado a encargarse de las antiguas funciones religiosas del rey. Este oficial fue llamado *rex sacrorum* (rey de los sacrificios). Sus funciones eran puramente religiosas y no le estaba permitido ocupar ningún otro cargo. La prohibición fue sin duda concebida para evitar que el título de «rey» se asociara a un determinado rango o poder político. Según A. Momigliano, «el doble consulado no fue una forma usual de gobierno e implicó cierta madurez. La madurez de los hombres que crearon el *rex sacrorum* para aislar y anular el poder sagrado de los reyes. Nosotros vemos detrás de ello a una aristocracia vigilante e inquieta trabajando en los inicios de la república romana».

Mas, pese a su complejidad, el nuevo sistema no pudo (ni se lo propuso primordialmente) asegurar un gobierno estable y bien ordenado. Por el contrario, la historia política y militar de Roma en el primer medio siglo de existencia de la república es una imagen confusa de tumulto y desorden. Parece ser que la autoridad fuertemente centralizada establecida por los reyes, y que desapareció con la caída de

Abajo: Moneda de L. Casio Ceciano (102 a.C.). El busto de Ceres en el anverso rememora la dedicación del templo plebeyo de Ceres en el Aventino por Espurio Casio en 493 a.C.





Tarquino, dio paso a un resurgimiento de la rivalidad entre poderosos grupos e individuos, que consiguieron reanudar sus actividades al margen del control del Estado y actuar con ejércitos propios de subordinados y clientes.

El mejor ejemplo de esta situación es la historia del líder sabino, Atio Clauso, que emigró a Roma en el 504 a.C. con 5.000 clientes y subordinados; tomando el nombre de Apio Claudio, fue admitido en el Senado y se convirtió en el antecesor de la *gens* Claudia. Otros ejemplos del mismo fenómeno son el intento de golpe de estado de Apio Herdonio, que en 460 a.C. ocupó el Capitolio con un grupo de 4.000 clientes, y la guerra privada de los Fabios y sus clientes, quienes en el 477 a.C. fueron aniquilados por los etruscos en la batalla del río Cremera. La importancia política de los Fabios en este período queda confirmada por el hecho de que por siete años consecutivos a partir de 479 a.C. (momento del inicio de la campaña de Cremera), uno de los cónsules fue siempre un Fabio; tras el desastre de Cremera los Fabios estuvieron apartados del consulado hasta 467.

La visión general de una sociedad dominada por grupos o bandas cerradas bajo el liderazgo aristocrático se puede confirmar gracias al reciente descubrimiento de una inscripción, procedente de Satricum, en honor a Marte, de los «compañeros de Publio Valerio». La inscripción data aproximadamente del 500 a.C., lo que aumenta la posibilidad de que fuera el célebre P. Valerio Publícola uno de los padres fundadores de la república. La cuestión más importante es señalar la existencia de un grupo de hombres que se autodefinían no como ciudadanos de un estado o miembros de un grupo étnico, sino como compañeros de un caudillo. La palabra latina *sodales*, aquí traducida por «compañeros», implica un grupo unido por un fuerte sentido de solidaridad y lealtad al servicio de uno o varios jefes. La misma palabra es también utilizada por Tito Livio para calificar a los seguidores de los Fabios en Cremera. Parecidas agrupaciones se encuentran en muchas sociedades aristocráticas: podemos recordar, por ejemplo, a los celtas *ambacti* (circundantes), que acompañaban a los capitanes galos y que fueron considerados por César como similares a los clientes (*Guerra de las Galias*, 6.15).

Parece que esta estructura social tuvo su apogeo durante un breve período que siguió a la desintegración del régimen centralizado y ordenado de los reyes. Muchas de las instituciones cívicas creadas bajo los últimos reyes debieron caer en desuso cuando los aristócratas se hicieron con el poder en 509 a.C. Debemos suponer, por ejemplo, que el sistema centurial de Servio Tulio era bastante impreciso e ineficaz en tiempos de la batalla de Cremera. Pero el ímpetu aristocrático finalizó en el segundo cuarto del siglo V. Esto sucedió en parte como consecuencia de la catástrofe de Cremera, que fue en realidad uno más de una serie de reveses militares. Pero el reto principal al orden aristocrático provino de un factor completamente nuevo, que empezó a dejarse sentir por aquellos años: este factor fue la recién organizada fuerza de la *plebs*.

El ascenso de los plebeyos

La historia de Roma durante los dos primeros siglos de la república está dominada por el conflicto entre los patricios y los plebeyos. Aunque las fuentes a que podemos acudir aportan muchos datos sobre esa lucha, conocida como «lucha de clases», por desgracia no estamos en condiciones de entenderla. La explicación de esta paradoja es que los principales problemas planteados en el conflicto fueron resueltos mucho antes de que hubieran nacido los primeros historiadores de Roma y, por tanto, éstos sólo podían tener una vaga idea de la naturaleza de los conflictos que intentaban describir. Las narraciones que han sobrevivido están llenas de anacronismos y distorsiones; son pocos los hechos ciertos y cualquier reconstrucción moderna está condenada a no pasar de meras suposiciones.

Entenderíamos mucho mejor la historia del conflicto si supiéramos cómo definir a los patricios y plebeyos. Lo que las fuentes dicen sobre los orígenes de tal distinción es ciertamente insuficiente y, al menos en parte, incorrecto. Según las mismas, los patricios eran los descendientes de los primeros senadores elegidos por Rómulo. Algo de verdad hay en ello, por cuanto que los patricios fueron un conjunto de familias senatoriales con ciertos privilegios hereditarios, uno de los cuales fue, probablemente, el derecho a un puesto en el Senado. El Senado en realidad, estaba compuesto de dos grupos, los padres y los conscritos (*patres et conscripti*), de los cuales sólo los primeros eran patricios. Si los padres patricios fueron senadores hereditarios, los *conscripti* fueron posiblemente el equivalente a los pares medievales.

Los senadores patricios tuvieron ciertas prerrogativas durante la república. Por ejemplo, eran ellos quienes elegían al *interrex* (que era patricio), siempre que fuese necesario. Asimismo monopolizaban los sacerdocios, tenían el derecho exclusivo a recibir los auspicios y poseían la *auctoritas* por la cual eran aprobadas las decisiones de los *comitia*. A partir de esto se deduce que el estatus patricio se basaba en la posesión hereditaria de ciertos privilegios religiosos, quizá otorgados (durante la monarquía) a un grupo concreto de familias, cuando el *interregnum* era una institución regular e importante.

Sin embargo, no podemos pensar que la clase gobernante romana fuera, desde los primeros tiempos, exclusivamente patricia. Esta posibilidad parece excluida por el hecho de que cuatro reyes y alguno de los primeros cónsules, incluyendo al propio Bruto, fueron plebeyos o, al menos, llevaban nombres que más tarde fueron considerados plebeyos. La interpretación más probable es que las familias sacerdotales de los patricios participaron de forma destacada en el establecimiento de la república y ampliaron gradualmente su influencia durante los primeros años de ésta, sin duda haciendo pleno uso de sus prerrogativas religiosas, hasta que adquirieron el virtual monopolio del poder político. A partir de 486 a.C. el 77 % de los cónsules fueron patricios: esta proporción se incrementó hasta el 90 % en los años comprendidos entre el 485 y el 445. La desgracia y ejecución de Espurio Casio, el cónsul plebeyo del 486, puede incluirse dentro de este proceso, denominado «cerrazón del patriciado». La fase final llegó en 450 con la prohibición de matrimonios entre los diferentes órdenes.

El ascenso de la *plebs* tuvo un desarrollo paralelo, pero sus orígenes son aún más oscuros. El término *plebs* se emplea en ocasiones para designar a todos los ciudadanos romanos que no eran patricios, pero seguramente no fue ése el significado original. En latín

clásico el término también tiene el significado más específico de «las masas» o «el pueblo llano», en frases como *plebs urbana* (plebe urbana). Es probable que la *plebs* fuera en su origen un grupo particular de personas sin privilegios. Y es perfectamente posible que la primitiva *plebs* no fuera un grupo bien definido, sino más bien un conjunto heterogéneo de hombres pobres, débiles y vulnerables de diversos orígenes y antecedentes. Probablemente incluía campesinos, artesanos, tenderos, comerciantes, etc. Buscar en los remotos orígenes de la *plebs* es casi con toda seguridad el modo en que no se debe abordar el problema. Lo importante es que los plebeyos entraron en la historia durante los primeros años de la república, cuando surgieron como un movimiento organizado; y es describiendo esta organización e investigando sus propósitos como esperamos comprender mejor a la *plebs* romana.

En el 494 a.C. los plebeyos, agobiados por las deudas y la opresión, se retiraron de la ciudad y ocuparon el Monte Sacro (o, de acuerdo con una tradición alternativa, el Aventino). Allí se organizaron en lo que equivalía a un estado independiente o «estado dentro de un estado». Crearon una asamblea, el *concilium plebis*, y eligieron a sus propios representantes, conocidos como tribunos. En un principio hubo sólo dos tribunos, pero su número se incrementó más tarde a diez. El tribunado empezó a existir a través de lo que los romanos llamaron una *lex sacrata*. Ésta fue una resolución colectiva acompañada por un solemne juramento de los que tomaban parte. Los plebeyos juraron proteger a sus tribunos y conjurar maldiciones contra cualquiera que les dañara. Los tribunos, de este modo, se convirtieron en «sacrosantos».

La *lex sacrata* es, por otra parte, conocida como un rasgo distintivo de la primitiva organización militar de los pueblos itálicos. Entre los samnitas, por ejemplo, hallamos grupos de guerreros que juraron obedecer a sus caudillos y seguirlos hasta su muerte. Existen asimismo claras afinidades con los grupos de compañeros o *sodales* que, como hemos visto, acompañaban a los líderes aristocráticos de principios de la república. Probablemente es cierto que los plebeyos, que estaban excluidos de estos grupos y no gozaban de especial protección aristocrática, resolvieron formar una organización rival que contrarrestara las herméticas agrupaciones en que se apoyaba el poder de los patricios.

Los patricios constituían una pequeña minoría dentro de la población total de la ciudad (los antiguos romanos calculaban que existían 136 familias patricias en el 509 a.C.), y fueron capaces de controlar el Estado sólo gracias al apoyo de sus clientes. Estos últimos parecen haber disfrutado en muchos casos de una posición acomodada, que debían a los patronos de los que dependían; de este modo tenían interés en preservar el *status quo*. Los clientes de los patricios podían costearse armas y estaban incorporados a la *classis* servia, que probablemente llegaron a dominar. Esto explica por qué los patricios conservaron su privilegiada posición y el cuello sobre los hombros durante unos doscientos años.

La organización de la *plebs* fue un poderoso y potencial instrumento de cambio. Su fuerza provenía fundamentalmente de su solidaridad colectiva y no de ninguna autorización legal, aunque con el tiempo los patricios se vieron obligados a reconocer las instituciones plebeyas a través de una serie de decretos tales como la *lex Publilia*, del 471 a.C., y las leyes de Valerio-Horacio, del 449. La fase final de este proceso tuvo lugar en el 287, cuando las resoluciones de la asamblea plebeya (*plebiscita*) recibieron el pleno apoyo de la ley. El arma fundamental de la *plebs* fue la «secesión», una forma extrema de desobediencia civil a la que se recurrió no menos de cinco veces entre el 494 y el 287 a.C. En tales ocasiones la *plebs* se retiró en masa de la ciudad al Aventino, que se convirtió en el centro por excelencia de la actividad plebeya.

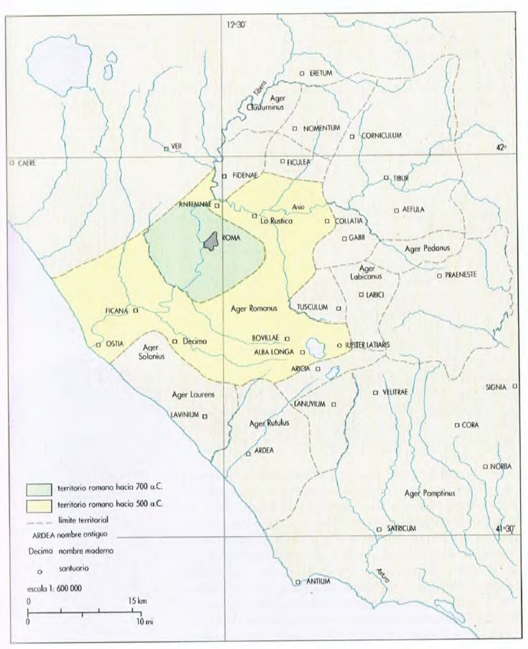
En el 493 a.C., año que siguió a la primera secesión, el cónsul Espurio dedicó un templo a Ceres, Líber y Líbera al pie del Aventino. El templo se convirtió en un importante centro de culto plebeyo y fue, a su vez, usado como tesorería y archivo. Al mismo tiempo la *plebs* creó dos cargos, llamados ediles, cuyo trabajo consistió en el mantenimiento y administración del templo (*aedes*).

Los tribunos de las *plebs* llegaron a ser sumamente importantes. Aunque no eran magistrados en el sentido estricto y no tenían *imperiun*, poseían un poder efectivo (*potestas*) que les permitía actuar como si fueran magistrados. Podían imponer su voluntad por coacción (*coercitio*), establecer multas, encarcelar e incluso aplicar la pena de muerte. Debido a su inviolabilidad personal, los tribunos podían proteger a los individuos plebeyos contra los malos tratos de los cónsules dándoles asistencia (*auxilium*). Además estaban capacitados para «interceder» en los procedimientos generales legislativos, deliberativos y ejecutivos de los órganos oficiales del Estado y, de este modo, paralizar sus asuntos. Fue el famoso «veto» tribunicio (*intercessio*).

Los principales objetivos de la agitación plebeya en los primeros años fueron conseguir un alivio de las deudas y una distribución más equitativa de las riquezas, especialmente de la tierra. En materia de deudas, los plebeyos parecen haberse mostrado especialmente preocupados por una forma de esclavitud por deudas llamada *nexum*. Esta práctica no está claramente definida en nuestras fuentes. La interpretación más verosímil es que el *nexum* era un contrato por el cual un hombre libre ofrecía sus servicios como fianza de su préstamo; si faltaba a su obligación de devolver el préstamo (con un interés adicional previamente establecido), podía ser obligado a trabajar como pago de la deuda. El *nexus* no era un esclavo, por cuanto él seguía siendo un ciudadano y, al menos en teoría, conservaba sus derechos legales. La condición de *nexum* llegó a estar muy extendida y fue el origen de un intenso rencor, quizás debido a que los *nexi* estuvieron en la práctica sujetos a todo tipo de abusos y se encontraban con que era casi imposible liberarse de la situación de esclavitud una vez establecida. La agitación plebeya contra el *nexum* continuó hasta que fue totalmente abolido por una *lex* del 326 o 313 a.C., la *lex Poetilia*.

El segundo motivo de queja de la *plebs* fue el apetito de tierras. De acuerdo con la tradición, los lotes de tierra que los campesinos poseían en la Roma primitiva eran sumamente pequeños. Se dice que Rómulo entregó a cada uno de sus seguidores una parcela de tiera de dos *iugera* o yugadas (1 *iugerum* = 0,25 hectáreas) como *heredium* (propiedad hereditaria). Otras fuentes dan a entender que el tamaño normal de un terreno campesino en los primeros tiempos fue de siete *iugera*. Pero ya que incluso esta última cifra representaba menos de la mitad del mí-

Roma y sus vecinos durante la monarquía. La extensión del territorio romano en el primer período monárquico (hacia el 700 a.C.) fue conmemorada en el festival de *Ambarvalia*, un tipo de ceremonia de «golpeadores de los límites» que se celebraba cada año en mayo, y en la cual los sacerdotes romanos (los «hermanos arvales») trazaban una frontera que se extendía a unos pocos kilómetros alrededòr de la ciudad. Según nuestras fuentes, las conquistas hechas bajo los reyes llevaron los confines del territorio romano hasta las colinas albanas, en el sur, y por el oeste hasta la desembocadura del Tíber, donde Anco Marcio estableció un fuerte en Ostia. El mapa muestra la extensión aproximada de los territorios de varias comunidades latinas a finales de la monarquia. Como se puede observar, los límites son conjeturales y siguen las líneas sugeridas por K. J. Beloch, que estimó sus respectivas áreas como sigue (en kilómetros cuadrados): Roma 822; Tibur 351; Praeneste 262,5; Ardea 198,5; Lavinium 164; Lanuvium 84; Labici 72; Nomentatum 72; Gabii 54; Fidenae 50,5; Tusculum 50; Aricia 44,5; Pedum 42,5; Crustumerium 39,5; Ficulea 37. Aceptamos estas cifras como orden de magnitud. Roma ocupaba asi pues, más de la tercera parte del territorio del Lacio y ostentaba la jefatura politica de la región. Este cuadro general está confirmado por los hallazgos arqueológicos, que permiten concluir que Roma era un Estado rico y poderoso a finales del siglo VI, y por el texto del tratado con Cartago (509 a.C.), en que la hegemonía de Roma en el Lacio es reconocida explícitamente.



nimo requerido para que una familia pudiera subsistir, debemos suponer que los campesinos tenían acceso a otras tierras. La explicación más probable es que los campesinos contaban con el acceso a las tierras públicas, el *ager publicus*. Ésta era tierra perteneciente al Estado, en su origen adquirida por conquista y que podía ser ocupada y utilizada como pasto por los granjeros. Pero parece ser que en época temprana la tiera pública pasó a manos de los ricos patricios, quienes la anexionaron a sus propiedades y redujeron a los pobres a la dependencia, al obligarles a pagar una parte del producto de disfrute de las tierras. La agitación para la redistribución del *ager publicus* se encuentra muy documentada durante el siglo V a.C. Estas informaciones no deberían ser rechazadas como anacrónicas para conocer la situación social de la era de los Gracos. La necesidad de tierras, la pobreza y las deudas fueron características constantes de la sociedad romana, presentes desde los primeros tiempos.

La *plebs* pidió también que la ley fuera codificada y publicada. La campaña en favor de esta medida condujo, en 451, a la suspensión de la Constitución y al nombramiento de diez legisladores (los «decemviros»). Los decemviros estuvieron en el poder durante dos años, en los que publicaron doce «tablas» de leyes. Sin embargo, en el 450 empezaron a abusar de su posición y fueron destituidos. Los cónsules L. Valerio y M. Horacio aprobaron, en 449, una serie de leyes que reafirmaron los derechos de los ciudadanos y reconocieron las instituciones plebeyas.

Las Doce Tablas fueron la base de la ley romana. El texto íntegro no se ha conservado, pero puede reconstruirse en su mayor parte a partir de las citas. Escritas en lengua arcaica, toman la forma de concisos entredichos y prohibiciones. Por ejemplo: «Si le cita a un tribunal, déjale ir. Si no va, se llama a un testigo. Entonces él le detendrá» (1.1). «Si alguien ha mutilado un miembro a otro, a menos que llegue a un acuerdo con él, debe haber venganza» (8.2). Las Doce Tablas no fueron un código sistemático en el sentido moderno. Los principales temas tratados son la familia, el matrimonio y el divorcio, la herencia, la posesión y transferencia de la propiedad; agravios y delitos, deudas, esclavitud y *nexum*. Por otra parte, omitía todo lo referido a leyes públicas.

Las Doce Tablas son una mezcla de codificación e innovación. La principal innovación fue la prohibición de matrimonios entre patricios y plebeyos. Este decreto provocó una oleada de protestas, y pronto fue revocado por el tribuno C. Canuleyo (445 a.C.). Aparte de esa cláusula claramente excepcional, las Tablas dieron igualdad de derechos a todos los ciudadanos libres, que era lo que reclamaban los plebeyos. No obstante, todavía los individuos podían llevar a sus adversarios al tribunal y ejecutar la sentencia por sí mismos. Además, en dichas leyes no estaban codificadas las sentencias, que siguieron siendo un misterio para la mayoría de los romanos. Estas circunstancias permitían que los ciudadanos débiles y vulnerables encontraran poca protección en la ley y hubieran de seguir dependiendo de la protección de los ricos y poderosos.

Roma y sus vecinos

Bajo los primeros reyes, Roma fue un reducido asentamiento cuyas relaciones exteriores se limitaban a guerras locales y pequeñas disputas con sus vecinos. La tradición literaria habla de campañas contra la ciudad etrusca de Veyes, cuyo territorio se encontraba atravesando el Tíber desde Roma, y contra los asentamientos de los «antiguos latinos» al noroeste de Roma, en la región situada entre el Tíber y el Anio. Estos asentamientos (Antemnae, Corniculum, Ficulea, etc.) eran citados repetidas veces en las relaciones de las guerras de los primeros reyes, pero desaparecieron de éstas en el siglo VI, cuando se ampliaron los horizontes de Roma.

En los primeros tiempos el territorio de Roma se extendía unos siete kilómetros en cada dirección y medía alrededor de 150 kilómetros cuadrados en total. Pero esta superficie aumentó considerablemente durante el período de la realeza. Tulio Hostilio conquistó Alba Longa e incorporó su territorio al de Roma, mientras que Anco Marcio llevó las fronteras del estado romano hasta la costa y se anexionó Tellenae, Politorium y Ficana. En el siglo VI Roma extendió su influencia sobre una gran área geográfica y empezó a tener tratos no sólo con los centros históricos del Lacio, tales como Tibur, Lavinium y Ardea, sino también con las ciudades de Etruria y la Magna Grecia. Tuvo vínculos comerciales con Cartago y, durante el reinado de uno de los Tarquinos, estableció relaciones amistosas con la colonia griega de Massilia (Marsella), que perduraron hasta los tiempos imperiales.

Al parecer Servio Tulio erigió, en honor a Diana, un santuario en el Aventino, que se convirtió en

centro de culto común de la federación de los estados latinos bajo el liderazgo de Roma. La creación de este culto, junto con los nombres de las ciudades latinas que tomaban parte, fue registrada en una inscripción arcaica que todavía se podía ver en el Aventino en tiempos de Augusto.

El templo de Diana fue uno más entre los diversos lugares de culto compartidos por algunos o todos los pueblos latinos. El más venerado de estos santuarios fue el del monte Albano (Monte Cavo), donde cada año solían reunirse los representantes de los estados latinos para celebrar una fiesta en honor de Júpiter Latiaris. Otros cultos comunes de similares características se celebraron en Lavinium, Ardea y el monte Corne, cerca de Tusculum. Estas celebraciones dieron expresión a un sentimiento de afinidad entre los latinos, que compartían la misma lengua y cultura y una creencia en el origen racial común. Es posible que Servio Tulio intentara explotar esta antigua unión religiosa para sus fines políticos y para realzar la posición de Roma, convirtiéndola en un nuevo centro religioso del Lacio. Nuestras fuentes señalan que Roma fue, bajo Servio Tulio, el principal poder militar del Lacio, y que su sucesor, Tarquino II consiguió una hegemonía sobre los otros latinos. Se decía que había fundado una liga o federación política de estados latinos que se reunía en el bosque de Ferentina (*Lucus Ferentinae*), cerca de Aricia; y utilizó esta liga para organizar empresas militares conjuntas bajo el liderazgo romano.

La opinión de que Roma fue ya en el siglo VI la principal ciudad del Lacio está bien fundada. En primer lugar, se halla confirmada por lo que conocemos de la extensión de la ciudad y de su territorio. Bajo Servio Tulio el *pomerium*, el límite sagrado de la ciudad, se amplió hasta incluir el Quirinal, el Viminal y el Esquilino. El resultado final, «la ciudad de las cuatro regiones», comprendía una extensión total aproximada de 285 hectáreas. También se dijo de Servio Tulio que protegió a Roma con un muro defensivo. Hasta ahora no hay indicios arqueológicos que lo confirmen. La famosa muralla servia, cuyos impresionantes restos son visibles aún hoy, es de época republicana, pero puede que siga el trazado de las primeras fortificaciones. Es poco probable que Roma no contara en el período monárquico con alguna defensa, ya que sabemos que otros asentamientos latinos (como Lavinium) poseían murallas en el siglo VI. El área comprendida por el perímetro de los muros servios es de 427 hectáreas. Incluso aceptando la posibilidad de que hubiera grandes espacios abiertos o sin edificar dentro de las murallas, no cabe duda de que en el período arcaico Roma fue una gran ciudad. Un dato más de su extensión y prosperidad en el reinado de Servio Tulio nos lo proporciona la organización militar, que se componía de una fuerza de 6.000 soldados de infantería y 600 de caballería. Debido a que estas tropas eran reclutadas de entre las clases adineradas que podían proveerse de sus propias armas, debemos suponer que la población total, incluyendo mujeres, niños, ancianos, proletarios, esclavos y residentes extranjeros, fue muy considerable, quizá de más de 30.000 personas.

Se ha calculado que en el 500 a.C. el territorio de Roma abarcaba un área de unos 822 kilómetros cuadrados, incluidos los nuevos distritos tribales creados por Servio Tulio. Basándonos en el nivel probable de productividad, un área semejante podría albergar una población de entre 30.000 y 40.000 habitantes (con una densidad normal de 40 a 50 habitantes por kilómetro cuadrado), lo que coincide con el número ya postulado en relación con el ejército servio, y que, de hecho, debe ser la densidad real. Las otras comunidades latinas fueron, en comparación, muy pequeñas. La mayor de ellas, Tibur, poseía un territorio que no llegaba a la mitad del de Roma. Así pues, el Estado comprendía más de un tercio de la superficie total del Latium Vetus hacia el 500 a.C.

La plena confirmación del poder e importancia de Roma en esta época procede de un documento que ha llegado hasta nosotros a través del historiador griego Polibio (hacia 200-118 a.C.). Es el texto de un tratado entre Roma y Cartago que data del primer año de la república. El tratado (que es, casi con absoluta seguridad, un documento real) da por sentado que cierto número de ciudades están dominadas por los romanos, que además pretenden hablar en nombre de los latinos en general: «Los cartagineses no ofenderán a los pueblos de Ardea, Antium, Lavinium, Circeii, Terracina ni ninguna otra ciudad latina sometida a los romanos. En cuanto a los latinos que no lo están, no tocarán sus ciudades y si toman alguna de ellas la entregarán a los romanos indemne. No construirán fuertes en territorio latino. Si entran en el territorio armados, no pasarán en el una noche».

El tratado representa probablemente un intento del nuevo régimen republicano de conseguir un reconocimiento general y reafirmar la hegemonía de Roma en el Lacio. Sin embargo, parece que los líderes de la república no pudieron impedir que los latinos se aprovecharan de la debilidad temporal de Roma y organizaran una resistencia unida. Ésta se basó en la liga latina ya existente, que se reunía en el bosque de Ferentina y de la que los romanos fueron excluidos en esta ocasión. La alianza antirromana puede estar relacionada con un documento que se refiere a la fundación de un santuario común en honor a Diana en Aricia por Egerio Baebio de Tusculum, nombrado «dictador de los latinos». Este acto puede considerarse como un intento de crear un culto común a Diana que sustituiría al del santuario del Aventino en Roma proporcionando un centro religioso a la coalición.

La lucha que se desencadenó entre Roma y los latinos culminó en una épica batalla junto al lago Regillus en el 499 a.C., donde los romanos consiguieron una reducida victoria. Cinco años más tarde el cónsul romano, Espurio Casio redactó un tratado que fue grabado sobre una columna de bronce y colocado en el Foro, donde permaneció hasta la época de Sila. Las dos partes del tratado eran por un lado los romanos y por el otro todas las ciudades latinas. Estipulaba paz entre ellos, la cooperación militar contra los ataques de terceros y un pacto por el cual se compartirían botín y otras ganancias obtenidas en las guerras. El tratado dio también apoyo legal a la comunidad de derechos privados que había existido entre los latinos desde época inmemorial. La disposición tradicional consistía en que un individuo de una comunidad latina que buscara establecerse, pudiera disfrutar de todos los derechos y privilegios poseídos por sus habitantes y pudiera asimismo llegar a ser un miembro pleno de dicha comunidad, simplemente por instalar su residencia allí. Posteriormente estos derechos recíprocos fueron resumidos en los conceptos jurídicos de *conubium* (el derecho a

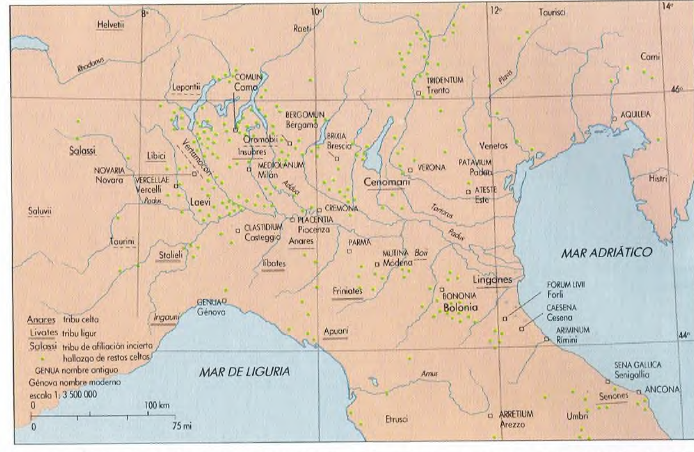
Abajo: Monedas de hacia 96 a.C. que conmemoran la victoria de A. Postumio Albino en el lago Regilo (499 a.C.). Las imágenes muestran una carga de caballería y a los gemelos divinos, Cástor y Pólux, de los que se dijo que habían peleado del lado romano y que más tarde aparecen en otra moneda dando de beber a sus caballos en una fuente del Foro.





Abajo: Esta tablilla de oro con inscripciones, procedente del puerto etrusco de Pyrgi, recuerda una dedicatoria del gobernante de Caere, probablemente de principios del siglo V a.C. El texto, escrito en etrusco, va acompañado de una breve versión en fenicio. Esto parece indicar estrechas relaciones entre los etruscos y los cartagineses de habla fenicia; los cartagineses también habían efectuado un tratado con Roma a principios de la república.





El norte de Italia bajo la ocupación de los celtas. Una tradición transformada en leyenda nos informa de que los celtas sintieron la tentación de invadir Italia a causa de sus ricos productos agrícolas, y especialmente el vino. Según Tito Livio los galos cruzaron los Alpes antes del 500 a.C., mientras que Polibio data la invasión alrededor del 400. La fecha exacta está entre ambas y parece que a lo largo del siglo v se establecieron las principales agrupaciones tribales en lo que más tarde sería la Galia Cisalpina: los insubres con su capital en Milán, los boii alrededor de Bolonia, los cenomani con sus centros en Brescia y Verona y los lingones y senones a lo largo del Adriático, en una región que fue conocida como *ager gallicus*. La presencia celta está confirmada arqueológicamente por hallazgos ampliamente distribuidos en pequeños yacimientos por todo el norte de Italia; sin embargo, las principales concentraciones están en Lombardía, la Romaña y el valle del Alto Adigio.



Arriba: Pintura de una tumba del siglo IV a.C. hallada cerca de Paestum, que representa a un cazador lucanio. Los lucanios eran un pueblo itálico relacionado con los samnitas que descendió desde las montañas del interior a las llanuras costeras del sur de Italia durante el siglo V a.C. En el 400 la mayoría de las ciudades griegas de la costa tirrénica (incluida Paestum) habían sido dominadas.



Arriba: Esta moneda del 43 a.C. muestra el culto arcaico a la estatua de Diana en el bosque de Aricia, que era un santuario común de los pueblos latinos en los primeros tiempos. La diosa está representada en sus tres formas: Diana, Hécate y Selene.

contraer matrimonio legal con una persona de otro estado), *commercium* (el derecho a realizar actividades comerciales con protección legal) y *migratio* (derecho a ser ciudadano de otro estado por el simple cambio de domicilio). Estos derechos quedaron probablemente definidos en el tratado de Espurio Casio.

El tratado puso las bases para una nueva liga latina, en la que los romanos dominaron. Esta liga fue administrada conjuntamente por representantes de Roma y latinos que seguían reuniéndose cada año en el bosque de Ferentina para discutir asuntos de interés común y preparar empresas militares conjuntas. El ejército aliado estaba formado probablemente por romanos y latinos en la misma proporción. Al parecer, los primeros proporcionaban el «comandante», aunque las pruebas, en lo que a esto último se refiere, no son muy claras, y es posible que el mando se repartiera entre ambos.

La fuerza militar de la reorganizada liga latina pronto se puso a prueba. A principios del siglo V el Lacio estuvo cada vez más amenazado por las incursiones de enemigos de más allá de sus fronteras, en particular sabinos, ecuos y volscos. El movimiento de estos pueblos en la llanura del Lacio fue consecuencia de una expansión general de las poblaciones del centro y sur de los Apeninos, hecho que tuvo amplias repercusiones; las ciudades griegas y etruscas de la Campania y los habitantes de la Magna Grecia se inquietaron por la presión creciente de los pueblos indígenas del interior.

Las incursiones de los sabinos hacia el interior del Lacio se iniciaron en el período monárquico y están documentadas de forma esporádica a partir de mediados del siglo V. Una amenaza mucho más seria fue la de los ecuos y los volscos, cuya aparición a finales del siglo VI en los límites del Lacio provocó un dramático cambio en la suerte de Roma y sus aliados latinos. Los volscos eran un pueblo itálico que hablaba un dialecto parecido al umbro. Poco antes del 500 emigraron de su tierra natal, en los Apeninos, hacia la costa, y ocuparon el territorio situado en los límites meridionales del Lacio. Las guerras volscas de este período fueron el marco de la romántica historia de Coriolano, un orgulloso romano que abandonó su tierra natal, disgustado por el trato que recibía de parte de los plebeyos, y se unió a los volscos, que reconocieron su valor y le aceptaron como jefe. Coriolano condujo al ejército volsco en una marcha victoriosa por el territorio latino hasta que llegó a ocho kilómetros de Roma, donde sólo las súplicas de su madre le hicieron desistir de su propósito y reconciliarse con su ciudad; detrás de este episodio se esconde el recuerdo de una invasión de los volscos que amenazó la existencia de Roma. Incursiones posteriores de los volscos están documentadas durante todo el siglo V e incluso posteriormente; pero el momento culminante de sus amenazas fue en las décadas de los años 490 y 480 a.C.

La segunda amenaza provino de los ecuos, un pueblo de lengua osca que habitaba el valle del curso superior del río Anio y las colonias situadas junto a Praeneste, desde donde descendieron con frecuencia a la llanura. En 486 a.C., romanos, latinos y hérnicos, formaron, en idénticos términos, una alianza tripartita que fue de importancia decisiva, ya que el territorio de los hérnicos separaba a los ecuos de los volscos. Estos últimos fueron (a finales del siglo V) gradualmente dominados por los aliados, lo que permitió a los romanos concentrar sus esfuerzos en otros asuntos.

El gran rival de Roma en su frontera septentrional fue la ciudad etrusca de Veyes, emplazada en una meseta rocosa distante unos 15 kilómetros de Roma. El territorio de Veyes se extendía a lo largo de la orilla derecha del Tíber hasta la costa, y su disputa con Roma surgió, al parecer, de la ambición de ambas por controlar las riberas saladas de la desembocadura del río y las rutas comerciales que van hacia el interior y discurren a ambos lados del valle del Tíber. En el siglo V están documentadas una serie de guerras importantes; en la primera de ellas tuvo lugar la ma-

tanza de los Fabios en el Cremera (447 a.C.) y finalizó en el 475 con una paz a medias. La segunda terminó en 426 al capturar los romanos Fidenae, avanzadilla de Veyes en la orilla izquierda del Tíber, a unos 9 kilómetros de Roma río arriba; a esto siguió la lucha definitiva, que culminó con el gran sitio de Veyes, que según la tradición romana duró alrededor de 10 años (405-396) y está vinculado a ciertos relatos, algunos inspirados en la leyenda griega de la guerra de Troya. El resultado final supuso uno de los momentos crúciales de la historia de Roma: Veyes fue conquistada y destruida por el general romano M. Furio Camilo, y su territorio anexionado al de Roma. La repercusión de esta conquista fue que la extensión del territorio romano se dobló en poco tiempo, adquiriendo la ciudad (a principios del siglo IV a.C.) gran importancia. Sin embargo, pocos años después de la conquista de Veyes la propia Roma sufrió una súbita e inesperada calamidad.

La invasión de los galos

Los movimientos migratorios de pueblos celtas a través de los Alpes hacia el norte de Italia parecen haberse iniciado en el siglo VI a.C. Ésta es la opinión de Tito Livio, aunque hasta ahora no existen pruebas definitivas de la presencia celta en la llanura del Po antes del siglo V. No obstante, hacia el 400 a.C. sus principales grupos tribales (insubres, cenonani, boii, lingones, senones) ya se habían establecido en lo que más tarde se conocería por la Galia Cisalpina, y desde allí amenazaron los asentamientos etruscos. Hacia el 350 a.C., la mayoría de las ciudades etruscas del valle del Po, incluyendo Felsina (Bolonia), habían sido derrotadas por los galos, quienes empezaron a realizar incursiones esporádicas a través de los Apeninos hacia el interior de la Italia peninsular. Una de estas invasiones tuvo lugar durante el verano de 390 a.C., cuando una horda de senones barrió el interior de Etruria, entró en el valle del Tíber por la ruta de Clusium y se dirigió a Roma.

Un 18 de julio, recordado desde entonces como el día más desafortunado del calendario romano, el ejército de Roma se enfrentó a los galos y fue derrotado junto al río Allia. Tres días más tarde los galos llegaron a la indefensa Roma y la saquearon. Únicamente el Capitolio resistió con éxito durante unos meses. Las generaciones posteriores de romanos contarían la historia de que un ataque nocturno de los galos fue frustrado gracias al cacareo de los gansos sagrados, que alertó a la guarnición. Al final los galos decidieron abandonar el lugar, alentados (tal como se ha dicho) por la oferta de una fuerte indemnización en oro. Una tradición patriótica sostenía que justo en el momento en que el oro era pesado, un ejército romano entró en escena y los expulsó. Esta improvisada fuerza habría sido reunida por Camilo, exiliado desde tiempos de Allia, acusado de utilizar fraudulentamente el botín de Veyes. Probablemente lo cierto es que los galos sólo buscaban el pillaje y no tenían intención de quedarse. El relato de la victoria de Camilo podemos rechazarlo con toda seguridad, y posiblemente se basó en el hecho de que un ejército etrusco alcanzó a los galos a su regreso y los derrotó. En cualquier caso, los galos se marcharon y dejaron a los romanos recuperarse.

El Lacio primitivo

La mayor parte de las comunidades del antiguo Lacio parecen tener su origen en las pequeñas aldeas de cabañas emplazadas en las colinas que dominaban la llanura. Nuestro conocimiento se basa, en gran parte, en hallazgos procedentes de las necrópolis, que han sido ya estudiadas. Estos descubrimientos son prueba del desarrollo de la llamada «cultura del Lacio», que cronológicamente abarca del siglo X al VI a.C. La clasificación tipológica de las urnas funerarias procedentes de estas necrópolis ha permitido al especialista dividir la cultura del Lacio en seis etapas arqueológicas de características definidas: fase I, hacia el 1000-900 a.C., fase II A, hacia 900-830 a.C.; fase II B, hacia 830-770 a.C.; fase III, hacia 770-730/720 a.C.; fase IV A, 730/720-640/630 a.C.; fase IV B, 640/630-580 a.C. En las fases iniciales (I-II) los asentamientos consistían únicamente en una agrupación de cabañas de paja. Pero durante las fases III y IV la cultura del Lacio alcanzó gran auge y complejidad a partir del desarrollo de los contactos con el exterior (comercio), la producción artesanal especializada y la aparición de una opulenta aristocracia. En el denominado período orientalizante (fases IV A y IV B) se encuentran ya pruebas evidentes de la existencia de centros urbanos fortificados citados en nuestras fuentes como estados de la liga latina.

Abajo: **Yacimientos arqueológicos en el Lacio antiguo.** En los últimos años nuestros conocimientos sobre el antiguo Lacio han aumentado considerablemente como resultado de un trabajo arqueológico intensivo. Creo se debió en parte a la necesidad de rescatar en lo posible la herencia arqueológica de la *campagna* romana antes que fuera destruida por el crecimiento urbano y la agricultura mecanizada. En la última década los proyectos de viviendas, la construcción de vías y otros planes habían revelado la existencia de yacimientos como La Rustica, Acquacetosa Laurentina, Decima y Osteria dell'Osa, donde las excavaciones de rescate habían desenterrado hallazgos sensacionales. También se han efectuado campañas sistemáticas en Ficana y Pratica di Mare, que han aportado amplios conocimientos a los de las primeras excavaciones.



Abajo: Las tumbas «principescas» descubiertas en el siglo XIX en Palestina contenían una extraordinaria acumulación de objetos lujosos y testifican la riqueza y el poder de la aristocracia local. Esta fuente de plata con escenas de estilo egipcio hallada en la tumba Bernardini, fue quizá manufacturada en Chipre a principios del siglo VII a.C. (fase IV A).

Abajo, derecha: Las tumbas más antiguas corresponden a cremaciones. Las cenizas de los difuntos eran colocadas en urnas funerarias con objetos en miniatura, como armas, vasos hechos a mano y en ocasiones figurillas oferentes de terracota toscamente modeladas. Estos ejemplos proceden de tumbas de la fase II A de Osteria dell'Osa.

Abajo, izquierda: Antebrazo esculpido en marfil de la tumba Barberini en Palestrina, probablemente de manufactura siria; data del siglo VII a.C. (fase IV A).

Abajo, derecha: En las últimas fases la cremación fue sustituida por la inhumación.
En la fase III empiezan a incluirse vasos de metal y cerámica fina, en ocasiones importadas de Grecia y Etruria. Entre los ornamentos personales hay broches, pendientes, espirales de plata para el pelo, espejos y cuentas de ámbar. La mujer enterrada (La Rustica, fin de la fase III) muestra un cinturón de chapa de bronce.





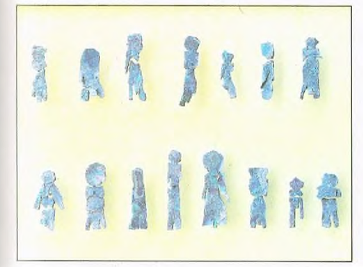






Abajo: Figurillas de lámina de bronce encontradas en el depósito votivo del Capitolio de Roma, donde hubo un santuario al aire libre anterior a la construcción del templo de Júpiter. Tales depósitos votivos constituyen una prueba importante de la actividad cultural durante la Edad del Hierro.

Derecha: Cista (recipiente) cilíndrica de la tumba Castellani, en Palestrina (fase IV A, mitad del siglo VII a.C.). La *cista*, de madera (restaurada) y recubierta de láminas plateadas, es una fina pieza orientalizante, probablemente de manufactura fenicia.







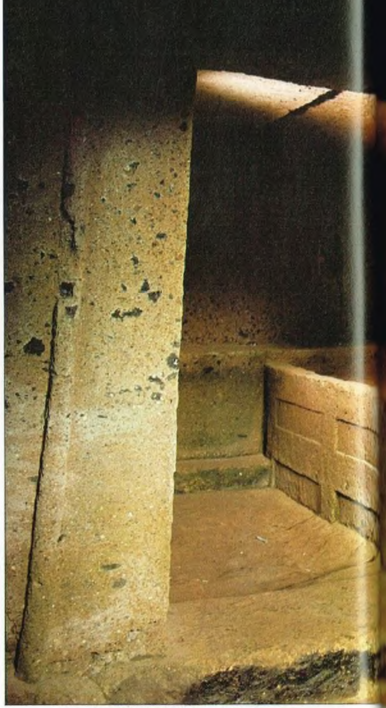
Los etruscos

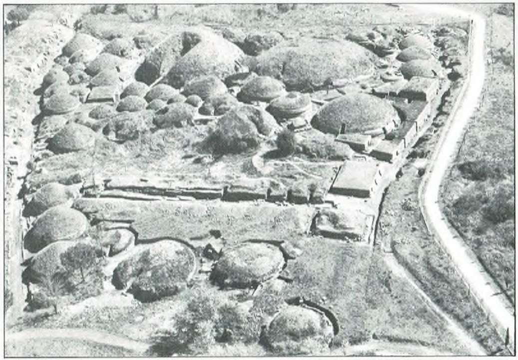
La civilización etrusca es un enigma debido a la poca información que poseemos sobre ella. La literatura etrusca desapareció hace mucho tiempo y nuestras únicas fuentes de información son los escritores griegos y romanos (a menudo ignorantes o cargados de prejuicios) y datos arqueológicos de dudosa interpretación. La mayoría de las pruebas arqueológicas proceden de necrópolis de complicada estructura, situadas extramuros de las grandes ciudades etruscas. Las tumbas de las familias nobles estaban ricamente ornamentadas y constituyen un testimonio vivo del tipo de vida de las clases altas. Sin embargo esta visión es parcial: la sociedad etrusca se basaba en el trabajo dependiente de una clase de siervos rurales de los que apenas sabemos nada; igualmente, poco se conoce del carácter urbano de los asentamientos, que nunca han sido sistemáticamente investigados.

Abajo: Vista aérea del cementerio de Banditaccia, situado en las afueras de Cerveteri (Caere). El cementerio estaba trazado como una ciudad, con tumbas que representaban las casas.

Abajo, izquierda: Tarquinia: tumba de los leopardos. Pintura de principios del siglo v a.C. que representa un banquete aristocrático.

Abajo, derecha: Tarquinia: tumba del Orco I, principios del siglo IV a.C. Detalle con la cabeza de una mujer llamada Velia. La tumba perteneció probablemente al gran clan nobiliario de los Spurinnae.









Izquierda: El interior en las tumbas de Caere contiene rasgos de la arquitectura doméstica corriente, como puede verse en la tumba de los escudos y los asientos (siglos VI-V a.C.).

Abajo, derecha: Nuestro conocimiento del arte etrusco se ha enriquecido gracias a los miles de artefactos encontrados en las tumbas. Los etruscos destacaban especialmente por la alta calidad de sus esculturas de bronce, como el guerrero de Cagli.

Abajo, izquierda: Quimera de Arezzo, escultura etrusca de bronce.





LA CONQUISTA DE ITALIA Y DEL MEDITERRÁNEO

Recuperación de Roma

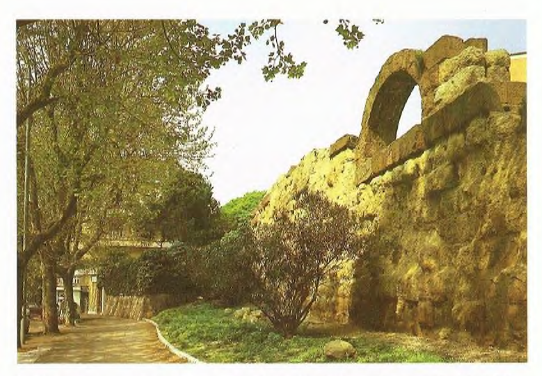
Los efectos del saqueo galo son difíciles de establecer. Sorprendentemente son escasos los restos arqueológicos que demuestren la destrucción de la ciudad, que pudo haber sido superficial. Probablemente las pérdidas humanas de la batalla del Allia no fueron excesivas y, en cualquier caso, Roma se habría rehecho en pocos años. En 378 a.C. el Estado romanano había organizado la construcción de una gran muralla, de la que se conservan vestigios. La muralla, de 10 km de longitud, rodeaba la ciudad y estaba construida con bloques de piedra escuadrados, procedentes de la Grotta Oscura, en territorio de Veyes. Esta región estaba en manos de los romanos, que tras la partida de los galos instalaron en ella colonias y constituyeron cuatro nuevas tribus. Por entonces, el territorio romano comprendía aproximadamente 1.510 km cuadrados. Roma poseía las condiciones óptimas para una rápida recuperación.

Al norte del antiguo *ager Veientanus* se situaba el territorio de la ciudad etrusca de Caere, aliada de los romanos, lo que aseguraba su frontera septentrional y permitía mantener las colonias de Sutrium y Nepet, lugares que serían conocidos como «las puertas de Etruria».

Por el contrario, los romanos tenían grandes dificultades en el Lacio. Los volscos y los ecuos reemprendieron las hostilidades, y los acontecimientos acaecidos en los años posteriores al saqueo galo pusieron de manifiesto que la alianza con los latinos y los hérnicos ya no cumplía su función. Pero los romanos tuvieron la habilidad de estrechar los lazos de unión y conseguir de este modo importantes victorias bajo el mando del caudillo Camilo que según la tradición, sería «el segundo fundador de la ciudad». Algunos acontecimientos los mantuvieron al margen. Una colonia romana se estableció en Satricum (385) y más tarde otra en Setia (382); un año después se concedió a Tusculum la ciudadanía romana y sus territorios se incorporaron al estado romano. Se desconocen las circunstancias que acompañaron a este proceso, ya que el período posterior al saqueo galo constituye la etapa más oscura de la historia de Roma. De todas formas podemos concluir que en 358 a.C. Roma había recuperado su posición, al tiempo que renovaba su alianza con los latinos y los hérnicos.

La recuperación de Roma a mediados del siglo IV viene señalada por el hecho de que se encontraba en condiciones de firmar un segundo tratado con Cartago en el año 348. Hacia el sur la situación de Roma no era tan clara, aunque había extendido sus fronteras más allá del Lacio. En 354 firmó un tratado con los samnitas, de habla osca, que constituían una potente confederación al sur de los Apeninos; este tratado definió probablemente, las respectivas esferas de influencia y estableció un acuerdo de colaboración contra terceros, tales como los galos. La alianza se rompió en 343 a.C., al iniciarse un período de hostilidades entre ambos pueblos (conocido con el nombre de «primera guera samnita», entre 343 y 341 a.C.); finalizado el enfrentamiento, se renovó el acuerdo. En 340 ambos aliados se enfrentaron a una coalición de latinos, campanos, sidicos, volscos y auruncos. Tras una guerra cruenta romanos y samnitas se alzaron con la victoria (338 a.C.).

Romanos y samnitas impusieron a los derrotados un sistema de colonización, crucial para entender la posterior expansión romana en la península. Algunas ciudades latinas pasaron a formar parte del estado romano y sus habitantes recibieron el derecho de ciudadanía romana. Otras conservaron su situación anterior a la guerra y, aunque perdieron parte de sus territorios, constituyeron comunidades independientes. Todas, en general, se convirtieron en aliadas de Roma, debiendo prestarle asistencia militar en tiempos de guerra, recibiendo en contrapartida el derecho de *conubium* y *commercium* con los ciudadanos romanos. Sin embargo, no podían ejercer estos derechos entre sí y les estaba prohibido establecer relaciones con otros pueblos; de este modo quedaba definitivamente disuelta la liga latina, aunque continuaron celebrándose sus festividades religiosas comunes bajo la supervisión de Roma. A diferencia de los latinos, los restantes pueblos que habían luchado contra Roma (volscos, campanos, etc.) fueron incorporados directamente al estado romano, si bien sus habitantes recibieron pocos derechos, en lo que se podría considerar una semiciudadanía o «ciudadanía sin derecho a voto» (*civitas sine suffragio*). Ello significaba que, si bien tenían obligaciones militares y fiscales, no podían votar en las asambleas ni ocupar cargos públicos en Roma. Con la extensión de estos nuevos tipos de ciudadanía a todas las comunidades, los romanos consiguieron ampliar su territorio e incrementar su poder sin perder las características propias de Roma como ciudad-estado, conservando integra-



Arriba: La muralla de la ciudad republicana, de la que se conservan todavía amplias porciones, fue construida en 378 a.C., a continuación del saqueo galo. Los arcos fueron añadidos probablemente durante las guerras de la década de los 80 a.C.

Derecha: Guerras de conquista y colonización en Italia 334-241 a.C. y (recuadro) Italia central en 338 a.C. La conquista de Italia por Roma comportó la incorporación de los enemigos derrotados como ciudadanos de Roma o como aliados. Grandes áreas territoriales de los aliados fueron anexionadas y colonizadas por los romanos. Desde los primeros tiempos, se fundaron colonias en puntos estratégicos próximos a las fronteras del Lacio; después del 338 Roma empezó a fundar colonias como avanzadillas militares en territorio enemigo. Los colonos provenían principalmente del proletariado romano (aunque algunos aliados también lo fueron). Perdieron su derecho de ciudadanía a cambio de lotes de tierra en la nueva colonia, que se convertía en una comunidad independiente. Las necesidades de defensa de las costas fueron cubiertas con el establecimiento de pequeños fuertes a lo largo del litoral de Italia, cada uno de ellos guarnecido por algunos cientos de ciudadanos romanos. En 311 a.C. fueron reforzados por un escuadrón de pequeños barcos al mando de dos jefes de escuadra (*duoviri navales*). Las guarniciones costeras son denominadas erróneamente en las fuentes como «colonias»; convencionalmente se les llama colonias «romanas» para distinguirlas de las colonias «latinas» (mucho más importantes).



lugar de batalla, victoria romana
lugar de batalla, derrota romana
310 fecha de la derrota por, o alianza con, Roma
colonia fundada antes de la guerra latina del 340-338
colonia latina fundada después de la guerra latina del 340-338
guarnición colonial costera
escala 1: 3 000 000
150 km
100 mi
ARIMINUM 268
Senones
SENA GALLICA 283
AESIUM 247
Picentes
SENTINUM 295
ARRETIUM 284 311
CORTONA 311
ETRURIA
L. Trasimenus
PERUSIA 311
CAMERNUM 310
FIRMUM PICENUM 264
VOLSINII 280
L. Volsiniensis
SPOLETIUM 241
CASTRUM NOVUM 289?
HADRIA 290-286
COSA 273
VULCI 280
L. VADIMON 283
NARNIA 299
OCRICULUM 306
Vestini
TARQUINII
SUTRIUM h 382
NEPET h 382
CASTRUM NOVUM 264
L. Sabatinus
PYRGI antes de 191
CAERE 273
ALSIUM 247
CARSIOLI 298
Aequi
ALBA FUCENS 303
L. Fucinus
Marrucini
Frentani
FIDENAE
ROMULUS
ROMA
Hernici
FREGENAE 245
LABICI 418
VITELIA 395
ANAGNIA 306
Marsi
OSTIA h 350
VELITRAE 494
495
SORA 303
BOVIANUM VETUS 305
TEANUM APULUM
ARDEA 442
CORA 501
NORBA 492
AESERNIA 263
SETIA h 383
FREGELLAE 308, 313
ANTIUM 467, 338
SATRICUM 385
LAUTULACE 316
INTERAMNA 312
Samnites
LUCERIA
ARPIA
APULIA
CIRCEII 393
TARRACINA 329 ó 327
316
SUESSA 313
CALES 334
MALVENTUM 275
BENEVENTUM 268
AUSCULUM 279
CANUSIUM
MINTURNA 299
SINUESSA 299
CAPUA
SATICULA 313
AQUILONIA 293
HORCAS CAUDINA 321
VENUSIA 291
PONTIA 312
NEAPOLIS 326
CAMPANIA
Lucani
BRUNDISIUM 244
TARENTUM 272
PAESTUM 273
HERACLEA 280
MAGNA GRECIA
THURII
Brutii
CROTON
LOCRI
RHEGIUM
territorio romano (ciudadanos plenos)
territorio romano («semiciudadanos»)
aliados latinos
aliados no latinos
liga samnita
L. Volsiniensis
SUTRIUM
NEPET
L. Fucinus
TIBUR
ROMA
GABII
PRAENESTE
TUSCULUM
ANAGNIA
ALETRIUM
VERULAE
FERENTINUM
LANUVIUM
CORA
SIGNIA
ARDEA
NORBA
SETIA
ANTIUM
FUNDI
FORMIAE
MINTURNAE
SINUESSA
CAPUA
escala 1: 2 500 000
50 km
50 mi

mente sus instituciones políticas tradicionales. Al mismo tiempo las comunidades conquistadas también mantuvieron su identidad y su propio autogobierno. Dichas comunidades semiindependientes de ciudadanos romanos fueron conocidas como municipios (*municipia*) y fueron la innovación más importante del acuerdo del 338 a.C.

Conflictos internos y reformas políticas

Aunque el saqueo galo no tuvo consecuencias a largo plazo, los efectos inmediatos en el comercio y en la organización económica y tributaria fueron considerables, especialmente en los sectores más pobres; por ello, no es sorprendente que las consecuencias de la catástrofe aceleraran según Tito Livio la crisis de los plebeyos por endeudamiento. Se produjeron continuas protestas contra la situación creada por las deudas durante estos años, y en este marco se desarrolló la revuelta de M. Manlio, que fue ejecutado en 382 a.C. por un intento de autoproclamarse rey. Aunque patricio, Manlio se alió con los plebeyos, a quienes ayudó a pagar las deudas con su fortuna.

La crispación plebeya ante el gran volumen de las deudas desembocó en los desórdenes sociales de 378 a.C. y, más tarde, en un período de anarquía (370 a.C.) durante el cual no se eligieron magistrados como mínimo durante un año. Las leyes Licinia Sextia (367) sirvieron para acelerar (a corto plazo) el pago de la deuda; posteriores medidas en 357, 352 y 347 intentaron la reducción y regulación de los tipos de interés. En 342 la *lex Genucia* dictó la ilegalidad de los préstamos con interés, aunque es dudoso su cumplimiento. Finalmente, el sistema de exclavitud por deudas (*nexum*) fue suprimido en el año 326.

En realidad, lo que consiguió disminuir la miseria de los plebeyos fue la adquisición de nuevos territorios por medio de la conquista militar y su posterior distribución en lotes entre los ciudadanos romanos. En numerosas ocasiones recuerda Tito Livio la agitación de los plebeyos ante la distribución de tierras; las más ricas eran cultivadas y las restantes utilizadas como *ager publicus*. Según la tradición, la ley Licinia-Sextia de 367 a.C. impuso un límite a la acumulación de tierras públicas por cada *paterfamilias*, al igual que al número de ovejas y de ganado que podía apacentar en ellas.

Licinio y su compañero, L. Sextio, habían elaborado a su vez una serie de leyes, la más famosa de las cuales admitía a los plebeyos en el consulado. El fundamento de estas reformas es confuso. En 445 a.C. se decidió, al parecer, que el consulado se suspendería en años concretos y en su lugar se elegirían tres o más «tribunos militares con poder consular». Es difícil saber por qué se introdujeron estos magistrados y cuáles eran las diferencias que determinaban su elección en los diferentes períodos. Tito Livio sugiere que el nuevo cargo estaría abierto a los plebeyos, pero en la práctica, durante las primeras décadas sólo los patricios fueron elegidos como tribunos militares. Por otro lado, los plebeyos podían ser designados para el consulado. Lo cierto es que a finales del siglo V a.C. (e invariablemente tras 390 a.C.) los tribunos militares se eligieron con más frecuencia que los cónsules; además, desde el 400 a.C. el cargo fue ostentado por un número creciente de plebeyos.

Licinio y Sextio presionaron para restablecer de hecho al cónsul como jefe regular de la magistratura y solicitaron el libre acceso a este cargo para los plebeyos; incluso pretendieron que uno de los dos consulados anuales les fuera reservado. En otras palabras, exigieron que se favoreciera el acceso de los candidatos plebeyos. Llevaron a cabo una experiencia que nosotros calificaríamos de poder estatutario participativo.

Las propuestas licinio-sextianas se definieron y dictaron en 367 a.C. y L. Sextio se convirtió, al año siguiente, en el primer cónsul plebeyo bajo los nuevos ordenamientos. Hasta ese momento los cónsules eran conocidos como pretores o «cónsules-pretores». Desde 367 a.C., tras la creación de un nuevo pretoriado derivado de los anteriores, pasaron a ser conocidos como cónsules. De este modo el pretoriado, inició una magistratura independiente, que hasta 337 a.C. no fue representada por un plebeyo. En 356 se eligió un plebeyo como *dictator* y en 351 se designó al primer censor plebeyo. Las leyes de Licinio y Sextio establecían dos ediles curules que debían colaborar en el desempeño de las funciones cívicas, con ediles plebeyos. Aquellos nuevos cargos serían ocupados alternativamente por patricios y plebeyos. El principio del orden estatutario se extendió en 339 al cargo de censor y en 300 a los colegios superiores de sacerdotes, augures y pontífices. La igualdad de los diferentes órdenes fue finalmente definida y establecida en 287 a.C., cuando los plebiscitos y resoluciones de las asambleas plebeyas alcanzaron fuerza de ley y validez ante la comunidad.

Uno de los resultados más importantes de la legislación de 367 a.C. fue la formación gradual de una elite gobernante en la que se incluían las principales familias plebeyas. Éstas alcanzaron relevancia tras ejercer los cargos de magistrados curules principales (pretores, cónsules, *dictatores*) y sus descendientes fueron conocidos como *nobiles* (nobles). Esta nueva nobleza patricio-plebeya (tal como se la conoce) controlaba el Senado e intentaba asegurarse las magistraturas principales para sí. A pesar de ello la presencia de estos *nobiles* en la representación de cargos no sería exagerada. A diferencia del antiguo patriciado, esta nueva nobleza romana incorporó a menudo nuevos miembros.

Por esta misma razón el Senado también estuvo abierto a nuevos linajes, por lo que un porcentaje significativo de los senadores eran «hombres nuevos» (es decir, la primera generación de senadores). En cambio, alcanzar el consulado era bastante más difícil para esta nobleza patricio-plebeya; si bien ello no significaba que este cargo fuera «hereditario». Por el contrario, en el conjunto del período clásico de la historia romana (entre aproximadamente 300 y 200 a.C.), solamente una minoría de cónsules eran hijos de cónsules. Procedente de la nobleza pudo acceder al cargo un mayor número de familias, lo que no habría sido posible si éste hubiera sido hereditario. Como resultado, las magistraturas principales fueron extremadamente competitivas y la competencia se intensificó con el transcurso del tiempo.

El patriciado sobrevivía como un reducto de familias prestigiosas dentro de la nobleza. Ciertos sacerdocios arcaicos y cargos como el de *rex sacrorum*, *interrex* y otros estaban exclusivamente reservados a los patricios; además, hasta el 172 a.C. uno de los consulados estaba reservado a la clase patricia. Cuan-





do en el siglo IV los plebeyos consiguieron la igualdad de derechos civiles, abandonaron su carácter revolucionario. Sus anteriores organizaciones fueron integradas gradualmente en el conjunto del Estado y sus jefes, que antes de 367 habían hecho causa común con los pobres en un esfuerzo por conseguir el acceso a la cabeza de las magistraturas, ahora formaban parte de la nobleza. El cargo de tribuno se convirtió en una nueva magistratura y era considerado un escalafón en la carrera de un joven aspirante plebeyo noble. Con el tiempo la mayoría de los tribunos formaron parte del Senado, y sin duda participaron de las perspectivas e intereses de la clase senatorial en su conjunto.

Izquierda: Estatuilla en bronce de un guerrero samnita, del siglo VI-V a.C. Lleva una armadura completa: canilleras, yelmo, coraza y cinturón, y una corta túnica de cuero. Originalmente debía llevar también un escudo y una lanza que, al igual que el crestón de su yelmo, no se conservan.

La conquista de Italia

La ascensión de la nobleza es uno de los síntomas de la transformación económica de la sociedad romana ocurrida entre el 338 a.C. (final de la guerra latina) y el estallido de la primera guerra púnica, el 264 a.C. Este proceso coincidió con una serie de conquistas que a pesar del empobrecimiento general condujeron a Roma, en poco más de medio siglo, a la posesión total de Italia.

En los años siguientes al 338 los romanos consolidaron los logros obtenidos tras la guerra latina. Fundaron colonias en Cales (334) y Fregellae (328), situadas en la zona estratégica del valle medio del río Liris. Los colonos instalados en ellas formaban parte principalmente del proletariado romano; perdían sus derechos de ciudadanía a cambio de un lote de tierra en la nueva colonia, que constituía una comunidad independiente. A pesar de ello conservaban los derechos de *commercium* y *conubium*, en un estatus semejante al de las ciudades latinas; por esta razón se les llamó «colonias latinas». Cales y Fregellae fueron las primeras de una larga serie, que contribuyeron más que ningún otro factor a la consolidación y eventual unificación de Italia bajo la égida romana.

Abajo: La mejor muestra conservada sobre el aspecto de los soldados romanos en este período la proporcionan estas placas de marfil halladas en Palestrina, que datan probablemente de la primera mitad del siglo III a.C.



La fundación de Fregellae en 328 provocó inmediatamente una reacción hostil de los samnitas, quienes se enfrentaron a los romanos de forma esporádica durante un período de cuarenta años. Este conflicto se divide convencionalmente en dos partes: segunda y tercera guerras samnitas (respectivamente, de 327 a 304 a.C. y de 298 a 290 a.C.).

Los romanos obtuvieron un temprano éxito en 326, cuando el gobierno de la ciudad griega de Nápoles les llamó en su ayuda después de expulsar a los samnitas. Como resultado de este episodio se estableció el primer contacto formal entre Roma y una ciudad griega del sur de Italia, con la que se alió. Después de algunos combates poco importantes, los cónsules decidieron entablar una gran batalla en territorio samnita. El ejército romano cayó en la emboscada de las Horcas Caudinas y fue vergonzosamente obligado a rendirse, con lo que la intentona terminó en desastre. La tradición patriótica romana intentó compensar esta humillación con la invención de brillantes victorias en los años siguientes. De hecho, parece que la paz fue concluida en términos que favorecieron claramente a los samnitas, que recibieron Fregellae y pusieron fin a las hostilidades hasta 316 a.C.

Los romanos aprovecharon el intervalo pacífico para fortalecer su posición en Campania y para establecer alianzas con comunidades del norte de Apulia (entre otras Arpi, Teanum Apulum y Canusium). En 316 se reinició el enfrentamiento por iniciativa de los samnitas, que invadieron el Lacio y consiguieron derrotar a los romanos en Lantulae (315 a.C.), cerca de Terracina. Al año siguiente, tras devastar el territorio latino hasta Ardea, fueron derrotados por los romanos, que recuperaron Fregellae (313) y fundaron nuevas colonias latinas en Suessa Aurunca y en Saticula; al año siguiente establecieron fundaciones en Interamna-Lirenas y en la isla de Pontia. En 312 el censor Apio Claudio Ceco inició la construcción de una vía que uniría Roma y Capua, denominada en su honor vía Apia. Roma inició una fuerte presión siguiendo una política de cerco y, a pesar de la intervención de algunas ciudades de Etruria y Umbría (311 a.C.), no corrieron serio peligro de ser derrotados. Los romanos les rechazaron desquitándose con un vigoroso avance sobre Etruria y Umbría a través del valle del Tíber. En el frente sur la guerra contra los samnitas permaneció en punto muerto hasta 305 a.C., en que los romanos se apoderaron de la fortaleza de Bovanium. Al año siguiente se firmó un acuerdo de paz.

En los últimos años de la segunda guerra samnita los romanos iniciaron la fortificación de sus posesiones de las zonas montañosas de Italia central. En 306 sofocaron una revuelta de los hérnicos y su capital, Anagnia, fue incorporada a Roma como ciudad sin sufragio. Posteriormente subyugaron a los pueblos de los Abruzos, a los marsos, pelignios, marrucinos, frentanos y vestinos, que se convirtieron en sus aliados. En este período destaca el asedio al que sometieron a los ecuos (304), a los que trataron con la máxima firmeza. Su territorio quedó anexionado y dejaron de existir como pueblo independiente.

Para reforzar estas conquistas se construyó una vía desde Roma al Adriático, a través de los Apeninos centrales (la vía Valeria, 306 a.C.); además se establecieron colonias en Sora (303), Alba Fucens (303) y Carseoli (298). Una nueva expedición a Umbría (299) sirvió para establecer una colonia latina en Narnia.

En 298 los romanos luchaban de nuevo en dos frentes. Por un lado la campaña etrusca del 302 y por otro la reanudada guerra contra los samnitas. Esta última es recordada en el epitafio de L. Cornelio Escipión Barbato, cónsul en 298. El texto, escrito en el siglo II a.C., dice: «L. Cornelio Barbato, engendrado de su padre Cneo, hombre valiente y sabio cuya apacible mirada igualaba su gallardía, sirvió como cónsul, edil y censor, conquistó Taurasia y Cisauna en Samnio, invadió Lucania y se apoderó de rehenes». El epitafio, sin duda, exagera las grandezas de Escipión, pero es preferible a la versión de Tito Livio (que le hace guerrear en el norte de Etruria), ya que refleja el alcance de la expansión de las operaciones romanas.

Los acontecimientos de la tercera guerra samnita tuvieron su momento culminante en 295 a.C., cuando los samnitas enviaron un ejército al norte de Italia para unirse a los etruscos y umbros, que todavía estaban en guerra con Roma. Al mismo tiempo aprovecharon la presencia de los galos en el norte de los Apeninos, donde habían realizado incursiones desde 299 a.C. Se constituyó de este modo una potente coalición, que se enfrentó a los romanos en la gran

batalla de Sentinum (verano de 295 a.C.), Umbría. La victoria romana fue posible quizá gracias a la ausencia de los etruscos y umbros, que se habían visto envueltos por los romanos en una maniobra de entretenimiento. Las tradiciones posteriores preferían destacar, de hecho, el heroico acto que llevó a cabo el cónsul P. Decio Mus, al ofrecerse a sí mismo y a sus enemigos al poder de los dioses infernales. Tras esta derrota terminaron definitivamente las incertidumbres. Los territorios samnitas fueron invadidos y en 290 a.C. llegaron a un acuerdo. Éstos perdieron su independencia y fueron obligados a convertirse en aliados de Roma; además, perdieron los territorios más allá del río Volturnus, que desde entonces ser-



Fecha	Calzada	Longitud
312	Via Appia	ROMA-CAPUA
? 307	Via Valeria	TIBUR-CORFINIUM
? 283	Via Clodia	ROMA-SATURNIA
? 285	Via Appia	CAPUA-VENUSIA
? 283	Via Cecilia	CURES-CASTRUM NOVUM
? 241	Via Aurelia Vetus	ROMA-COSA
? 255	Via Minucia	FORUM NOVUM-BRUNDISIUM
? 220	Via Flaminia	ROMA-ARIMINUM
187	Via Emilia	ARIMINUM-PLACENTIA
187	Via Flaminia	ARRETIUM-BONONIA
? 154	Via Casia	ROMA-ARRETIUM
? 153	Via Annia	BONONIA-AQUILEIA
148	Via Postumia	GENUA-AQUILEIA
132	Via Popilia	ARIMINUM-ALTINUM
131	Via Annia	CAPUA-RHEGIUM
? 127	Via Latina Nova	ROMA-CASILINUM
? 119	Via Aurelia Nova	ROMA-POPULONIA
107	Via Emilia Scauri	POPULONIA-SABATIA



Arriba: **Distribución de la cerámica fabricada en Roma en el siglo III a.C.** A mediados de siglo la república romana se había convertido en un importante centro manufacturero y comercial. Entre sus productos se contaba la cerámica fina, que era exportada a todo el Mediterráneo occidental. Uno de los tipos de cerámica característicos procede de un taller conocido como «Atelier des petites estampilles» y se ha encontrado en numerosos yacimientos de Italia central, en la costa sur de Francia, en el sur de España, en Córcega, Sicilia y norte de África.

Izquierda: **Rutas romanas del período republicano**. Las rutas romanas más antiguas fueron, sin duda, poco más que senderos o franjas de tierra sobre las que se reconoció un derecho público de paso. Algunas, como la antigua Vía Latina —que transcurría por el valle Sacco— seguían las líneas naturales de comunicación utilizadas desde tiempos immemoriales. La gran realización romana fue la construcción de calzadas rectas y pavimentadas que incluían puentes y viaductos y que pasaban por puertos y túneles. Se les anticiparon en cierto modo los etruscos, cuyos asentamientos estaban unidos por una red de rutas bien trazadas. La primera gran ruta romana fue construida en la época de la conquista de Italia y tenía la función estratégica de unir Roma a las colonias latinas. Las calzadas y las colonias fueron el factor más importante de consolidación de la conquista. La segunda gran etapa de construcción de vías en Italia se inició en la última parte del siglo II a.C. y en cierto sentido representa la inversión de los beneficios del imperio en obras públicas, que daban empleo al proletariado y representaban mejoras para la comunidad en general.

viría de frontera. También adquirieron los romanos algunas tierras al sureste de Samnio, donde se había fundado la colonia latina de Venusia (291). Los romanos avanzaron lentamente. En 290 a.C. el cónsul M. Curio Dentato subyugó a los latinos y a los praetucios, que pasaron a ser ciudadanos romanos *sine suffragio* e incluso a veces se les expropiaron sus tierras para repartirlas entre los romanos más pobres. Como resultado de estos episodios el territorio romano se extendió por el centro de la península hasta el Adriático, donde había sido fundada la colonia latina de Hadria (entre 290 y 286). En el período, escasamente documentado, que siguió, los romanos lograron victorias contra los galos y la sumisión de etruscos y umbros, obligados a convertirse en aliados.

Conflicto con la Magna Grecia

A principios del siglo III, tras continuas tensiones y luchas cruentas con los nativos, las ciudades griegas del sur de Italia se hallaban en franca decadencia. En 280 los romanos empezaron a inmiscuirse en los asuntos de Magna Grecia cuando la ciudad de Thurii pidió ayuda a Roma para hacer frente a los lucanos; en pocos años, Locri, Rhegio y Crotona formaban parte de las ciudades protegidas por Roma. Ante esta situación, Tarento, la más poderosa de las ciudades griegas, contemplaba alarmada el creciente poder de Roma. Ante la amenaza los tarentinos apelaron a la ayuda del rey Pirro de Epiro, ambicioso monarca que esperaba una oportunidad para incrementar su poder.

Pirro desembarcó en Italia (280) al mando de 25.000 hombres y 20 elefantes. Ésta fue la primera ocasión en que los romanos tuvieron que enfrentarse a un gran ejército helenístico, que los derrotó en la batalla de Heraclea (280 a.C.); a pesar de ello el desenlace no tuvo excesivas consecuencias para los romanos. Pirro ofreció un acuerdo de paz cuyas condiciones no fueron aceptadas por Roma; según la tradición, Apio Claudio, viejo y ciego, instó a rechazar toda negociación hasta que Pirro abandonara Italia. Éste se dirigió hacia Roma y, tras penetrar en Anagnia, volvió sobre sus pasos; Capua y Nápoles cerraron sus puertas y ningún aliado de Roma le prestó apoyo. Debió comprender entonces el alcance de la tarea que se había impuesto al atravesar el Adriático; Roma era un estado bien organizado con acceso a recursos que él no podía esperar obtener. En 279 consiguió una segunda victoria en Ausculum aunque tampoco en esta ocasión las pérdidas romanas fueron importantes (incluso menores que las griegas).

En 278 decidió abandonar Italia y trató de intervenir en Sicilia, donde las ciudades griegas pedían su ayuda contra los cartagineses. Como resultado, cartagineses y romanos renovaron su alianza. Los éxitos obtenidos por Pirro en Sicilia tampoco fueron espectaculares, y cuando regresó a la península (275 a.C.) fue derrotado por un ejército romano en Malventum (que desde ese momento pasó a llamarse Beneventum). Después de este fracaso regresó a Grecia y continuó llevando a cabo empresas infructuosas hasta que unos años más tarde murió de un tejazo durante una batalla callejera en Argos.

La unificación de Italia

Tras la partida de Pirro, a los romanos les fue fácil culminar su victoria. Tarento fue asediada y conquistada (272 a.C.), lo que supuso el fin de su independencia. Los territorios comprendidos entre el estrecho de Mesina y la línea que unía Pisa y Rímini en el norte estaban bajo control romano. Asimismo fundaron una serie de colonias para asegurar el territorio samnita y lucano, tales como Paestum (273), Beneventum (268) y Aesernia (263), y otras dos más en Brundisium (244) y Spoletium (241). Solamente se produjo un conato de revuelta en Falerii, y fue reprimida violentamente en una corta campaña de seis días; una vez finalizada, se instaló allí una colonia.

La política general de los romanos durante las guerras itálicas, fue una mezcla paradójica de mesurada generosidad y brutalidad represiva. Sus victorias iban acompañadas de masacres de gran envergadura (sirvan como ejemplos las luchas contra los aurincios en 314 a.C. y contra los ecuos en 304 a.C.), confiscaciones de tierras y esclavizaciones en masa de los derrotados. Gracias a las cifras de Tito Livio hemos podido calcular que más de sesenta mil individuos fueron esclavizados durante el transcurso de la tercera guerra samnita (en el período comprendido entre 297 y 293 a.C.).

Pero el tratamiento final que impuso Roma a sus enemigos fue tolerante y beneficioso para ambas partes. Las comunidades que no fueron incorporadas al estado romano, junto con otras integradas total o parcialmente a Roma, formaron una sólida red de alianzas. Como resultado de ello otros estados de Italia entraron voluntariamente a formar parte del mundo romano, sobre todo si habían sufrido las consecuencias de alguna derrota militar. En contrapartida de la protección ofrecida por Roma, estaban obligados a prestarle ayuda caso de que la solicitara. Además perdieron su independencia en política exterior y se convirtieron en estados vasallos que sólo podían resolver sus propios asuntos internos. No tenían que pagar tributos a Roma. Era una especie de sociedad en que los aliados recibían parte del botín de guerra adquirido en las batallas llevadas a cabo junto a los romanos, en su política de expansión. Este botín podía incluir esclavos y lotes de tierras. Realmente, todas las tierras confiscadas a las comunidades conquistadas pasaban a poder del estado romano, quien las vendía, a excepción del *ager publicus* o del asentamiento en forma de colonias o asignaciones individuales; es perfectamente conocido que los colonos que tomaban parte en el proceso de repobla-

ción eran tanto latinos como estados italianos aliados y ciudadanos romanos. En otras palabras, a través del botín de guerra, los estados que con anterioridad habían sido víctimas de Roma vieron compensadas de forma ventajosa sus pérdidas.

Un hecho importante de la organización romana en Italia fue el apoyo del Senado a las aristocracias locales de los estados aliados. Al mismo tiempo estas clases propietarias itálicas, cuando eran amenazadas, acudían en demanda de ayuda a Roma. Así lo demuestra el hecho de que en varias ocasiones las fuerzas militares romanas intervinieran para socorrer a los terratenientes, asustados por diversas insurrecciones populares (por ejemplo, en Arretium en 302, en Lucania en 296 y en Vosinii en 264). Los romanos esperaban, y por lo general recibían, ayuda de los aristócratas reinantes en los diferentes estados. Estas relaciones tan cordiales aseguraron la lealtad de los aliados de Roma aun en los momentos más oscuros de la segunda guerra púnica y a pesar de las continuas intentonas de Aníbal para desestabilizar su estructura de alianzas.

El resultado más significativo, a largo plazo, de las conquistas romanas en la península, fue la desaparición gradual de las diferencias étnicas, lingüísticas y culturales. La progresiva romanización de los pueblos indígenas de Italia avanzó inexorablemente en los tres siglos siguientes hasta ser más o menos total en el siglo I a.C., con escasas y remotas excepciones. Los primeros pueblos romanizados fueron los de Italia central, a los que se había otorgado la semiciudadanía. De forma gradual se incorporaron a los cuerpos políticos como ciudadanos de pleno derecho, empezando por los sabinos en 268 a.C.

El proceso de asimilación también afectó a los aliados, y no fue consecuencia de una política concreta del gobierno romano, sino que fue el resultado natural de que los hombres de las comunidades aliadas cumpliesen un servicio militar más o menos duradero con los romanos y bajo mandos romanos. Además, la expansión de la lengua latina y de las formas de vida romanas se hacía efectiva en todos los territorios ocupados. Las colonias estaban constituidas como unidades políticas autónomas, de origen latino o romano, y fueron las avanzadillas de la romanización, ya que seguían las costumbres romanas y hablaban el latín.

El sistema neurálgico de la red de colonias estaba unido a una serie de rutas militares construidas a raíz de la conquista. Estas grandes rutas, cuyos nombres (Apia, Aurelia, Flaminia y otras) guardan el recuerdo de los hombres que ordenaron su construcción, tenían en principio una función estratégica; pero en la práctica permitieron el desarrollo de las comunidades y del sistema de comunicaciones y facilitaron nuevas formas de comercio entre las diversas zonas. Consecuencia inevitable de ello fue la creciente extensión de las ideas y costumbres romanas.

La sociedad romana en tiempos de las guerras italianas

Durante este período de guerras de conquista, la propia Roma sufrió transformaciones, tanto en su carácter político como en sus características sociales y económicas, que tendieron a evolucionar hacia tipos marcadamente republicanos. El poder político estaba en manos de patricios y plebeyos nobles, que dominaban el Senado y las magistraturas más importantes. Estos hombres, incluidos los principales dirigentes políticos, enfocaban los asuntos exteriores y la distribución de las tierras con vistas a mejorar la situación de las clases más pobres. Entre los más destacados están Q. Publilio Filón y M. Curio Dentato, además del patricio Apio Claudio Ceco, del que se ha dicho que fue el primero «... de los romanos





Abajo: El rey Pirro de Epiro (319-272 a.C.). De todos los reyes griegos que gobernaron en las generaciones posteriores a Alejandro Magno, Pirro fue uno de los que —en opinión general— más se asemejó al legendario conquistador, no sólo en su aspecto y temperamento sino también en capacidad. Su derrota por los romanos en 275 conmovió al mundo griego.



que aparece en nuestras fuentes como una personalidad». Estos logros quedaron perfectamente plasmados en una inscripción augustea impresionante: «Apio Claudio Ceco, hijo de Cayo, censor, cónsul en dos ocasiones, dictador, *iterrex* tres veces, pretor en dos ocasiones, edil curul dos veces, cuestor y tribuno de los soldados tres veces. Conquistó varios poblados samnitas y derrotó a sabinos y etruscos. Evitó que se estableciera la paz con Pirro. Siendo censor, pavimentó la vía Apia y construyó un acueducto en Roma, además del templo de Belona».

La nobleza era una elite dentro de la clase dirigente y su riqueza y poder estaban basados en la propiedad de la tierra. Sus dominios estaban garantizados por la peculiar estructura de las instituciones políticas romanas. Roma se regía por medio de magistrados anuales y de un Senado de ex magistrados. Los magistrados eran escogidos por elección popular, votados en asambleas en las que podían participar todos los ciudadanos. Las votaciones asamblearias (los varios *comitia*) también tenían poder de decisión en materia de paz y guerra, en proposiciones legislativas y en casos graves de criminalidad. En teoría, la asamblea del pueblo romano era soberana, pero en la práctica estaba lejos de ser democrática. Los *comitia* sólo podían ser convocados por los magistrados, que tenían derecho a dirigirse al pueblo y a presentar propuestas. En cambio, las asambleas de ciudadanos no podían debatir o corregir propuestas expuestas por los magistrados. No había libertad de expresión.

Pero el aspecto más antidemocrático de las asambleas romanas era que las votaciones se realizaban por grupos. En los *comitia tributa* y en las asambleas plebeyas, el *concilium plebis*, los grupos constituyentes o unidades de votantes eran las tribus locales. El número de tribus locales iba aumentando a medida que Roma adquiría nuevos territorios, hasta que en 241 a.C. alcanzó el número definitivo de 35 tribus. Este total se desglosaba en 31 tribus rurales y 4 tribus urbanas. Sólo los propietarios de tierras podían registrarse en las primeras, mientras que los habitantes de las ciudades quedaban reunidos en cuatro tribus urbanas; de este modo, y contrastando con el hecho de que eran ellos los que asistían masivamente a las asambleas (que se celebraban únicamente en Roma), contaban, sin embargo, con un mínimo porcentaje de votos. Así pues, el sistema favorecía claramente al poder de los terratenientes y discriminaba al proletariado urbano y a los pequeños propietarios cam-

MAR ADRIÁTICO

MAR TIRRENO

241 a.C.

Territorio romano (plena ciudadanía)

Territorio romano (semiciudadanía)

Colonia latina

Antiguos latinos y hérnicos cuyos territorios no fueron anexionados y que se asimilaron a los latinos

aliados de Roma

Amiensis (387) tribu rural y fecha de creación

244 fecha de colonización

escala 1: 4 200 000

0 150 km

0 100 mi

Desarrollo de la confederación romana. La «confederación romana» es una etiqueta convencional puesta al sistema de alianzas y dependencias con los romanos que se montó durante su conquista de la península entre los años 338-264 a.C. Los enemigos derrotados fueron obligados a convertirse en aliados, lo que significaba que habían de contribuir con tropas a los ejércitos de Roma o quedaron incorporados al estado romano como ciudadanos. Los ciudadanos recién incorporados recibían la ciudadanía completa (*civitas optimo iure*) o la semiciudadanía (*civitas sine suffragio*), con todas las obligaciones de los ciudadanos, como el pago de impuestos y el servicio militar, pero con los derechos civiles limitados; por ejemplo, no podían votar en las asambleas romanas. Con el transcurso del tiempo los semiciudadanos recibieron los derechos completos; así aconteció con los sabinos de las tierras bajas en 268 a.C. y con las gentes de Arpinum en 188. Es probable que todas las comunidades de semiciudadanos fueran ascendidas a finales del siglo II a.C. Con la extensión de la plena ciudadanía los romanos crearon una serie de nuevas tribus locales en las que ubicaron a los nuevos ciudadanos, así como a algunos ciudadanos tradicionales que fueron asentados en territorios de reciente anexión. Las tribus locales funcionaban como unidades constituyentes con voto en las asambleas políticas romanas.

pesinos, quienes por razones prácticas no podían asistir en persona a los *comitia*. El total de votos de los comicios centuriados era de 193 centurias, distribuidas entre cinco clases económicamente definidas; dicha distribución estaba previamente decidida, por lo que las clases poderosas obtenían la mayoría de las centurias, y como resultado el dominio de la asamblea.

La división de los ciudadanos terratenientes (*adsidui*) en cinco clases es atribuida por las fuentes a Servio Tulio (ver página 22), pero de hecho, probablemente fue el último elemento relacionado con la institución del *tributum* (impuesto directo sobre las pertenencias de los ciudadanos romanos). Los ingresos que proporcionaban estas tasas servían para pagar a los soldados. La paga de los soldados, el *stipendium* fue introducida en el 406 a.C., durante el sitio de Veyes, para compensar a los hombres por la pérdida de sus ingresos habituales a lo largo de los diez años de sitio. La tradición también indica que en sus orígenes eran soldados a tiempo parcial los campesinos que podían costearse el equipo. Estos campesinos fueron incluidos entre las cinco clases propietarias quizás con propósitos políticos y fiscales.

Esto es importante para entender que en muchas ciudades-estado el servicio militar era considerado no como una obligación, sino más bien como un privilegio y una señal de prestigio. Al mismo tiempo reflejaba que los derechos políticos del ciudadano se medían por su contribución al Estado. Así pues, el proletariado, sin tierras ni riquezas, estaba libre de todo impuesto, relevado de sus obligaciones militares y sin participación efectiva en la vida política. Este sistema, conocido como timocracia en la antigüedad, estaba basado en el principio de «a mayor calificación en el censo, mayores obligaciones militares y mayores derechos políticos» (E. Gabba).

La riqueza basada en la tierra era, por consiguiente, la clave del poder político en la Roma republicana. Sin embargo, esto no impide que a finales del siglo IV y principios del III a.C. los jefes políticos fueran respetados como modelos de frugalidad y virtud honesta en comparación con el lujo y la extravagancia de finales de la república, mas no por ello eran pobres. Ejemplo de ello son, la historia de M. Curio Dentato, cuya humilde vivienda rústica impresionaría más tarde a Catón, y el caso de Fabricio Luscino, que desdeñó los sobornos ofrecidos por los enviados samnitas que le encontraron cocinando nabos en su casa. De hecho, a las tradiciones les interesaba más el ejemplo moral de estos hombres que su estado económico personal. Otra historia relevante es la de P. Cornelio Rufino, expulsado del Senado en 276 a.C. por poseer diez monedas de plata; ello no indica que se reprobara la riqueza, sino el modo escogido para gastarla.

De hecho, las décadas anterior y posterior al 300 a.C. se vieron acompañadas por el aumento de la riqueza, pública y privada, de los romanos. Obviamente, sus beneficios más importantes fueron en tierras. El territorio romano, que tras la guerra latina (338 a.C.) era de 5.525 km², se amplió a 26.805 km² en 264 a.C. más del 20 % del total de la superficie peninsular de Italia. Los ciudadanos romanos también se beneficiaron de la fundación de colonias latinas, que en 240 a.C. totalizaban 10.000 km² de tierras confiscadas (de acuerdo con las estimaciones modernas más probables).

Simultáneamente fue creciendo la población de ciudadanos de Roma. Según el censo realizado a principios del siglo III, la población de romanos libres estaría entre 750.000 y un millón. En esos momentos Roma era una de las ciudades más grandes del Mediterráneo con una población probable de 150.000 habitantes. Para abastecer las necesidades de los habitantes de la ciudad se hizo necesaria la construcción de acueductos, el primero de ellos en Aqua Appia, edificado por Apio Claudio en 312 a.C. y después el de Anio Veto, que M. Curio Dentato inició en 272 a.C.

Los trabajos públicos eran financiados con las ganancias de las guerras, que fluían a la ciudad en forma de indemnizaciones y botines y que dieron lugar a un programa de edificaciones públicas a una escala como no se había visto desde los grandes días de los Tarquinos. Se construyeron por lo menos once templos importantes entre 302 y 272 a.C., incluidos los de Belona (296), Júpiter Víctor (295) y Victoria (294), que revelan la obsesión romana por los cultos militaristas; de estos templos todavía se conservan dos, construidos hacia el 300 a.C. en el Largo Argentina de Roma. Como consecuencia de la riqueza se generó un importante sector de servicios, centrado en la gran demanda de productos de lujo, parcialmente abastecidos por productores locales. Ello se deduce del hallazgo de objetos y restos como la *cista* de Ficoroni, además de grandes cantidades de finas cerámicas romanas encontradas en distintos lugares del Mediterráneo occidental.



Arriba: Esta finísima *cista* de bronce de Praeneste data de las últimas décadas del siglo IV a.C. Lleva dos inscripciones: «Dindia Malconia la dio a su hija», y «Novios Plautios me hizo en Roma». La etiqueta «hecho en Roma» demuestra que en esta época Roma era un centro importante de producción de piezas de alta calidad.

El incremento de la prosperidad económica romana y su refinamiento cultural pueden ilustrarse por una serie de acontecimientos importantes en el transcurso del siglo III a.C. Por una parte, el aumento de los esclavos procedentes de esclavizaciones masivas de prisioneros de guerra; este hecho está perfectamente corroborado por la institucionalización del estatus de esclavo. Más tarde en Roma, los libertos serían admitidos como ciudadanos, aunque con derechos restringidos; sus descendientes, en cambio, poseyeron los derechos completos que correspondían a la ciudadanía romana. Como demostración de este hecho podemos citar a Apio Claudio, que admitió a hijos de libertos en el Senado. Seguramente la mayoría de los esclavos eran empleados, por entonces, en tareas domésticas o en empresas comerciales o manufactureras de la ciudad; también existen ciertas pruebas del uso de esclavos para el trabajo en las propiedades de los hacendados.



En segundo lugar, por esa época empieza el Estado romano a acuñar monedas. El origen de las primeras acuñaciones es difícil de determinar y han surgido opiniones controvertidas; hoy, la más generalizada entre los historiadores establece su inicio hacia el 280 a.C. Anteriormente las transacciones se practicaban con metales sin acuñar y su valor era evaluado por su peso, dentro de una escala fija de unidades. La introducción de la moneda simplificó el sistema hasta tal punto que era posible pagar, por ejemplo, a soldados y campesinos contando simplemente el número de monedas necesarias. Como consecuencia, la acuñación y circulación de monedas se vio acompañada de la selección de una serie de leyendas y símbolos que servirían para simplificar su valor, iden-



tificar la cuantía y darle una imagen oficial; de este modo, el Estado romano adquirió un medio notable para la difusión de su imagen por todas partes. En 296 a.C. se emitieron una serie de monedas de plata con la imagen de los gemelos Rómulo y Remo, amamantados por la loba. Una serie posterior, algo descuidada, presentaba en su anverso la cabeza de una mujer con un yelmo (que correspondía simbólicamente a la ciudad eterna) y en el reverso una victoria. Todo ello refrendaba el crecimiento espectacular de la ciudad y de su propia conciencia de poder.

La acuñación fue un invento de los griegos, y su adopción por Roma revela su creciente penetración cultural en la vida romana. Al igual que el sistema monetario, los artistas romanos de diversos géneros imitaban el estilo y técnicas griegas; además, cabe considerar también la adopción de cultos religiosos helenos, como el del dios curativo Esculapio, a quien se dedicó un templo en la isla del Tíber (291), o los referidos a la Victoria. Así pues, el helenismo se convirtió en una moda entre la clase alta romana, como evidencia la adopción por aristócratas de nombres griegos (Sophus, Philippus o Philo).

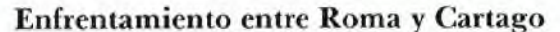


Arriba: Moneda de T. Veturio (137 a.C.) que rememora el acuerdo con los samnitas, establecido por su antepasado T. Veturio Calvino (cónsul en el 321 a.C.), después de la derrota de su ejército en las Horcas Caudinas. La escena muestra a dos guerreros prestando juramento, tocando con sus espadas un lechón (sostenido por el personaje arrodillado del centro).

La noticia de la sensacional derrota de Pirro frente a la hasta entonces poco conocida república causó honda impresión en el mundo griego. En 273 a.C., el rey Ptolomeo II Filadelfo de Egipto envió una embajada a Roma, sin duda como observadores y como gesto de buena voluntad. Los romanos, a su vez, enviaron una embajada a Alejandría; los tres senadores, desacostumbrados al lujo y al protocolo diplomático, se turbaron al recibir los presentes de Ptolomeo. Roma y sus habitantes se pusieron de moda entre los círculos intelectuales y literarios de Alejandría. Calímaco escribió un poema basado en el romano Cayo; Licofrón culminó un poema épico acerca de la nueva Troya, fundada por los descendientes de Eneas; el erudito Eratóstenes escribió sobre el «maravilloso» sistema de gobierno romano. Al mismo tiempo, el historiador Timeo, un siciliano exiliado, concedió un lugar preeminente a Roma en su grandioso estudio sobre los pueblos del oeste del Mediterráneo; compuso además una monografía sobre la guerra contra Pirro (escritos que no se conservan). Timeo, más que ningún otro, contribuyó a divulgar el nombre de Roma entre los griegos. Su comprensión de la importancia del nuevo poder en Italia, provenía de su conocimiento de los asuntos sicilianos y de la percepción del inminente conflicto entre Roma y Cartago, en el que se decidiría la suerte de su isla natal.

Abajo: Primeras monedas romanas de plata. El reverso de un didracma de plata del 269 a.C. muestra a la loba amamantando a los gemelos Rómulo y Remo; una emisión posterior, que data del período de la primera guerra púnica, muestra la cabeza de Roma personificada como una diosa armada en el anverso (*izquierda*) y una Victoria con una rama de palma y una guirnalda en el reverso (*izquierda, abajo*). Estos ejemplos son signo de la seguridad y el poder militar crecientes de Roma.





Enfrentamiento entre Roma y Cartago

En 246 a.C. Roma y sus aliados se vieron implicados en una guerra contra Cartago, surgida de un incidente baladí en el noroeste de Sicilia. Esta situación se radicalizó rápidamente, convirtiéndose en la primera de una serie de las guerras más importantes de la antigüedad, que habría de desembocar en un drástico cambio del poder político en el mundo mediterráneo. En menos de cien años los romanos no sólo redujeron a los cartagineses a la impotencia, sino que también humillaron a los poderes principales del este griego; en 167 a.C. eran los soberanos efectivos del Mediterráneo.

Nada de esto había sido minuciosamente planeado. La crisis de 264 a.C. debió parecer en un principio un asunto de poca importancia. Todo empezó cuando los romanos acudieron a la llamada de auxilio de Messana (Mesina). En su origen era una ciudad griega ocupada por algunos mercenarios oscos de habla itálica, los cuales hacía veinte años que la habían tomado tras un ataque sangriento. No es extraño que los mamertinos, como a sí mismos se llamaban estos aventureros italianos, encontraron poco apoyo entre los griegos de Sicilia, por lo que cuando fueron atacados por Hierón II de Siracusa, se vieron obligados a buscar nuevos aliados. Unos jefes preferían acudir a los cartagineses, enemigos tradicionales de los griegos sicilianos; otros confiaban en Roma por su propio origen italiano. Los cartagineses tenían razones suficientes para estar alarmados ante el creciente poder romano, y cuando su guarnición fue rechazada por los mamertinos, decidieron unirse a Hierón II que cercaba la ciudad.

Las hostilidades empezaron cuando un ejército romano atacó a los sitiados. A continuación Hierón decidió negociar con los romanos y abandonar su alianza con Cartago (263). Roma prosiguió sus ataques y en 261 se apoderó de la base cartaginesa de Agrigentum. Para entonces los dos bandos estaban divididos y decididos a enfrentarse en una guerra abierta. Polibio nos dice que tras la toma de Agrigentum, Roma empezó a contemplar la posibilidad de enfrentarse a los cartagineses y conseguir el control total sobre Sicilia. Mas pronto se apercibieron los romanos de que esto no sería posible mientras Cartago reinara en los mares y con la determinación que les caracterizaba, decidieron construir una flota. A principios del 260 a.C. tenían a su disposición una flota de 100 barcos (*quinqueremes*), que fueron dotados y preparados para la acción; si tenemos en cuenta que hasta entonces los romanos no poseían ninguna fuerza naval, esta realización fue de envergadura considerable.

En su primer gran compromiso naval los romanos, mandados por el cónsul C. Duilio, consiguieron una memorable victoria en Mylae (260 a.C.). Hubo posteriores victorias, entre las que destaca la de la batalla de Ecnomus en 256, donde los cartagineses fueron totalmente derrotados. El éxito romano no tuvo continuidad; cuando Roma decidió atacar directamente a Cartago (el ejército lo mandaba M. Atilio Régulo), para apoyar así a una fuerza invasora que también atacaba a los cartagineses, fracasó. Esta derrota se convirtió en desastre cuando la flota enviada para evacuar los restos del ejército naufragó totalmente a causa de una tempestad (255 a.C.). Dos años más tarde los romanos se dirigieron contra Panormus (Palermo), y en 251 a.C., Lucio Cecilio Metelo venció en una decisiva batalla, en la que capturó más de 100 elefantes. En contrapartida, salieron derrotados en varios combates navales que culminaron en el desastre de Drepana (249 a.C.). Ese mismo año el resto de la flota fue totalmente destruida por una tempestad. La guerra se prolongó durante varios años, aunque con cierta ventaja cartaginesa en Sicilia, donde Amílcar Barca, padre de Aníbal, mandaba el ejército. En el invierno de 243-242 los romanos se habían recuperado lo suficiente para reemprender la guerra en el mar. Habían construido una nueva flota, y en 241 consiguieron una aplastante victoria en las islas Aegates, situadas en la costa occidental de Sicilia; con esta victoria finalizó la guerra. Según los términos de

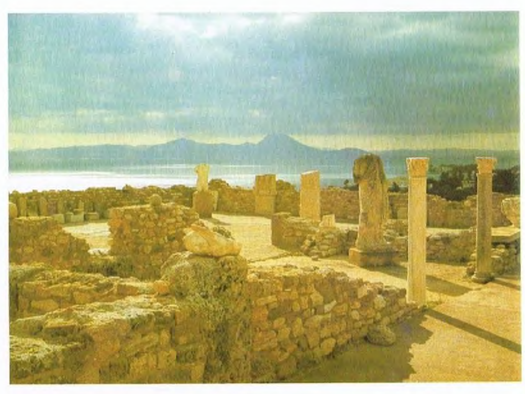
paz ofrecidos por C. Lutacio Catulo, los cartagineses debían evacuar la isla de Sicilia, devolver a Roma todos los prisioneros de guerra italianos y pagar una fuerte suma en concepto de indemnización (su valor alcanzó al final 3.500 talentos, pagaderos en diez anualidades).

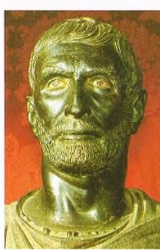
Así finalizó una de las guerras más sangrientas y destructivas de la antigüedad, en que las pérdidas fueron inmensas por ambos bandos; según una estimación moderada, los romanos y sus aliados perdieron más de 100.000 hombres y 500 barcos, y los cartagineses cifras parecidas. Los sufrimientos de los sicilianos nativos fueron indudablemente espantosos. Las ciudades principales fueron saqueadas; Panormus, Agrigentum, Camarina y Selinus sufrieron grandes pérdidas y sus pobladores fueron esclavizados. En Agrigentum, en 261, el número de personas esclavizadas pudo alcanzar la cifra de 25.000. Según Polibio la primera guerra púnica fue «en cuanto a duración, intensidad y escala de operaciones, la guerra más grande de la historia».

Los términos del tratado de Lutacio dejaban a los cartagineses en una situación sumamente debilitada. En breve habían de sufrir todavía más, de resultas de un amotinamiento de sus propios mercenarios, que se convirtió en una guerra desastrosa y sangrienta (241-238). En 238 los romanos se aprovecharon de esta situación haciéndose con Cerdeña, que era anteriormente una posesión cartaginesa (operación para la que no existía la menor excusa, según Polibio). Al mismo tiempo empezaron a dominar Córcega. Tras algunas luchas, estas islas pasaron a ser posesiones romanas en las mismas condiciones que Sicilia.

Sicilia había sido el principal objetivo alcanzado por los romanos tras su victoria de 241. Aparte de ciertos casos privilegiados, tales como Mesina o el reino de Siracusa, el resto de las ciudades fueron sometidas al pago a Roma de un tributo en forma de diezmo. Desde 227 a.C. la administración de estas propiedades ultramarinas fue puesta bajo la responsabilidad de magistrados con *imperium*; para ello se crearon dos nuevos pretores, uno para Sicilia y otro para Córcega y Cerdeña. El ámbito geográfico en que los magistrados ejercían su *imperium* era conocido como *provincia*, un término que a partir de entonces comenzó a ser utilizado para designar las posesiones romanas de ultramar. Las funciones del pretor consistían en organizar la defensa de la provincia, mantener la ley y el orden y supervisar el cobro de impuestos.

A medida que la situación se consolidaba los romanos fijaron su atención en el norte de Italia, donde los galos habían iniciado nuevas revueltas. Su comportamiento hostil fue causado en parte por la promulgación de una ley del tribuno C. Flaminio (232 a.C.) que disponía la distribución de lotes de tierra en el *ager Gallicus* a favor de los ciudadanos romanos y probablemente comportaba también el desalojo de los galos, que habían usurpado y colonizado estas tierras en 283 a.C. En 255 un ejército invasor galo fue derrotado en Telamon (Etruria) y obligado a atravesar los Apeninos. Los romanos prosiguieron sus victorias avanzando en dirección al valle del Po. Conquistaron Mediolanum (Milán) en 222 e iniciaron el proceso de integración de la Galia Cisalpina al resto de la Italia romana. En 218 crearon dos colonias latinas en Piacenza y Cremona. Estas ya





Arriba: La antigua ciudad fenicia de Cartago, fundada según la tradición el 814 a.C., fue totalmente arrasada por Escipión Emiliano en 146 a.C. Los restos que se conservan datan del período romano, cuando César fundó una nueva ciudad. Excavaciones recientes, sin embargo, han empezado a revelar algunos vestigios de la antigua ciudad púnica y de sus instalaciones portuarias.

Arriba: Busto en bronce de un aristócrata romano (popularmente conocido como «Bruto») que data de finales del siglo IV a.C.



Derecha: La primera guerra púnica. La primera gran guerra entre Roma y Cartago empezó cuando Roma intervino en un pequeño incidente ocurrido en Sicilia el 264 a.C. Ninguno de los bandos estaba dispuesto a permitir que Sicilia cayera en manos del otro, la disputa degeneró en un conflicto a gran escala. La guerra fue entonces llevada por mar y por tierra, durante más de veinte años, con enormes pérdidas para ambos bandos. Al final los recursos de Roma resultaron superiores a los de Cartago, y tras la victoria romana en las islas Egates el 241 a.C. los cartagineses se rindieron. Los romanos ocuparon Sicilia, que se convirtió en su primera provincia.



Arriba: Moneda de C. Metelo (125 a.C.) que muestra a Júpiter en una carroza arrastrada por elefantes. El tema rememora la victoria de L. Metelo en Panormus (Palermo) el 251 y la captura de más de cien elefantes de guerra cartagineses.

estaban fuertemente establecidas cuando el ejército de Aníbal penetró en Italia por el norte.

Cartago intentaba sobreponerse del doble desastre de la pérdida de Cerdeña y de una revuelta de mercenarios iniciando la configuración de un imperio ultramarino en Hispania. Lideraba esta empresa Amílcar Barca, sucedido (a su muerte) por su yerno Asdrúbal. Roma recelaba del posible desenlace de estos acontecimientos, y en 226 a.C. solicitó y recibió garantías por parte de Asdrúbal de que los cartagineses limitarían sus acciones al sur del río Ebro. Los problemas llegaron cuando Aníbal, que sucedió a Asdrúbal en 221, atacó Sagunto (219). Aunque la ciudad estaba al sur del Ebro, era fiel aliada de Roma. Aníbal ignoró la demanda romana de no atacar Sagunto, y cuando la ciudad cayó, se envió a Cartago una embajada con un ultimátum claro para que se rindiera. Tito Livio describió la dramática escena en el Parlamento cartaginés. «Fabio (representante principal de la delegación romana) puso su mano sobre el pliegue de su toga, apoyándola en el pecho: "Aquí", dijo, "nosotros traemos paz y guerra, tomad lo que queráis". Inmediatamente Aníbal contestó con no menor orgullo: "Sea lo que fuere, nosotros no lo queremos". Fabio soltó el pliegue y gritó: "Nosotros ofrecemos la guerra". Los senadores cartagineses replicaron como un solo hombre: "Nosotros la aceptamos, y con el mismo espíritu pelearemos hasta el final".»

Los romanos probablemente esperaban combatir a Aníbal en territorio hispano, y al mismo tiempo poder apoderarse de Cartago enviando una expedición a África. Estos planes fueron abortados por Aníbal, que condujo sus tropas fuera de Hispania y siguió en dirección a Italia. En otoño del 218 a.C. cruzó los Alpes al mando de 20.000 soldados de infantería y 6.000 de caballería, e inmediatamente se le unieron las tribus galas de la llanura del Po, que se alzaron contra Roma aprovechando la llegada de Aníbal. Con la ayuda de éstos, vencieron en las grandes batallas de los ríos Ticius y Trebia, antes de finalizar el 218. La actitud de los galos hizo concebir a Aníbal la esperanza de que los aliados italianos de Roma se le unieran. En 217 avanzó sobre Etruria y consiguió una importante victoria en el lago Trasimeno. Aunque proclamó a los cuatro vien-

12°
14°
16°
38°
36°
MAR TIRRENO
ITALIA
SICILIA
MAR JÓNICO
MAR DE LIBIA
ISLAS ÉGATAS
241 victoria de la flota romana bajo Lutacio Catulo; se concluye la paz
254 capturada por los cartagineses
249 victoria de la flota cartaginesa
258 capturada por los cartagineses
253 capturada por los romanos; el ejército principal se establece en el lugar
251 victoria romana
ERYX
DREPANUM
PANORMUS
SOLUS
TERMAE
SEGESTA
LILYBAEUM
HALICYAS
SELINUS
Hypsus
263 bajo dominio cartaginés
260 asedio romano
263 bajo dominio cartaginés
263 Hanón es enviado desde Cartago
254 dominio cartaginés
249 asedio de Lilybaeum, situación indecisa
254 posesión cartaginesa
250 destruida por los cartagineses, sus habitantes huyeron a Lilybaeum
Halycus
HERACLEA NINOA
AGRIGENTUM
256 desembarco cartaginés en busca de los romanos en cabo Ecnomus
254 posesión cartaginesa
262 alianza con los cartagineses bajo Hanón
261 conquistado por los romanos; población reducida a la esclavitud
254 incendiada por los cartagineses como represalia
C. Ecnomus
256 victoria naval romana bajo Régulo
COSSURA
256 conquistada por los romanos
255 recobrada por los cartagineses
254 se une a Roma; las guarniciones púnicas son expulsadas
257 victoria naval romana Régulo
254 se une a Roma. Las guarniciones púnicas son expulsadas
259 victoria cartaginesa Amilcar Barcar
254 posesión cartaginesa
254 tomada por los cartagineses
CEFALOEDIUM
HALAESA
263 sometida a Roma
PETRA
254 se une a Roma; las guarniciones púnicas son expulsadas
258 asaltada por los romanos
MYTISTRATUS
ENNA
259 victoria cartaginesa con Amilcar Barca
258 expulsado por los romanos
Himera
pide la protección a Roma contra los
264 siracusanos, inicio de la guerra
260 se someten a los romanos
LIPARA
260 victoria de la flota romana de C. Duilio
TYNDARIS
MILAE
MASSANA
RHEGIUM
LOCRI
263 se somete a los romanos
TAUROMENIUM
263 se somete a los romanos
CENTURIPAS
Symaethus
Chrysas
263 se somete a lor romanos
CATANA
LEONTINI
aliada de Siracusa
MEGARA
aliada de Siracusa
ECHETLA
Anapus
SIRACUSA
263 sitio de Siracusa. Victoria romana. Hierón reconocido rey se convierte en aliado de Roma
ACRAE
aliada de Siracusa
NETUM
aliada de Siracusa
HELORUS
aliada de Siracusa
256 conquistada por los romanos
CAMARINA
259 victoria cartaginesa con Amilcar Barca
258 los romanos expulsan a las guarniciones púnicas
P. Pachynus
255 la flota romana hundida por la tormenta
tomada por los romanos con Régulo
MELITA
MELITA
256 fecha de una gran batalla
escala 1: 2 000 000
0 100 km
0 80 mi.

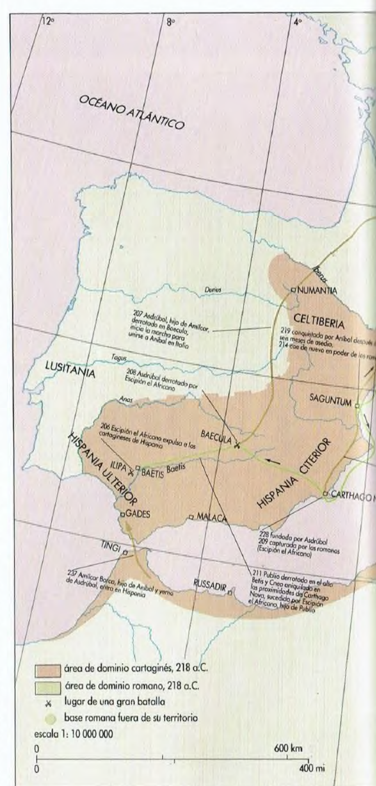


Italia durante la guerra con Aníbal. Durante los primeros años de la guerra los aliados italianos de Roma permanecieron leales pese a los esfuerzos de Aníbal por ganárselos. Sin embargo, el desastre de Cannas cambió la situación. Tito Livio escribe: «Hasta qué punto fue más grave la derrotada en Cannas que las que la habían precedido puede advertirse en el comportamiento de los aliados de Roma: antes de aquel día fatal su lealtad había permanecido firme; después empezó a vacilar por la sencilla razón de que habían perdido toda esperanza en la supervivencia del poder romano. Éstos fueron los pueblos que se unieron a la causa cartaginesa: los atelanos, calatinos, hirpinos, algunos de los apulios, todos los samnitas excepto los pentros, los brucios, los lucanios, los ucentinos y casi todos los asentamientos griegos de la costa, especialmente Tarentum, Metapontum, Croton y Locri, y todos los galos de la vertiente italiana de los Alpes». Debemos añadir que la más importante de todas, la ciudad campaniana de Capua se pasó el 215. Sin embargo, los romanos empezaron casi inmediatamente a recuperar el terreno perdido: al tiempo que las ciudades griegas se pasaban al enemigo (212 a.C.), Roma recuperaba el control sobre Samnio y el norte de Apulia; Capua cayó en 211, Tarento y Turii en 209. El 206 Aníbal fue obligado a retirarse al extremo sur, quedando confinado en el Bruttium.

tos que su lucha iba únicamente dirigida contra Roma y liberó a todos los prisioneros no romanos, los aliados siguieron fieles a Roma. Con esto quedaba claro que Aníbal erró en sus planes sobre la posibilidad de una revuelta general contra Roma; de hecho, las clases superiores de aquellas comunidades italianas sentían hondamente que sus intereses estaban situados junto a los de Roma, por lo que no veían ventajas en unirse a un invasor extranjero que se había apoyado en los galos para derrotar a su enemigo.

En 216 Aníbal consiguió su victoria más importante en la batalla de Cannas (Apulia), que supuso uno de los desastres más relevantes de Roma, que perdió quizá más de 30.000 hombres (las fuentes antiguas dan cifras mayores). Después de Cannas obtuvo nuevas victorias y se apoderó de algunas ciudades del sur, incluidas Samnium, Lucania y Bruttium. Algunos pobladores de Apulia y, fundamentalmente, Capua, de Campania, se separaron de Roma. En ese momento, Aníbal esperaba razonablemente que Roma pidiera la paz y que ésta concluyera con un acuerdo favorable para Cartago.

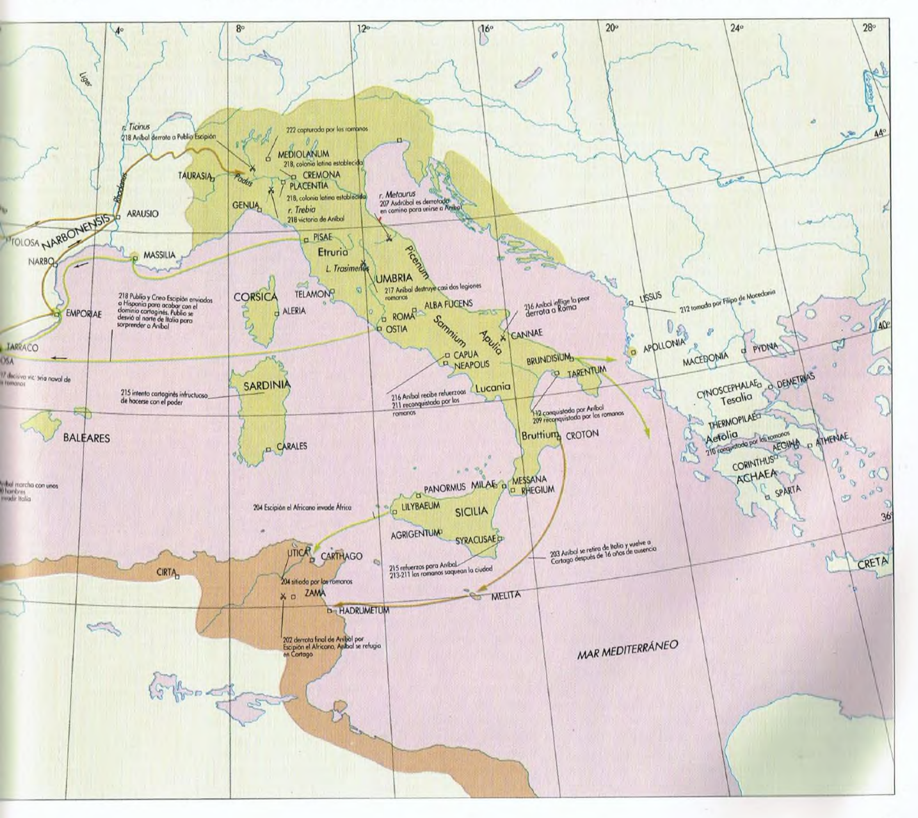
Los romanos se negaron ciegamente a aceptar esta derrota pensando que la empresa de Aníbal estaba abocada a la destrucción, aunque muchas de las circunstancias sugirieran lo contrario. Aníbal tuvo la habilidad de reforzar los lazos con los aliados de Roma (Tarento y otras ciudades se le unieron en 212 a.C.) y además consiguió el apoyo de Filipo V de Macedonia y del rey de Siracusa, sucesor de Hierón II. Pero a pesar de ello su posición general siguió debilitándose. La causa fue que los romanos adoptaron una estrategia (ideada por Q. Fabio Maximo, «el de las dilatorias») que evitaba las batallas abiertas para combatir en una guerra de desgaste. Gracias a ello, con el paso del tiempo las circunstancias le favorecieron. Roma todavía tenía amplias reservas de hombres y suministros. Aníbal, en cambio, estaba aislado de su metrópoli y no tenía ningún gran puerto a disposición. Los aliados de Roma (Etruria, Umbría, Piceno y pueblos del centro de Italia) reafirmaron su apoyo y se constituyó un bloque militar dispuesto a luchar contra Aníbal; en el sur, donde permanecían los cartagineses, muchas ciudades importantes (incluidas las colonias latinas) fuertemente fortificadas seguían siendo leales a Roma. De este modo, mientras Aníbal no podía moverse de su base de operaciones en el sur, los romanos saqueaban y reconquistaban los territorios de sus aliados. Como Polibio decía, los romanos tenían la posibilidad de



Segunda guerra púnica. La invasión de Italia por Aníbal en 218 a.C. tomó a los romanos por sorpresa y frustró su plan de un ataque directo a Cartago. Pero al provocar una guerra de desgaste contra Aníbal en Italia y adoptar una audaz estrategia ofensiva en Hispania y Sicilia, que culminó con la invasión de África el 204, poco a poco los romanos fueron imponiéndose. Los cartagineses fracasaron en su intento de enviar refuerzos a Aníbal, y sus aliados (los galos del norte de Italia y Filipo V de Macedonia) resultaron ineficaces. Al final, Aníbal se vio obligado a abandonar Italia para defender Cartago, siendo definitivamente derrotado por Escipión el Africano cerca de Zama el 202.

dividir sus fuerzas mientras que Aníbal sólo podía estar en un sitio cada vez.

Con el paso de los años la iniciativa pasó paulatinamente a los romanos. En 211, Aníbal sufrió un serio golpe cuando Capua cayó después de un largo sitio. En aquel momento el líder cartaginés pretendía auxiliar a la ciudad dirigiéndose contra Roma; a pesar de la impresión que causó la presencia de un ejército tan impresionante frente a las murallas de Roma, la experiencia acabó en fracaso. Mientras tanto, los romanos, dirigidos por M. Claudio Marcelo, mantuvieron su presión en Sicilia, donde tomaron y saquearon Siracusa (211) y aplastaron una revuelta general. En Hispania los cartagineses habían sido detenidos en 218 por la expedición de los hermanos Escipiones (Publio y Cneo), que derrotaron a Asdrúbal (215), hermano de Aníbal, y recuperaron Sagunto (214). En esta ciudad los romanos tuvieron graves problemas, cuando en 211 los hermanos Escipiones fueron derrotados y muertos; inmediatamente mandaron una nueva expedición de refuerzo (210), dirigida por el joven hijo y homónimo de Publio Escipión, quien reemprendió una estrategia fuertemente ofensiva. En 209 atacó por sorpresa a Cartago Nova (Cartagena) y la tomó. Al año siguiente derrotó a Asdrúbal en Baecula, pero no pudo evitar que éste se trasladara a Italia para unirse a su hermano Aníbal. Cruzó los Alpes en la primavera de 207 y avanzó con rapidez hacia el Adriático para tratar de encontrarse con Aníbal en Umbría. Pero antes de que pudieran reunirse, Asdrúbal fue interceptado y definitivamente derrotado por las tropas de Claudio Nerón en Metauro. Sin esperanza alguna, Aníbal se retiró a Bruttium y en 203 embarcó con su ejército hacia África sin haber sido derrotado. Mientras tanto el joven Escipión, tras echar a los cartagineses de Hispania (206), persuadió al Senado para que le permitiera dirigir un ejército contra Cartago (204).



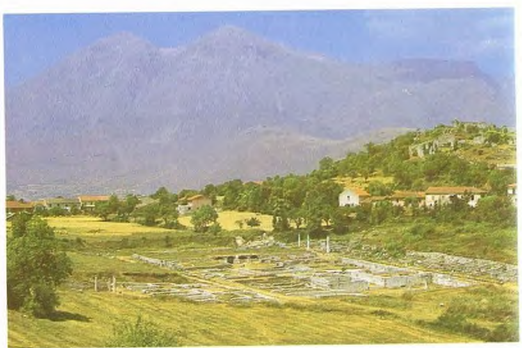
Aníbal regresó para la defensa de su capital, en la que no había estado desde los nueve años (237). La derrota definitiva se consumó en la batalla de Zama (202), tras un reñido enfrentamiento del que Escipión salió victorioso. El propio Aníbal negoció la paz, que confinó a Cartago dentro de un área muy restringida, además de privarla de su flota y obligarla a pagar 10.000 talentos, que debería hacer efectivos en cincuenta años.

Desarrollo del imperialismo romano

Tras la paz acordada desapareció la amenaza de Cartago, lo que dio un respiro a Italia tras haber sufrido las consecuencias de las devastaciones y el pillaje de los 16 años de ocupación de Aníbal. Sin embargo, la victoria no significó una reducción sistemática de las fuerzas militares romanas; de hecho, en las primeras décadas del 200 a.C. hubo guerras importantes en el norte de Italia, Hispania, Cerdeña y en el Mediterráneo oriental, en las que estuvieron comprometidos grandes ejércitos de Roma durante un sinfín de años. P. A. Brunt ha puntualizado que el número de italianos en servicio militar permanente «parece demostrar... que durante este período... las necesidades de hombres fueron todavía muy importantes después de acabada la guerra contra Aníbal y que en 191-190 a.C. alcanzaron las mismas dimensiones que en la crisis más grave de la lucha».

En 203 a.C. los romanos acometieron la conquista sistemática de la Galia Cisalpina, interrumpida en 224 a.C. por la invasión de Aníbal. Tras diversos combates en el valle del Po, fue derrotada una de las tribus más poderosas de la Galia Cisalpina: los boyos. Los romanos reforzaron Cremona y Piacenza al tiempo que fundaban nuevas colonias. En 187 construyeron la vía Emilia (que desde entonces dio nombre a la región) que unía Piacenza y Ariminum (Rímini). Roma dirigió entonces su atención a la lucha contra los belicosos grupos tribales de Liguria y del norte de los Apeninos, que a pesar de su resistencia fueron subyugados en 175, si bien su oposición esporádica pervivió durante veinte años. En 178-177 invadieron la península de Istria habiendo establecido una estratégica colonia en Aquileia (181).

En Hispania, Roma heredó de Cartago unos dominios importantes en el sudeste peninsular, que requerían la presencia de un ejército permanente, generalmente dos legiones. La Iberia romana estaba constituida por dos provincias (Hispania Ulterior e Hispania Citerior) desde la retirada cartaginesa de 206. En 197 el número de pretores anuales aumentó de 4 a 6, con el propósito de proporcionar todas las magistraturas precisas para el gobierno de las nuevas provincias. En esos primeros años Hispania fue sistemáticamente saqueada por los romanos, que inevitablemente se ganaron la aversión indígena. En 197 estalló en Hispania Ulterior una revuelta que se extendió con rapidez incluso a las tribus del interior. A pesar de las enérgicas campañas de Catón en 195, la guerra no terminó hasta 179, cuando T. Sempronio Graco pacificó las provincias y llegó a un acuerdo con los celtíberos. Veinticinco años más tarde se abría una nueva etapa de conflictos contra los lusitanos, dirigidos por Viriato (154-138) y una segunda guerra contra los celtíberos (153-151). Estos enfrentamientos provocaron grandes dificultades y altos costos a los romanos, así como enormes desastres para los hispanos, que sufrieron atrocidades sin cuento. Una última rebelión de los celtíberos en 143 a.C. derivó hacia una guerra larga y brutal. Uno de los capítulos más vergonzosos de la historia romana se cerró con la conquista y destrucción de Numancia (133 a.C.), capital celtíbera, por Escipión Emiliano (nieto adoptivo del vencedor de Zama). A pesar de ello siguió haciéndose necesaria la presencia militar permanente en el noroeste, que no fue conquistado hasta los tiempos de Augusto.

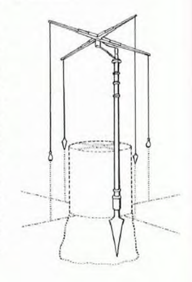


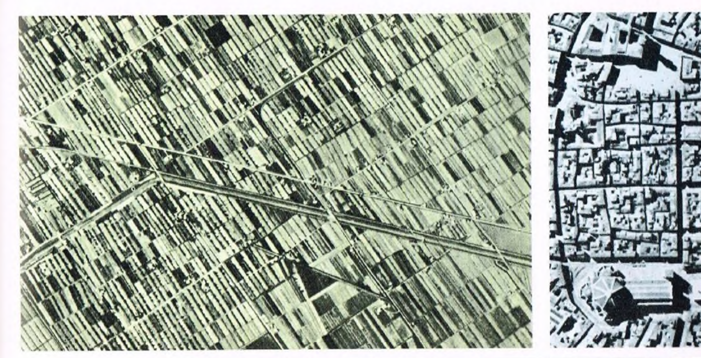
Arriba: Alba Fucens, fundada como colonia el 303 a.C. en territorio de los ecuos, ocupa una posición dominante a los pies del monte Velino (2.487 m). Las excavaciones realizadas por los belgas desde 1949 han revelado restos importantes de la ciudad, que como la mayoría de las colonias romanas fue construida sobre un plano en tablero dentro de un impresionante recinto de murallas defensivas. El rey Perseo de Macedonia fue internado allí después de su rendición en 167 a.C.

Es evidente que en el Mediterráneo occidental los romanos se entregaron a una política agresiva para aumentar sus extensos dominios a expensas de los «bárbaros» nativos. Ello derivó en una serie literalmente interminable de guerras en Galia e Hispania. Igualmente hay que mencionar las graves revueltas de Cerdeña (181-176 y 126 a.C.) y Córcega (181 y 166-163). La conquista de la Galia Narbonense (Provenza) entre 125 y 121 confirmó la continuidad de dicha política, que culminó con la ocupación de la totalidad de la Galia continental por Julio César (58-50 a.C.) y la invasión de Germania bajo Augusto. Los romanos no parecen haber tenido escrúpulos morales sobre estas actividades y el Senado romano estaba autorizado a perdonar los métodos duros y a menudo muy discutibles empleados por sus comandantes. En 151 a.C. Servio Sulpicio Galba, que había asesinado a miles de lusitanos tras su rendición, fue absuelto en juicio, aunque su culpabilidad era palpable. Muy poca gente se preocupaba en Roma por lo que les sucedía a los bárbaros.

Bastante más complejas fueron las acciones romanas en el este del Mediterráneo, cuyos asuntos se aplazaron hasta la conclusión de la tercera guerra púnica. Allí tuvieron que enfrentarse con un mundo culturalmente avanzado y con comunidades políticas establecidas tras la desintegración del imperio de Alejandro Magno (356-323 a.C.). A fines del siglo III existía un relativo equilibrio entre los grandes reinos (los Antigónidas en Macedonia, los Seleúcidas en Siria y Mesopotamia, los Ptolomeos en Egipto). Entre medio se hallaban los estados de Grecia y del mar Egeo, los más importantes de los cuales eran Atenas, Esparta y Rodas, la liga aquea (que reunía a las ciudades del norte del Peloponeso) y la liga etolia, del noroeste de Grecia.

Abajo: La *groma* era un instrumento topográfico que permitía marcar líneas cruzadas en ángulo recto mirando desde un punto central.





Arriba: La distribución de tierra a los colonos romanos estaba basada en un proceso de medición y división, conocido como centuriación, por el cual la tierra era señalizada en grandes cuadros de 200 *iugera* (50 hectáreas), llamados *centuriae* (es decir, áreas que abarcaban cien *iugera* * 2). Las huellas de la centuriación son reveladas por la fotografía aérea en muchas partes de Italia y las provincias. Esta fotografía muestra un terreno centuriado en Emilia.

Arriba derecha: La planta en tablero de las colonias romanas queda reflejada en los planos de muchas ciudades italianas de origen colonial. Un ejemplo es Florencia, donde fue fundada la colonia de *Florentia* en tiempos de Augusto.

Derecha: Colonización de Italia en el siglo II a.C. La tradición política romana de colonización continuó después de la guerra contra Aníbal, con el reforzamiento de algunas colonias latinas ya existentes y la fundación de otras nuevas en Vibo y Thurii, en el sur de Italia. Obsérvese la costumbre romana de dar nombres optimistas a las colonias, tales como *Valentia* («fuerza») y *Copia* («abundancia»). Durante la década del 190 se fundaron gran número de guarniciones coloniales a lo largo de las costas del sur de Italia, como defensa ante la posibilidad de una invasión por parte del rey seleúcida Antíoco III.
La ocupación romana de la Galia Cisalpina y de Liguria, se consolidó en la forma usual, por medio de la fundación de colonias; pero, como según parece se hizo cada vez más dificultoso persuadir a los romanos para que otorgaran su ciudadanía, el gobierno dejó de fundar colonias latinas y en su lugar inició la fundación de grandes colonias de ciudadanos romanos. Parma y Mutina (183) fueron las primeras colonias del nuevo tipo, y Aquileya (181) fue la última del antiguo. Tras la fundación de Luna en 177 la colonización romana se interrumpe bruscamente y no se reanuda hasta finales del siglo. La única excepción fue Auximum (157), fecha que ponen en duda algunos eruditos.

8°
12°
16°
44°
40°
AQUILEIA 181, reforzada 169
ESPOREDIA 100
CREMONA 218, reforzada 190
PLACENTIA 218, reforzada 190
Padus
PARMA 183
MUTINA 183
BONONIA 189
LUNA 177
LUCA 178
Arnus
PISAURUM 184
AUXIMUM 157
POTENTIA 184
SATURNIA 183
COSA reforzada 197
TIBERIS
GRAVISCAE 181
ROMA
SIPONTUM 194, reestablecida 186
FABRATERIA NOVA 125
VOLTURNUM 194
VENUSIA reforzada 200
LITERNUM 194
PUTEOLI 194
SALERNUM 194
NEPTUNIA (TARENTUM) 122
BUXENTUM 194, reestablecida 186
COPIA THURII 193
CROTON 194
TEMPSA 194
CASTRUM HANNIBALIS 199
VIBO VALENTIA 192
MINERVAUM SCOLACIUM 122

colona latina
colonia de ciudadanos romanos
colonias con guarniciones costeras
194 fecha de colonización
escala 1: 6 000 000
0 300 km
0 200 mi

La primera intervención romana al este del Adriático ocurrió en 229 a.C. cuando declararon la guerra a la reina Teuta de Iliria, cuyos habitantes practicaban la piratería y molestaban a los comerciantes italianos. En dos breves campañas (primera y segunda guerra iliria de 229-28 y 221-19, respectivamente), Roma humilló a los ilirios y obtuvo el control de las diversas ciudades griegas de la costa. Estos acontecimientos suscitaron los recelos de Filipo V de Macedonia, que en 215 se aprovechó de la debilidad romana tras la derrota de Cannas y se alió con Aníbal. Los romanos respondieron aliándose con los etolios (217), tradicionales enemigos de Filipo que prosiguieron la guerra en tierra firme, con el apoyo naval romano. Otros estados griegos se adhirieron a la alianza y los romanos, escasos de tropas, temieron la amenaza de Macedonia; por otro lado los etolios, conscientes de soportar la guerra con su esfuerzo, se quejaron de la poca asistencia de Roma y en 206 firmaron un acuerdo unilateral con Filipo. Los romanos, aún preocupados por Aníbal, siguieron el mismo camino un año más tarde.

Tras haber concluido la guerra contra Aníbal, los romanos volvieron su atención hacia los Balcanes, donde Filipo había empezado a extender su poder por el Egeo e iniciaba movimientos amenazadores en Iliria. Durante dos años se produjeron acciones militares indecisas y Roma tuvo algunos éxitos en sus gestiones diplomáticas, por medio de las cuales consiguió el apoyo de la mayoría de los estados del centro y del sur de Grecia; les convenció de que pretendía expulsar a los macedonios del territorio griego. Los acontecimientos reforzaron esta política cuando derrotaron definitivamente a Filipo en la batalla de Cinoscéfalos, en 197 a.C. En los juegos ístmicos de 196 los romanos, a cuya cabeza estaba T. Quincto Flaminino, proclamaron ante la entusiasta audiencia que respetarían la libertad e independencia de los estados griegos. En dos años se había consolidado su posición y en 194 se retiraron las tropas romanas de los Balcanes.

Por aquellas fechas, se suscitaron tensiones entre Roma y el rey seleúcida, Antíoco III, que había intervenido en Asia Menor e invadido Tracia (196 a.C.). Ambas potencias se vigilaban mutuamente con ansiedad; hubo complejas negociaciones y una campaña de propaganda que se podría comparar con la guerra fría contemporánea. En 192 los etolios, resentidos de que Flaminino no les hubiera permitido recuperar algunos de sus antiguos territorios, tras la marcha de Filipo sitiaron la ciudad fortificada de Demetrias y llamaron a Antíoco para liberar a los griegos de los romanos. Antíoco respondió a la llamada y atacó a una fuerza expedicionaria en Grecia. En el plazo de un año fue retirándose ante el empuje romano, y finalmente fue derrotado en las Termópilas. Los romanos invadieron Asia bajo el mando de L. Escipión (hermano del Africano, que acompañaba al ejército) y derrotaron a Antíoco en Magnesia (190 a.C.). Antíoco fue confinado más allá de los montes Tauro y obligado a entregar sus elefantes y su flota y a pagar una enorme indemnización. Al año siguiente, el cónsul Cn. Manlio Vulso invadió el territorio de las gálatas; llevó a cabo grandes matanzas y adquirió un enorme botín. En 188 se produjo el definitivo acuerdo con Antíoco, con quien se estableció un tratado en Apamea. Sus antiguos territorios fueron divididos entre Rodas y Eumenes II de Pérgamo, que había sucedido a Átalo en 197. Los romanos se retiraron entonces totalmente de Grecia y Asia. Estos acontecimientos inevitablemente plantean algunas cuestiones sobre la política romana en el Mediterráneo oriental, y de modo más general sobre los orígenes y desarrollo del imperialismo romano. Las modernas interpretaciones de este hecho se dividen en dos corrientes. Algunos historiadores presentan el imperialismo de Roma como el resultado accidental de una política predominantemente defensiva: los romanos hacían la guerra para defender sus intereses y los de sus aliados contra amenazas reales o imaginarias. Esta explicación coincide en cierta medida con la propia opinión de los romanos, según los cuales sólo combatían en «guerras justas». Otros estudiosos, sin embargo, creen más bien que el imperialismo fue una «mala costumbre» en que los romanos cayeron por su afición a la guerra y los honores militares, así como por su deseo de obtener tierras y botines. Según esta segunda opinión, su política fue conscientemente agresiva y todo eso de la «guerra justa» sólo era un ejercicio cínico de relaciones públicas o una elaboración ingenua de unos historiadores llenos de patriotismo.

Derecha: La antigua ciudad griega de Corinto fue destruida por Roma el 146 a.C. como escarmiento para el resto del imperio. La Corinto romana, de la que se conservan ruinas impresionantes, incluido el teatro (que puede observarse aquí), fue fundada como colonia por Julio César. (Ver página 149.)

Las dificultades de este tipo de interpretaciones se derivan del hecho de que únicamente tienen en cuenta los propósitos y motivaciones conscientes de los personajes históricos, que no necesariamente controlaban o entendían los acontecimientos en que tomaban parte. Siempre en un nivel concreto, semejantes explicaciones eran también, probablemente, esquemáticas y elaboradas. Por ejemplo, es improbable que Roma declarara la guerra a Macedonia en 200 a.C. porque pensase que Filipo era una amenaza para sus intereses o porque estuviera buscando una nueva salida para la acción agresiva. Tito Livio sugiere un motivo más simple y convincente: la alianza de Filipo con Aníbal en 215 a.C. fue «una puñalada por la espalda» que no sería perdonada, y tan pronto como los romanos derrotaron a Cartago pasaron a Grecia para dar a Filipo su merecido.

El hecho más significativo de la expansión del imperio romano es que fue el fruto de una serie de victorias sucesivas. Por lo tanto cabe preguntarse no sólo por qué los romanos combatieron en muchas guerras, sino también por qué obtuvieron tantas victorias. La respuesta a ambas preguntas es en definitiva la misma: los romanos tenían a su disposición una eficiente máquina militar y enormes reservas humanas, que sus oponentes no pudieron igualar. Tenían gran capacidad para recuperarse de sus pérdidas, como demuestran los acontecimientos de la segunda guerra púnica. Tito Livio fue absolutamente ecuánime cuando declaró (con respecto a Trasimeno y Cannas): «Ninguna otra nación en el mundo podría haber sufrido tan tremendos desastres sin haberse hundido».

El poder militar de Roma estaba basado fundamentalmene en el sistema de alianzas, resultado de sus conquistas en Italia; el hecho de que los aliados fueran partidarios activos en vez de sujetos tributarios pasivos tuvo una importancia vital. Así pues, se había constituido una gran organización militar que podría ser utilizada si de ella se derivaba algún beneficio. La guerra y la conquista se convirtieron de este modo en una necesidad lógica. En la práctica,



esto significaba que el gobierno romano podía recurrir a la guerra como instrumento de su política, en unas circunstancias en que otros estados hubieran desistido por los peligros o por la imposibilidad de recuperarse de sus pérdidas. La práctica constante del belicismo hizo posible la formación de un experto y efectivo cuadro de militares y creó una ética militarista que inspiró todos los niveles de la sociedad romana.

El resultado de los éxitos militares fue la ampliación del territorio y un incremento de la riqueza (en forma de botín, impuestos e indemnizaciones), la seguridad y el poder. Los romanos se creían con derecho a recibir estas contrapartidas, que compensaban los gastos y esfuerzos de las operaciones militares a que habían sido abocados. Las conquistas también fueron, posteriormente, justificadas por los beneficios que el gobierno romano aportaba a los territorios conquistados: civilización para los bárbaros, estabilidad y orden para los griegos ingobernables. Todos ganaban a excepción de aquellos que se resistían con arrogancia o ceguera:

tu regere imperio populos, Romane, memento
(hae tibi erunt artes), pacisque imponere morem,
parcere subiectis et debellare superbos.

(«Recuerda, romano, que te corresponde regir a los pueblos con estos recursos: imponer los caminos de la paz, perdonar a los sometidos y destrozar a los arrogantes por medio de la guerra.» Virgilio, *Eneida*, 6.851-53.)

El gobierno de Roma se manifestó de diferentes maneras según fueran las circunstancias. En el Mediterráneo occidental, como hemos visto, favoreció la política de integración, el gobierno directo y la presencia militar permanente; por otra parte, en Grecia evitaron la anexión y prefirieron mantener independientes los gobiernos locales, que a su vez actuaban en favor de los intereses romanos. De hecho los estados griegos, nominalmente libres, eran clientes de Roma en muchos aspectos, siguiendo las directrices romanas (ver página 19); fuera o no fuera así, los romanos usaron el término *clientela* para describir sus relaciones con otros estados, y no cabe duda de que el término «estados clientes» definió la posición de los aliados «libres» controlados por Roma.

Transcurrieron veinte años antes de que los romanos tuvieran necesidad de una intervención militar en el mundo griego. En 171 se envió un ejército a través del Adriático para enfrentarse a Perseo, sucesor y hermano de Filipo V de Macedonia. Los romanos estaban alarmados por la revitalización de Macedonia (iniciada ya antes de la muerte de Filipo) y se preocuparon especialmente cuando Perseo intentó reconciliarse con el resto de los estados griegos. La idea de que su última intención fuera hacer la guerra a Roma es infundada, aunque era improbable que los romanos estuvieran satisfechos de que Perseo apelase a las clases más bajas de las ciudades griegas; como en Italia, también en Grecia los romanos tendieron naturalmente a proteger los intereses de las clases propietarias (aunque hubiera excepciones). Perseo tuvo algún éxito inicial, como la victoria en la batalla de Callinicos (171 a.C.); en 168, en cambio, sufrió una decisiva derrota frente a L. Emilio Paulo en Pydna. El ejército macedonio resultó casi totalmente destruido y Perseo se rindió poco después.

El acuerdo establecido tras la victoria de Pydna fue oneroso y muestra hasta qué punto había cambiado la actitud de Roma desde el 190. Macedonia quedó dividida en cuatro repúblicas independientes y su población fue forzada a pagar tributos a Roma, justo la mitad de lo que les había reclamado Perseo. De este modo los romanos recibieron importantes beneficios sin tener que afrontar las desventajas del gobierno directo ni los gastos de administración y defensa. También reservaron un cruel destino a los molosianos de Epiro, que habían colaborado con Perseo tras su victoria en la batalla de Callinicos; su territorio fue saqueado sistemáticamente por Paulo y su población esclavizada. Cabe destacar la deportación de 1.000 miembros de las clases poderosas, pertenecientes a la liga aquea, a territorio italiano donde se les recluyó sin juicio alguno. El más conocido de entre los detenidos fue Polibio. A los griegos de Asia Menor, Pérgamo y Rodas se les castigó con pérdidas de territorios, ya que aunque no participaron en la guerra habían acariciado el propósito de hacerlo. De este modo Roma dejaba patente que no toleraría el menor intento de desobediencia.

Con tales métodos a los romanos les fue posible gobernar indirectamente a los griegos otros 18 años. A principios del 150 a.C. se produjo un levantamiento en Macedonia, auspiciado por las pretensiones de Andrisco, por lo que Roma tuvo que intervenir una vez más. Andrisco fue derrotado el 148 y Macedonia se convirtió en una provincia normal. Dos años después fue igualmente sofocada una infructuosa revuelta de la liga aquea, cuyos territorios también perdieron su independencia. Corinto fue saqueada para dar un ejemplo al mundo y se establecieron constituciones timocráticas (ver página 42), para sustituir a las democracias de las ciudades griegas.

Fue un período crucial para la expansión del imperio romano. En 150 a.C. se inició la tercera guerra púnica, cuando los romanos intervinieron para defender a sus aliados (el rey de Numidia, Masinisa), agredidos por Cartago. Por consejo del viejo Catón los romanos resolvieron destruir Cartago. Los cartagineses opusieron una fuerte resistencia; pero al final la ciudad se rindió al general Escipión Emiliano, que la arrasó (146 a.C.). Sus territorios constituyeron la nueva provincia de África.

Roma arcaica

Los vestigios más antiguos de habitación que se han hallado en Roma son unos sepulcros de cremación en el foro que desde el siglo X a.C. sirvieron como cementerio para los asentamientos de las colinas circundantes. El primer núcleo de población en el Palatino data de la Edad del Hierro, como confirman los cimientos de cabañas hallados en este lugar, así como la tradición, según la cual Rómulo había fundado la ciudad en el Palatino. Este primer asentamiento se extendió al área del Foro y desde el siglo VIII el Esquilino se convirtió en cementerio principal. Al final del siglo VII las cabañas del Foro fueron demolidas y se trazó una planta urbanística cuadrangular; los asentamientos circundantes también mejoraron su aspecto urbanístico; se construyeron casas de piedra con carácter permanente, templos y otros edificos públicos. La tradición asoció este desarrollo con el reinado de Tarquino I (616-579 a.C.); según Tito Livio, «Tarquino hizo concesiones de tierras alrededor del Foro para que se emplearan en la construcción de edificios privados y levantó comercios y pórticos». Su sucesor, Servio Tulio, engrandeció la ciudad incorporando las colinas del Esquilino, Quirinal y Viminal, las rodeó con una muralla y las dividió en cuatro regiones. Los restos arqueológicos confirman este aspecto general del desarrollo urbano en el siglo VI.

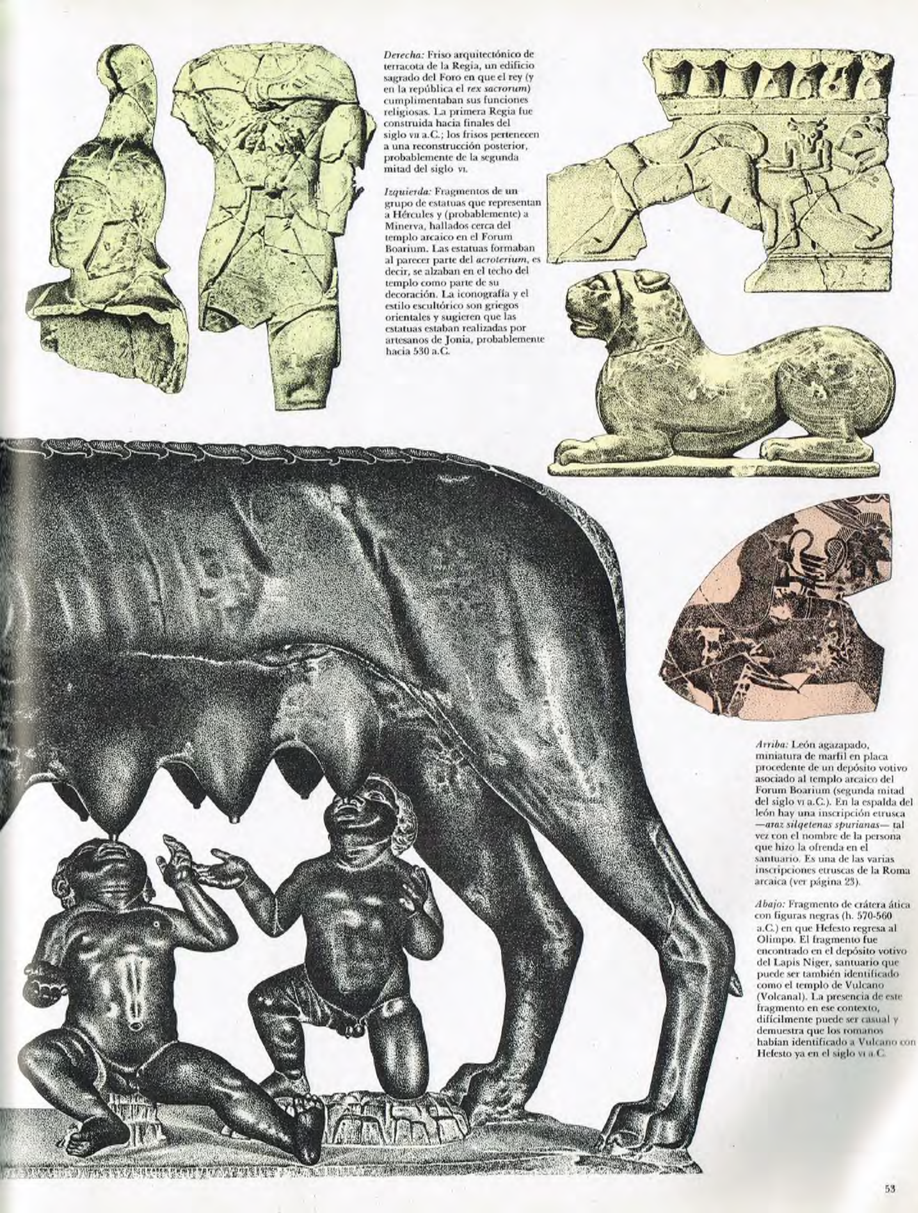
Abajo: Reconstrucción (según Gjerstad) de la fachada frontal del gran templo de Júpiter, Juno y Minerva, construido por los Tarquinos y dedicado por los primeros cónsules el 509 a.C. La construcción, que tiene alrededor de 64 m de largo, 55 m de ancho y una altura estimada de 40 m, fue uno de los templos arcaicos más grandes del mundo mediterráneo. Sobrevivió intacto hasta el 83 a.C. en que fue destruido por el fuego.



Abajo: La «Loba Capitolina». Este magistral bronce arcaico data aproximadamente del 500 a.C. y es tal vez de manufactura etrusca. Las figuras de los gemelos fueron añadidas en el Renacimiento, pero hay buenas razones para creer que la restauración está justificada. De ser así, la leyenda de Rómulo y Remo estaba ya bien arraigada en Roma al final del período monárquico.

Izquierda: Restos de toscas chozas que datan del siglo VIII a.C. y que han sido encontradas en el Palatino, que según la tradición fue el asentamiento de Rómulo. Los romanos conservaron un recuerdo de esta etapa primitiva en la *Casa Romuli* (casa de Rómulo), una simple choza de pastor preservada cariñosamente hasta los tiempos del imperio.

Arriba: Jarra con dos asas procedente de un sepulcro de inhumación en el Esquilino (probablemente de finales del siglo VIII a.C.).
Arriba, derecha: Urna en forma de choza procedente de un sepulcro de cremación del Foro romano. Las urnas de este tipo estaban claramente destinadas a representar las moradas humanas.
Derecha: Tumba y Foro del típico sepulcro de cremación. La urna en forma de choza y los objetos circundantes fueron colocados en una amplia tinaja y enterrados en un hoyo; siglos X-IX a.C.



Derecha: Friso arquitectónico de terracota de la Regia, un edificio sagrado del Foro en que el rey (y en la república el *rex sacrorum*) cumplimentaban sus funciones religiosas. La primera Regia fue construida hacia finales del siglo VII a.C.; los frisos pertenecen a una reconstrucción posterior, probablemente de la segunda mitad del siglo VI.

Izquierda: Fragmentos de un grupo de estatuas que representan a Hércules y (probablemente) a Minerva, hallados cerca del templo arcaico en el Forum Boarium. Las estatuas formaban al parecer parte del *acroterium*, es decir, se alzaban en el techo del templo como parte de su decoración. La iconografía y el estilo escultórico son griegos orientales y sugieren que las estatuas estaban realizadas por artesanos de Jonia, probablemente hacia 530 a.C.

Arriba: León agazapado, miniatura de marfil en placa procedente de un depósito votivo asociado al templo arcaico del Forum Boarium (segunda mitad del siglo VI a.C.). En la espalda del león hay una inscripción etrusca —*araz silqetenas spurianas*— tal vez con el nombre de la persona que hizo la ofrenda en el santuario. Es una de las varias inscripciones etruscas de la Roma arcaica (ver página 23).

Abajo: Fragmento de crátera ática con figuras negras (h. 570-560 a.C.) en que Hefesto regresa al Olimpo. El fragmento fue encontrado en el depósito votivo del Lapis Niger, santuario que puede ser también identificado como el templo de Vulcano (Volcanal). La presencia de este fragmento en ese contexto, difícilmente puede ser casual y demuestra que los romanos habían identificado a Vulcano con Hefesto ya en el siglo VI a.C.

CRISIS Y REFORMA

Las consecuencias del imperio

La conquista romana del Mediterráneo trajo como consecuencia inevitable profundos cambios en la vida política, social y económica de Roma e Italia. A nivel político la conducta del Senado respecto al esfuerzo realizado en la guerra contra Aníbal y sus subsiguientes triunfos en el este griego comportó una aceptación general entre las gentes del gobierno senatorial; la legislación popular y los ataques contra el orden establecido fueron muy poco frecuentes en el siglo siguiente al tribunado de C. Flaminio en 232 a.C. (ver página 44). Fue un período de aparente calma y estabilidad política pero Cicerón lo recordaría como la edad de oro del mandato senatorial.

El Senado mismo estuvo dominado por los nobles, que se hallaban divididos en dos bandos totalmente opuestos. Estos grupos adoptaron una forma de alianzas *ad hoc* entre amigos y parientes que se unían para promover programas políticos propios y movilizaban a sus clientes y seguidores para votar y favorecer a sus candidatos en las elecciones. En realidad estas facciones no fueron partidos políticos permanentes y a pesar de que algunas amistades duraron más tiempo que otras, ello no es suficiente para suponer que los políticos romanos estuvieran dominados por alianzas preestablecidas y hereditarias de familias nobles o *gentes*. Las rivalidades entre individuos y grupos eran habituales, lo que garantizaba una especie de equilibrio; pero las tensiones dentro de la oligarquía senatorial resurgieron como consecuencia del incremento de la retribución por los cargos y la fuerte competencia por las magistraturas principales.

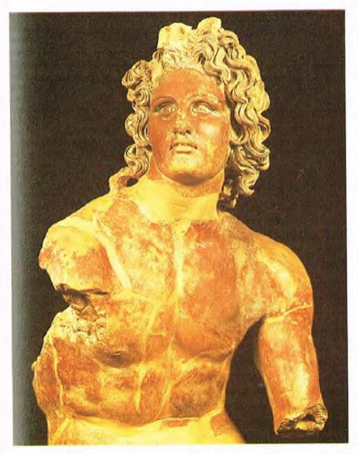
En el curso de la guerra contra Aníbal las necesidades militares obligaron, en la práctica a prolongar los mandatos de los generales victoriosos más allá del límite reglamentario de un año. Aunque esto pudiera justificarse desde un punto de vista práctico, tuvo como resultado peligrosas consecuencias políticas, ya que generó ambiciones personales como las de Escipión, que socavaron desde fuera el sistema de las magistraturas anuales. Estos hombres también se destacaron de sus iguales por llevar un estilo de vida afectado y lujoso y por vanagloriarse de su conocimiento de la cultura griega. Otros nobles se apresuraron a seguirles y el resultado fue la intensificación de la lucha por los cargos, el autoenriquecimiento, la corrupción y un indiscriminado culto del helenismo. La oposición a estas tendencias las asumió Catón el Censor (234-149 a.C.), que adoptó deliberadamente un tono austero de vida imitando con ello a uno de los grandes hombres del pasado, M. Curio Dentato (ver página 42). Catón ridiculizó el frívolo exhibicionismo de los helenistas, abogó por las virtudes sencillas y mostró un profundo respeto por las tradiciones nacionales italianas. Sus esfuerzos por mantener la cohesión tradicional de la oligarquía le permitieron llevar a cabo un ataque político contra Escipión, que se vio obligado a retirarse por algún tiempo de la vida pública en 184 a.C. Catón apoyó el cumplimiento de leyes suntuarias y se opuso con frecuencia a los sobornos, la corrupción y los abusos de poder.

La oposición de Catón al helenismo no se basó en simples prejuicios. Él mismo hablaba el griego y conocía la cultura griega mucho mejor que muchos de aquellos a los que atacaba; favoreció de hecho que se tomaran prestadas ideas griegas, siempre que pudieran ser adaptadas a las necesidades romanas. Fue Catón quien ordenó, durante el período de censura que él mismo inició, la construcción de la primera basílica romana, al estilo de las construcciones griegas. Es uno de los numerosos ejemplos de construcciones públicas de tipo griego que se levantaron durante esta época.

Pero el ejemplo más notable de la adaptación de las ideas griegas a las necesidades romanas es el desarrollo de la literatura latina, al que Catón contribuyó decisivamente. El primer escritor de la literatura latina fue Livio Andrónico, un griego llevado cautivo a Roma después de la toma de Tarento en 272 a.C. A Livio Andrónico se debe la traducción al latín de la *Odisea*; compuso también tragedias basadas en originales griegos. Su ejemplo fue seguido por Cneo Nevio (hacia 275-200 a.C.) y Quinto Ennio (239-169), quienes escribieron poemas épicos y obras teatrales. Merece destacarse que no eran latinoparlantes: Cneo Nevio, procedente de Campania, era de habla osca, y Quinto Ennio era un messapiano de Rudiae. Idéntica situación fue la del umbro Tito Maccio Plauto, el celta Celio Estacio y Publio Terencio Afer, que produjeron durante la primera mitad del siglo II a.C. comedias latinas al estilo griego (las de Tito Plauto y las de Publio Terencio Afer tienen el mismo estilo). Otras figuras prominentes de la temprana literatura latina fueron los autores trágicos M. Pacuvio (220-hacia 130 a.C.) y C. Accio (170-hacia 90 a.C.) y el satírico C. Lucilo (hacia 180-120 a.C.). El gran logro de Catón fue la creación de la literatura latina en prosa. Entre sus obras hay discursos, 142 de los cuales fueron conocidos por Cicerón que los admiró mucho; una obra sobre agricultura, que se ha conservado, y una obra histórica sobre Roma e Italia titulada *Origines*. Las historias más antiguas de Roma (por ejemplo la de Fabio Píctor) fueron escritas en griego. Una de las características de los *Origines* fue que incluía tanto la historia de los pueblos italianos como la de los romanos.

Así pues, los esfuerzos de Catón se dirigieron a la explotación constructiva de la cultura griega tomada en préstamo y al rechazo de la influencia corrupta de la riqueza, el lujo y la persecución del poder, que él asociaba al helenismo como producto indirecto de la conquista militar. Pero, como podemos apreciar, Catón no se percataba de las profundas y serias consecuencias del imperialismo romano. Durante su vida la economía rural de Italia fue transformada por un proceso que condujo a una crisis agraria grave. Los síntomas más obvios de este cambio fueron el empobrecimiento y desplazamiento del campesinado italiano, como resultado de más de medio siglo de guerras continuas.

La guerra afectó a la política económica de Italia en dos aspectos: primero con los efectos directos de la invasión de Aníbal, que tuvo como resultado una extensa devastación del campo, sobre todo en el sur





Arriba: Este elegante torso de Apolo, procedente de un templo de Falerii (finales del siglo IV o principios del siglo III a.C.) es probablemente obra de un escultor griego de la Magna Grecia. La pieza ilustra cómo Italia central era influida por la cultura griega en esta época y es un excelente ejemplo de arte «ítalo-helenístico».

Arriba, derecha: El templo circular del Forum Boaraium (llamado por lo general, aunque erróneamente, templo de Vesta) data probablemente de finales del siglo II a.C. y es el templo de mármol más antiguo que se conserva en Roma. Su estilo es puramente griego.

de Italia, y la aniquilación de comunidades enteras. Por ejemplo, cuando Tarento cayó en manos romanas en el 209 a.C. la mayor parte de su población fue esclavizada y aquella ciudad, antes próspera, se transformó en un lugar desolado. Aunque la devastación afectó necesariamente a la capacidad productiva del territorio agrícola, la pura destrucción de las cosechas, edificaciones y ganadería fue suficiente para arruinar a muchas familias de campesinos y para despoblar grandes áreas de territorio. Los efectos indirectos de las continuas guerras fueron incluso más serios para los campesinos que tuvieron que soportar la carga de un prolongado servicio militar. El ejército romano tradicional fue una milicia campesina que se mostró eficiente mientras las guerras eran locales y los conflictos eran contra las comunidades vecinas; pero fue insuficiente para las necesidades militares romanas durante y después de la guerra contra Aníbal, cuando se reclutaron grandes contingentes de soldados para servir durante muchos años en áreas lejanas del Mediterráneo.

Se ha estimado que, por término medio, los ejércitos combinados de romanos e italianos, durante los 35 años que siguieron a la derrota de Aníbal, superaban los 130.000 hombres; ello representa una proporción muy elevada del total de varones adultos de Italia. El promedio de ciudadanos romanos varones adultos en servicio por cierto tiempo durante los dos últimos siglos de la república se calcula que fue alrededor de un 13 por ciento. Esto significa que más de la mitad de los hombres adultos sirvieron regularmente en las legiones por un mínimo de 7 años. Tal nivel de dedicación a la guerra fue desastroso para el pequeño campesinado. Muchas familias de campesinos quedaron así privadas de la fuerza de trabajo esencial durante largos períodos de tiempo e incluso permanentemente, si sus hombres morían en el campo de batalla. Las granjas fueron abandonadas, se contrajeron deudas y a ello siguió el desposeimiento a través de la venta o deshaucio. El proceso se aceleró por el hecho de que los ricos buscaron invertir los beneficios de las guerras victoriosas en tierras italianas. Esto permitió el crecimiento de amplias haciendas (*latifundia*) mediante la acumulación por parte de unos pocos de la tierra que antes había trabajado el pequeño campesinado.

Familias enteras de campesinos fueron desplazadas de sus tierras por estos adinerados inversionistas y sustituidas por esclavos. Éstos eran suministrados en abundancia gracias a las victorias militares y a las esclavizaciones masivas de poblaciones vencidas; organizados en verdaderas cuadrillas de trabajadores para proporcionar el trabajo necesario a las empresas agrícolas a gran escala, resultaban relativamente baratos y tenían la ventaja adicional de que los esclavos estaban exentos del servicio militar. Así pues, el desarrollo de los *latifundia* se vio favorecido por el influjo de la riqueza y los esclavos, producto de las victorias conseguidas por los esfuerzos y sacrificios de los campesinos italianos que sirvieron en el ejército. Como dice Keith Hopkins: «Los soldados campesinos romanos lucharon para ser desalojados».

El desarrollo de los latifundios en el siglo II a.C. estuvo acompañado de nuevos métodos de cultivo, pensados para proporcionar a los terratenientes ausentes los ingresos de la venta al contado de los productos sobrantes. El nuevo régimen quedó bien ejemplificado en la obra de Catón *De Agricultura*, manual dirigido a los propietarios de haciendas de tipo medio (especifica propiedades de 25 a 60 hectáreas) trabajadas por esclavos y supervisadas por los *vilici*, esclavos administradores residentes. Catón trata especialmente de los cultivos de viñas y olivos, que producen buenas ganancias pero que requieren una fuerte inversión de capital inicial y posesiones relativamente extensas para conseguir economías a gran escala. Igualmente provechosa era la práctica de la ganadería y del pastoreo de ovejas, pero también requería capital y grandes áreas de terreno. Había pastos extensivos disponibles en el sur de Italia, donde la totalidad de las regiones habían quedado despobladas en la segunda guerra púnica. Muchas de aquellas tierras se convirtieron técnicamente en *ager publicus*, al haber sido confiscadas por Roma a los

estados aliados que se habían unido a Aníbal. Pero el gobierno romano no fue muy exigente ante la expropiación de tales tierras y no hizo cumplir las restricciones legales sobre la extensión de las propiedades. Parece probable que pasara lo mismo con el *ager publicus* en otras partes de Italia.

Muchos de los campesinos desplazados emigraron a las villas o ciudades de Italia y especialmente a Roma, donde empezaron a crearse posibilidades de empleo debido a los grandes gastos de los ricos en lujos, servicios, sobornos políticos y diversiones. Así pues, el gasto público contribuyó al desarrollo de una economía de mercado urbanizada. Los ingresos estatales en forma de botín, indemnizaciones y tasas fueron inmensos; después de la colonización de Macedonia en 167 a.C. se abolió el *tributum* y no se exigieron tasas directas sobre las propiedades de los ciudadanos romanos. Una elevada proporción de los ingresos públicos se reinvirtieron en ulteriores conquistas, es decir, se gastaron en pagos y suministros al ejército. El resto sirvió para llevar a cabo extensos proyectos de obras públicas emprendidos por todas partes en Roma y en las ciudades de Italia durante el siglo II a.C. (ello demuestra que no hubo un declive en la actividad constructora en la década de 130, como a veces se ha dicho). El desarrollo o crecimiento de las ciudades creó un mercado para los productos de los grandes latifundistas, mientras que las necesidades del ejército dieron cuenta de gran parte de la lana y el cuero que se producía en las granjas del sur de Italia.

Los pueblos y ciudades fueron también centros de una fuerte producción y de cierta actividad industrial a pequeña escala, probablemente basada en el trabajo de los esclavos. El principal mercado de los productos manufacturados fue indudablemente el ejército, que necesitaba regularmente provisiones de ropas, equipamiento y armas. La organización de los suministros la llevaban a cabo sectores privados que competían por los contratos con el gobierno. Estos contratistas privados fueron llamados publicanos (*publicani*). Realizaban contratos para la construcción y reparación de los edificios públicos, carreteras y otros servicios, y fueron ellos los que adquirieron los derechos de explotación de las propiedades mineras del Estado y de recaudación de las tasas indirectas (como peajes y derechos portuarios), así como las rentas del erario público. Los contratos que cada cinco años emitían los censores fueron inmensamente lucrativos y de gran importancia económica. Polibio cuenta que apenas hubo nadie en Roma que no estuviera implicado en la venta de estos contratos o en los negocios que surgían de ellos. Esto supuso riqueza y poder para los principales publicanos, que formaron un grupo de presión muy influyente fuera del Senado (a los senadores no les estaba permitido participar en los contratos públicos).

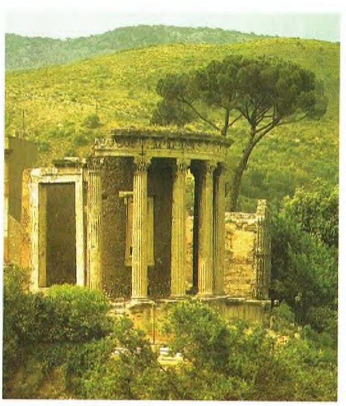
El desafío de los Gracos

El proceso de urbanización y el desarrollo de una economía de mercado produjeron ciertos desórdenes, cuyos efectos no escapaban a la atención de los contemporáneos. El continuo desplazamiento del pequeño campesinado era inquietante, no sólo a causa de la miseria que generaba sino también porque condujo a un descenso gradual del número de reclutas para el ejército, que tradicionalmente se habían extraído de las clases de los *adsidui*; los campesinos desposeídos quedaron reducidos al estatus de proletarios y por lo tanto dejaron de ser aptos para el servicio militar. Las dificultades para reclutar hombres destinados a las legiones se evidencian a través de escritos en numerosas ocasiones a partir de 150 a.C. En segundo lugar aumentó la preocupación por el número de esclavos que eran importados de Italia para trabajar el campo en sustitución de los campesinos libres. En 136 a.C. acaeció en Sicilia una importante sublevación de esclavos con decenas de millares de fugitivos y que fue sofocada no sin ciertas dificultades. Disturbios similares sucedieron en el resto de Italia al mismo tiempo y Roma se enfrentó con la amenaza de un derrumbamiento general de la ley y el orden.

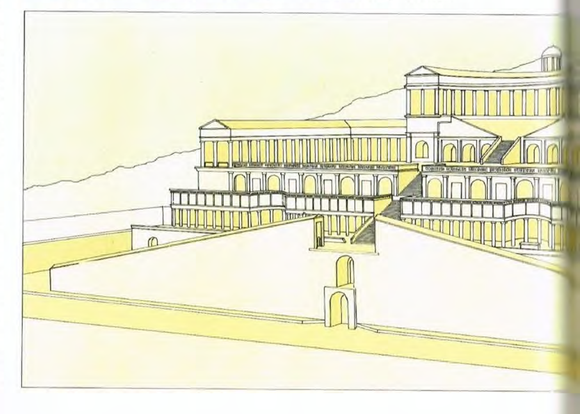
El problema de la seguridad interna, las crecientes dificultades del reclutamiento y la degradante condición del proletariado rural fueron los principales problemas que Tiberio Graco se dispuso a atajar durante el tiempo que ejerció como tribuno de la plebe (133 a.C.). Su solución, una sencilla ley agraria cuidadosamente planeada, fue muy simple en su concepción, ostensiblemente moderada en su forma y



Arriba: Moneda de P. Licinio Nerva (113-12 a.C.), que muestra a los ciudadanos en una asamblea, pasando por una pasarela (*pons*) para depositar sus votos. La moneda conmemora el sistema de voto secreto, que fue introducido por una serie de leyes en la segunda mitad del siglo II a.C.



Izquierda: Templo circular de Tívoli (Tibur), que muestra una gran similitud con el del Forum Boarium de Roma (ver página 55) y data del mismo período. Demuestra que las construcciones monumentales de estilo griego se levantaban lo mismo en las ciudades de Italia que en Roma.



Abajo: El santuario de Fortuna Primigenia en Palestrina (Praeneste) fue mucho más impresionante que cualquier otra construcción contemporánea en Roma. El enorme complejo de edificios, que data probablemente de la última parte del siglo II a.C., está planteado de forma similar a los santuarios helenísticos de Pérgamo y Rodas.

Arnus
Monte Giove ⊕ 474
Etruria
Tiberis
ROMA
MINTURNAE
SINUESSA
CAPUA
Arienzo ⊕ 468
Rocca San Felice ⊕⊕⊕ 473
Sant'Angelo ⊕ 467
Polla ⊕⊕ 472
Barra 470
Sala Consilina ⊕⊕⊕ 471, 472
Sicignano ⊕ 469
NEPTUNIA (TORENTUM)
Colonia fundada por Cayo Graco
Via Annia
MINERVUM (Scolacium)
colonia fundada por Cayo Graco
MESSANA
RHEGIUM
TAUROMENIUM
SICILIA
ENNA
CATANA
AGRIGENTUM
MORGANTINA
12° 14° 16° 18° 42° 40° 38°

133 a.C. Tiberio Graco observa la desolación de las zonas rurales y los cuadrillos de esclavos trabajando en los campos, durante un viaje por la costa sur de Etruria, y concibe la idea de la reforma

h. 136, sublevación de 150 esclavos en Roma; más revueltas en el Ática, Delos y otras partes

h 136 a.C. 450 esclavos fueron crucificados después de un levantamiento en Minturnae

133 a.C. rebelión de 4.000 esclavos es aplastada en Sinuessa

Celenza Val Fortore
⊕ descubierta en 1973 y presentada en *Année Epigraphique*, 1973, n.º 222

A través de la fotografía aérea se ha descubierto una centuriación y obras agrarias en varias partes del norte de Apulia; probablemente pueden asociarse con la reforma de los Gracos, como en la actualidad confirma la aparición de piedras limítrofes en Celenza Val Fortore

h 131 a.C.: inscripción de Polla, referente a la participación de esclavos fugitivos de Italia en la guerra de Sicilia y en los planes contemporáneos de repoblamiento

h. 136 a.C.: empieza la primera guerra de esclavos siciliana en Enna. Siguió otra revuelta en Agrigentum. Los insurgentes, quizá 70.000, capturaron Morgantina, Tauromenium y, probablemente, Messana, y derrotaron a un pretor romano que se les opuso. Al fin fueron aplastados por el cónsul P. Rupilio en 132 a.C.

territorio romano (133 a.C.) que incluía el *ager publicus*
ager publicus de los aliados desleales anexionado después de la segunda guerra púnica
⊕ piedras limítrofes inscritas que recuerdan las asignaciones de la comisión de tierras de los Gracos
467 referencias a los números de las inscripciones de A. Degrassi, *Inscriptiones Latinae Liberae Rei Publicae*, vol. I, 1957
ROMA Nombre antiguo
Arienzo nombre moderno

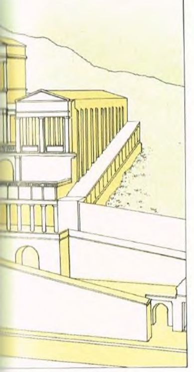
escala 1: 4 500 000
0 150 km
0 100 mi

Las reformas agrarias de los Gracos. Las reformas agrarias de los Gracos tuvieron como trasfondo una crisis militar, el empobrecimiento rural y el aumento de la inquietud urbana. Los campesinos libres eran expulsados de sus tierras y sustituidos por esclavos que trabajaban en los latifundios; los resultados de este proceso los observó Tiberio Graco en un viaje por Etruria en 137 a.C. Pocos años después estalló la gran revuelta de los esclavos en Sicilia, acompañada de levantamientos menores en Roma y en Italia. La solución de Tiberio iba dirigida a la reinstauración del campesinado libre, distribuyendo propiedades «públicas» de tierras en pequeños lotes a los ciudadanos pobres. Su ley agraria provocó una convulsión política y su propia muerte; pero la comisión de tierras por él nombrada, pudo llevar a cabo su tarea y dejó pruebas de sus actividades en los *termini* (piedras divisorias), con inscripciones que se han encontrado en varias partes de Italia. Su hermano Cayo continuó su trabajo y reanudó la tradición de la fundación de colonias, dos de las cuales al menos son conocidas: Scolacium (Minervium) y Tarentum (Neptunia).

potencialmente revolucionaria en sus efectos. Graco propuso restablecer a los campesinos desposeídos en parcelas del territorio público. La tierra necesaria fue adquirida por la imposición de un límite legal (500 *iugera*) a la extensión de las propiedades individuales del *ager publicus* y reclamando en nombre del Estado a los que tenían tierras en propiedad por encima del límite establecido. La tarea de recuperación de las tierras la llevaba a cabo una comisión de tres hombres que distribuía pequeñas parcelas entre los pobres. Lo positivo de esta disposición fue que no atacó los derechos tradicionales de la propiedad privada sino que, por el contrario, sólo quiso afectar a los que siempre estuvieron fuera de la ley. No obstante, en la práctica el proyecto de ley de Graco supuso una grave amenaza de los intereses creados de muchos propietarios acaudalados y despertó una intensa oposición. Por otra parte, el apoyo popular estaba asegurado, especialmente entre los pobres del campo, que acudieron en masa a Roma para votar la ley. Un intento de vetarla se frustró cuando Graco hizo expulsar de su cargo a los ofendidos tribunos; la ley quedó aprobada y la comisión de terrenos debidamente constituida por el propio Graco, su hermano Cayo y su suegro Apio Claudio.

Pero la oposición empezó a alarmarse ante las implicaciones políticas de lo que estaba sucediendo. Graco propuso su ley sin consultar al Senado, como era costumbre; desatendió, por medios posiblemente ilegales, el veto de un colega y sirvió únicamente a los intereses de la comisión de tierras. Por otra parte no vaciló en hacer uso de un acontecimiento inesperado cuando Átalo III, rey de Pérgamo, murió legando su reino a los romanos. Inmediatamente Graco decretó que el legado debía ser aceptado y los tesoros reales distribuidos como subsidios entre los nuevos consignatarios de tierras para asistirles en la provisión de sus granjas. La oposición se escandalizó por esta interferencia sin precedentes en el control tradicional de las finanzas públicas por el Senado. Finalmente, cuando Graco anunció su intención de presentarse a una nueva candidatura

Página siguiente: El Foro romano visto a través del arco de Septimio Severo, mirando hacia el templo de Vesta.



tribunicia para el año siguiente e hizo alusión a otras leyes, provocó la consternación general y fue acusado de *regnum* (ver páginas 22-23). El día de la elección algunos destacados senadores y sus fieles acompañantes intentaron interrumpir la asamblea popular y en el consiguiente disturbio, Tiberio Graco y 300 de sus partidarios fueron muertos. Siguió una persecución general en que muchos de los simpatizantes de Graco fueron condenados por un tribunal especial creado por el Senado para actuar contra sus partidarios.

La inmunidad de los tribunos de la plebe fue violada y el conflicto político finalizó, por primera vez en la historia de la república romana, en un baño de sangre. Aun así es poco probable que el significado total del suceso fuera comprendido en aquella época. La comisión de tierras subsistió y continuó sus trabajos (aunque con ciertas dificultades), pero en otros aspectos la vida de Roma volvió a la normalidad. No obstante, el ejemplo de Tiberio Graco siguió vivo y pronto empezó a ser imitado por otros tribunos. En pocos años, su hermano menor Cayo Graco dirigió un ataque más radical contra el orden establecido. Obtuvo dos tribunados consecutivos (el de 123 y 122 a.C.) en los que introdujo una amplia gama de reformas legislativas.

Las leyes de Cayo Graco se pueden resumir en cuatro apartados: primero, una serie de importantes medidas que aspiraban a promover el bienestar general. Aprobó una ley agraria que sustituía la de su hermano y promovió además la fundación de colonias en Italia, al menos dos de las cuales fueron efectivamente establecidas (Minervia y Neptunia). Una medida muy radical fue el intento de fundar una colonia en Cartago (Junonia). Intentó otras medidas para un programa de obras públicas, la mejora de las condiciones del servicio militar, la organización por el Estado del suministro del trigo a la ciudad de Roma y la distribución de grano a las ciudades a un precio fijo, subvencionado por el gobierno. En segundo lugar Graco intentó incrementar los ingresos fiscales del Estado imponiendo nuevas tarifas aduaneras y promulgando que las tasas de las provincias inmensamente ricas de Asia (calculó hasta un diezmo de sus productos) debían ser recaudadas por los publicanos. Los contratos habrían de ser subastados por los censores de Roma; en este sentido el Estado quería asegurarse unos ingresos durante cinco años, ya que el riesgo de fluctuaciones en el rendimiento y en la carga de los costos administrativos debería recaer sobre los publicanos. La preocupación de Graco por las finanzas públicas fue el resultado de su deseo de obtener fondos para su proyecto de asistencia social; su acción estaba regida por el principio de que las posesiones de Roma en ultramar deberían ser explotadas plenamente y las ganancias íntegramente empleadas en beneficio del pueblo.

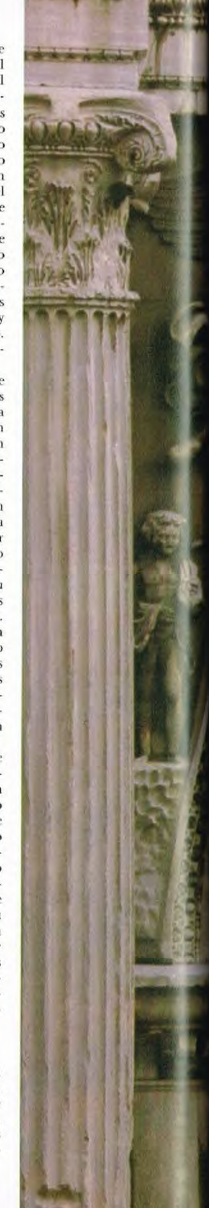
En tercer lugar Cayo atacó la corrupción senatorial e intentó frenar los abusos de autoridad de los magistrados. Proscribió la conspiración judicial y decretó que no podrían constituirse sin autorización popular tribunales especiales, similares a los que llevaron a cabo la purga tras la muerte de su hermano. Sobre todo reorganizó el procedimiento en caso de especulación y mala administración por los funcionarios senatoriales. En 149 se constituyó un comité especial de senadores para tratar tales delitos (tal vez debido al escándalo de Galba, página 48). Pero la experiencia habría demostrado que los senadores estaban más interesados en encubrir las actividades viles de sus iguales que en velar por la justicia, y el comité resultó ser una medida inadecuada para evitar los abusos. Cayo descartó este cómodo sistema de comisiones internas y lo reemplazó por un tribunal regular de justicia presidido por un jurado del cual los senadores fueron rigurosamente excluidos. El jurado fue escogido entre el orden de los caballeros, es decir, la clase de los propietarios. Más tarde se dijo que Graco había dividido la clase gobernante y dado al Estado dos cabezas. Un aspecto poco afortunado del nuevo sistema fue que los publicanos ganaron influencia dentro del orden de los caballeros, con el resultado de que los gobernadores provinciales que se confabulaban con los publicanos en la malversación de fondos públicos esperaban ser absueltos si se entablaba proceso en Roma. También se produjo lo contrario: por ejemplo, en 92 a.C. P. Rutilio Rufo fue condenado por extorsión por un jurado de caballeros después de intentar impedir los abusos de los publicanos en las provincias de Asia. El caso fue muy conocido y, a lo que parece, el primero de este tipo. Es poco probable que pudieran preverse tales consecuencias en tiempos de Cayo Graco.

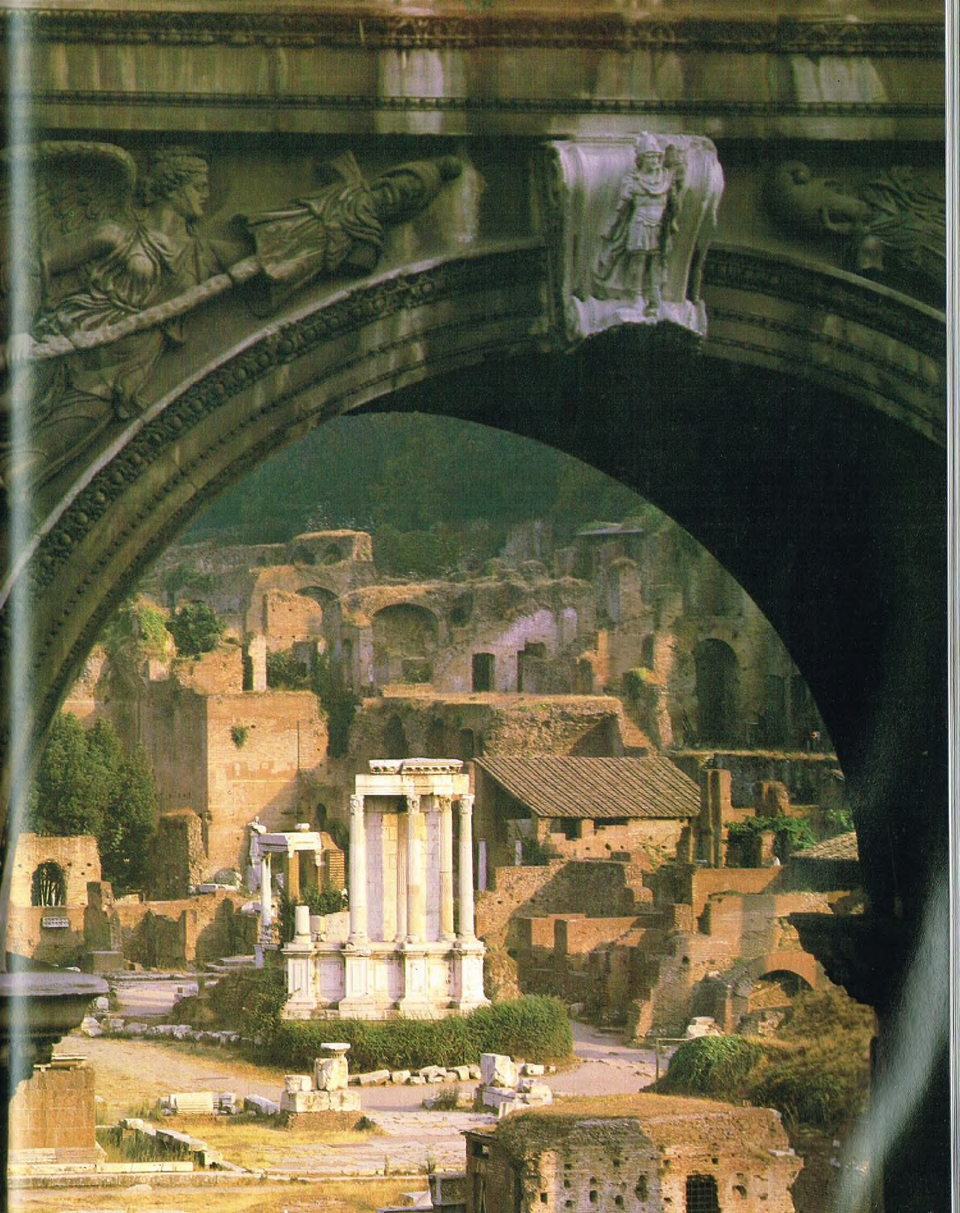
Por último, Graco intentó ampliar el derecho de voto, otorgando la ciudadanía romana a los latinos y los derechos latinos a los aliados italianos. La propuesta, que no fue la primera de este tipo (un compañero de Graco propuso un proyecto similar en 125), fue quizá una respuesta a la expresión de descontento entre la clase dominante de los estados aliados, que se habían opuesto enérgicamente a las actividades de la comisión de tierras de Graco. En cualquier caso la disposición fue rechazada por la *plebs*, que no deseaba compartir sus privilegios. Por este tiempo (a finales de 122) Graco fue perdiendo gradualmente apoyo y no consiguió un tercer tribunado para el año 121. Tan pronto como expiró su mandato se produjo una tentativa de revocar algunas de sus leyes, empezando por la colonia de Cartago. Graco y sus seguidores intentaron protestar con una exhibición de fuerza. El Senado optó por considerarlo como una amenaza al Estado y ordenó a los cónsules impedir cualquier daño a la república. Graco y sus amigos huyeron al Aventino, antiguo refugio plebeyo (ver página 26), donde fueron rodeados y asesinados; se dice que 3.000 personas perdieron la vida en aquella matanza espantosa.

La importancia histórica de Cayo Graco se debe en cierto modo al volumen y alcance de su legislación. Nada semejante se había visto antes en Roma y no se repetiría hasta el gobierno dictatorial de Julio César. Todo el orden establecido se conmovió desde sus cimientos y no hubo ya duda de que el período de gobierno oligárquico sin cambios que había resistido hasta la guerra con Aníbal había terminado para siempre. Los Gracos revitalizaron el papel tradicional de los tribunos como protectores de la plebe y afirmaron el derecho del pueblo a legislar en su propio interés. Cayo Graco no intentó cambiar la conducta política ni la administración del Senado y de los magistrados, sino que quiso hacerlos más responsables para con el pueblo a través de las asambleas y por medio de la independencia judicial ejercida por una clase alejada por definición de la política.

La época de Mario y Sila

El triste final de Cayo Graco fue una victoria para muchos de los elementos reaccionarios del Estado. Pero el triunfo de éstos duró poco. La agitación de los tribunos se inició de nuevo casi inmediatamente, y los *populares* (líderes políticos que adoptaron los propósitos y métodos de los Gracos) tuvieron opor-





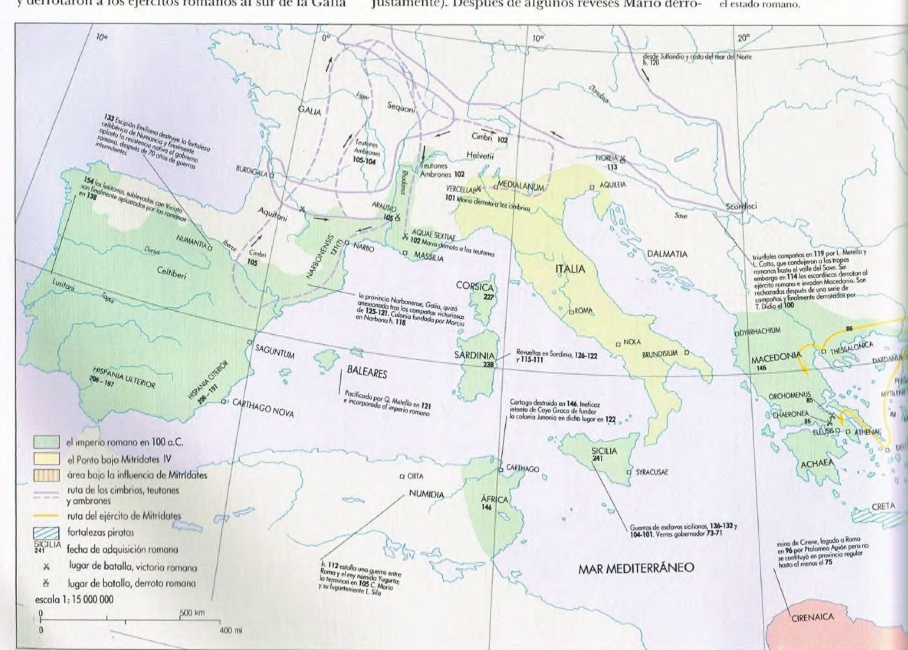
tunidad de iniciar un ataque más enérgico después del 114, cuando Roma se vio inesperadamente enfrentada a una desesperada crisis militar. Ese año el cónsul M. Porcio Catón (nieto del famoso censor) fue desastrosamente derrotado en Macedonia por los scordiscios, tribu tracia que invadió las provincias romanas. Al mismo tiempo se recibieron noticias de una migración de pueblos, entre los que se hallaban las tribus germánicas de los cimbrios y teutones, y que se rumoreó estaban acercándose a las fronteras de Italia. Este hecho provocó el pánico en la ciudad, donde se intentó apaciguar a los dioses por medio de rituales arcaicos, incluyendo los que conllevaban sacrificios humanos. Lo mismo había sucedido en la época de la batalla de Cannas; los romanos se daban cuenta, sin duda alguna, de que estaban nuevamente ante un gran peligro.

Durante la guerra contra Aníbal la oligarquía senatorial había adquirido una posición de incuestionable autoridad, cuando demostró su competencia para el mando y la organización militar y su destreza para la dirección de los asuntos exteriores. Pero estas cualidades faltaron visiblemente al Senado posterior a los Gracos. En 113 el cónsul Cn. Pipirio Carbón se arriesgó en una batalla contra los cimbrios en Noreia y sufrió una derrota calamitosa. Italia sobrevivió gracias a que los germanos, por razones desconocidas, decidieron trasladarse hacia las tierras occidentales de la Galia; pocos años más tarde volvieron y derrotaron a los ejércitos romanos al sur de la Galia en tres ocasiones diferentes (109, 107 y 105 a.C.). La última de estas derrotas, la batalla de Arausio, fue una matanza y dejó a Italia a merced de los germanos.

Entretanto la indignación popular se desató en Roma por la forma en que el Senado actuó en una crisis del norte de África, cuando un príncipe númida llamado Yugurta desafió a Roma. El papel del Senado en este asunto fue una mezcla de indecisión, corrupción e incompetencia. Cuando un ejército romano fue vergonzosamente derrotado por Yugurta en 110, un tribuno propuso que se creara un tribunal especial de investigación con un jurado de caballeros para investigar la conducta del Senado en política exterior. De resultas de ello fueron exiliados algunos personajes notables, incluyendo a L. Opimio, asesino de Cayo Graco. Este suceso, que hubiera sido impensable una generación antes, fue seguido en 108 por la elección de C. Mario para el consulado.

Mario era un «hombre nuevo» (ver página 36) procedente de la ciudad volsca de Arpinum. Su elección al consulado fue el resultado de una hábil campaña en la que atacó a los nobles y dio una visión positiva de su propia falta de linaje. Mario obtuvo gran número de partidarios y no sólo fue elegido para la dirección del consulado, sino que se le nombró por plebiscito para dirigir la guerra contra Yugurta en lugar de Q. Metelo, propuesto por el Senado, al que acusó de incompetencia (en este caso al parecer injustamente). Después de algunos reveses Mario derro-

Roma y el mundo Mediterráneo, h. 146-70 a.C. La marcha triunfal de la expansión imperialista de Roma alcanzó una meta con la destrucción de Corinto y Cartago en 146 a.C. Las generaciones siguientes conocieron el colapso del equilibrio político, que había prevalecido desde el final de la guerra contra Aníbal, y al mismo tiempo presenciaron una serie de reveses militares sin precedentes. Entre los años 147 y 70 a.C. los romanos se enfrentaron con la inquietud y la hostilidad de todas las partes del imperio y, en un intento de respuesta la aristocracia gobernante se mostró corrupta e incompetente. El punto más bajo se alcanzó en el año 105, cuando un ejército romano fue aniquilado en Arausio por bárbaros germanos; en ese momento Roma corrió el peligro de su completa extinción. Casi igualmente grave fue la revuelta de las provincias orientales durante el avance de Mitrídates en 88; fue la respuesta a una larga explotación criminal y a la opresión de los romanos. Las crisis sólo se resolvieron permitiendo a individuos capaces y ambiciosos alcanzar las posiciones del poder supremo en el estado romano.





Abajo: Moneda de C. Fundanio (101 a.C.). El relieve muestra a C. Mario en un carro, celebrando su triunfo sobre los cimbrios y los teutones.

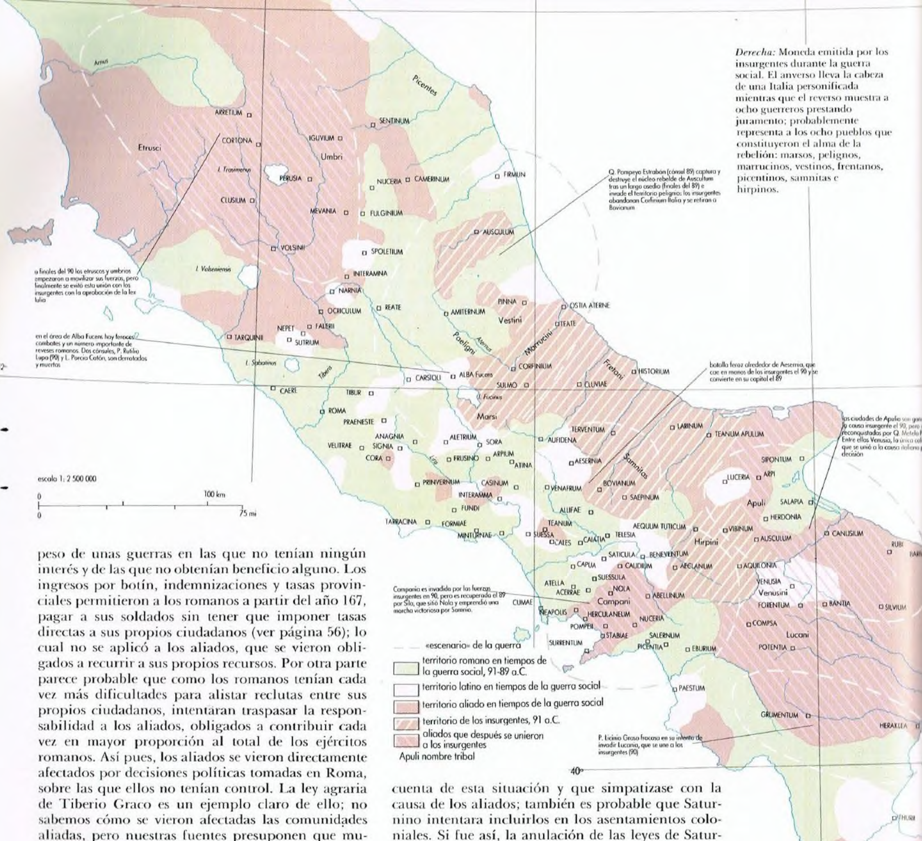
tó a Yugurta en 105 y fue elegido, en su ausencia, para un segundo consulado en 104. Tras su partida de Roma hubo una breve reacción conservadora dirigida por Q. Servilio Cepión, cónsul del 106. Pero cuando Cepión fue derrotado al año siguiente en Arausio, la oligarquía perdió los nervios completamente. Cepión se convirtió en el primer hombre después del rey Tarquino que perdió su *imperium* y Mario, el héroe popular, fue nombrado para salvar a Italia de los germanos. De todos modos la amenaza bárbara disminuyó temporalmente y Mario tuvo la oportunidad de llevar a cabo una reforma sistemática de la organización, instrucción y equipamiento del ejército romano (104-102). Durante este período fue reelegido, hasta que finalmente derrotó a los teutones en Aquae Sextiae (102) y a los cimbrios en Vercellae (101). Mario volvió triunfante a Roma y logró un sexto consulado el 100 a.C.

Las victorias de Mario fueron conseguidas por un ejército que él mismo había transformado en una fuerza de combate eficiente y disciplinada. Sus reformas militares impusieron normas profesionales a hombres que con anterioridad sólo lo eran en el sentido socioeconómico. Para sus campañas contra Yugurta en 107, Mario abandonó la práctica tradicional de reclutar tropas de la clase de los *adsidui* y, simplemente, alistó voluntarios del proletariado. Como ya hemos visto, el número de *adsidui* había disminuido en el curso del siglo II, lo que fue causa de las reformas agrarias de los Gracos. Éstos intentaron restablecer la clase del pequeño campesinado pero no atacaron la raíz del problema. Como subraya P. A. Brunt, «había una contradicción inherente en el objetivo de los Gracos: el intento de incrementar el número de soldados romanos campesinos, cuando el servicio al ejército había destruido al campesinado». En todo caso, las disposiciones de los Gracos fueron rechazadas por una serie de leyes en los años siguientes a la muerte de Cayo, y debemos considerarlas a largo plazo como un verdadero fracaso. Con el campesinado en declive, el único camino para resolver el problema del reclutamiento no era otro que limitar la cualificación de propietario a efectos del servicio militar, solución que ya había sido empleada antes de la década del 120 en varias ocasiones o ignorarla por completo, como hizo Mario en 107. El hecho indica que el ejército estaba ya «proletarizado» por aquellas fechas y que la acción de Mario fue simplemente la etapa final en la formación de un ejército profesional que dejó de basarse en la dedicación parcial de los campesinos. La relación entre la posesión de propiedades y el servicio militar quedó totalmente rota y el servicio al ejército se convirtió en una forma de empleo para hombres que no poseían tierras. No obstante, la consecuencia de ello fue que los ejércitos proletarios empezaron a pedir alguna remuneración permanente por sus servicios, y por entonces el Estado no estaba preparado para garantizar un sistema regular de remuneración de lotes de tierras para compensar a los veteranos; por ello los hombres acudían a sus jefes para obtener algún beneficio. De este modo los ejércitos se convirtieron en instrumentos de los intereses políticos en manos de jefes sin escrúpulos que abundaron en la tardía república.

Realmente Mario no previó estas consecuencias, algunas de las cuales se manifestaron de inmediato. En 103, un tribuno, L. Apuleyo Saturnino, hizo promulgar una ley por la que se debían distribuir grandes parcelas de tierra en África a los veteranos de la guerra contra Yugurta. Durante su segundo tribunado, el año 100, Apuleyo propuso nuevas distribuciones y la fundación de colonias en las provincias para los veteranos de las guerras germanas y de una reciente campaña en Sicilia, donde había tenido lugar una segunda revuelta de esclavos (104-101). Estas y otras proposiciones recibieron un sólido apoyo por parte de los veteranos e incluso se forzó a la asamblea con la violencia del populacho. Ese año el asunto adquirió tal gravedad que Mario se vio obligado a intervenir para restaurar el orden. Saturnino y sus asociados se rindieron, pero Mario no pudo impedir que los lincharan. Las leyes de Saturnino fueron revocadas por el Senado. El resultado final fue que Mario quedó desacreditado y sus veteranos nunca recibieron sus esperadas recompensas.

La profunda conmoción de las invasiones germánicas dejó al descubierto las tensiones subyacentes y las divisiones internas de la sociedad romana, precipitando el proceso de descomposición política. Ese problema, que empezó a ser crítico en la década siguiente a la batalla de Vercellae, produjo el deterioro de las relaciones entre Roma y sus aliados italianos. En la guerra contra Aníbal, Roma había estado al frente de una alianza de comunidades italianas libres a las que había reportado la victoria frente al invasor extranjero. Pero en las guerras del siglo II en Hispania, Grecia, Asia y África, la noción de una alianza defensiva empezó a desvanecerse. Poco a poco, los aliados se dieron cuenta de que ya no eran interlocutores libres, sino súbditos que llevaban el

Derecha: Moneda emitida por los insurgentes durante la guerra social. El anverso lleva la cabeza de una Italia personificada mientras que el reverso muestra a ocho guerreros prestando juramento; probablemente representa a los ocho pueblos que constituyeron el alma de la rebelión: marsos, pelignos, marrucinos, vestinos, frentanos, picentinos, samnitas e hirpinos.



peso de unas guerras en las que no tenían ningún interés y de las que no obtenían beneficio alguno. Los ingresos por botín, indemnizaciones y tasas provinciales permitieron a los romanos a partir del año 167, pagar a sus soldados sin tener que imponer tasas directas a sus propios ciudadanos (ver página 56); lo cual no se aplicó a los aliados, que se vieron obligados a recurrir a sus propios recursos. Por otra parte parece probable que como los romanos tenían cada vez más dificultades para alistar reclutas entre sus propios ciudadanos, intentaran traspasar la responsabilidad a los aliados, obligados a contribuir cada vez en mayor proporción al total de los ejércitos romanos. Así pues, los aliados se vieron directamente afectados por decisiones políticas tomadas en Roma, sobre las que ellos no tenían control. La ley agraria de Tiberio Graco es un ejemplo claro de ello; no sabemos cómo se vieron afectadas las comunidades aliadas, pero nuestras fuentes presuponen que muchos terratenientes italianos que ocupaban el *ager publicus* fueron desahuciados por la comisión de tierras. Cayo Graco intentó, según hemos visto, compensarlos con la concesión de la ciudadanía romana; sus esfuerzos fracasaron, pero parece que la idea de obtener la ciudadanía romana fue gradualmente aceptada entre los aliados, para los cuales empezó a ser de modo creciente una atractiva meta política. Como ciudadanos, los italianos tendrían el derecho de apelar contra los magistrados romanos, a intervenir en la marcha de la política, acceso directo a las ganancias del imperio (en particular derecho a pujar por los contratos públicos) y oportunidad de entrar en el Senado y en las magistraturas.

Cierta sensación general de resentimiento fue sin duda acentuada por las guerras germánicas, que supusieron una lucha conjunta entre romanos e italianos para sobrevivir y que pusieron de manifiesto la flagrante injusticia del estatus inferior en que se hallaban los aliados. Es probable que Mario se diera cuenta de esta situación y que simpatizase con la causa de los aliados; también es probable que Saturnino intentara incluirlos en los asentamientos coloniales. Si fue así, la anulación de las leyes de Saturnino podría haber significado una amarga decepción para los aliados, que se vieron marginados cuando los cónsules del año 95 castigaron severamente a quienes se habían registrado ilegalmente como ciudadanos romanos. Finalmente, el año 91 la causa de la emancipación de los italianos fue considerada por el tribuno, M. Livio Druso como parte de un extenso programa, en el que incluyó propuestas de asentamientos agrarios en Italia y las provincias y una reforma jurídica.

Por desgracia, los intentos de Druso de obtener un amplio apoyo fueron inútiles y sólo consiguieron despertar una hostilidad general. La propuesta de ampliar la ciudadanía no tuvo posibilidades y probablemente nunca pudo votarse. La muerte de su colaborador más influyente, el orador L. Craso, dejó a Druso políticamente aislado; sus leyes fueron anuladas por el Senado mediante tecnicismos legales y un año más tarde fue asesinado en circunstancias misteriosas. Para los aliados, que habían puesto todas







Derecha: El Tabularium, uno de los edificios más bellos que se conservan de la época republicana, está ubicado en el extremo occidental del Foro, de espaldas al Capitolio. La construcción, que fue utilizada como oficina del registro y como edificio de los archivos del Estado, fue levantada en el 78 a.C. por Q. Lutacio Catulo y reemplazó a una estructura más antigua destruida por el fuego en el 83 a.C.



Italia y la guerra social, 91-89 a.C. La guerra social (la guerra de los aliados) empezó el 91 a.C. como consecuencia del persistente rechazo de los romanos a otorgar el derecho de ciudadanía a sus aliados italianos. Los insurgentes se constituyeron en un estado independiente llamado Italia, con su capital en Corfinium. La revuelta se afianzó en las regiones del centro y del sur de la península alcanzando a los pueblos de habla osca de los Apeninos centrales (especialmente los marsos), a los samnitas y lucanos y a la ciudad de Asculum, en Piceno. Con excepción de Venusia, las colonias latinas mantuvieron su fidelidad a Roma, como lo hicieron las ciudades griegas; los etruscos y umbros se abstuvieron hasta las etapas finales de la guerra y fueron los primeros en recibir la ciudadanía romana en los términos de la *lex Iulia*.

sus esperanzas en Druso, ésta fue la última oportunidad. Antes de finalizar el año 91 estalló una revuelta armada.

El conflicto que siguió a la muerte de Druso (que había empezado a conocerse como la guerra social o mársica) fue ferozmente reprimido y los romanos consiguieron la victoria militar, pero solamente reconociendo su derrota política. El 90 a.C. el cónsul L. Julio César aprobó una ley que concedía la ciudadanía romana a todas las comunidades leales y a algunas otras que habían depuesto las armas. El 89 la guerra casi había terminado a excepción de algunos focos de resistencia en el sur que fueron liquidados en los años siguientes.

Apenas estuvo resuelta la crisis italiana llegaron noticias de un desastre en las provincias orientales. Durante algunos años Roma se mantuvo a la expectativa ante el espectacular ascenso del reino del Ponto bajo su poderoso rey Mitrídates VI (121-63 a.C.). El 89 un pretor romano provocó imprudentemente un ataque contra Mitrídates, ante lo cual, éste tomó represalias, invadiendo la provincia de Asia y ordenando la matanza de todos los romanos allí residentes (88 a.C.). Nuestras fuentes afirman que 80.000 personas fueron asesinadas en un solo día. El hecho parece tremendamente exagerado y el número real debió ser en realidad de cuatro cifras, aunque esto es también pura conjetura.

Por entonces romanos e italianos estaban dispersos por todas las provincias romanas como recaudadores de impuestos, comerciantes, prestamistas y terratenientes. Fueron muy numerosos en Sicilia, que estuvo abierta a la explotación romana desde el siglo III a.C.: en la época de la primera guerra de esclavos (136 a.C.), muchos de sus propietarios eran ciudadanos romanos de la clase ecuestre y había gran número de italianos residiendo en las ciudades en la época de Verres, que gobernó Sicilia a finales de la década de los 70. Su presencia en el norte de África viene indicada por el episodio de la masacre de un grupo de «hombres de negocios» italianos (*negotiatores*) en Citra el 112 a.C., que fue la causa de la guerra contra Yugurta. A menudo los veteranos elegían asentarse en las provincias donde habían servido, especialmente en Hispania, donde había varias comunidades italianas. Respecto a la Galia meridional, Cicerón nos cuenta (74 a.C.) que «Galia está atestada de comerciantes relacionados con los ciudadanos romanos. Galia no hace negocios al margen de los ciudadanos romanos; ningún denario conseguido a través del comercio cambia de manos sin quedar registrado en los libros de los ciudadanos romanos». Cicerón clasificó a los romanos residentes en la Galia como «taberneros, granjeros, hacendados y otros hombres de negocios». También había en Oriente muchos italianos, especialmente en Grecia, en las islas egeas y en las costas de Asia Menor. Por ejemplo, en Grecia una inscripción de hacia 103 a.C. muestra que alrededor del diez por ciento del territorio de la ciudad de Mesenia estaba en manos de romanos e italianos. Un centro importante fue la isla de Delos, que los romanos habían declarado puerto libre (67 a.C.) con la intención política de perjudicar el comercio de Rodas (ver página 51). Delos se convirtió en centro del comercio de esclavos, y según Estrabón llegó a realizar más de diez mil transacciones en un solo día. En la provincia de Asia muchos de los italianos residentes se emplearon en las empresas de los publicanos, que tenían el derecho exclusivo de recaudar los tributos directos, otorgados por la ley de Cayo Graco. Las depredaciones fueron notables (véase el caso del infortunado Rutilio Rufo, página 58), lo que despertó la indignación de la población nativa, que de buen grado cooperó con Mitrídates en la matanza del 88. Mitrídates fue considerado el libertador de los griegos contra los odiados romanos, «enemigos comunes de toda la especie humana». A finales del 88 sus fuerzas habían rebasado el Egeo e invadido Grecia.

La tarea de conducir un ejército romano contra Mitrídates le fue encomendada a uno de los cónsules del 88, L. Cornelio Sila. Era un noble poco escrupuloso y disoluto de una vieja familia patricia (uno de sus antecesores fue el notable Rufino, ver página 42). Había mostrado su habilidad como lugarteniente de confianza de Mario en las campañas de África y Germania y se labró una reputación como comandante en la guerra social. Así pues, estaba bien cualificado para la tarea de enfrentarse a Mitrídates. No obstante Mario, que todavía era influyente, se decepcionó ante esta decisión y esperó que el mando le fuera concedido a él. En general se suponía que la victoria sobre Mitrídates sería fácil, a la vez que provechosa y Mario se indignó al saber que se le había concedido el honor a Sila, con el que se había peleado pocos años antes.

Con la idea de rectificar este estado de cosas, Mario contrató los servicios de un tribuno, P. Sulpicio, que había ocupado antaño el cargo como partidario de los *optimates* (los elementos más reaccionarios del Senado) pero que por alguna razón se había separado de ellos. Sulpicio propuso una serie de leyes, incluyendo una que daba igualdad de derecho de voto a los italianos recién emancipados (que debieron sentirse decepcionados ante la limitación de este derecho a un restringido número de tribus) y otra para nombrar a Mario en lugar de Sila comandante en la próxima campaña de Oriente. Los acontecimientos se precipitaron. Las leyes de Sulpicio fueron aprobadas en medio de violentas luchas callejeras. Sila se reunió con sus tropas en Nola (Campania) y al recibir una respuesta favorable marchó sobre Roma, que se rindió sin violencia. Mario fue cogido por sorpresa,

pero se las arregló para escapar a África; Sulpicio fue asesinado y sus leyes derogadas. Después de promulgar algunas medidas constitucionales que anunciaban un gobierno dictatorial, Sila marchó a Oriente.

Tras su partida estallaron nuevas disensiones. Uno de los cónsules del año 87, L. Cornelio Cinna, intentó restablecer la ley de Sulpicio sobre los nuevos ciudadanos, pero se lo impidió su colega Cn. Octavio, seguidor de Sila. Sobrevino un amotinamiento y Cinna tuvo que huir, pero encontró un buen aliado en Mario, que volvió a África y movilizó a sus seguidores. Cinna y Mario marcharon entonces sobre Roma, capturaron la ciudad y asesinaron a sus oponentes en un nuevo reinado del terror. Mario inició entonces su séptimo consulado, pero murió a los pocos días (86 a.C.). Su colega Cinna intentó establecer cierta normalidad: se decretó un trato equitativo para los nuevos ciudadanos, Sila fue proscrito y se envió un ejército «oficial» a Asia bajo el mando de L. Valerio Flaco.

Los acontecimientos de los años siguientes son difíciles de evaluar, ya que las fuentes se decantan claramente a favor de Sila. Parte de esta predisposición se debió a las propias memorias de Sila, que no se han conservado pero que sin duda alguna ejercieron una profunda influencia en la tradición histórica. En Roma, el gobierno estuvo controlado por Cinna, que ejerció el consulado durante cuatro años sucesivos (87-84) y evidentemente contó con un fuerte apoyo. Las clases altas parecían al menos estar de acuerdo; por esas fechas pocos de los principales senadores estaban preparados para atacar a Sila, y por lo que sabemos ninguno de ellos lo hizo.

En Oriente, Sila logró expulsar de Grecia a las fuerzas de Mitrídates después de una victoria en Queronea el 86 a.C.; el mismo año Valerio Flaco se presentó con su ejército y empezó a luchar contra Mitrídates en Asia Menor. Flaco fue pronto asesinado por su propio legado, C. Flavio Fimbria, pero la guerra continuó y Fimbria obtuvo algunos éxitos notables. Sila sin embargo hizo un tratado de paz con Mitrídates el 85 —en términos generosos— y a continuación se volvió contra Fimbria, cuyas tropas habían desertado. La colonización de Asia por Sila fue extremadamente dura; permitió a sus tropas saquear casi a voluntad y las alojó en las ciudades.

El 83 regresó a Italia, donde se unió a jóvenes oportunistas como M. Craso y Q. Metelo Pío, y en particular al joven Pompeyo, que reclutó tres legiones por propia iniciativa. La oposición estaba desorganizada y mal dirigida (Cinna fue asesinado en un motín el año 84) y el apoyo de Sila creció cuando empezó a estar cada vez más claro que iba a ganar. Sin embargo, hubo encarnizadas luchas en Italia, donde los partidarios de Mario se unieron a los samnitas, y en las provincias en que tenían un considerable apoyo. Pero a finales del 82, Sila se estableció en Roma tras derrotar a los samnitas en la batalla de Puerta Colina y después de que el hijo de Mario fuera vencido y muerto en Praeneste. La resistencia en Sicilia y África fue rápidamente sofocada por Pompeyo, que fue premiado con un triunfo (probablemente en el año 81) y recompensado por Silo con el título de *magnus* («el grande»).

En Roma Sila llevó a cabo una purga entre sus oponentes, que fueron perseguidos y ajusticiados sin juicio previo. Las personas condenadas fueron «proscritas», es decir, sus nombres fueron inscritos en listas públicas en que se les declaraba fuera de la ley y se puso precio a sus cabezas. Se dice que murieron millares, incluyendo más de 40 senadores y 1.600 caballeros (*equites*); sus propiedades fueron confiscadas y entregadas a los seguidores de Sila, muchos de los cuales hicieron fortuna (un ejemplo famoso fue Craso). Sila castigó a las comunidades italianas que se le habían opuesto, confiscando sus tierras y asignándolas en parcelas a sus soldados; se dice que 120.000 hombres fueron asentados en colonias, principalmente en Etruria y Campania.

En un intento de regularizar su posición Sila se convirtió en dictador, cargo que estaba en desuso desde la segunda guerra púnica. Bajo su autoridad introdujo una serie de leyes (81 a.C.) con las que esperaba restablecer la estabilidad y prevenir una repetición de los desórdenes que afligieron a Roma durante la época de Tiberio Graco. En particular intentó minar el tribunado, limitando severamente sus poderes de veto y legislación y no permitiendo a los tribunos acceder a otros cargos. Destacó varios cientos de hombres del orden de los caballeros dentro del Senado y confió al extenso cuerpo (de cerca de 600 miembros) la tarea de proporcionar jurados para los tribunales permanentes, que fueron reorganizados a fondo. Se constituyó una serie de tribunales regulares para ocuparse, en particular, de los crímenes públicos: extorsión, traición, soborno, malversación, fraude, asaltos, atentados, asesinatos, etc. Algunos de estos cargos ya existían antes de Sila (por ejemplo, la coacción del tribunal; ver página 58), pero otros fueron probablemente instituidos por él.

Sila estableció un orden regular para las principales magistraturas y prescribió las edades mínimas para los cargos de cuestor (30), pretor (39) y cónsul (49). Los que hubieran sido cuestores eran automáticamente admitidos en el Senado, y para mantener el número de senadores en unos 600, Sila aumentó el número de cuestores anuales a 20 (teniendo en cuenta que la media de vida era aproximadamente de 60 años). El número de pretores aumentó de seis a ocho para proporcionar gobernadores a las nuevas provincias. Finalmente, abolió el subsidio estatal de raciones de grano.

Sila acabó su mandato dictatorial hacia finales de 81, accedió al consulado en el 80, se retiró a la vida privada el 79 y murió a principios del 78. Su increíble carrera dejó un legado de amargura y odio que ensombreció la última generación de la república romana. Cabe señalar el hecho de que un hombre que no mostró en sus propias acciones más que desprecio por la legalidad, por la vida humana y por los derechos de propiedad, hiciera tan enérgico esfuerzo por establecer el orden y la normalidad. En sus esfuerzos por curar los males de la república, Sila atacó los síntomas pero no las causas. La agitación tribunicia de las décadas anteriores fue muy difícil de atajar con restricciones legales. El asentamiento forzoso de sus veteranos, que hasta el momento había proporcionado una garantía armada de estabilidad, probablemente creó (tras su muerte) nuevo malestar en las regiones de Italia y se convirtió en un instrumento para futuras intentonas revolucionarias. Sila había establecido una estructura de gobierno en que tuvo más poder que nunca la oligarquía senatorial, basada en la violencia y en la muerte y no en el consenso general. Los principales seguidores de Sila eran los más dispuestos y oportunistas y fueron los primeros en explotar la debilidad del sistema tan pronto como él faltó. Mientras que los principales beneficiarios de este nuevo orden, los *optimates*, nunca tuvieron la voluntad ni la autoridad moral para continuar su obra.



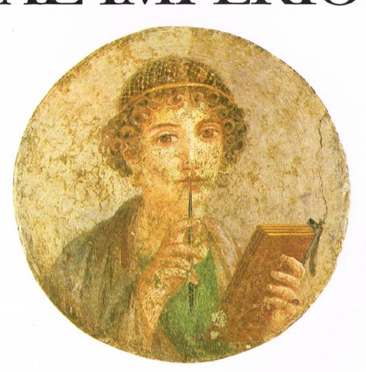
Arriba: L. Cornelio Sila (h. 138-78 a.C.) provenía de una antigua familia patricia sin méritos recientes. Obtuvo relevancia política como asociado de Mario, a quien sirvió en las guerras contra Yugurta y contra los cimbrios. Su disputa con Mario se inicia en el 90 a.C. y llega a su punto culminante durante el consulado del año 88, cuando Mario fue nombrado por plebiscito para asumir el mando contra Mitrídates, que con anterioridad se le había conferido a él. Sila respondió marchando sobre Roma y forzando a sus enemigos a retirarse. Después de cuatro años de campañas en Oriente, Sila retornó para una segunda guerra civil; su victoria en el 82 le permitió establecer una dictadura despiadada.



Mitrídates VI del Ponto (132-63 a.C.) sucedió a su padre cuando aún era un niño, en el 120 a.C. Su carrera expansionista se inició al apoderarse de la mayor parte de la costa norte del mar Negro; ocupó después parte de Armenia y volvió la mirada hacia Asia Menor. Su oportunidad llegó en el 88, cuando pudo adentrarse en la provincia de Asia y ocupar las islas del Egeo presentándose como liberador y explotando el odio de los griegos hacia los romanos. Derrotado en campañas sucesivas por Sila, Lúculo y Pompeyo, acabó siendo inducido al suicidio en el 63 a.C.

SEGUNDA PARTE

DE LA REPÚBLICA AL IMPERIO



LA REVOLUCIÓN ROMANA

Consecuencias del gobierno de Sila y ascenso de Pompeyo

A fines del 81 a.C. Sila casi había suprimido a toda la oposición, con la notable excepción de Q. Sertorio, antes confidente de Mario y Cinna, que se había exiliado de Italia el 83 al acercarse los ejércitos de Sila y se había retirado a su provincia de Hispania. Exiliado temporalmente Sila en el 81, regresó en el 80 e inició una revuelta general, apoyada tanto por los nativos hispanos como por los romanos e itálicos residentes allí. En el 79 Q. Metelo Pío encabezó un ejército que no fue capaz de hacerle frente, por lo que en el 77 el Senado se decidió a enviar refuerzos.

Al mismo tiempo, en Italia el gobierno tuvo que sofocar un levantamiento, encabezado por M. Emilio Lépido (cónsul del 78), que pretendía derrocar las disposiciones de Sila con el apoyo de los campesinos desposeídos en Etruria. Lépido fue derrotado por Pompeyo, al que el Senado dio un mandato especial (77). Propuso entonces dirigir su ejército a Hispania en apoyo de Metelo. Apoyado en un ejército leal, al Senado le fue difícil negarse; el 77 fue nombrado procónsul para dirigir la campaña contra Sertorio.

A la partida de Pompeyo siguió un difícil período de gobierno oligárquico interrumpido por agitaciones ocasionales. En Oriente (74 a.C.), Roma se anexionó las provincias de Bitinia y Cirene, pero hubo de afrontar una nueva guerra contra Mitrídates bajo el mando de L. Lucinio Lúculo, uno de los primeros secuaces de Sila. Durante este período el mundo romano también padeció las consecuencias de las depredaciones de los piratas. Pero el problema más serio al que había de enfrentarse Roma a finales de los 70 fue la revuelta de Espartaco, la última (y más grande) de las guerras de esclavos de la antigüedad clásica. Espartaco era un gladiador tracio que escapó el 73 y logró constituir un ejército de esclavos fugitivos concentrados en el monte Vesubio. En poco tiempo logró reunir decenas de miles de esclavos (las fuentes nos hablan de aproximadamente 120.000) que durante dos años recorrieron Italia; no sólo saquearon todo lo que encontraban a su paso sino que también consiguieron derrotar repetidas veces a los ejércitos romanos enviados para hacerles frente (cabe destacar que en el año 72 vencieron a dos ejércitos consulares). Finalmente fueron derrotados en Bruttium por Craso (71), quien mandaba un gran ejército de ocho o diez legiones. Espartaco murió y unos 6.000 esclavos capturados fueron crucificados a lo largo de la vía Apia; hileras de cruces llegaban de Roma a Capua. Cabe indicar también que las revueltas de Espartaco, y los dos levantamientos de Sicilia (ver páginas 56 y 61), no fueron genuinos movimientos revolucionarios, sino más bien patéticos intentos de los esclavos de escapar de su miserable condición y vengarse de sus señores. Así pues, no había un trasfondo ideológico revolucionario ni un movimiento organizado para la abolición de la esclavitud como tal.

En Hispania, Pompeyo y Metelo hicieron lentos progresos hasta que en el 72 Sertorio fue asesinado por uno de sus oficiales. Entonces Pompeyo concluyó la guerra con rapidez y regresó con sus tropas a Italia para terminar con los últimos residuos del ejército de Espartaco. Pompeyo y Craso aunaron sus esfuerzos y, aunque recelosos el uno del otro, decidieron compartir el consulado en 70 a.C. Pompeyo no estaba legalmente cualificado para el cargo, ya que tenía sólo 36 años y no había ostentado ningún cargo (ni siquiera había sido miembro del Senado). Pero el gobierno, con la prudencia del hombre que entrega su bolsa al ladrón antes de que éste se la exija, renunció a la constitución para favorecerle.

Pompeyo se convirtió en la figura más destacada de la república. Era popular, bien dotado y generoso, y frecuentemente se le comparó con Alejandro Magno. Tenía leales seguidores no únicamente entre los soldados y el pueblo, sino también en las provincias, donde había tratado con moderación y respeto a las poblaciones nativas. Ello, junto con su intento de



Arriba: Pompeyo el Grande (106-48 a.C.). «En su juventud —escribe su biógrafo Plutarco— Pompeyo tenía un semblante muy atractivo, que hablaba por él antes de que abriera sus labios. Pero la gracia de su aspecto no carecía de dignidad, lo que unido a su lozana juventud le daba un aire venerable y principesco. Su pelo era un poco ondulado por delante; lo cual, junto con la brillante humedad y el giro vivaz de sus ojos, le otorgaba un parecido a Alejandro Magno mayor del que aparecía en las estatuas de este príncipe. De modo que algunos le dieron formalmente el nombre de Alejandro y él no lo rechazó.»

Abajo: Monumento de principios del siglo I a.C. conocido convencionalmente como el «altar de Domicio Ahenobarbo». El friso, a lo largo de uno de sus lados muestra escenas de un censo romano. A la izquierda un ciudadano está siendo registrado, mientras que en el centro se practica el *lustrum* (purificación) con el sacrificio de un toro, una oveja y un cerdo. Posiblemente es un monumento de L. Gelio Publícola, censor en el 70 a.C.

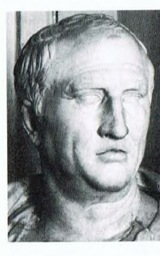


Derecha: La colonización de Italia, siglo I a.C. A finales de la república la colonización se convirtió en un proyecto con que los líderes revolucionarios podían recompensar a las masas de sus partidarios. Sila fundó colonias para sus veteranos en tierras expropiadas a sus enemigos; muchas de sus colonias fueron establecidas junto a ciudades ya existentes, que se convirtieron en comunidades dobles (por ejemplo, Pompeya). El ejemplo de Sila fue seguido por César, Antonio y Augusto.

AUGUSTA PRAETORIA
AUGUSTA TAURINORUM
DERTONA
PLACENTIA
BRIXIA
CREMONA
BRIXELLUM
PARMA
MUTINA
BONONIA
ATESTE
CONCORDIA
TERGESTE
PARENTIUM
POLA
ARIMINUM (colonia restablecida por Augusto)
PISAURUM
FANUM FORTUNAE
ANCONA
LUCA
PISAE
FAESULA
FLORENTIA
ARRENTIUM
SENA IULIA
FALERIO
FIRMUM
CLUSIUM
HISPELLUM
ASCULUM
RUSELLA
TUDER
INTERAMNIA
HADRIA
MAR ADRIÁTICO
SUTRIUM
CASTRUM NOVUM
ROMA
PRAENESTE
SORA
BOVIANUM VETUS colonia restablecida por los triunviros
ARDEA
VENAFRUN
AQUINUM
ALLIFA
LUCERIA
CASILINUM
CATALIA
MINTURNAE
SUESSA
TELESIA
BENEVENTUM colonia restablecido por Augusto
VENUSIA
CAPUA colonias restablecidas por los triunviros y Augusto
CUMAE
PUTEOLI
ABELLA
ABELLINUM colonia fundada también por Sila
NUCERIA
NOLA colonia restablecida por Augusto
MAR TIRRENO

colonia fundada por Sila
colonia fundada por Julio César
colonia fundada por los triunviros (43-30 a.C.)
colonia fundada por Augusto
colonia de fecha incierta
TUDER existencia de una colonia incierta
escala 1: 4 000 000

Abajo: M. Tulio Cicerón (106-43 a.C.), provenía de una familia acomodada de Arpinum. Gracias a sus extraordinarias cualidades como orador alcanzó el consulado en el 63 a.C. y se convirtió en miembro prominente del Senado. Figura intelectual señera de su generación, Cicerón escribió no sólo discursos sino también tratados retóricos y filosóficos; su voluminosa correspondencia sobrevive como un recuerdo inestimable de la vida política y de la alta sociedad de la época. Fiel defensor de la república, Cicerón fue brutalmente asesinado en las proscripciones del 43 a.C.





reformar el sistema de Sila y su alianza con Craso para compartir el consulado, hizo que su elección fuera un mero trámite.

Como cónsules, Pompeyo y Craso restauraron los poderes de los tribunos y apoyaron una ley que acabó con el monopolio del Senado sobre los tribunales. Los jurados estaban compuestos por una mezcla de senadores (un tercio) y *equites* o caballeros (dos tercios). Estos cambios se hicieron en respuesta a las permanentes demostraciones de poca predisposición del Senado para reprimir los abusos cometidos por sus propios miembros. La condena de C. Verres (70 a.C.) tras tres años de desgobierno en Sicilia se llevó a cabo a pesar de la obstrucción de los *optimates*. En este conocido caso el proceso fue llevado por Cicerón, cuyas palabras contra Verres supusieron una de las acusaciones más duras contra la inmoralidad oficial.

Tras la derrota de Espartaco el problema de la piratería se agudizó; a principios de los años 60 los piratas llevaron a cabo una serie de ataques en la costa italiana, saqueando villas y secuestrando viajeros en la vía Apia. Cuando el suministro de trigo a la ciudad comenzó a escasear, la opinión pública solicitó que se tomaran medidas; como consecuencia, el 67 a.C. se dio a Pompeyo un mando especial contra los piratas. De este modo Pompeyo se aseguró el poder y obtuvo inmensos recursos en hombres, dinero y suministros. En tres meses consiguió limpiar de piratas las costas, asombrosa hazaña de organización y táctica.

Al año siguiente el tribuno C. Manilio propuso que fuera ampliado el mandato de Pompeyo para continuar la guerra contra Mitrídates, que seguía libre a pesar de haber sido expulsado en el año 70 de la provincia de Asia por Lúculo. Éste se había hecho impopular entre sus tropas por prohibir el saqueo de las ciudades de las provincias orientales; por otro lado reprimió las actividades de los publicanos, que decidieron acabar con su poder. Las propuestas de Manilio, apoyadas por Cicerón (ahora pretor), fueron abrumadoramente aprobadas y el infortunado Lúculo hubo de dejar paso a Pompeyo.

Pompeyo permaneció en Oriente durante más de cuatro años. En este tiempo llevó a cabo una corta empresa bélica contra Mitrídates; conquistó toda Anatolia y Siria y avanzó por el sur hasta Jerusalén, conquistándola el año 63. Se anexionó Siria, amplió la frontera de Cilicia, unió el Ponto a Bitinia y rodeó las nuevas provincias de un escudo protector constituido por reinos vasallos tributarios de Roma. Al final de la campaña Pompeyo había conseguido aumentar las rentas públicas del Estado romano en un 70 %. Se apoderó de cuantioso botín y tuvo la habilidad de recompensar a sus soldados con un donativo de 1.500 denarios, que equivalían a doce años y medio de paga. En todo ello actuó por propia iniciativa y sin previa consulta al Senado; era considerado por la mayoría como un monarca absoluto (en la práctica, ésa era exactamente su posición).

La atmósfera política en Roma durante estos años estuvo dominada por el recuerdo del ausente Pompeyo, por el temor de lo que pudiera hacer a su regreso y por la memoria de Sila. La tensión aumentó al agudizarse una crisis monetaria (aunque las causas no están claras, sabemos que el aumento de la cantidad de moneda en circulación había ido decreciendo desde los años 70), y como consecuencia, se redujo el crédito y se generalizaron los pasivos y el descontento entre los pobres.

La inquietud social y la carencia económica fomentaron el descontento y una compleja política de intrigas en que los rivales de Pompeyo intentaron asentar sus propias posiciones en ausencia de éste. Entre estos hombres cabe destacar a Craso, apoyado e inducido por el joven J. César, fue el 63 a.C. propuso la creación de un tribuno que adquiriera tierras en Italia y en las provincias para el asentamiento de algunos pobres y de los veteranos de las campañas de Pompeyo, que estaban llegando a su fin. La ley fue rechazada en repetidas ocasiones por Cicerón, que la consideraba una amenaza para los intereses de Pompeyo de los que se consideraba custodio. Las actividades de Craso y César despertaban profundas sospechas entre los círculos conservadores; por ello eran frecuentes los rumores de conspiraciones y amenazas contra el orden público. El sujeto primordial de estos temores, sin embargo, fue un desacreditado patricio llamado L. Sergio Catilina, que alcanzó el consulado del 63 por sus promesas de reformas agrarias y cancelación de las deudas. Esta amenaza llevó a las clases prósperas a apoyar a un candidato rival, Cicerón, que fue triunfalmente elegido a pesar de ser un «hombre nuevo». Cuando Catilina volvió a fracasar en las elecciones del 62, intentó preparar un golpe de estado, pero dicho intento fue frustrado por Cicerón, que ordenó el arresto de los cabecillas antes de que pudieran llevarlo a cabo. El propio Catilina huyó a Etruria, donde había estallado una revuelta general. Ésta fue fácilmente sofocada y Catilina murió en el enfrentamiento. Sus seguidores fueron sumariamente ejecutados en Roma por orden de Cicerón. Estos últimos actos despertaron una serie de controversias, puesto que los conspiradores, como ciudadanos, tenían derecho a un juicio. Pompeyo se horrorizó cuando llegaron a sus oídos las noticias y dictó una fría réplica al informe exagerado de Cicerón.

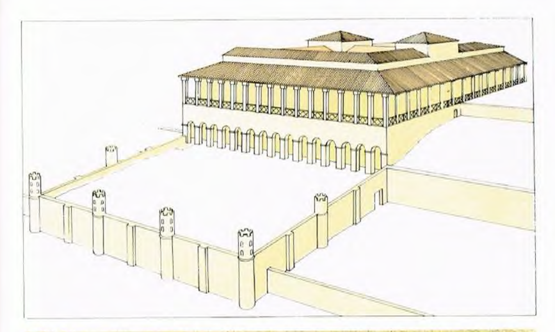
La conspiración de Catilina puso de relieve la importancia del problema de la deuda y de la pobreza. Entre los grupos de descontentos se contaban las víctimas de las expropiaciones de Sila, las familias de los proscritos, los propios veteranos de Sila (que también habían contraído deudas) y los plebeyos urbanos, oprimidos por fuertes rentas y condiciones de vida denigrantes. Las diferentes regiones de Italia habían sido fuertemente devastadas como consecuencia de los veinte años de guerra previos a la derrota de Espartaco. Los grandes niveles de reclutamiento en las décadas del 70 y 60 aceleraron el proceso de emigración que la legislación agraria había conseguido detener en parte. La violencia se convirtió en un mal endémico cuando muchos hombres desesperados se inclinaron a una vida de crímenes. Bandoleros y terroristas intensificaron su actividad en Roma, donde la fuerza policial era insuficiente para mantener el orden. Los pasivos también supusieron un problema para las clases superiores, que se vieron obligadas a incrementar los gastos para poder acceder a los más altos cargos que aseguraban enormes recompensas a los que tenían éxito mientras que los fracasados quedaban sumidos en la ruina. Las carreras de Catilina y su bandada de nobles frustrados resumen esta situación caótica.

A finales del 62 Pompeyo desembarcó en Brundisium, despidió a sus tropas (para descanso de todos) y regresó a Roma para celebrar su triunfo; tras el que probablemente esperaba llevar una vida tranquila y digna, como merecía el hombre de estado más respetado de Roma; si era así, se llevó una decepción. Esperaba que el Senado ratificara sin dificultades su ordenamiento en Oriente y que proveyera de tierras

Derecha: Reconstrucción de la gran villa de Settefinestre, en el territorio de Cosa. Unas ruinas impresionantes señalan el lugar de este gran establecimiento, que se desarrolló en el siglo I a.C. como centro de un gran latifundio. Desde 1976 la villa ha sido objeto de un programa importante de excavaciones llevadas a cabo por un equipo anglo-italiano. Los resultados preliminares confirman que la villa fue el centro de una hacienda dedicada a la producción agrícola en gran escala (particularmente de vino) que utilizaba el trabajo de los esclavos.



Arriba: Cayo Julio César (100-44 a.C.) pertenecía a una familia patricia que hacía llegar su ascendencia hasta Eneas. Entre sus conexiones políticas más recientes se contaban Mario, su tío por matrimonio, y Cinna su suegro. De joven César incurrió en la enemistad de Sila, pero se las arregló para escapar de las proscripciones. En el período que siguió a la desaparición de Sila, César buscó afanoso la popularidad: se asoció con Pompeyo apoyando su causa y se unió a Craso, con quien contrajo fuertes deudas. En el 60 a.C. estipuló un acuerdo con Pompeyo y Craso que le permitió obtener el consulado con su apoyo y servirse del cargo para fomentar los intereses de aquéllos. Pero el principal beneficiario del «primer triunvirato» fue César, que se procuró un mandato especial en las Galias, donde sus éxitos militares acabaron proporcionándole los medios para alcanzar el poder absoluto. César se mostró inmensamente dotado como orador, escritor, soldado, político y administrador. Careció por completo de escrúpulos para conseguir sus propios intereses y sólo sintió desprecio hacia el sistema republicano de gobierno, que de forma deliberada se esforzó por destruir.





Arriba: Fresco de Pompeya procedente de una villa a orillas del mar; es un reflejo de las residencias lujosas que se hicieron corrientes en los últimos años de la república, cuando entre los romanos opulentos se impuso la moda de pasar cierto tiempo descansando fuera de la ciudad. La gran mayoría de estas villas costeras fueron construidas en torno a la bahía de Nápoles.

a sus veteranos. Pero estas peticiones chocaron con la resistencia de los *optimates*, guiados por Lúculo. Éste contó con el apoyo de M. Porcio Catón, un hombre intransigente cuyo mérito principal era ser descendiente de Catón el Censor, al que intentó imitar. Estos hombres y sus aliados decidieron frustrar los deseos de Pompeyo por largo tiempo; al hacerlo provocaron inconscientemente su propia ruina y la destrucción de la república.

Fin de la república

Las actuaciones de los *optimates* condujeron al frustrado Pompeyo a una eventual alianza con Craso y César. Este pacto, conocido como el primer triunvirato, supuso el afianzamiento informal de las clases tradicionales (ver página 24), pero la triple combinación de la popularidad de Pompeyo, la opulencia y conexiones de Craso y la sagacidad política de César se hizo irresistible. César ganó el consulado en el 59 y, ya en el cargo, introdujo una serie de leyes satisfactorias para los tres. Fue confirmado el ordenamiento de Pompeyo en Oriente y sus veteranos, junto con gran número de familias desarraigadas, se instalaron en lotes de tierras bajo un marco legal parecido a las infructuosas medidas del 63. Otras leyes posibilitaron una reducción del precio de contrata para los impuestos de Asia, cuya cuantía habían acordado los publicanos en el 61. La concesión favorecía a Craso, que probablemente estaba en una situación económica comprometida. Finalmente César se otorgó un mandato especial de cinco años en Galia e Iliria. Ese mismo año el triunvirato se vio fortalecido por el matrimonio de Pompeyo con Julia, hija de César; además, los triunviros aseguraron la elección de cónsules afines para el año siguiente.

En el 58, César marchó a su provincia y se lanzó a la conquista de la Galia continental. Ese año se destacaron en Roma las actividades del tribuno P. Clodio (miembro de la arrogante *gens* Claudia, había sido adoptado por una familia plebeya para poder acceder al tribunado). Clodio se ganó la adhesión de los plebeyos de la ciudad, en cuyo interés consiguió introducir varias leyes, como una reforma del suministro de trigo. Este sistema de subsidio del grano, introducido por C. Graco y posteriormente abolido por Sila, fue reinstaurado de forma parcial en el 73 y ampliado en sus prerrogativas por Catón (62). Ahora Clodio suprimió cualquier carga y la transformó en una dádiva regular. Legalizó la formación de *collegia* (corporaciones o asociaciones), lo que le permitió movilizar al proletariado urbano en apoyo de sus ideas políticas. Otras disposiciones ordenaron el exilio de Cicerón (por el asesinato de los catilinarios) y el traslado de Catón (enviado a una misión para la anexión de Chipre). Aunque inicialmente Clodio colaboró con los triunviros, no fue en sentido alguno, su agente; a finales de año lanzó una serie de ataques verbales contra Pompeyo. En el 57, Pompeyo consiguió la ayuda de otro tribuno, T. Annio Milón, que creó una banda rival de rufianes y combatió abiertamente en las calles contra las cuadrillas de Clodio. Con ello, Clodio se vio frenado y Pompeyo consiguió la ayuda de otro tribuno, T. Annio Milón, que creó una banda rival de rufianes mandato especial de cinco años para organizar los subsidios de grano de la ciudad, tarea que emprendió con su eficacia característica, aunque de vez en cuando siguió padeciéndose de escasez.

En el 56, César invitó a Craso y a Pompeyo a encontrarse en Luca (Galia Cisalpina) para renovar su alianza. Pompeyo y Craso fueron nombrados cónsules en el 55 y recibieron (por medio de un plebiscito) un mandato especial de cinco años cada uno; Craso debía dirigirse a Siria y encabezar una campaña contra el imperio parto. Pompeyo, en cambio, recibió Hispania, que gobernó por medio de legados (es decir, diputados nombrados directamente por él) mientras él permanecía en Roma para continuar la administración de los subsidios de grano y para vigilar los acontecimientos de la ciudad. El mandato de César en la Galia fue prolongado por un segundo período de cinco años.

La renovada alianza pronto empezó a dar signos de tirantez. En el 54 la esposa de Pompeyo, Julia, murió y, con ella, el lazo personal que le unía a César. Un año más tarde el triunvirato dejó de existir por la derrota y muerte de Craso en la batalla de Carrhae (Harrán), que puso punto final a su temerario intento de invadir el imperio parto. Esto todavía incrementó más las tensiones entre César y Pompeyo. Mientras tanto, la violencia y el desorden prevalecían en Roma, impidiendo el funcionamiento normal del gobierno; el 53 y el 52 empezaron sin cónsules. A principios del 52, Clodio y Milón se encontraron en la vía Apia y el enfrentamiento entre ambos con-

cluyó con la muerte del primero. Este acontecimiento provocó una revuelta en la que se prendió fuego al edificio del Senado. Finalmente, el Senado nombró a Pompeyo cónsul único y acabó por restablecer el orden.

Para entonces César casi había culminado la conquista de la Galia y su segundo mandato de cinco años estaba a punto de llegar a su fin. El miedo a César provocó la unión de Pompeyo y los *optimates* que intentaron frustrar las ambiciones de César de pasar de su presente mandato a un segundo consulado y después, presumiblemente, a un posterior nombramiento de mayor duración. El Senado quería conseguir que César terminara su mandato pero sus disposiciones fueron vetadas por tribunos amigos de éste. Las negociaciones fueron largas y vanas; quedaba claro que ningún bando estaba dispuesto a dar con alguna solución. Finalmente, el 7 de enero del 49 el Senado dictó el «último decreto», que instaba a los magistrados para que la república no sufriera daño. Los tribunos partidarios de César (entre los que se hallaba Marco Antonio) huyeron de la ciudad; tres días más tarde César cruzaba el Rubicón y su ejército invadía Italia.

Con el inicio de la guerra civil la república, definida como el gobierno de los magistrados, del Senado y del pueblo de Roma, estaba ya moribunda. Desde el 60 el control del gobierno había pasado del dominio aristocrático al de los dinastas, apoyados por sus ejércitos privados y por vastas clientelas y constitucionalmente dotados de mandatos especiales que los liberaron de las restricciones del sistema de magistraturas anuales colegiadas. La oligarquía, restablecida por Sila, se había mostrado irresponsable, corrupta, egoísta e indiferente y no contaba con el respeto y la lealtad de ningún grupo significativo de la sociedad. Las clases propietarias de Italia no tenían confianza en un régimen que excluía a sus hombres más prominentes de los cargos principales y que no era capaz de garantizar el orden y la estabilidad; afortunadamente, los pobres renunciaron a su aparente libertad y a sus derechos políticos en favor de los líderes individuales que dependían de ellos y de su apoyo y que, consecuentemente, dedicaban todo su esfuerzo a garantizar sus necesidades materiales. A mediados de los 50, Pompeyo controlaba el suministro de grano, poseía el consulado único (en el 52) y el *imperium* en Hispania (que en el 52 fue renovado por cinco años más) con una posición que anticipaba la de los emperadores.

El triunfo de César

La conquista de la Galia por César fue un éxito destacable. Los detalles fueron descritos en los siete libros de *La guerra de las Galias* que César publicó probablemente en 51-50 a.C. (un octavo libro sobre los acontecimientos del 51-50 fue publicado más tarde por A. Hirtio). Este trabajo, sin duda, pretendía justificar las acciones del autor e incrementar su prestigio en Roma; sin embargo, está considerado como un relato magistral sobre el desarrollo de los acontecimientos. La campaña se inició en el 58, cuando César atacó a los helvecios que, según él, representaban un peligro para la nueva provincia romana. Durante los tres primeros años saqueó la mayoría de la Galia, generalmente en dirección contraria a las agujas del reloj; subyugó a las tribus del Franco Condado y Alsacia (58 a.C.), de Bélgica y Normandía



Arriba: Retrato de un galo (en tiempos se creyó erróneamente que se trataba de Vercingétorix) en una moneda del 48 a.C. que celebra las victorias de César.

Abajo: **El ascenso de Julio César:** los acontecimientos de las guerras civiles y de las Galias (58-45 a.C.).



Arriba: Moneda emitida en 43-2 a.C. por los libertadores para celebrar el asesinato de César. Muestra dos dagas y un *pileus* (una especie de gorro de fieltro usado por los esclavos libertos) y lleva la leyenda *EID.MART.* (los idus de marzo).





Arriba: Moneda emitida por Marco Antonio en el 39 a.C. El retrato de Antonio, en el anverso, hace juego con el de Octavia, hermana de Octaviano, en el reverso, con la que Antonio casó el 40 a.C. para sellar la reconciliación de las dos dinastías en Brindisi. La ruptura del matrimonio en el 36 condujo a una nueva escisión entre Antonio y Octavio y precipitó el comienzo de la guerra civil.

(57) y de Britania y las costas atlánticas (56). En 55 y 54 se aventuró a través del Rin e hizo dos expediciones al sur de Inglaterra. A su regreso se enfrentó a una revuelta belga, que reprimió tras feroz combate. Un año después (52) estalló una revuelta en la Galia central auspiciada por Vercingétorix, que se había proclamado jefe supremo de los galos en Bibracte (lugar próximo a Autún); pero el mismo año César consiguió sorprender ingeniosamente a Vercingétorix en la fortaleza de Alesia, en Burgundia, que los romanos capturaron tras un mes de asedio. El 51 fueron extirpados los últimos residuos de la resistencia gala y César pudo centrar su atención en la crisis política de Roma. Las Galias quedaron por el momento como estados vasallos, pagando un tributo de diez millones de denarios anuales.

Cuando César invadió Italia, a principios del 49 a.C., Pompeyo prefirió no enfrentársele y en hábil retirada cruzó el Adriático y empezó a movilizar sus fuerzas en los Balcanes. Así, César se apoderó con rapidez de toda Italia, entró en Roma y se adueñó del tesoro. Llevó entonces a cabo una rápida incursión a Hispania, donde derrotó a las fuerzas pompeyanas antes de regresar a Italia, en donde fue nombrado *dictator*. A finales del 49 partió al Oriente y finalmente se encontró con Pompeyo. La batalla decisiva se produjo en el verano del 48 en Farsalia (al norte de Grecia), donde César consiguió la victoria. Pompeyo huyó a Egipto y allí fue asesinado a traición. César llegó poco después, recibiendo la noticia de la muerte de su rival. En Alejandría intervino en una disputa dinástica y tomó partido en favor de Cleopatra, que se convirtió en su amante. A pesar de la fiera oposición consiguió instalar a Cleopatra y a Ptolomeo XIV en el trono de Egipto. De regreso a Roma a través de Asia Menor (donde reprimió una revuelta dirigida por Farnaces, hijo de Mitrídates) César perdonó a aquellos que, como Cicerón, habían apoyado a Pompeyo, y organizó los asuntos de la ciudad. A finales del 47 partió para África, donde los pompeyanos habían establecido una base tras derrotar a los lugartenientes de César en el 49. Venció a los republicanos en Thapsus y saqueó la provincia de África. Los supervivientes, entre ellos dos hijos de Pompeyo, huyeron a Hispania; Catón, con gesto teatral, se suicidó en Útica negando a César la posibilidad de perdonarle. A su regreso a Roma (46), César celebró un triunfo esplendoroso, pero antes de acabar el año hubo de acudir de nuevo a Hispania, donde los hijos de Pompeyo habían puesto un ejército en pie de guerra. Finalmente, los partidarios republicanos fracasaron en el campo de Munda (45); el joven Cneo Pompeyo murió, pero su hermano Sexto siguió luchando. César se dirigió hacia Roma, adonde llegó a principios de octubre. No habían transcurrido seis meses cuando fue asesinado. Durante su breve estancia en Roma, César emprendió un vasto programa de reformas políticas, sociales y administrativas, de las cuales únicamente cabe dar un brevísimo sumario. Hacía falta una intervención urgente para atajar la miseria y las deudas. Ya en el 49, César redujo las deudas en más del 25 % y decretó que los bienes adeudados fueran reducidos a los niveles anteriores a la guerra civil. En el 48, y probablemente de nuevo en el 47, se garantizó la revisión de las rentas anuales. Gran número de ciudadanos pobres y veteranos licenciados fueron asentados en lotes de tierras creados al efecto en colonias italianas y especialmente en las provincias. Cada soldado de César recibió 5.000 denarios tras su triunfo en el 46 y la paga anual de los legionarios fue elevada de 120 a 225 denarios. Se adoptaron otras medidas para regular la distribución del trigo, para controlar el tráfico de mercancías en la ciudad y para prohibir los *collegia* (con la excepción de las sinagogas judías); además se reformaron las leyes de extorsión, traición y soborno. Se dio forma definitiva al sistema de contratación para la recaudación de tasas directas en Asia y otras provincias, que fueron gobernadas por legados nombrados directamente por César. En el 49 otorgó la ciudadanía romana a los habitantes de la Galia Cisalpina (que habían sido excluidos de los repartimientos después de la guerra social). También concedió franquicias a algunas comunidades provinciales, como Gades en Hispania, y concedió los derechos latinos a los pueblos del sur de Galia y Sicilia. Recompensó a muchos de sus aliados admitiéndoles en el Senado, por lo que el número de sus miembros se incrementó rápidamente hasta 900. Inició una serie de grandiosos proyectos de edificaciones, el más impresionante de los cuales fue la construcción de un foro completamente nuevo alrededor del templo de Venus Genetrix, ancestro de la familia Julia (la realización de la obra, iniciada en el 54, se completó en el 46). La civilización occidental debe a J. César el calendario de 365 días y un cuarto, introducido el 1 de enero del 45 a.C.

Durante sus últimos años César gobernó con las atribuciones de un rey aunque sin el título. En el 46 fue nombrado *dictator* por diez años; en el 44 recibió el título a perpetuidad. Fue también cónsul en el 48 y continuamente desde el 46. Acumuló inauditos y extravagantes honores en el Senado. Fue llamado «guardián de las costumbres» y «padre de la patria»; el mes en que había nacido fue llamado «Julius». De este modo, aunque rehuyó el título de *rex* y rechazó la corona real, que Antonio le ofreció en los Lupercalia (44), adoptó no obstante muchos de los ornamentos asociados con la realeza (como la toga púrpura), emplazó su estatua entre las de los reyes antiguos en el Capitolio y emitió monedas que llevaban su retrato. También instituyó honores de culto a su persona.

César no ocultaba su desprecio por la república y las formas constitucionales. Nombró a los magistrados, mantuvo las «elecciones» consulares con varios años de anticipación, limitó las funciones del Senado a la aprobación de sus decisiones y silenció a los tribunos que intentaron oponérsele. En los últimos días del año 45 murió un cónsul y César hizo elegir a otro hombre para sustituirlo en las pocas horas de mandato restantes. Semejantes hechos ofendían gravemente a hombres como Cicerón, que valoraban las tradiciones del Estado. El asesinato de César en los idus de marzo del 44 a.C. por un grupo de senadores nobles fue un acto cruel y absurdo que pudo provocar una nueva guerra civil, peor aún que la que acababa de terminar. Pero el hecho era muy comprensible. César lo había provocado y, probablemente, lo sabía.

Antonio y el nuevo César

La muerte de César produjo, en un primer momento, confusión y perplejidad, al mismo tiempo que una lucha desaforada por el poder. Los personajes más importantes entre los antiguos aliados de César eran el cónsul Marco Antonio y el jefe de la caballería, M. Emilio Lépido. Antonio tenía en Italia el apoyo del ejército, constituido para la proyectada expedición de César contra los partos. Además se ganó el apoyo popular del proletariado urbano jugando con sus emociones y explotando diestramente el testa-



mento de César. Tras alcanzar un acuerdo, por un lado con los asesinos, Bruto y Casio (que pudieron abandonar la ciudad) y por otro con los *optimates* conservadores encabezados por Cicerón, Antonio parecía haber logrado el control. Pero pocas semanas después del asesinato se presentó un nuevo e inesperado factor con el regreso a Roma de C. Octavio, al que César había adoptado como a un hijo y nombrado heredero.

Octavio era nieto de la hermana de J. César; la familia de su padre procedía de Velitrae y era de origen humilde. En el 44 Octavio tenía 19 años y estaba estudiando en Grecia, cuando llegó a sus oídos la noticia de la muerte del dictador. Decidió regresar a Italia al instante para reclamar sus derechos de sucesión, ignorando así la advertencia que le hicieron sus familiares para que permaneciera al margen de la lucha. En Roma, Antonio le recibió fríamente, ya que no podía estar satisfecho de su intromisión; por ello, se vio obligado a aliarse con los *optimates*, que creían que más adelante podrían utilizarlo en su lucha contra Antonio. Cicerón escribió: «Al muchacho hay que ensalzarlo y honrarlo para darle luego una patada».

En el 43 Antonio marchó al norte para cumplir un mandato provincial en la Galia. En Roma, Cicerón lanzó un gran ataque contra él (las llamadas *Filípicas*) y persuadió al Senado de que enviase un ejército al mando de los cónsules y de Octavio para combatir a Antonio. En dos batallas, celebradas en las proximidades de Mutina, Antonio fue derrotado, pero los cónsules fueron muertos; tras lo cual Octavio se puso a la cabeza del ejército y solicitó el consulado. El Senado declaró a Antonio enemigo público pero rehusó acceder a las demandas de Octavio, que marchó sobre Roma a la cabeza de su ejército y obtuvo el consulado por la fuerza. Al mismo tiempo hizo ratificar al pueblo su adopción, tras lo cual se convirtió oficialmente en «C. Julius Caesar Octavianus». Mientras tanto, otros miembros importantes del partido cesarista, como Lépido, se aliaron con Antonio. Octavio, por su parte, contaba con la ayuda de los ejércitos de Italia y de los plebeyos, que se unieron a él como heredero de César.

Antes de acabar el año los líderes cesaristas decidieron limar sus diferencias y presentar un frente

Emigración de ciudadanos romanos a las provincias. Los principales problemas sociales y económicos que destruyeron la república acabaron resolviéndose con la emigración forzosa de gran número de italianos libres a las provincias. Antes de César las colonias de ultramar (como Narbo Martius, hacia 118 a.C.) eran pocas e incómodas. César, sin embargo, se embarcó en una política de colonización a gran escala en las provincias y asentó a más de 80.000 ciudadanos con sus familias en más de treinta colonias. Entre ellos había proletarios de la ciudad y veteranos. César otorgó además, la



ciudadanía romana a muchas comunidades nativas, especialmente en las provincias occidentales, que de este modo adquirieron el estatus de *municipia*. La política de César la continuó a escala aún mayor Augusto, que fundó alrededor de 75 colonias provinciales. En el *Res Gestae* escribe: «Yo fundé colonias de soldados en África, Sicilia, Macedonia, las dos provincias hispanas, Acaya, Asia, Siria, la Galia Narbonense y Pisidia».

unido contra el Senado y los *libertadores*. Antonio, Octavio y Lépido constituyeron un triunvirato (junta de tres para el gobierno del Estado), tras lo cual se dividieron el imperio y purgaron a sus oponentes con el apoyo legal del restaurado decreto de proscripciones de Sila. De acuerdo con algunas fuentes, más de 300 senadores (incluido Cicerón) y 2.000 caballeros encontraron la muerte en el reinado del terror que siguió a estos sucesos.

En el 42, Octavio y Antonio persiguieron a Bruto y Casio, que controlaban las provincias orientales, y los derrotaron en Filipos. Tras la victoria se llevó a cabo una nueva distribución del imperio. Octavio obtuvo Italia, la mayor parte de las provincias occidentales y un mandato especial contra Sexto Pompeyo, que había ocupado Sicilia y la había convertido en foco de resistencia; Antonio recibió un mandato contra los partos en Oriente. A Lépido, «hombre sin apenas méritos», se le engañó con África. En Italia Octavio procuró asentar a los veteranos de Filipos en tierras confiscadas a algunas ciudades. Ello chocó con los intereses de uno de sus cónsules, Lucio, hermano de Antonio, que acabó alzándose en armas con ayuda de los italianos desarraigados. Tras meses de lucha, L. Antonio fue sitiado en Perusia (Perugia), que cayó a principios del 40; Lucio escapó pero sus seguidores

fueron muertos. Antonio desembarcó en Brundisium a finales de año, pero se evitó un conflicto a gran escala por la negativa de ambos ejércitos a luchar, obligando a los líderes a arreglar sus diferencias. El triunvirato fue restablecido y ratificada la división entre Oriente y Occidente.

Al año siguente Antonio llevó a cabo una campaña contra los partos, que terminó en fracaso (36). El 34 saqueó el territoiro armenio y en Alejandría vivió con Cleopatra, de la que se enamoró locamente. Mientras tanto Octavio puso fuera de combate a Sexto Pompeyo (36) y consiguió muy buenos resultados en el Illyricum (35-33). Desde entonces dedicó sus esfuerzos a consolidar su posición en Italia; inició una guerra propagandística contra Antonio, explotando su relación con Cleopatra y la tradicional aversión de los romanos hacia los orientales. En el 32 las ciudades de Italia le prestaron juramento personal de fidelidad y le pidieron que encabezara una «cruzada» nacional contra Antonio y Cleopatra. Dicha campaña, iniciada poco después, terminó con la victoria total de Octavio en la batalla de Actium (31 a.C.); Antonio y Cleopatra escaparon a Alejandría, donde se suicidaron.

El principado de Augusto

La victoria de Actium dejó a Octavio el control completo del imperio. Tras una serie de experiencias, pocos años después regularizó su situación dentro de la Constitución. Evitó el absolutismo abierto de César y logró gobernar como una especie de *princeps* («primer ciudadano») constitucional. Restauró la paz y la prosperidad y reinó indisputado durante 45 años hasta su muerte en 14 d.C. Para entonces se había asegurado su sucesión en uno de los miembros de su propia familia y la consolidación de un régimen monárquico que duraría siglos.

La paz sirvió para que Octavio llevara a cabo una profunda tarea de reconstrucción de una sociedad destrozada por veinte años de guerra civil. Desde un principio dejó bien claro que intentaba restaurar la forma tradicional de la Constitución. La dificultad radicaba en su propia posición de autoridad arbitral que, aunque se sustentaba en una fuerza aplastante, no tenía probablemente justificación legal. En enero del 27 a.C., Octavio anunció que se había apoderado del Estado para servir al Senado y al pueblo romanos. Recibió entonces un mandato especial de diez años para una «provincia» que incluía Hispania, Galia, Siria y Cilicia. En estas áreas se concentraba el grueso del ejército y las gobernaría mediante legados. Se le concedió el *imperium*, que al mismo tiempo que legalizaba su posición tenía claros antecedentes republicanos (por ejemplo, Pompeyo en el 55). Continuó en el consulado y recibió varios honores, incluido el título de Augusto. En el 23 a.C. se descubrió un complot contra su vida; entonces decidió renunciar al consulado, sin duda porque la posesión vitalicia del cargo ofendía la sensibilidad de los más conservadores y restringía el acceso al mismo de otros nobles. Pero continuó gobernando como procónsul su dilatada provincia y además su *imperium* abarcaba mayores atribuciones que el de otros procónsules. El mismo año (23) se le otorgó el cargo vitalicio de tribuno. En el 19 a.C. se le concedieron las insignias (y quizá también los poderes completos) de los cónsules; evidentemente, el hecho de que ya no ostentase el cargo supremo había causado inquietud entre las clases populares, que presionaban para que aceptara ser cónsul perpetuo o dictador.

En esas cuestiones Augusto era muy moderado e hizo ostentación de rehusar los honores más extravagantes. Por ejemplo, en *Res Gestae* (obra en que cuenta sus propias realizaciones personales y que se publicó a su muerte) escribió que en tres ocasiones «el Senado y pueblo romanos acordaron que yo fuera nombrado guardián exclusivo de las leyes de la moral sin ningún colega y con poder supremo; pero yo no aceptaría ningún cargo desacorde con las costumbres de nuestros ancestros». Augusto pretendía no tener más poder legal que los demás magistrados, si bien tenía la suprema *auctoritas*; lo que presumiblemente significaba que su autoridad personal le capacitaba para imponer su voluntad sin necesidad de acudir a sus poderes legales. Se continuaron celebrando elecciones pero poco a poco se fueron reduciendo a una pura formalidad; al final de su reinado, Augusto era, en la práctica, el más importante entre los magistrados principales. Una oposición política seria a la autoridad imperial era impensable. En virtud de su poder tribunicio tenía también el derecho absoluto de veto, pero a lo que sabemos no le fue necesario usarlo, ya que su *auctoritas* fue suficiente.



Arriba: Denario de plata de hacia el 18 a.C. El reverso con dos ramas de laurel y la leyenda «Caesar Augustus» conmemora los honores conferidos al emperador el 27 a.C., cuando el Senado decretó que las jambas de las puertas de su casa fueran decoradas con laurel.

El principado fue establecido y la *Res Publica* restaurada. La noción de una república restaurada no pretendía ocultar el dominio de Augusto sino que indicaba más bien el retorno a la normalidad tras veinte años de caos y el renovado funcionamiento de la maquinaria del gobierno. Augusto redujo el número de miembros del Senado, eliminando a los «indignos» y reinstauró la sucesión regular en los cargos públicos. A diferencia de Julio César, trató con gran respeto al Senado y sus tradiciones. Los gobernadores provinciales y otros administradores fueron escogidos de entre sus bancos. Las denominadas provincias «públicas» fueron asignadas a procónsules, que gobernaban durante un año, mientras que las provincias «imperiales» (dentro de la «provincia» del emperador) fueron gobernadas por legados nombrados directamente por Augusto, generalmente por períodos de varios años. Procónsules y legados eran por lo general expretores o (en las más importantes y prestigiosas provincias) excónsules. Los senadores también fueron empleados en el mando de legiones concretas y para otros puestos administrativos en Roma y en Italia; por ejemplo, los *curator* pretorianos de las vías y prefectos del tesoro o los *curator* consulares (de obras públicas, acueductos, etc.). Durante el imperio, las magistraturas tradicionales se convirtieron en títulos honoríficos sin obligaciones importantes; su función era la de conferir un estatus a los miembros del Senado y cualificarlos para los puestos militares y administrativos más importantes, otorgados por el emperador. Es decir, que el Senado imperial no fue tan importante en tanto que asamblea deliberativa que como cuerpo de administradores.

Augusto concedió muchas de estas tareas administrativas a hombres del orden de los caballeros, primero como agentes personales (procuradores) y más tarde como funcionarios destacados en sus propias provincias; en ellas ejercían, por ejemplo, como administradores financieros y gobernadores de pequeños Estados o distritos provinciales, como el de los Alpes. Los caballeros también recibieron muchos puestos militares y administrativos que requerían hombres de probada habilidad y cuya lealtad fuera incuestionable. De entre tales cargos destacan el prefecto de la guardia pretoriana (cuerpo militar de elite que formaba la escolta oficial del emperador, de guarnición en Italia), el prefecto de Egipto (la provincia más rica del imperio, que excepcionalmente



El gobierno del imperio romano. Sobre la división del imperio, el geógrafo Estrabón (aproximadamente 63 a.C.-21 d.C.) escribió lo siguiente: «Augusto dividió el conjunto de su imperio en dos partes y se asignó una porción para él y otra para el pueblo romano (...) y dividió cada una de las dos porciones en varias provincias, de las que algunas son llamadas "provincias imperiales" y otras "provincias públicas". A las provincias imperiales Augusto manda legados y procuradores (...) en tanto que a las provincias públicas el pueblo envía pretores y cónsules». Los gobernadores de las provincias públicas (que en realidad se llamaban «procónsules») eran los senadores de más edad, escogidos por sorteo para prestar servicio por un año; los legados que gobernaban las provincias imperiales eran también senadores de alto nivel, pero eran nombrados directamente por el emperador y prestaban servicio hasta que fueran destituidos. La excepción más significativa a esta pauta fue Egipto, que estuvo gobernado por un prefecto del orden de los caballeros nombrado por el emperador.

no era regida por un senador) y el prefecto de los suministros de trigo (*annona*).

La clase social más interesada en la restauración republicana, por los beneficios que le reportaba, fue la clase propietaria de ciudadanos romanos que habían sido formalmente excluidos de la vida pública bajo la oligarquía republicana, es decir, aquellos que normalmente eran conocidos como *equites* (caballeros). La mayoría de estos ciudadanos romanos acomodados ya no provenían de Roma, sino de los pueblos y ciudades de Italia. El mismo Augusto pertenecía a una familia municipal, y fue entre las familias de clase media italianas donde encontró el mayor apoyo. Sus dirigentes fueron los ejemplares típicos: su amigo de la infancia, M. Vipsanio Agripa, italiano de origen incierto; C. Mecenas, etrusco de Arretium; T. Statilio Tauro de Lucania, en el sur de Italia, entre otros. Familias nuevas de origen italiano accedieron bajo Augusto al Senado y a los cargos públicos creados para hombres del orden de los caballeros. Así, M. Salvio Otón, hijo de un caballero y perteneciente a una antigua familia etrusca, ingresó en el Senado en tiempos de Augusto; más tarde (69 d.C.), su hijo llegó a emperador. También Vitelio, otro de los emperadores del 69 d.C., era descendiente de P. Vitelio de Nuceria (Campania), que había sido procurador de los *equites* de Augusto.

Los intereses y aspiraciones de la clase media italiana quedaron satisfechos por un programa nacional de regeneración espiritual y moral. Augusto se presentó como el defensor de la tradición romana y manifestó que restauraría la antigua religión estatal, la moral tradicional de la vida familiar y las formas legales de gobierno republicanas. Revitalizó antiguas festividades religiosas y prácticas de culto que habían caído en desuso, cubrió vacantes en el clero arcaico, reparó los templos y consagró edificios en la ciudad de Roma. En los años 18 y 17 a.C. introdujo leyes contra los delitos sexuales, frenó los divorcios y el adulterio adquirió un carácter de crimen público. También impuso penas a los solteros y premió a las parejas con hijos. Estas medidas fueron modificadas por la ley consular del 9 d.C.; no faltaron rechiflas al saberse que los dos cónsules que prepararon la ley eran solteros o que la única hija del emperador, Julia, tuvo una conducta sexual tan escandalosa que en el año 2 a.C. fue desterrada a una isla. No es probable que las leyes sobre el matrimonio fueran elaboradas para incrementar la tasa de natalidad; la legislación era más bien un intento de regular el estilo de vida



de las clases poderosas, cuya decadencia y amor por los placeres perversos eran notorios a finales de la república. La idea tradicional de que todos los ciudadanos romanos tenían la obligación de casarse y tener hijos se convirtió en una política oficial. Augusto introdujo también leyes suntuarias y restringió la excesiva e indiscriminada manumisión de esclavos.

Escritores y artistas promovieron los ideales del régimen alentados por Mecenas, amigo del emperador. Destacan poetas de su círculo como Propercio, que escribió fundamentalmente poemas de amor y panegíricos de Augusto, y Horacio, cuyas obras están llenas de referencias favorables al emperador y a su política. En el 17 a.C. Horacio compuso el *Himno secular* para el gran festival religioso, que celebraba el nacimiento de una nueva era (*saeculum*). El himno reseña las realizaciones de Augusto y saluda el retorno de las antiguas virtudes. El más grande de los poetas de la era de Augusto fue Virgilio, entre cuyas obras hay poemas pastorales (*Églogas*), un poema didáctico sobre agricultura (*Geórgicas*) y la *Eneida*, poema épico sobre la leyenda de Eneas, ancestro de la *gens* Julia y héroe legendario de la tradición romana; el poema expone la grandeza de Roma y destaca las realizaciones de Augusto. Estos hombres eran indudablemente sinceros en sus elogios del nuevo orden. Por otro lado debemos mencionar también al poeta erótico Ovidio, que mereció el desprecio del emperador (especialmente por su poema, el *Arte de amar*) y que fue desterrado de Roma el 8 d.C. Una de las figuras literarias más importantes de la era fue el historiador Tito Livio, cuya magnífica narración de la historia de Roma consta de 142 libros. Sus relatos contienen ejemplos de grandes hombres y de sus hechos más nobles, además de soberanas lecciones de decadencia moral. Las artes visuales también florecieron bajo Augusto, con pintores, escultores y arquitectos que fueron comisionados para el embellecimiento de la ciudad y para dar expresión concreta a los ideales de la nueva era. Ejemplos importantes del arte «oficial» fueron el Altar de la Paz y la estatua de Augusto de Prima Porta, esculturas de estilo clásico y de gran perfección técnica, aunque criticadas por su falta de calor y vitalidad.



En Roma, Augusto continuó el trabajo de Julio César y llevó a cabo un vasto programa de edificaciones públicas. Fueron erigidos templos, teatros, pórticos y arcos de triunfo por todas partes, justificando el dicho del emperador de que había transformado a Roma de una ciudad de ladrillo en una de mármol. Construyó un nuevo Foro (inaugurado el 2 a.C.) y mejoró toda el área del Campo de Marte; allí los principales monumentos fueron el Pórtico de Octavia, el teatro de Marcelo y su propio Mausoleo. En el mismo distrito Agripa construyó el Panteón y el primero de los grandes baños públicos imperiales, además de dos nuevos acueductos, y supervisó personalmente los suministros de agua para la ciudad. Por ese tiempo, probablemente la población de la ciudad rondaba el millón de habitantes, muchos de los cuales vivían en condiciones espantosas. La gran mayoría habitaba elevados edificios de habitaciones en los barrios bajos miserablemente construidos y deficientemente iluminados; no tenían calefacción y estaban expuestos a derrumbamientos e incendios en cualquier momento. Las viviendas de los pobres eran similares a casas de huéspedes, con habitaciones de pequeñas dimensiones, alquileres a corto plazo y a precios exorbitantes. El sistema de alcantarillado era rudimentario; las cloacas discurrían por debajo de las calles, pero únicamente las casas de los ricos estaban directamente conectadas a ellas. Las epidemias eran frecuentes y aniquiladoras; las excavaciones han desenterrado montones de sedimentos que contenían miles de cadáveres. No había hospitales públicos ni servicios médicos. Por la noche las calles eran oscuras y peligrosas; los asesinatos, robos en las casas y asaltos eran frecuentes.

Augusto también siguió la política de Julio César de tomar la responsabilidad de gobierno de la ciudad y su administración. Impuso un límite de 21 m de altura en la construcción de bloques de edificios y organizó una brigada contra el fuego de 7.000 *vigiles* (vigilantes) bajo la dirección de un prefecto *equite*. Con fines administrativos, la ciudad fue dividida en 14 regiones y 265 barriadas que elegían a sus propios funcionarios locales. Las tareas policiales en las calles las realizaba una fuerza de tres cohortes urbanas al mando del prefecto de la ciudad, normalmente un excónsul. Periódicamente los desbordamientos del Tíber causaban muchos ahogados y socavaban los cimientos de los edificios; por ello Augusto constituyó un organismo senatorial para «la conservación de las orillas del río». Se reorganizó el suministro del trigo bajo la responsabilidad de un prefecto del orden





Derecha: El *Ara Pacis Augustae*. Sobre este gran monumento escribió Augusto en las *Res Gestae*: «A mi regreso de Hispania y Galia (13 a.C.) (...) el Senado decretó que debía consagrarse un altar de la Paz Augustea, próximo al Campo de Marte, en honor a mi retorno, y ordenó que los magistrados y sacerdotes y las vírgenes vestales llevasen a cabo allí un sacrificio anual». El altar propiamente dicho y el recinto que lo rodea están cubiertos de relieves que ilustran algunos aspectos de la nueva era. El friso meridional del muro del recinto muestra una procesión en la que participan miembros de la familia imperial, parte de los cuales aparecen aquí. La identificación de los individuos en particular es muy discutida, pero hay un acuerdo en que la figura dominante, que sigue a los sirvientes con la cabeza cubierta, es Agripa, acompañado por su joven hijo Cayo César. El otro niño representado es posiblemente Germánico, que está entre sus padres, Antonia la Menor y Druso.

Izquierda: Retrato de Augusto de Prima Porta (cerca de Roma). En este caso hay mucha más polémica sobre el significado de las figuras del pectoral; sin embargo, la escena central representa claramente la recuperación de un estandarte romano de un bárbaro derrotado. En las *Res Gestae* (ver página 74) escribe Augusto: «En algunas victorias sobre los enemigos yo recuperé, en Hispania y en Galia y de los dálmatas, varios estandartes perdidos por otros comandantes. Obligué a los partos a restituirme los despojos y estandartes de tres ejércitos romanos y a pedir suplicantes la amistad del pueblo romano».

Abajo: Teatro de Marcelo. La construcción del teatro de Marcelo se inició bajo Julio César pero fue completado por Augusto y dedicado a la memoria de su sobrino y sucesor (designado), Marcelo, que murió el 23 a.C.



de los caballeros. Raciones gratuitas de grano eran entregadas y distribuidas a ciudadanos varones registrados, cuyo número (en 2 a.C.) no podía pasar de 200.000. La *plebs* también recibía de vez en cuando donaciones en metálico; se mantuvieron los entretenimientos gratuitos de juegos y espectáculos. El entusiasmo general de la *plebs* por el nuevo régimen era incondicional.

Al final de su reinado Augusto había establecido un gobierno fuerte y eficiente, además de asegurarse la lealtad y el respeto de todas las clases sociales, tanto en Roma como en las provincias. Éstas habían sido cruelmente explotadas bajo la república por sus gobernadores y por los recaudadores de impuestos agrícolas, no sujetos a ningún tipo de control. El principado cambió aquella situación. Las provincias tenían ahora garantizada la paz y la seguridad, se les proporcionaba un destinatario para su lealtad y la perspectiva de un gobierno fuerte que controlaba la actuación de sus propios funcionarios y agentes económicos. Las normas del gobierno provincial estaban todavía lejos de ser ideales, pero no hay razón para dudar de que la nueva administración fue generalmente bien recibida en las provincias.

El año 2 a.C., Augusto recibió el título de *Pater Patriae* (padre de la patria), un título que inevitablemente sugería la firme pero bondadosa mano del *paterfamilias* (ver página 19). Tras diecinueve años de gobierno, el líder que había tomado el poder por la fuerza de las armas estaba totalmente olvidado. Una de las más grandes realizaciones de Augusto fue neutralizar las fuerzas más poderosas del cambio revolucionario y en particular el ejército. Después de Actium redujo drásticamente el número de hombres al servicio del ejército y asentó a los veteranos de las campañas en colonias de Italia y de las provincias creadas al efecto. Las 28 legiones (alrededor de 140.000 hombres) con carácter permanente fueron estacionadas en los puntos fronterizos más importantes junto con un número similar de auxiliares (tropas de no ciudadanos reclutadas en las provincias). El ejército se convirtió en un cuerpo regular que admitía constantemente a nuevos reclutas, los cuales servían a las legiones por un plazo de veinte años. En contrapartida recibían donaciones de tierras y soldadas en moneda. El 6 d.C. el sistema fue institucionalizado y constituida una tesorería militar, que en primera instancia se abastecía de la concesión directa del propio emperador, hasta que, más adelante, se estableció un impuesto de dos nuevas rentas (para llenar de contenido la tesorería) que gravaban a los ciudadanos romanos: una, el 1 % de las ventas; y la otra, el 5 % de los derechos de sucesión. El nuevo sistema desvinculó el ejército de la política y lo hizo leal al Estado y al emperador, que se convirtió en su comandante en jefe (nombraba personalmente a sus oficiales). El ejército mantuvo su lealtad a los herederos de Augusto hasta la muerte de Nerón (68 d.C.), en que por poco tiempo reaparecieron las guerras civiles.

Augusto vivió de manera sencilla y austera; su carácter parece haber sido un tanto frío y seco. Era juicioso y acertado a la hora de elegir a sus amigos y colaboradores, muchos de los cuales le fueron leales hasta la muerte. Su vida familiar estuvo marcada por la tragedia y el fracaso, aunque mantuvo la confianza de su tercera esposa, Livia, a lo largo de sus 53 años de matrimonio. Si bien su salud fue bastante delicada, vivió hasta los 77 años de edad; murió de forma natural en Nola, el 19 de agosto del 14 d.C.

La dinastía Julio-Claudia, 14-68 d.C.

Tras el ascenso de Tiberio, el Senado revisó por vez primera la naturaleza del cargo imperial y, formalmente hablando, sancionó su supervivencia. La sucesión fue desde el principio materia de herencia dinástica, aunque se encubrió con las formas legales propuestas por el Senado. Augusto favoreció en un principio a su sobrino Marcelo; después a su asociado Marco Agripa, al que casó con su hija Julia. Cuando Agripa murió (12 a.C.) Tiberio fue inducido, muy a su pesar, a casarse con Julia tras divorciarse de su esposa, con la que se había casado enamorado; la oposición de los jóvenes hijos de Julia y Agripa, Cayo y Lucio, y la dificultad de convivir con Julia provocaron el famoso retiro de Tiberio a la isla de Rodas (6 a.C.), donde se dedicó al ocio y al estudio de la cultura griega, su gran pasión. Cuando Cayo y Lucio murieron (el 2 y el 4 d.C. respectivamente), Tiberio, que había vuelto a Roma, fue adoptado por Augusto, obligándole a que hiciera lo propio con Germánico.

En todas estas ocasiones el Senado hubo de votar los poderes legales que hacían efectivas las adopciones, otorgando el *imperium* y el poder tribunicio que aseguraban la posición de los sucesores escogidos.

Tiberio, que carecía de la facilidad de trato de Augusto, se resintió del trato recibido de éste y por no haber sido el primer escogido para la sucesión; estaba también mal considerado por su orgulloso alejamiento y por su escasa sinceridad. El aspecto de su principado por el que fue criticado más duramente fue su conducta con respecto a la denominada ley de *maiestas*. La republicana *lex maiestatis*, que en cierto modo correspondía al moderno concepto de traición, afectaba a cualquier cosa que pudiera «disminuir la majestad del pueblo romano». Bajo el principado se aplicó no sólo a los intentos de rebelión y conspiración, sino también a las discrepancias con el emperador y en algunos casos a los libelos dirigidos contra los senadores. Así pues, funcionaba como factor restrictivo de la libertad de expresión y del derecho a criticar al emperador.

En las acusaciones de *maiestas* entendía el Senado, que se constituyó en tribunal especial con aquella ampliación de sus poderes y que con un procedimiento cuasi judicial dictaba sentencia sobre las denuncias. El propio Tiberio intentó al principio restringir el uso de la *maiestas*, pero más tarde, y especialmente después de la caída de Sejano (31 d.C.), su ministro, se inicia el reinado del terror que hizo famoso su principado. Parte de las dificultades procedían de que Roma carecía de un sistema fiscal del Estado, quedando a la iniciativa de los ciudadanos privados el presentar una acusación. Además, los sobornos y la creciente presión política multiplicaron las acusaciones. Un acusador que tuviera éxito en la denuncia de un delito capital, susceptible de ser homologado como *maiestas*, recibía una parte de la hacienda del acusado a la vez que importantes recompensas y podía esperar el favor imperial por la eliminación de los oponentes o críticos del régimen. Aun así, era el Senado el que dirigía los «procesos», poniendo frecuentemente en juego las enemistades y odios personales. Y era el Senado, tanto como el emperador, el que merecía el descrédito por las frecuentes acusaciones de *maiestas* en tiempo de Tiberio.

La muerte de Tiberio, el 37 d.C., fue recibida con júbilo por el Senado y por el pueblo romanos, como resultado de lo poco que había hecho por hacerse popular. Siempre distante en sus costumbres, los últimos diez años de su vida se recluyó en Capri acompañado de sus amigos más íntimos, muchos de ellos literatos y astrólogos. Las fantásticas historias referentes a sus hábitos sexuales en Capri, seguramente fueron inventadas por aquellos que sabían que no podían ser refutadas y que nadie lo intentaría.

El reinado de Cayo (Calígula), sucesor de Tiberio, empezó con buenos augurios, pero más tarde, probablemente a causa de una enfermedad que le afectó al cerebro, degeneró en una caprichosa tiranía que terminó con su asesinato en el 41. Se ha intentado estudiar su principado de una forma racional hasta sugerir, por ejemplo, que había propuesto transformar el principado en una flamante monarquía helenística de un tipo familiar en Oriente; semejante proyecto, si se toma en serio, reflejaría unos fallos de juicio político apenas preferibles a la demencia.

Claudio, inesperadamente convertido en emperador tras el asesinato de Cayo, demostró que era serio, laborioso, apacible y solícito y se dedicó a mejorar la administración, las obras públicas (la más impresionante de las cuales fue la ampliación del puerto de Ostia) y las conquistas exteriores. Su principado fue objeto de críticas por el excesivo poder que concedió a sus libertos y por la usurpación de atribuciones del poder senatorial o público, especialmente en su actividad judicial. Según parece, distinguió a los libertos por su carencia de apoyos en los círculos senatoriales o palaciegos. En el momento de su proclamación por el jefe de la guardia pretoriana, el Senado debatía la posibilidad de la restauración republicana.

Las virtudes prácticas y humanas de Claudio le granjearon la estimación popular y prevalecieron sobre sus deficiencias personales, tanto las físicas como las de su vida privada. Su segunda esposa, Mesalina, fue ejecutada por conspirar con el apoyo de un senador llamado Silio para reemplazar a Claudio. A ello pudieron deberse muchas de las ejecuciones de senadores y *equites* de las que nos hablan las fuentes coetáneas. La tercera esposa de Claudio, su sobrina Agripina, se dedicó a favorecer a su hijo Nerón, fruto de un matrimonio anterior.

Al acceder al trono Nerón el año 45 (Claudio había muerto, según se dice, envenenado con un plato de setas) prometió restaurar el principio augusteo de la división de poderes entre el emperador y el Senado. Por algún tiempo, especialmente mientras estuvo influido por su tutor, el filósofo estoico Séneca, estas promesas fueron observadas, pero las cosas cambiaron a medida que los gustos de Nerón se fueron haciendo más frívolos. Tras el asesinato de su madre por venganza el 59, su reinado se desarrolló en una desdichada aunque pintoresca tiranía en la que dio rienda suelta a sus pasiones por la música y las carreras de carros, acosando a muerte a senadores y filósofos que se le oponían. Aumentó los gastos sociales y ello le permitió mantener la popularidad entre las gentes de Roma. La conclusión de la paz con los partos fue conmemorada con fantásticas celebraciones, durante las cuales, el rey armenio, Tirídates, recibió su corona de manos del emperador en persona. En el 66 Nerón emprendió un espectacular viaje por Grecia y regresó a Roma con más de 1.600 galardones de victorias atléticas y teatrales. Pero su posición fue deteriorándose. Después del gran incendio de Roma del 64, Nerón recorrió toda Grecia en busca de objetos de arte para embellecer la ciudad restaurada; pronto se extendió entre los romanos la opinión de que había sido el propio Nerón el que en cierto modo había provocado el incendio en Roma con el fin de construir sobre sus ruinas una grandiosa capital nueva. Nerón escogió a los cristianos para culparles aprovechando que eran una secta impopular (creían que el fin del mundo, pasto de las llamas, estaba próximo). Al contrario de lo que el emperador esperaba, los terribles castigos, como morir quemados en el circo (acusados de incendiarios), obtuvieron mayores simpatías.

El período Julio-Claudio no se caracterizó por la existencia de una fuerte oposición a la institución del principado como tal y fueron efímeras las posibilidades de restaurar el gobierno republicano. La filosofía estoice, cuyo representantes más conocido (aparte de Séneca) fue el senador Trasea Paeto, fomentó la participación en la vida pública y el respeto a la institución monárquica. La *libertas*, premisa ideológica de este grupo, había evolucionado bajo el imperio desde su sentido republicano o de libertad frente al gobierno monárquico hasta los derechos de libertad de expresión y de crítica permitidos bajo tal gobierno. La participación en la vida política se hizo casi impracticable cuando un reinado como el de

Abajo: Claudio, escondido en el palacio después del asesinato de Calígula en 41 d.C., fue encontrado y llevado al cuartel de los pretorianos, donde se le proclamó emperador. En la moneda aparecen Claudio y un pretoriano portador de un estandarte, con las manos enlazadas, y con la leyenda: «aceptado por los pretorianos».



Abajo: El joven Nerón durante los primeros años de su reinado tuvo la guía de consejeros entre los que estaban Séneca, el prefecto pretoriano Burrus y su propia madre, Agripina. La moneda más antigua emitida destaca por el explícito reconocimiento de la posición de Agripina.



Derecha: Distribución de las legiones en las provincias. La tabla ilustra la localización de las legiones romanas en las provincias en tres fechas distintas: 24, 74 y 150 d.C. Estas fechas han sido escogidas como períodos representativos de relativa paz y estabilidad. No hay informe alguno sobre el movimiento provisional de legiones en tiempo de crisis, como las guerras civiles del 68-69, ni sobre las variaciones a corto plazo que se desvían de la pauta general, como la concentración de siete legiones en Siria durante la revuelta judía del 60 o el reforzamiento de la frontera del Danubio durante las guerras de 86-112. Pero la tabla deja claro que hubo un cambio a largo plazo en el equilibrio de fuerzas entre las mitades occidental y oriental del imperio, cuando los ejércitos de Hispania y Germania se redujeron mientras aumentaban en los Balcanes y en Oriente. (La información para esta tabla fue amablemente facilitada por J. C. Mann y Margaret Roxan.)

Distribución de las legiones en las provincias

Provincias	24 d.C.	74 d.C.	150 d.C.
ÁFRICA	III Augusta	III Augusta	III Augusta
HISPANIA	IV Macedónica VI Victrix X Gemina	VII Gemina	VII Gemina
BRITANIA	—	II Augusta II Adiutrix IX Hispania XX Valeria Victrix	II Augusta VI Victrix XX Valeria Victrix
GERMANIA INFERIOR	I Germana V Alaudae XX Valeria Victrix XXI Rapax	VI Victrix X Gemina XXI Rapax XXII Primigenia	I Minervia XXX Ulpia
GERMANIA SUPERIOR	II Augusta XII Gemina XIV Gemina XVI	I Adiutrix VIII Augusta XI Claudia Pia Fidelis XIV Gemina	VIII Augusta XXII Primigenia
PANONIA	VIII Augusta IX Hispania XV Apollinaris	XIII Gemina XV Apollinaris	Superior: I Adiutrix X Gemina inferior: XIV Gemina II Adiutrix
DALMACIA	VII XI	IV Flavia	XIII Gemina
MESIA	IV Escítica V Macedónica	I Itálica V Alaudae V Macedónica VII Claudia Pia Fidelis	Superior: IV Flavia VII Claudia Pia Fidelis Inferior: I Itálica V Macedónica XI Claudia Pia Fidelis
CAPADOCIA	—	XII Fulminata XIV Flavia	XII Fulminata XV Apollinaris
SIRIA	III Gálica VI Ferrata X Fretensis XII Fulminata	III Gálica IV Escítica	III Gálica IV Escítica XVI Flavia
JUDEA	—	X Fretensis	VI Ferrata X Fretensis
EGIPTO	III Cirenaica XXII Deiotariana	III Cirenaica XXII Deiotariana	II Trajana
ARABIA	—	—	III Cirenaica

Legiones	24 d.C.	74 d.C.	150 d.C.
I Adiutrix	(ampliada h. 68)	Germania superior	Panonia superior
I Germana	Germania inferior	(desaparecida h. 70)	
I Itálica	(ampliada h. 66)	Mesia	Mesia inferior
I Minervia		(ampliada h. 83)	Germania inferior
II Adiutrix	(ampliada h. 70)	Britania	Panonia inferior
II Augusta	Germania superior	Britania	Britania
II Trajana		(ampliada h. 104)	Egipto
III Augusta	África	África	África
III Cirenaica	Egipto	Egipto	Arabia
III Gálica	Siria	Siria	Siria
IV Flavia	(ampliada h: 70)	Dalmacia	Mesia superior
IV Macedónica	Hispania	(desaparecida h. 70)	
IV Escítica	Mesia	Siria	Siria
V Alaudae	Germania inferior	Mesia	(desaparecida h. 86)
V Macedónica	Mesia	Mesia	Mesia inferior
VI Ferrata	Siria	Siria	Judea
VI Victrix	Hispania	Germania inferior	Britania
VII	Dalmacia		
VII Claudia Pia Fidelis		Mesia	Mesia superior
VII Gemina	(ampliada h. 68)	Hispania	Hispania
VIII Augusta	Panonia	Germania superior	Germania superior
IX Hispania	Panonia	Britania	(desaparecida 132?)
X Fretensis	Siria	Judea	Judea
X Gemina	Hispania	Germania inferior	Panonia superior
XI	Dalmacia		
XI Claudia Pia Fidelis		Germania superior	Mesia inferior
XII Fulminata	Siria	Capadocia	Capadocia
XIII Gemina	Germania superior	Panonia	Dalmacia
XIV Gemina	Germania superior	Germania superior	Panonia superior
XV Apollinaris	Panonia	Panonia	Capadocia
XVI	Germania superior	(desaparecida h. 70)	
XVI Flavia	(ampliada h. 70)	Capadocia	Siria
XX Valeria Victrix	Germania inferior	Britania	Britania
XXI Rapax	Germania inferior	Germania inferior	(desaparecida h. 92)
XXII Deiotariana	Egipto	Egipto	(desaparecida h. 125)
XXII Primigenia	(ampliada h. 40)	Germania inferior	Germania superior
XXX Ulpia		(ampliada h. 140)	Germania inferior

Nerón degeneró hacia la crueldad y la tiranía; porque le era imposible a un filósofo servir a semejante tirano sin perder su integridad moral. En ese punto era su deber apartarse de la vida pública en una clara muestra de desaprobación; tal fue el caso de Paeto que representó una declaración de disidencia. Su clamorosa ausencia del Senado fue el detonante de la denuncia que le llevó al suicidio en el 66. La muerte de Paeto fue seguida de los suicidios del propio Séneca y de su sobrino, el poeta Lucano. Todos ellos eran sospechosos, como muchos otros, de estar involucrados en un complot para matar a Nerón y sustituirlo por Pisón, un senador poco conocido. Este intento de conspiración, cruelmente reprimido en el 65, anunció el declive de los últimos años de Nerón y el fin de la dinastía Julio-Claudia.

En la primavera del 68 un senador galo, llamado Julio Vindex, gobernador de la provincia Lugdunense de la Galia, buscó apoyos entre los mandos provinciales para provocar una revuelta general. Tan sólo consiguió el beneplácito de Galba, gobernador de la Tarraconense en Hispania; y aunque sólo contaban con el apoyo del ejército galo y de la pequeña guarnición estacionada en Hispania, a la que se sumó una segunda legión creada por él mismo, Galba fue proclamado emperador. Vindex fue eliminado en Vesontio (Besançon) por el gobernador de la alta Germania, Verginio Rufo, que a su vez fue proclamado emperador por su ejército, aunque se negó a aceptar dicha responsabilidad. La explicación más probable de la conducta un tanto ambigua de Verginio Rufo es que apoyaba a Nerón en una situación en que ignoraba lo que sucedía en otros lugares. Después del suicidio de Nerón (9 de junio del 68), Rufo aceptó la candidatura de Galba pero fue reemplazado como gobernador.

Vitelio, enviado por Galba como gobernador de la baja Germania, fue proclamado a principios del 69. Al mes siguiente, Otón, a quien Galba no había tenido en cuenta para la sucesión, fue proclamado en Roma por el prefecto de la guardia pretoriana y mató a Galba. Su política, aunque necesaria, había sido demasiado severa y parca como para compensar lo desagradable de su carácter. Tras una primera derrota frente a las tropas de Vitelio e impotente para frenar su avance, Otón se suicidó (19 de abril) sin esperar la llegada a Italia de las legiones de Iliria que hubieran podido salvarle. Vitelio, sin embargo, pronto hubo de enfrentarse a la amenaza que representaba el ejército de Vespasiano, perfectamente organizado y al que sus legiones de Oriente proclamaron emperador a principios de julio. Vespasiano se dirigió a Alejandría, desde donde pudo controlar el suministro de trigo a Roma; y se hizo con Occidente con un despliegue de fuerza en los Balcanes combinado con ataque a Italia. Tras la derrota de Bedriacum la resistencia de Vitelio cedió irremediablemente; fue muerto cuando las tropas de Vespasiano entraban en Roma (20 de diciembre del 69). Domiciano, hijo de Vespasiano, fue aclamado como César y el nuevo emperador llegó a Roma en octubre del 70. Suprimió los últimos focos de resistencia de los partidarios de Vitelio y sofocó la rebelión de Julio Civil, un comandante auxiliar de Batavia, en el Rin. Los ejércitos ya habían dicho su última palabra y las guerras civiles llegaron a su final.

Las fronteras y el ejército romano

La mayoría de los grandes ejércitos que participaron en la guera civil de finales de la república fueron licenciados por Augusto, que se quedó con 26 legio-

nes (aumentadas más tarde a 28). Con estas fuerzas, relativamente modestas, llevó a cabo una serie de campañas racionalmente planeadas, completando la pacificación de las provincias en parte ya conquistadas. Sólo después destinó Augusto los recursos a las campañas de expansión y conquista.

La primera zona pacificada fue el noroeste de la Península Ibérica, enfrentándose a la fragosidad de sus montañas y a las recalcitrantes tribus nativas. Tras poner fin a estas dificultosas guerras, el 19 a.C., Augusto transfirió parte de sus ejércitos hispanos a las fronteras germánica e ilírica, dejando en Hispania una guarnición de cuatro legiones. Al final del período Julio-Claudio, este número se redujo a una sola legión, estacionada en León. Augusto se ocupó después de Raetia y Noricum, regiones que constituían una amenaza potencial para la agricultura romana, y asentó comunidades en el norte de Italia; también se cuidó de las comunicaciones con la provincia crucial de Iliria. En Oriente, pese al clamor popular por la conquista, fue la diplomacia la que mejoró las relaciones con los partos. Se recuperaron los estandartes arrebatados a Craso en Carrhae (19 a.C.) y los intereses romanos quedaron asegurados por medio de los reyezuelos vasallos que habían conservado su independencia efectiva como compensación por su lealtad. Los herodíadas de Judea son el ejemplo más conocido de reinos helenísticos que vivieron un último período de florecimiento bajo la protección romana.

Tras la muerte de Cleopatra, última de los Ptolomeos, Egipto fue gobernado por prefectos del rango de los caballeros como dominio más o menos personal del emperador. A los senadores no se les permitió ocupar estos puestos.

Después de las primeras campañas, que Augusto a veces dirigió personalmente, los ejércitos se utilizaron para consolidar la frontera del Rin, llevándola hasta el río Elba y para pacificar Iliria. Terminadas estas acciones se planeó una nueva campaña para la anexión del reino de Maroboduus, al norte del Danubio, entre Iliria y las zonas de Germania recientemente ocupadas. Pero toda la política de la frontera septentrional se hundió el 6 d.C., cuando los ilirios iniciaron una revuelta; y se abandonó la campaña contra Maroboduus. Si bien el 9 d.C. esta revuelta fue sofocada, ese mismo año las tres legiones de Quintilio Varo fueron destrozadas por el caudillo germano Arminio, en un lugar desconocido del bosque de Teutoburg. Varo fue tildado de incompetente por haberse dejado sorprender. Son pocos los datos que tenemos sobre las circunstancias, pero podría ser un atenuante el hecho de que la revuelta de Iliria había dejado aislado a Varo en una provincia que sobresalía del frente del Rin como un saliente vulnerable.

La política Julio-Claudia, en el norte, se dirigió a consolidar las fronteras por medio del establecimiento de campamentos de legionarios y de auxiliares en el lado romano de la frontera y de la instalación de cabezas de puente en el río. La frontera del Danubio, tras la recuperación de Iliria por Tiberio (6-9 d.C.), recibió el mismo tratamiento. El ejército, en esas y otras provincias de reciente conquista, se convirtió en agente eficaz de romanización desde que los campamentos de legionarios generaron asentamientos informales conocidos como *canabae*, y en puntos cercanos nacieron poblados civiles (*municipia*); un buen ejemplo de ello es Carnuntum, en el Danubio.

La recomendación de Augusto de no extender el imperio fue estrictamente observada por Tiberio, que no obstante hubo de intervenir en Tracia y sofocar una revuelta indígena en la Numidia africana, dirigida por un líder tribal llamado Tacfarinas. En Oriente, Tiberio confirmó en el trono de Armenia a un rey vasallo aceptable para los partos. Esto fue ratificado por Germánico durante su larga gira de inspección en la que también visitó Palmira y Petra, ciudades caravaneras vinculadas al imperio parto.



Izquierda: El arco de Tito en Roma fue erigido en conmemoración del triunfo sobre la rebelión judía obtenido por Tito el 70 d.C. en nombre de su padre Vespasiano. La escena muestra los objetos expoliados del templo destruido que son conducidos a Roma en una procesión triunfal.

La invasión de Britania llevada a cabo en el 43 fue seguramente fruto de los planes de Claudio tan pronto como llegó a ser emperador. Sus motivos han sido muy debatidos. Es improbable, a pesar de los altos niveles de romanización alcanzados en Britania, que sus pobladores provocaran la ocupación, aunque tampoco entraba dentro de los cálculos de los romanos. Es posible que Claudio estuviera ansioso por obtener la gloria de la conquista como medio para compensar sus deficiencias personales como emperador. Ciertamente dio gran importancia a la conquista e incluso asistió a la campaña durante un breve período de tiempo (a esta conquista se destinaron elefantes, que debieron ser un extraordinario espectáculo para los bretones), e incluso llamó a su hijo Británico; en general, recibió un sinnúmero de saludos militares jamás obtenidos antes. La explicación más probable es que Britania estaba más estrechamente vinculada de lo que parecía a los principados belgas de la Galia. Ello es evidente si analizamos la actividad política y económica a través del canal en el período anterior a la conquista; seguramente por ello, Claudio y sus consejeros concluyeron que la Galia no podría estar completamente segura sin la anexión de Britania.

Claudio redujo también a Mauritania a un estatus provincial como consecuencia de los desórdenes producidos tras la muerte de un rey vasallo. Esta anexión, más significativa de lo que parece desprenderse de las fuentes que se conservan, completó la pacificación de las tierras romanas situadas en el Mediterráneo occidental.

En el Oriente, Nerón heredó de Claudio la revitalización de los conflictos con los partos y los armenios. Después de casi diez años de campañas militares y complejos cambios en la política diplomática, el rey parto, Vologaeses, acordó que su delfín, el conocido Tirídates, visitara Roma para recibir su corona de manos de Nerón. Por este tratado Armenia pasó de la esfera de influencia romana a la de dominio parto que le correspondía por afinidades étnicas.

Judea, que en tiempos de Augusto era un reino cliente, gobernado por Herodes el Grande, fue convertida en provincia romana tras la muerte de aquél.



Arriba: La moneda emitida con la inscripción «IVD [aea] CAP [ta]», con las figuras de dos cautivos desconsolados y una palmera, conmemora el mismo acontecimiento que el arco de Tito (ver ilustración de la página contigua). Acuñaciones similares fueron emitidas por Adriano después de la represión de la revuelta de Bar-Kochba el 135 d.C. Para una descripción más detallada de Jerusalén y de la fortaleza de Masada, capturada el 73 d.C., ver páginas 162-63.

Claudio la restituyó a su amigo Herodes Agripa como recompensa por su ayuda durante su acceso al cargo imperial, pero tras la muerte de Agripa en el 44, Judea se convirtió de nuevo en provincia romana. Uno de sus gobernadores fue Félix, hermano del liberto de Claudio, Palas, ante el que compareció san Pablo (*Hechos*, 23-24, ss.). Tras algunos años de descontento, Judea se levantó en rebeldía (66); la misión de sofocar la revuelta le fue encomendada a Vespasiano y a su hijo Tito. Aunque interrumpida por la proclamación de Vespasiano en el 69, fue completada por Tito con la destrucción del templo de Jerusalén en el 70. La última plaza fuerte, Masada, cayó tres años más tarde tras un largo y cruel sitio.

La subyugación de Britania estuvo seguida por acciones represivas que llevaron al levantamiento de Boudicea en el 60-61; el descontento británico iba dirigido principalmente contra la colonia de veteranos de Camulodunum (Colchester), considerada como un símbolo de la opresión romana, y contra Londres, capital de la provincia. Posteriormente la política romana se suavizó, lo que permitió la rápida expansión del poder romano hasta el último punto alcanzado por la muralla de Adriano. Bajo el gobierno de Agrícola hubo un intento de extender las anexiones hacia el norte, pero no duró mucho, al necesitar Domiciano sacar una legión de Britania para servir en Germania. Así pues, la fortaleza de legionarios de Inchtuthill, construida por Agrícola, sólo fue ocupada brevemente y abandonada de hecho antes de que su construcción estuviera acabada.

Estas nuevas anexiones al imperio fueron aseguradas, como hemos visto, por un disciplinado ejército profesional de menos de 150.000 hombres y por un número parejo de tropas auxiliares, reclutadas en varias regiones del imperio o en ocasiones en reinos vasallos, que a veces proporcionaban técnicas de combate especializadas. El número de efectivos militares estaba limitado a las necesidades regionales y a las consideraciones políticas y económicas. Los factores económicos, o lo que es lo mismo, el sistema de paga militar, estaba asegurada por la imposición de tasas especiales y otros ingresos. La soldada no se había incrementado entre los tiempos de Augusto y los de Domiciano, que la aumentó en un tercio, probablemente a costa de un gran esfuerzo financiero (ver página 102). A lo largo del siglo I, y más particularmente del II y del III, el ejército dependió cada vez más de las pagas adicionales recibidas, por ejemplo, tras la ascensión de un nuevo emperador y en menor escala de los expolios en campañas activas.

Los peligros que representaba un ejército eficiente pero a menudo inactivo fueron parcialmente paliados al utilizar a los soldados en trabajos de construcción, como vías y puentes, explotación de minas y excavación de canales, todo ello beneficioso para el desarrollo económico de las provincias pero que no ofrecía a cambio demasiados estímulos o compensaciones financieras. Si bien los gobernadores romanos se impacientaban algunas veces ante las restricciones que se les imponían, también es cierto que los soldados se vieron probablemente atraídos por las perspectivas de ganancias que presentaban la activas campañas, aunque fueran en una guerra civil.

Los ejércitos fueron establecidos en fortalezas de legionarios que jalonaban las fronteras. El legado provincial no tenía más que cuatro legiones a su disposición, lo que limitaba la posibilidad de revueltas contra el emperador, que podía estar seguro del apoyo de sus comandantes. Los motines de los ejércitos provinciales sólo se dieron de forma ocasional y fueron fácilmente sofocados. Pero cuando un emperador caía o era considerado inseguro, como sucedió en los años 41, 68, 97, 193 y ya repetidamente en el siglo III (ver páginas 168-169), fue imposible restringir las iniciativas individuales de los comandantes provinciales y sus ejércitos. En el 68-69, los ejércitos más importantes, a excepción del de Britania, participaron activamente en la guerra civil. Como Tácito decía en una frase famosa, se había desvelado el secreto de que los emperadores podían ser nombrados en cualquier parte del imperio menos en Roma.

En un sentido obvio los emperadores romanos dependían del apoyo del ejército y la amenaza desestabilizadora de las fuerzas militares era la realidad que se ocultaba tras las minucias de su posición constitucional. Los emperadores del siglo I, a excepción de Tiberio, Trajano y en menor escala Vespasiano, no fueron por lo general hombres de gran experiencia militar. Tampoco las carreras senatoriales de principios del imperio, que mezclaban funciones militares y civiles con el servicio en las provincias y en Roma, estimularon la formación de una clase militar de elite, profesionalizada. Algunos legados imperiales, como Agrícola y el escritor de tácticas marciales, Frontino, fueron hombres de considerable experiencia militar, sistemáticamente acumulada y puesta en práctica. Aun así, tales hombres seguían ligados al estilo de vida de los senadores romanos; disponían de grandes medios privados y estaban educados en la cultura tradicional de las clases civiles elevadas. Como ejemplo podemos citar a Pomponio Secundo, que gobernó Germania bajo Claudio. Tácito escribió de él que era famoso por sus triunfos militares, pero todavía más por las poesías que había compuesto. El contraste entre esta situación y la de los siglos III y IV no podía destacarse mejor.

La romanización de Occidente

El proceso conocido como «romanización» fue la expresión conjunta de los incentivos imperiales y de la opulencia provincial. Los romanos no utilizaron la coerción para llevarla a cabo, pero promocionaron un ejemplo a imitar fomentando entre los nativos de las provincias la adopción de la vestimenta romana y el aprendizaje de la lengua latina y, habida cuenta de los diferentes entornos, la disposición de sus asentamientos como centros urbanos. En el oeste, recientemente pacificado, las fortificaciones de las comunidades nativas se convirtieron en capitales de los distritos administrativos conocidos como *civitates*, sobre la base de los territorios de las antiguas tribus. Otras veces se construyeron nuevas ciudades en sustitución de viejos emplazamientos poco adecuados. Por ejemplo, el poblado-colina galo de Bibracte (Mont Beuvray) sirvió de base para la fundación de Agustodunum (Autún), construida sobre el río Arroux, en mejor situación para el impulso de las actividades comerciales. Lo mismo ocurrió con Noricum, donde la ubicación nativa de Magdalenberg fue reemplazada por la nueva capital provincial, Virunum.

Los romanos proporcionaban instituciones cívicas, a imagen de los *municipia* de Italia. Las nuevas ciudades tenían consejos (*curiae*) compuestos por los miembros más opulentos de la sociedad local, que por su participación en la vida política recibieron la ciudadanía romana y fueron incluidos formalmente en los antiguos distritos electorales de Roma. El cargo municipal de *duumvir* aparece en Galia como el *vergobret* celta y el *sufes* en el África púnica.



Izquierda: El arco de triunfo de Saintes lleva en su friso la inscripción conmemorativa de C. Julio Rufo, cuya familia se remonta a través de C. Julio Otuaneuno y C. Julio Gedomo (el primer ciudadano romano de la familia, que recibió este privilegio de Julio César) hasta Epotsorovido, caudillo santón de época precesariana. Rufo fue también sacerdote de Roma y Augusto en el altar de las Tres Galias en Lugdunum (ver página siguiente) y es conocido por haber contribuido a la construcción de un anfiteatro en la misma ciudad.

Abajo: Ofrenda votiva de madera, conservada gracias a las condiciones de inmersión en agua del santuario de Sources-de-la-Seine, próximo a Dijon. La estatua es un ejemplo interesante del estilo del arte celta popular en la Galia romana, al igual que el propio santuario es una expresión de ancestrales costumbres religiosas del imperio romano.

La organización política de las provincias desarrolladas se realizó siempre por medio de las clases superiores existentes; podemos hallar muchos ejemplos de cómo las funciones políticas y la munificencia cívica fueron empresa de la vieja nobleza de las provincias. En Leptis Magna (Tripolitania), el teatro más antiguo y casi todos los edificios públicos del siglo I fueron erigidos por miembros de las familias púnicas más poderosas. En Saintes (Mediolanum Santonum), en el suroeste de la Galicia, el arco de triunfo levantado en el 18 d.C. fue mandado construir por C. Julio Rufo, nieto romanizado de un notable celta que había recibido la ciudadanía de Julio César.

El grado de urbanización alcanzado difería mucho entre las regiones influidas por un clima mediterráneo y las que lo estaban por un clima nórdico. En África la urbanización avanzó rápidamente; en las regiones de las provincias orientales se basó en la existencia de comunidades púnicas y en Numidia sobre los asentamientos nativos, sustituidos, como siempre, por colonias romanas. Hispania también experimentó un rápido desarrollo urbano; en cambio, en el norte de la Galia, en las provincias belgas y germánicas y en Britania el proceso fue mucho más lento. Muchos poblados, como Verulamium (cerca de St. Albans) en Britania, no tuvieron edificios grandes de piedra hasta el siglo II. No obstante Augustodunum, capital de los eduos, era ya un centro de cultura romana a comienzos del siglo I; allí eran educados los hijos de los nobles galos en las artes liberales cuando fueron tomados como rehenes durante una rebelión en el 21 d.C.

En el norte, la cultura de la villa tuvo un papel relativamente más significativo que en las áreas del Mediterráneo; en esta zona la romanización no puede ser evaluada únicamente por el grado de desarrollo urbano. También debemos estimar el avance de la cultura material en las villas, que en proporción estaban al mismo nivel que las ciudades.

Hay otros dos factores importantes para valorar las bases económicas de la romanización. Ya se ha destacado el papel del ejército, tanto en la provisión de realidades físicas (puentes o vías) como en el



Derecha: El templo de la diosa Vesunna el Périgueux es un excelente ejemplo de santuario celta construido durante el período romano más antiguo. Su amplia cella circular o santuario estaba rodeada por un complejo recinto sagrado del que quedan los cimientos. Pueden reconstruirse planos de templos similares en diversos puntos de las antiguas provincias celtas del imperio romano.



Arriba: Altar de Roma y de Augusto en Lugdunum, levantado en el 10 a.C. con el concurso de un consejo provincial de las Tres Galias. Los líderes tribales romanizados ocuparon los cargos de sacerdotes de Roma y Augusto y en sus festividades anuales —celebradas el 1 de agosto—, el altar tuvo un papel muy importante para la unificación de las Galias y la potenciación de su lealtad a Roma. El altar no se ha conservado pero se conoce su estructura a través de las acuñaciones de Augusto. El cercano anfiteatro de las Tres Galias ha sido en los últimos años sacado a la luz por las excavaciones.

establecimiento de campamentos de legionarios que servían como bases para el desarrollo urbano. Además de estos campos de legionarios con sus *canabae* adyacentes y andando el tiempo con los *municipia*, los veteranos retirados de los ejércitos provinciales propendían a establecerse cerca de las comunidades locales y a menudo se convirtieron en señores de las villas y miembros destacados de las comunidades urbanas. El papel del ejército como agente de la romanización puede advertirse claramente en regiones antes poco desarrolladas como Panonia, las tierras del Rin y las llanuras del sur de Numidia. En áreas urbanizadas, como las de Oriente, los soldados se vieron más implicados en la vida social de las ciudades existentes.

El segundo factor es la emigración de italianos a finales de la república, especialmente hacia Hispania, África y Asia Menor. Los civiles que habían buscado su fortuna en el extranjero y los veteranos allí asentados tras las campañas en las provincias alcanzaron a menudo gran prosperidad; sus descendientes se cuentan entre los primeros en la ampliación de la clase romana gobernante con la entrada de los provinciales en el Senado durante el primer siglo del imperio. El filósofo Séneca, el poeta Lucano, el emperador Trajano, los primeros cónsules de África (los hermanos Pactumeyos de Cirta) y muchos otros pueden señalarse sobre la base de sus nombres como descendientes de familias italianas que habían emigrado en tiempos de la república.

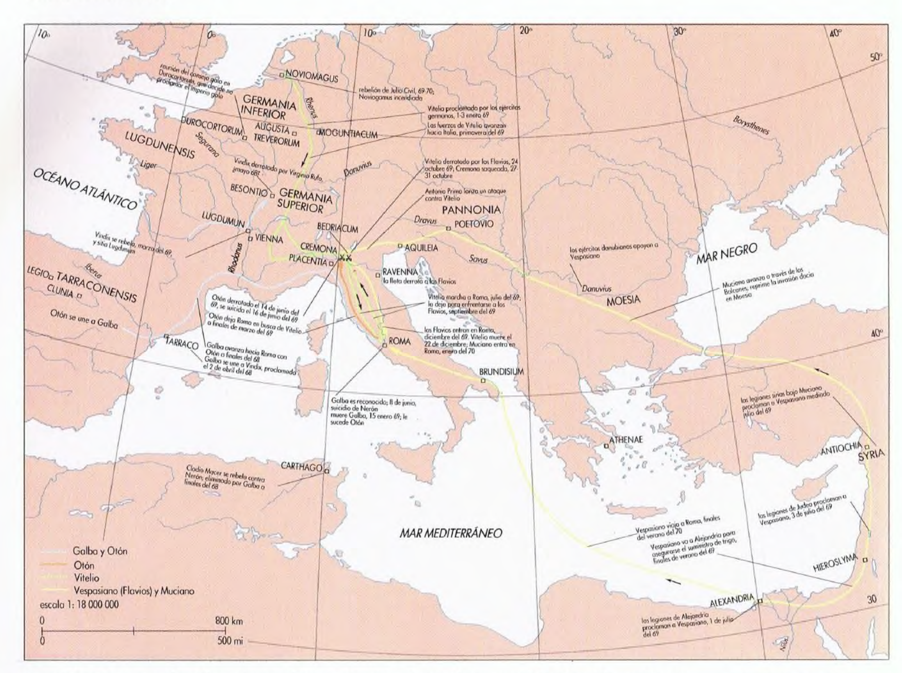
Con más frecuencia los senadores provinciales eran miembros de familias locales indígenas, que aprovecharon la oportunidad de manifestar su opulencia y su estatus social en Roma. Claudio, que fue particularmente consciente del proceso de expansión de la clase gobernante romana desde los primeros tiempos, ofreció a los eduos privilegios especiales para que pudieran desarrollar la carrera senatorial en Roma. La admisión de galos, de hispanos y de africanos, y más tarde de griegos y orientales en la ordenación gubernativa romana, constituye parte de un proceso más amplio que refleja el firme avance de las provincias bajo el gobierno de Roma y sus diferentes grados de integración en el ideal clásico de vida cívica y política.

Los límites de la romanización pueden definirse tan cuidadosamente como su extensión geográfica. Las regiones del imperio conservaron sus propios cultos y lenguas, a menudo detrás de una sólida fachada de romanización. Las lenguas celta y púnica continuaron usándose; así, por ejemplo, un texto legal de principios del siglo III, establece que los testamentos escritos en cualquiera de estas lenguas eran válidos. Buena prueba de ello en el norte de África, es la supervivencia de una lengua nativa que según las modernas discusiones podría ser el libio o «bereber»; aunque no hay manera de conocer el grado de conexión de esos dialectos indígenas con la moderna lengua bereber. En Oriente, según el tardío testimonio de san Jerónimo, el celta se hablaba en algunas zonas de Galatia, y en tiempos de Nerón, Pablo y Bernabé fueron aclamados por los habitantes de la ciudad de Lystra «en lengua licaonia» (*Hechos*, 14, 11). Más allá de los montes Tauro, el sirio se habló en todas partes durante el imperio romano, desde Antioquía a Babilonia y hasta el sur de Gaza, aunque no se produjo una literatura escrita en sirio hasta que se implantó la iglesia cristiana a finales del siglo III.

La pervivencia de formas de arte locales, especialmente esculturas en relieve, es notable, contrastando a menudo con las formas más universalizadas de la escultura imperial descubiertas en las provincias. La arquitectura de los templos en el oeste celta conservaba un estilo distinto completamente diferente de los modelos clásicos, con una amplia cella central, rodeada por un extenso recinto. Los ejemplos mejor conservados, en Autún y Perigueux, contrastan radicalmente con los templos clásicos de Nimes y Vienne. Los dioses y diosas del oeste eran frecuentemente divinidades nativas romanizadas, como la triple «diosa-madre» y el «dios con el mazo» en la Galia romana y las tres divinidades encapuchadas de Britania. En África la Virgo Caelestis y Saturno fueron versiones romanizadas de los dioses púnicos Tanit y Baal Hammón. La diosa Sulis Minerva del frontón del templo de Aquae Sulis, cuya cara es como la de Gorgona, es una expresión particularmente viva de la persistencia del estilo decorativo celta en un contexto cívico y religioso romantizado. Los aspectos de la práctica religiosa nativa menos compatibles con los ideales civilizados romanos, tales como el druidismo, fueron suprimidos por la acción gubernamental, siendo ésta una de las pocas áreas en que las autoridades romanas intervinieron enérgicamente en el desarrollo de la vida provincial.

Un factor importante de unidad fue el culto imperial, del que abundan las noticias en todos los rincones del imperio romano. Con su base en las capitales regionales, como Tarraco, Narbo, Éfeso (en Asia Menor) y Sardes (en Lidia), el culto imperial dirigió hábilmente el patriotismo local hacia la lealtad a Roma. El culto era administrado por un consejo provincial compuesto por delegados de las ciudades; se reunía anualmente y era presidido por uno de sus miembros, el sacerdote jefe de la provincia, elegido por un año. El consejo podía no sólo expresar sus buenos deseos o condolencias al emperador según fueran las circunstancias, sino también (como certifican muchas inscripciones) seleccionar y enviar embajadas al emperador para tratar materias de interés sustancial para las comunidades de las correspondientes provincias.

Las actitudes religiosas implicadas en el culto



Las guerras de 68-70 d.C. Las guerras de 68-70 implicaron sucesivamente a los principales grupos militares del imperio y la victoria fue para el que más coherentemente se movilizó. La excepción principal fue Britania, con fuerzas potencialmente extraordinarias pero aisladas. La única legión africana era inadecuada para un enfrentamiento serio, y las fuerzas de Galba, heredadas por Otón, fueron insuficientes contra los ejércitos combinados de las provincias germanas, frustradas en sus intentos de proclamar a Virginio Rufo, que pasaron su apoyo a Vitelio. Al haber sido capaz de combinar las legiones del este con las del Danubio, Vespasiano obtuvo ventajas irresistibles; además, también pudo utilizar sus relaciones italianas para extender el descontento. La única inquietud provincial seria después de la revuelta de Vindex, se dio en el extremo nororiental de la Galia con la rebelión del batavian Julio Civil, pero ni siquiera esto pudo provocar una revuelta general.

imperial tenían marcadas diferencias en el este y el oeste del imperio. En Occidente el culto imperial se centraba no sólo en el emperador, sino también en su *numen* o espíritu guardián e iba ligado a la reverencia por la ciudad (o la diosa) Roma. El emperador era considerado un ser divino (*divus*) sólo después de muerto, y no en todos los casos; muerto el emperador, su promoción al rango de dios dependía de la actitud de su sucesor y del Senado. En Oriente, acostumbrados como estaban a los monarcas helenísticos divinizados, el culto imperial fue más directo. La inscripción publicada en 1963 que recordaba el gobierno de Poncio Pilato en Judea, testimonia la existencia en Cesarea de un «Tibereium» o templo de Tiberio, emperador que más bien se oponía al culto directo de la figura imperial.

El concepto de romanización apenas puede aplicarse a Grecia. Las actitudes romanas de imitación de lo griego, combinadas con la admiración que sentían por su cultura (una admiración que Nerón llevó al extremo), se mezclaron con una especie de afecto condescendiente. Por su parte los griegos fueron impermeables a la influencia de la cultura latina. Las colonias romanas fundadas en el este fueron enclaves latinoparlantes gradualmente absorbidos por su entorno griego. Aun así, los griegos se dirigieron a Roma para prosperar bajo patrocinadores romanos; tal fue el caso del geógrafo Estrabón, del astrólogo Trasilo y de muchos poetas, historiadores, etc., de nombres conocidos. Las ideas culturales y religiosas griegas y orientales fluyeron a Roma a través del Mediterráneo pacificado. El siglo II fue testigo de un florecimiento impresionante de la cultura grecorromana en el movimiento literario conocido como el de los segundos sofistas, con sus correlatos artísticos (ver páginas 110-112).

Se ha dicho que las guerras civiles del 68-70 a.C. (que pusieron fin a la dinastía Julio-Claudia) fueron la expresión de las disensiones existentes en las provincias del imperio romano. La idea de que Vindex era un caudillo nacionalista que aspiraba a establecer un «imperio de los galos» independiente se contradice con las acuñaciones y con lo que se conoce de su política y actitudes, que fueron tradicionalmente favorables a Roma. Pero al reunir las fuerzas campesinas de la región de la Galia, Vindex traicionaría claramente su posición de dinastía local y de senador romano; en tal sentido su rebelión fue expresión, si no de un movimiento nacionalista, sí de la peculiar estructura social de aquella región de la Galia de la que procedía. Con todo, el aspecto más significativo de las guerras civiles del 68-70 puede ser que, dadas estas circunstancias y el desorden general, no hubiera ninguna secesión nacionalista en las provincias romanas. Así pues, fue una guerra entre ejércitos romanos, bajo el mando de sus generales, que no representó ningún peligro serio de resquebrajamiento del imperio.

Derecha: Fantástico paisaje urbano del *cubiculum* de la villa de Publio Fannio Sinister, en Boscoreale.



La vida urbana de Pompeya

Pompeya, originariamente una ciudad etrusca, fue ocupada en el siglo v a.C. por los samnitas. Después de ello fue durante largo tiempo una comunidad de lengua osca hasta que el año 80 a.C. Sila estableció allí una colonia. Tras ser destruida por una erupción en el 79 d.C., Pompeya permaneció enterrada bajo una capa de cenizas y lava hasta el siglo XVIII.

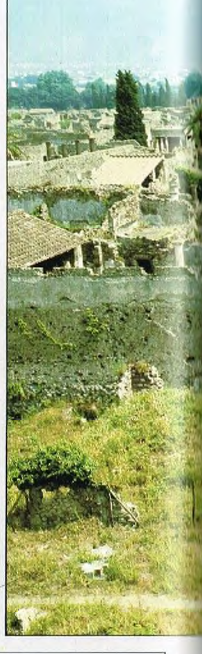
La economía de Pompeya se basaba principalmente en los productos de su fértil territorio, en especial vino y aceite de oliva. Las principales industrias fueron la manufactura y el acabado de telas. Hay también muchas pruebas de producción artesanal a pequeña escala, al comercio minorista y de otras actividades comerciales.

Como todas las ciudades romanas Pompeya tenía su propio gobierno local, estrechamente inspirado en el de Roma. La institución gobernante era el consejo de la ciudad (*ordo*), compuesto por 80-100 hombres (*decuriones*) que procedían de la clase de los propietarios y ocupaban el cargo de por vida. Los magistrados ejecutivos elegidos por dos años eran los *duoviri* (equivalentes a los cónsules romanos), asistidos por ediles que, como sus equivalentes romanos, administraban las obras públicas. Se han encontrado eslóganes y *graffiti* que muestran el interés que despertaban las elecciones.

Mientras que los pobres vivían en minúsculas viviendas o en *tabernae* (tiendas) que daban a las calles, los ricos vivían en casas lujosas. El modelo de casa pompeyana tenía como parte central un vestíbulo (*atrium*) que se abría a un peristilo o jardín columnado. Las casas estaban ricamente decoradas con pinturas murales, de las que provienen la mayor parte de nuestros conocimientos sobre el arte pictórico romano. Las pinturas se clasifican cronológicamente en cuatro períodos o «estilos».

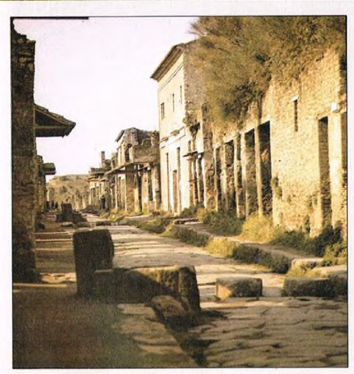
Derecha: Bodegón con huevos y tordos. Los bodegones fueron muy populares en el período del cuarto estilo (h. 55-79 d.C.).
Abajo, izquierda: La casa de las Bodas de Plata ilustra el modelo típico del *atrium* de una casa. El *atrium* era una sala central con una apertura en el tejado para su iluminación y una piscina rectangular en el suelo para recoger el agua de lluvia.
Abajo, derecha: Peristilo (jardín columnado) de la casa de los Vettii.
Página siguiente, arriba: Vista general desde las murallas del norte en dirección sur, hacia el Foro.
Página siguiente, abajo, izquierda: Vista de una calle de Pompeya. Obsérvense las altas aceras y las piedras centrales para facilitar el cruce de los peatones.
Página siguiente, abajo, derecha: Vista parcial del Foro en dirección norte. El Capitolio (templo de Júpiter, Juno y Minerva) está a la izquierda del arco. Al fondo, puede verse el Vesubio.









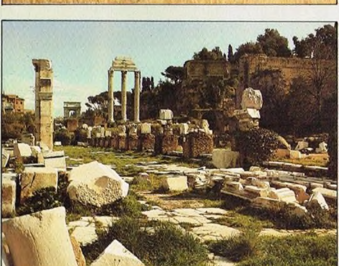




La Roma republicana

La ciudad de Roma experimentó una extraordinaria expansión durante la república. Ya a finales del siglo VI existía un importante asentamiento; en el 300 a.C. la población quizá alcanzara los 100.000 habitantes, y cerca de un millón en tiempos de César. Los míseros bloques de viviendas que daban su fisonomía a la ciudad imperial aparecieron ya en tiempos de Aníbal. Los edificios públicos —funcionales, recreativos, templos y monumentos decorativos— empezaron a levantarse en gran número en la época de Apio Claudio (que construyó el primer acueducto en el 312) y continuaron edificándose en escala cada vez mayor en la época de expansión imperial que siguió a la segunda guerra púnica. Finalmente, los dinastas del siglo I a.C., como Sila, Pompeyo y César, emprendieron proyectos arquitectónicos que cambiaron totalmente el aspecto de la ciudad con vistas a su gloria personal. Sin embargo, pocos monumentos de la Roma republicana han perdurado hasta nuestros días: en su mayor parte fueron sucesivamente reemplazados durante el período imperial por programas de construcción aún más ambiciosos.





Arriba: Relieve en mármol del Lacus Curtius (estanque Curcio). Según una antigua leyenda un tal Curcio había perecido con su caballo engullido por una grieta en el centro del Foro. Esta leyenda identificaba a Curcio con un líder samnita que guerreó contra Rómulo; según otra versión de la historia el acontecimiento ocurrió en el siglo IV a.C. y el protagonista fue un caballero romano. Este relieve, que ilustra la historia y que data de época republicana, fue encontrado en el lugar, en el siglo XVI; trasladado a un museo, fue sustituido por una copia.

Sobre estas líneas: El Foro romano fue durante siglos el centro de la vida política y religiosa romana. Sus monumentos más antiguos, como el Lapis Niger (ver página 22), el templo de Vesta (página siguiente) y la Curia datan dei tiempo de los reyes. La fotografía muestra la Vía Sacra, la calle más antigua de Roma, que pasa por entre el estanque Curcio y la basílica Julia, construida por Julio César en 54 a.C. Cerca de la basílica se alzan tres columnas del templo republicano de Cástor, construido en el lugar de un templo arcaico que conmemoraba la victoria del lago Regilo en 499 a.C. Dominando la línea del horizonte, está el arco de Tito, que pertenece al período imperial.

Muralla Aureliana
Via Salaria
Porta Collina
Via Nomentana
0 500 m
0 1500 pi
Porta Viminalis
Campus Martius
Muralla Servia
Porta Quirinalis
templo de Quirino
COLLIS QUIRINALIS
COLLIS VIMINALIS
Saepta Julia
pórticos de Pompeyo
teatro de Pompeyo
Porta Sanqualis
CISPIUS MONS
Largo Argentina
Villa Publica
Forum Julium
templos de Apolo y Belona
Forum Holitorium
Capitolium
Forum
OPPIUS MONS
Pons Fabricius
Sacra Via
Vicus Jugaris
Vicus Tuscus
Pons Cestius
Pons Aemilius
Pons Sublicius
Via Aurelia
Forum Boarium
PALATINUS MONS
Porta Caelimontana
MONS CAELIUS
Porta Trigemina
Circus Maximus
Porta Querquetulana
templo de Diana
Porta Capena
templo de Juno Regina
AVENTINUS MONS
Tíber
Via Appia
Porta Raudusculana
Porta Lavernalis
Porticus Aemilia
Via Ostiensis
Porta Naevia
tumbas de los Escipiones
pirámide de Cestio
Via Ardeatina

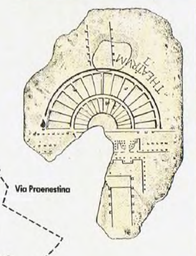
Arriba, izquierda: Este templo rectangular tan bien conservado (de principios del siglo I a.C.), comúnmente conocido como el templo de Fortuna Virilis, más probablemente ha de identificarse con el templo de Portunus, deidad relacionada con el cercano puerto.
Arriba, derecha: El Foro de César (consagrado en el 46 a.C.) estaba dominado por un gran templo de Venus, ancestro mítico de la familia Julia. Una estatua ecuestre del dictador se alzaba en el centro de la plaza.
Abajo, izquierda: Complejo monumental de Largo Argentina, sacado a la luz por excavaciones efectuadas en 1920, con cuatro templos republicanos construidos desde fines del siglo IV el más antiguo hasta fines del siglo II el más moderno. La fotografía muestra las ruinas del templo A, del siglo III.
Abajo, derecha: El puente Fabricio, que une la orilla izquierda con la isla tiberina, fue construido por L. Fabricio, supervisor de las calzadas, en el año 62 a.C.

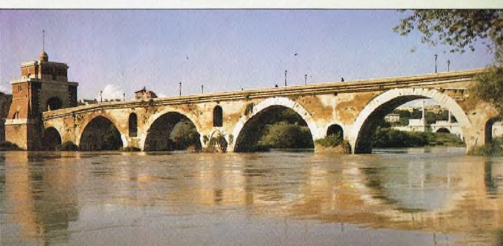


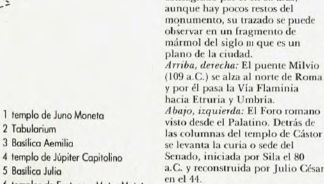


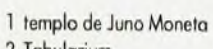












1 templo de Juno Moneta
2 Tabularium
3 Basilica Aemilia
4 templo de Júpiter Capitolino
5 Basilica Julia
6 templos de Fortuna y Mater Matuta
7 templo de Portunus
8 templo de Hércules Victor
9 Ara Maxima
10 templo de Cibeles o Magna Mater

Sobre estas líneas: El teatro de Roma fue iniciado por Pompeyo y consagrado por él en 55 a.C.; aunque hay pocos restos del monumento, su trazado se puede observar en un fragmento de mármol del siglo III que es un plano de la ciudad.
Arriba, derecha: El puente Milvio (109 a.C.) se alza al norte de Roma y por él pasa la Vía Flaminia hacia Etruria y Umbría.
Abajo, izquierda: El Foro romano visto desde el Palatino. Detrás de las columnas del templo de Cástor se levanta la curia o sede del Senado, iniciada por Sila el 80 a.C. y reconstruida por Julio César en el 44.
Abajo, derecha: El templo de Vesta en el Foro. El lugar estuvo asociado al culto de Vesta desde los primeros tiempos, aunque los restos conservados datan del período imperial.





Los comienzos de la Roma imperial

Página siguiente, arriba, izquierda: Esta bella representación de Marco Aurelio es la única estatua ecuestre de bronce que se conserva de los tiempos clásicos.

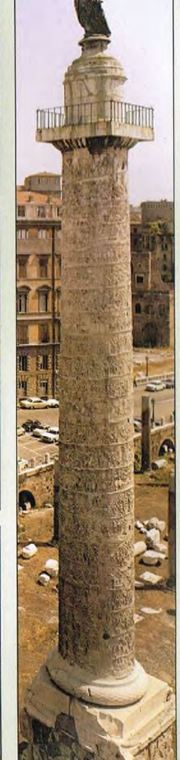
Página siguiente, arriba, centro: Mercado de Trajano, nombre dado al complejo de edificaciones con numerosos frisos que dominaban el Foro de Trajano y ocupaban un espacio que fue excavado en la ladera suroeste del Quirinal. El mercado consiste en una gran sala abovedada rodeada de tiendas y locales comerciales; todo ello detrás de una grandiosa *exedra* de ladrillos que forma el lado oriental del Foro de Trajano. Como el Foro y las termas de Trajano, todo el conjunto fue diseñado por el arquitecto Apolodoro de Damasco.

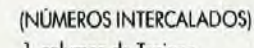
La Roma imperial era una inmensa concentración urbana con una población aproximada de más de un millón de habitantes, la mayor parte de los cuales vivían en pésimas condiciones. La miseria de los barrios pobres contrastaba con la magnificencia de los edificios públicos, erigidos por los sucesivos emperadores a partir de Augusto. Según Suetonio, «Augusto embelleció tanto la ciudad que su alarde está justificado: "Encontró una ciudad de ladrillo y dejó una ciudad de mármol"». Una nueva transformación tuvo lugar en tiempos de Nerón como consecuencia del catastrófico incendio del año 64. Tácito nos dice que «de las catorce zonas en que se dividía Roma (ver mapa de la página 19), sólo cuatro permanecieron intactas (I, V, VI, XIV), tres quedaron totalmente destruidas (III, X, XI) y de las siete restantes algunas casas sobrevivieron al incendio, aunque seriamente afectadas por él». Nerón inició un enérgico programa de reconstrucción que incluía un nuevo y vasto palacio, la *Domus Aurea* o Casa Dorada, que se extendía desde el Palatino hasta las murallas de Servio en el Esquilino. Esa zona fue más tarde ocupada por el templo de Venus y Roma (135 d.C.), el Coliseo (80 d.C.) y las termas de Trajano, construidas en parte con las ruinas de la Casa Dorada tras su destrucción por el fuego en el año 104. Las termas de Trajano son las primeras de los tres grandes complejos termales (los otros dos son las termas de Caracalla y las de Diocleciano) que constituyen la culminación de la arquitectura monumental romana.

El arco que domina la parte occidental al final del Foro fue construido en 203 en honor de Septimio Severo y sus hijos Caracalla y Geta (cuyo nombre fue borrado de la inscripción después de su asesinato en 212). El relieve muestra escenas de las campañas de Severo contra los partos y los árabes.









(NÚMEROS INTERCALADOS)
1 columna de Trajano
2 bibliotecas
3 Atrium Libertatis
4 estatua ecuestre de Trajano
5 templo de Venus Genetrix
6 templo de Antonino y Faustina
7 Regia
8 templo de Julio César
9 arco de Augusto
10 templo de Vesta
11 Atrium Vestae
12 templo de Cástor
13 Argiletum
14 templo de Saturno
15 Rostra
16 arco de Septimio Severo
17 pórtico de los Di Consentes
18 templo de Vespasiano
19 templo de la Concordia
20 Forum Romanum

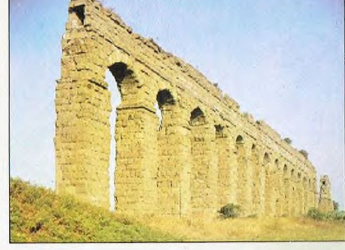


Sobre estas líneas: Templo de Antonino y Faustina, construido por Antonino Pío en el Foro (141 d.C.), fue convertido en iglesia en la Edad Media, la fachada barroca fue añadida en 1602.



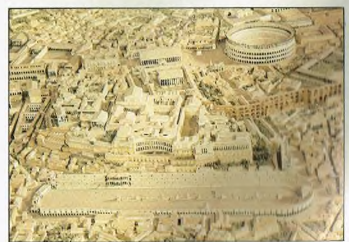
En el centro de la página: El anfiteatro Flavio (el «Coliseo») fue iniciado por Vespasiano y completado por sus hijos Tito y Domiciano. Con más de 50 m de alto, cubría un área elíptica de 188 por 156 m. Fue inaugurado oficialmente el 80 d.C. y podía albergar a unos 70.000 espectadores.

Derecha: La columna de Trajano fue erigida en el nuevo Foro del emperador en el 113 para conmemorar su conquista de Dacia.





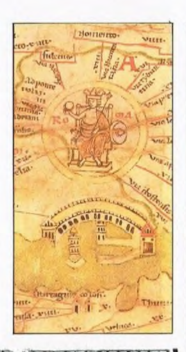
Sobre estas líneas: El Aqua Claudia, acueducto iniciado en el 38 d.C. por Calígula y completado por Claudio en el 52, traía agua a la ciudad desde una fuente próxima al Subiaco, a 68 km de Roma.



Derecha: Detalle de la maqueta de la antigua Roma, en el Museo della Civiltà Romana (en Roma). En primer término está el circo Máximo; más allá los palacios imperiales del Palatino. En la parte superior de la fotografía, de izquierda a derecha, el Foro, la basílica de Majencio, el templo de Venus y Roma, el Coliseo y el templo del divino Claudio.

Ostia, puerto de Roma

La tradición atribuye la fundación de Ostia al rey Anco Marcio. Los vestigios más antiguos hallados pertenecen a la guarnición costera, la «colonia» (ver página 34) fundada en el siglo IV a.C. Ostia fue una importante base naval durante la segunda guerra púnica y en el siglo II conoció un gran desarrollo como puerto comercial al servicio de la creciente población de Roma. En los inicios del imperio, el puerto fluvial ya no pudo hacer frente al volumen del tráfico marítimo, por lo que Claudio construyó un gran puerto artificial a unos tres kilómetros al norte, en Portus. Este nuevo puerto fue ampliado en tiempos de Trajano. Ostia alcanzó un gran esplendor en el siglo II y su población casi se duplicó. Surgieron bloques de pisos y se levantaron edificios públicos y de espectáculos. Durante el siglo III, sin embargo, se construyeron pocos edificios nuevos y algunos de los anteriormente levantados se desplomaron y no fueron reconstruidos. La población decreció, el comercio sufrió un retroceso y la ciudad decayó gradualmente.









Arriba, izquierda: El puerto de Portus, construido hacia 350 d.C., como aparece en el mapa medieval de Peutinger (ver página 116).

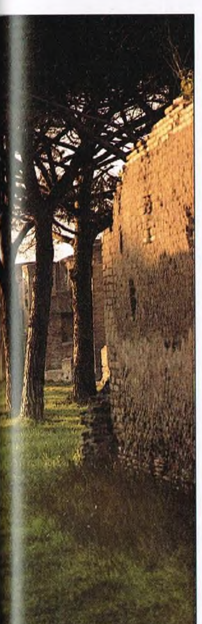
Centro, izquierda: Representación del puerto en un relieve de mármol de hacia el 200 d.C. encontrado en las proximidades del puerto de Trajano. El barco amarrado a la derecha del cuadro está siendo descargado en los muelles. A la izquierda otro barco atraca en el puerto mientras sus tripulantes hacen sacrificios para celebrar su feliz regreso. Nótese que el emblema de Roma, la loba con los gemelos, está pintado dos veces en la vela mayor. Al fondo se ve un faro (probablemente el que se erigió en tiempos de Claudio). La escena en su conjunto está dominada por la figura central de Neptuno sosteniendo su tridente.

Derecha: Plano de Portus. Obsérvese la planta hexagonal de la dársena interior de Trajano.

Bajo estas líneas: Vista parcial del Decumanus maximus, calle principal de Ostia.

Abajo: Pintura de una tumba de Ostia con un barco fluvial, el *Isis Giminiana*, que es cargado de grano para el viaje río arriba hasta Roma. El capitán, Farnaces, aparece a popa manejando el timón. La representación de los estibadores nos recuerda que mucha gente de Ostia y de Roma encontraba empleo en los muelles.

En el centro de la página: Mosaico (siglo II d.C.) del Piazzale delle Corporazioni. La amplia plaza columnada en el centro de la ciudad estaba rodeada por las oficinas de embarque de las compañías comerciales romanas y ultramarinas. Las oficinas estaban decoradas con finos mosaicos de escenas náuticas.







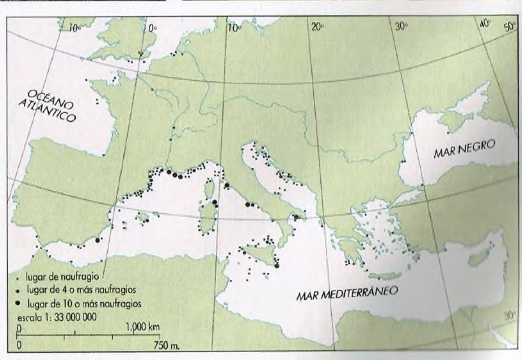
Bajo estas líneas y abajo, derecha: El nivel del comercio marítimo en el Mediterráneo viene indicado por los restos de antiguos naufragios hallados por la arqueología submarina. La concentración en áreas concretas refleja el nivel de actividad arqueológica, sin que indique necesariamente que el tráfico fuera especialmente intenso en estas aguas ni que éstas fuesen particularmente peligrosas para la navegación antigua. La concentración cronológica de los naufragios datables en el período entre el 300 a.C. y el 300 d.C. ilustra el alto nivel de tráfico en tiempos clásicos si se compara con períodos anteriores y posteriores.

naufragios en el Mediterráneo occidental

antes del 300 a.C.	
300-150 a.C.	
150-1 a.C.	
1-150 d.C.	
150-300 d.C.	
después del 300 d.C.	

(escala: 50, 100, 150)





Las festividades de la religión estatal

La religión tradicional pagana de Roma se nos muestra como una confusa mezcla de ceremonias y ritos arcaicos realizados repetida y mecánicamente para intentar asegurarse el favor de los dioses, lo que los romanos llamaban la *pax deorum*. Cometido del *paterfamilias* era llevar a cabo los rituales apropiados para propiciar a los dioses domésticos, como Vesta (el hogar), los Penates (los proveedores) y los Lares (los antepasados). Similar función ejercían en nombre de la comunidad los principales sacerdotes y magistrados. Con el tiempo llegó a establecerse toda una serie de cultos públicos localizados en cientos de santuarios y templos de los alrededores de la ciudad.

Los sacerdotes no eran una clase profesional, sino miembros de la aristocracia gobernante, que también ocupaban magistraturas y mandaban ejércitos. Los cargos sacerdotales más importantes eran los pontífices, que supervisaban las fiestas estatales y el calendario, los augures, que se encargaban de lo concerniente a la adivinación, y los *Decemviri Sacris Faciundis*, que se ocupaban de los libros sagrados y de los cultos foráneos. Otros sacerdotes eran los Flámines, los hermanos Arval, los Fetales, los Salii, el Rex Sacrorum y las vírgenes vestales. Todos ellos estaban bajo la autoridad del Pontifex Maximus, que era la cabeza de la religión estatal.



Desde los primeros tiempos de su historia los romanos adoptaron los cultos y las ideas religiosas griegas. El primer templo de Apolo fue construido el 431 a.C., durante una plaga. Apolo fue especialmente preferido por Augusto, que construyó un templo en su honor en el Palatino. En esta moneda de hacia el año 10 a.C. se ve a Apolo con su lira.

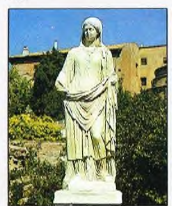
1	A K·IAN·F	F K·FEB·N	B K·MAR·N	A K·APR·F	F K·MAI·F	E K·IVN·N	B K·QVIN·N	A K·S
2	B F AESCVLA·COO VEDIOVE	G N IVNONS MATR·RE	C F IVNON D C	B F	G F H C	F F MARTI·INCL IVNON·IN	C N IVNON FELICITAT D N	B F
3	C C	H N	E C	C C	A C B C	G C	E N	C C
4	D C	A N	F C G C	D C	C C	H C	F POPLI NP G N	D C
5	E NON·F	B NON·N	H NON·F·VEDI	E NON·N	D NON·F	A NON·N	H NON·N	E NO
6	F F VICAE POTAE	C N CONCORD IN CAPIT	A F IN CAPITOL	F N FORT·PVBL	E F	B N DI·FIDI	A N PALIBVS·II	F F
7	G C	D N	B C	G N	F LEMVR·N	C N	B·N	G C
8	H C		C C	H N	G C	D N	C C	H C
9	A AGON·NP	E N	D C	A N	H LEMVR·N	E VESTAL·N	D C	A C
10	B C	F N	E C	B N	A C MA	F N VESTAE	E C	B C
11	C CAR·NP	G N	F EN	C N M·D·M·I	B LEMVR·N	G MATR·N	F C LOED·APOL	C C
12	D C IVTVRNAE	H N	G EQVIR·NP	D N	C C	H N MATRI·MATV FORTVNAE	G C	D C
13	E EIDVS·NP	A N	H EIDVS·NP	E EIDVS·NP	D EIDVS·NP	A EIDVS·NP	H EIDVS·NP	E EID
14	F EN	B EIDVS·NP	A F ANNAE PERENNAE	F N IOVI·VICTOR IOV LEIBERT	E F MAIAE	B N	A F	F F
15	G CAR·NP	C N FAVON	B LIBER·NP	G FORDI·NP	F C	C Q·ST·D·F	B C HONORI	G C
16	H C CARMENT	D LVPER·NP	C C	H N	G C	D C	C C ALLIENS·DIE	H C
17	A C	E EN	D QVIN·NP	A N	H C	E C	D LVCAR·NP	A PO
18	B C	F QVIR·NP	E C MINERVAE	B N	A C	F C	E C	B C
19	C C	G C QVIRINO	F C	C CERIA·NP	B AGON·NP	G C MINERVAE	F LVCAR·NP	C VIN
20	D C	H C	G N	D N CERERI·LIB·LIB	C N	H C	G C CONCORDIAE	D C
21	E C	A C	H TVBIL·NP	E PARIL·NP	D TVBIL·NP	A C	H NEPT·NP	E CON
22	F C	B FERA·F	A Q·R·C·F	F N ROMA·COND	E Q·R·C·F	B C	A N	F EN
23	G C	C C	B C	G VINAL·F	F C FORT·P·R·Q	C C	B FVR·NP	G VO
24	H C	D TERM·NP	C C	H C VENER·ERVC	G C	D C	C C	H C
25	A C	E REGIF·N	D C	A ROBIG·NP	H C	E C	D C	A OP
26	B C	F C	E C	B C	A C	F C	E C	B C
27	C C	G EN	F C	C C	B C	G C LARV	F C	C VO
28	D C	H EQVIR·NP	G C	D C	C C	H C	G C	D C
29	E C	A C	H C	E C	D C	A C	H C	E C
	XXIX	XXIIX	XXXI	XXIX	XXXI	XXIX	XXXI	XX



Izquierda: La adivinación, basada en el examen de las entrañas de animales, era parte importante tanto de la religión romana como de la etrusca. Los adivinados etruscos (*haruspices*), eran regularmente consultados por los romanos. Este espejo etrusco muestra al mítico vidente Calcas, representado como *haruspex*.



Abajo: Sacrificio de un buey, una oveja y un cerdo (*suovetaurilia*). Procedente de un monumento de principios del siglo IV, de tiempos de Diocleciano, uno de los últimos emperadores paganos.



Abajo: Las seis vírgenes vestales realizaban tareas domésticas para el Estado. Guardaban el fuego sagrado que ardía continuamente en un edificio del Foro. Escogidas a la edad de 6-10 años, las vestales estaban obligadas a mantenerse vírgenes al menos durante 30 años. Las transgresoras eran quemadas vivas.

F K·SEPT·F	C K·OCT·N	B K·NOV·F	G K·DEC·N	G K·INT·F
G F	D F FIDE I	C F	H N	H F
H C	E C	D C	A N	A C
A C	F C	E C	B C	B C
B NON·F	G C	F NON·F	C NON·F	C NON·F
C F IOVI·STATORI	H C	G F	D F	D F
D C	A NON·F	H C	E C	E C
E C	B F IOVI·FVLGVR IVNON·QVIR	A C	F C TIBERINO GAIAE	F C
F C	C C	B C	G C	G C
G C	D C IVNON MON	C C	H C	H C
H C	E MEDI·NP	D C	A AGON·NP	A C
A N	F C	E C	B EN	B C
B EIDVS·NP	G FONT·NP	F EIDVS·NP	C EIDVS·NP	C EIDVS·N
C F IOVI·O·M	H EN	G F FERON·FORT·PR	D F	D F
D N	A EIDVS·NP	H C	E CONS·NP	E C
E C	B F	A C	F C	F C
F C	C C	B C	G SATVR·NP	G C
G C	D C	C C	H C SATVRNO	H C
H C	E ARMI·NP	D C	A OPA·NP	A C
A C	F C	E C	B C OPI	B C
B C	G C	F C	C DIVAL·NP	C C
C C	H C	G C	D C LAR·PERM	D C
D C	A C	H C	E LARE·NP	E REGI·N
E C	B C	A C	F C DIAN·IVNON R·INCAMP· TEMPE	F C
F C	C C	B C	G C	G EN
G C	D C	C C	H C	H EQVIR·N
H C	E C	D C	A C	A C
A C	F C	E C	B C	
B C	G C	F C	C C	
	H C			
	A C			
XXIX	XXXI	XXIX	XXIX	XXVII

Izquierda: Antes del 46 a.C., cuando Julio César introdujo el calendario que todavía usamos, el año romano tenía 355 días dividido en 12 meses: cuatro de 31 días (marzo, mayo, *quintilis*/julio y octubre), uno de 28 (febrero) y los restantes de 29 días. En un intento de mantener el calendario oficial de acuerdo con el año solar, los romanos intercalaron un mes de 22 o 23 días en años alternos. Pero este proceso en la práctica no se realizó regularmente ni de forma eficaz y el calendario estaba con frecuencia gravemente desfasado respecto de las estaciones. Para el necesario ajuste César hubo de ampliar el año 46 a.C. en 90 días.

Nuestro conocimiento del calendario prejuliano se funda en parte en los relatos literarios y en parte en un calendario inscrito en Ancio, los *Fasti Antiates Maiores* (reconstruido en la ilustración), único calendario prejuliano que se conserva.

En cada mes había tres puntos fijos que se correspondían originalmente con las fases de la luna. Eran las calendas, en el primer día de cada mes, las nonas en los días quinto o séptimo y los idus en los días decimotercero o decimoquinto. Los días del mes se contaban retrospectivamente (e incluyéndolos) a partir de esas fechas. Por ejemplo, la batalla de Cannas (2 de agosto del 216 a.C.) tuvo lugar el «cuarto día antes de las nonas de agosto» (por esta razón el cuarto día antes de las nonas siempre fue considerado de mala suerte). Además, los meses estaban subdivididos en «semanas» de ocho días, con un día de mercado (*nundinae*) cada octavo día. En los calendarios todas las fechas eran marcadas con una letra de la A a la H, indicando así su lugar en el ciclo nundinal (ver ilustración). Además de la letra nundinal, los días eran marcados con otras letras o series de letras que indicaban si eran jornadas de trabajo o de reposo. La letra F (*fastus*) señalaba un día ordinario de trabajo, la letra C (*comitialis*) indicaba las fechas en que se podían celebrar asambleas. Los días marcados con la letra N (*nefastus*) impedían ciertos tipos de negocios públicos. Los días señalados con las letras EN (*endotercisus*) estaban divididos en la noche y la mañana (que eran N) y las tardes (que eran F). Las letras NP (probablemente *nefastus publicus*) generalmente designaban los días de las grandes festividades públicas, cuyos nombres se incluían también de forma abreviada: por ejemplo, TERMI [nalia], AGON [alia], FORDI [cidia], etc. Aparte de estas festividades fijas (*feriae stativae*) había un número considerable de fiestas movibles (*feriae conceptivae*), como la *Ambarvalia* (ver página 26), que no aparecían en el calendario pero que se celebraban en los días que cada año determinaban los pontífices.

Las fiestas eran muy antiguas y casi todos los eruditos están de acuerdo en que probablemente los elementos básicos del calendario republicano datan al menos del siglo VI a.C. Las festividades reflejan los intereses de una comunidad agrícola sencilla: asegurar la fertilidad del suelo y la salud del ganado, fomentar la natalidad, aplacar a los espíritus de los muertos o alejar la enfermedad y la peste. Una sociedad de guerreros primitivos también comportaba ciertas ceremonias, como el *Tubilustrium* (purificación de las trompetas) el 23 de marzo y el 23 de mayo, y el *Armilustrium* (purificación de las armas) el 19 de octubre. Los ritos practicados en las diversas festividades eran múltiples y variados; había buena parte de mistificación, y a finales de la república los propios romanos eran incapaces de explicar muchas de las cosas que hacían y hasta de identificar a los dioses que honraban. Entre las fiestas mejor conocidas están las *Lupercalia* (15 de febrero), ceremonia de purificación en que grupos de jóvenes desnudos corrían alrededor del Palatino, lugar del primer asentamiento, golpeando a las mujeres que encontraban con unas tiras de piel de cabra; y las *Saturnalia* (17 de diciembre), precursoras de la Navidad. En ese tiempo, según Accio (ver página 54), «cuando las gentes celebran el día, disfrutan gozosamente de las fiestas en campos y ciudades y cada persona cumplimenta a sus propios esclavos».

Los cultos orientales

Las religiones orientales, que se difundieron en Roma y en las provincias occidentales a finales de la república y principios del imperio, pertenecen a un mundo de ideas totalmente distintas de las creencias y costumbres del paganismo romano tradicional. Las religiones tradicionales satisfacían las necesidades de una sociedad agrícola sencilla y en su forma más avanzada legitimaban las actividades políticas y el imperialismo progresivo del gobierno republicano de Roma; pero resultaban cada vez más deficientes en la sociedad cosmopolita y urbana de la Roma imperial. En un principio los cultos orientales fueron traídos a Occidente por mercaderes, comerciantes y sobre todo esclavos; es significativo, por ejemplo, que Euno/Antíoco, jefe de la primera rebelión de esclavos en Sicilia (hacia 136-132 a.C.), fuera devoto de Atargatis, la «diosa siria», y gran parte de su carisma provenía de la pretensión de estar protegido por ella. La manumisión de esclavos en gran escala y la inmigración espontánea ocasionada por el comercio, dieron lugar al crecimiento en las principales ciudades de la parte occidental del imperio, de un número importante de comunidades griegas orientales que se convirtieron en centros de difusión de los cultos orientales, del mismo modo que las comunidades judías de la diáspora fueron centros de propagación del cristianismo inicial. La transmisión de ideas fue también propiciada por la facilidad de comunicaciones que el propio gobierno romano había hecho posible.

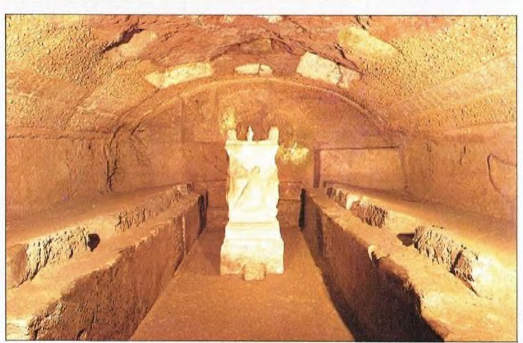
El culto de la «diosa siria» fue uno de los más importantes de entre las cada vez más populares religiones mistéricas. Otros fueron los cultos frigios de Cibeles y de Sabazios, el egipcio de Isis y el persa de Mitra. Cabría añadir el culto judeo-palestino del cristianismo que, si bien único en ciertos aspectos, tiene mucho en común con otros cultos orientales con los que rivalizó durante algún tiempo.

Los cultos orientales diferían del paganismo tradicional en que apelaban directamente al individuo y le ofrecían la oportunidad de una redención personal a través de la comunión con los poderes divinos. La apelación a las convicciones personales del individuo ofrecía la posibilidad de conversión, que conllevaba ceremonias de iniciación y de revelación de misterios conocidos sólo por un grupo escogido y privilegiado. Concedían especial importancia a las comidas rituales, al sufrimiento como medio de expiación y a las ceremonias de purificación. La más sorprendente de estas últimas era el *taurobolium*, relacionado en principio con el culto de Cibeles y que más tarde se generalizó; en el *taurobolium* el devoto era colocado en un hoyo y bañado con la sangre de un toro sacrificado sobre él. El devoto surgía de aquel rito en un estado de purificada inocencia.

Parte de la atracción de los cultos mistéricos se debía a que los iniciados lograban una igualdad de estatus con sus compañeros de creencias, con lo que desaparecían las barreras sociales y étnicas. Resumiendo, eran cultos que permitieron satisfacer las necesidades estéticas, intelectuales y espirituales de gente de todo tipo que vivía en un mundo a menudo cruel e injusto.



Izquierda y abajo: El mitraísmo, surgido en Persia, llegó al imperio romano a través de Asia Menor en el siglo I d.C. Mitra era un dios de la luz enfrentado en permanente combate con Ahrimán, el príncipe malo de las tinieblas. Su papel como dios creador estaba simbolizado por la matanza del toro, cuya sangre era fuente de vida y de vegetación. La muerte tuvo lugar en una cueva, reflejada simbólicamente en la localización subterránea de las capillas mitraicas, como la que está debajo de la iglesia de San Clemente en Roma (ver ilustración). El mitraísmo fue un culto exclusivamente masculino, popular entre los soldados, lo que permitió que se extendiera por las provincias fronterizas del imperio. Poseía una rígida jerarquización del clero, según el grado de iniciación, y hacía hincapié en la lealtad y la disciplina.





Derecha: Relieve con un *archigallus* o sumo sacerdote de Cibeles, con las ropas e instrumentos de su profesión. Los ritos de la diosa eran extáticos e incluían danzas frenéticas, flagelación (nótese el látigo que sostiene el *archigallus*) y automutilaciones. Los que llegaban al extremo de la castración se convertían en sacerdotes y eran conocidos como *galli*. Desde el primer momento el gobierno romano sospechó de este nuevo culto foráneo, que había sido adoptado inadvertidamente (ver página siguiente). Originalmente los ciudadanos romanos estaban excluidos de las ceremonias y tenían prohibido el acceso a las filas de los fanáticos sacerdotes eunucos, pero estas normas fueron relajándose bajo los emperadores.

Abajo: El culto de Isis y de su consorte Osiris-Serapis, cuyas ceremonias pueden verse en una pintura mural de Herculano, era una versión helenizada de un antiguo culto egipcio que se extendió a través del mundo mediterráneo en el período helenístico. Ya estaba establecido en Pompeya en el 100 a.C. y en Roma en tiempos de Sila. Fue perseguido por el gobierno hasta la época de Calígula, que reconoció oficialmente el culto y construyó un templo a Isis en el Campo de Marte. El mito de Isis simbolizaba la creación, con la muerte y resurrección de Osiris y la concepción de Horus en el cuerpo de Isis.

Abajo: La deidad Sabazios fue identificada con Júpiter y con Dioniso y frecuentemente confundida con Attis. Una característica de este culto eran las ofrendas votivas de manos cubiertas de símbolos mágicos; en este caso, de los signos del zodíaco; la mano forma el símbolo litúrgico de la bendición.



Abajo: Figura con cabeza de chacal del dios egipcio Anubis, emplazada sobre una piedra funeraria de las catacumbas de los siglos I y II en Kom el-Shuqafa (Alejandría). En el antiguo Egipto se creía que Anubis estaba asociado a los ritos de la muerte y de la vida en el más allá; aquí aparece con la vestimenta y pose de un soldado romano. «El ladrador Anubis» era una de las deidades orientales monstruosas enumeradas por Virgilio entre las que apoyaban a Marco Antonio y Cleopatra, contra los dioses romanos tradicionales del bando de Octavio.





Derecha: El culto oriental que primero se estableció en Roma fue el de la Magna Mater o Cibeles, originario de Frigia (Asia Menor), e introducido en la religión estatal romana el 204 a.C. de resultas de una profecía según la cual ayudaría a los romanos contra Aníbal. Una diosa de la tierra, Cibeles, es representada con frecuencia conduciendo una carroza arrastrada por leones que simbolizan su papel de señora de las bestias salvajes. Su consorte, que conducía a su lado, era el dios de la vegetación Attis, cuya muerte y resurrección se reflejaban en las estaciones y eran celebradas con ritos frenéticos y extáticos.

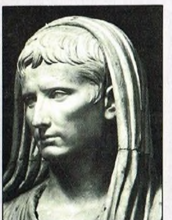


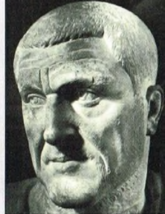
Los emperadores: de Augusto a Justiniano

El cuadro adjunto muestra la naturaleza cambiante del cargo imperial: en los dos primeros siglos y medio las dinastías estables se sucedieron en un proceso acelerado por alguna guerra civil; en el siglo III tuvo lugar una rápida sucesión de emperadores de corto reinado, si bien sus perspectivas de supervivencia aumentaron hacia finales de siglo; en los siglos IV y V, después de la agitación provocada por el ascenso de Constantino, se restableció la estabilidad de las dinastías hereditarias, basada en la división del imperio y en la colegialidad del cargo imperial.

Los retratos imperiales seleccionados son fiel reflejo de cómo veían a los emperadores sus contemporáneos. El juvenil paternalismo de Augusto (que aparece aquí con el velo de Pontifex Maximus) contrasta con el aspecto inquieto y pensativo de Maximino, imagen recogida de modo más estilizado en los rasgos decididos de Diocleciano y Maximino. La estatua de Barletta, en Italia, se ha asociado a menudo con Valentiniano I, pues su rigidez parece encajar con el carácter autoritario de éste; pero el estilo es más del siglo V que del IV y el mejor candidato parece ser Marciano.

Por último, el retrato de un Justiniano de avanzada edad, con aspecto de serenidad distante.


Augusto


Maximino


Diocleciano y Maximiano

dinastía Julio-Claudia

27 a.C.-14 d.C.	Augusto
14-37	Tiberio
37-41	Cayo
41-54	Claudio
54-68	Nerón

68-69	Galba
69	Otón, Vitelio

dinastías Flaviana, Nerva-Trajana y Antonina

69-79	Vespasiano
79-81	Tito
81-96	Domiciano
96-98	Nerva
97-117	Trajano (97-98 con Nerva)
117-38	Adriano
138-61	Antonino Pío
161-80	Marco Aurelio (161-69 con Lucio Vero)
180-92	Cómodo

dinastía de los Severos

193	Pertinax
193	Didio Juliano
193-211	Septimio Severo
211-17	Caracalla (211-12 con Geta)
217-18	Macrino
218-22	Heliogábalo
222-35	Alejandro Severo

Período de anarquía política y desorden

235-38	Maximino
238	Gordiano I y II (en África)
238	Balbino y Pupieno (en Italia)
238-44	Gordiano III
244-49	Filipo
249-51	Decio
251-53	Treboniano Galo
253	Emiliano
253-60	Valeriano
253-68	Galieno (253-60 con Valeriano)

OCCIDENTE		ORIENTE	
259-74	Imperio galo de Póstumo · Victorino, Tétrico	260-72	Imperio de Palmira Odenato, Zenobio, Vaballath

268-70	Claudio
270	Quintilio
270-75	Aureliano
275-76	Tácito
276-82	Probo
282-83	Caro
283-84	Carino y Numeriano

284-305 Diocleciano y la tetrarquía

OCCIDENTE		ORIENTE	
287-305	Maximiano Augusto	284-305	Diocleciano Augusto
293-305	Constancio César	293-305	Galeno César
305-06	Constancio Augusto	305-11	Galerio Augusto
305-06	Severo César (305-07 Augusto)	305-09	Maximiano César (309-13 Augusto)

306-12 Majencio (Italia)

OCCIDENTE		ORIENTE	
306-07	Constantino César (desde 307, Augusto)	308-24	Licinio Augusto

312-24 Constantino emperador junto con Licinio

324-37 Constantino gobernante único

337-40	Constantino II / Constante	337-61	Constancio II
340-50	Constante		
350-53	Magnencio (usurpador)		
		351-54	Galo César
355-61	Julio César (360-63 Augusto)		

361-63 Juliano gobernante único
363-64 Joviano

364-75	Valentiniano	364-78	Valente
375-83	Graciano	379-95	Teodosio

375-92 Valentiniano II (Italia, Iliria)

383-88	Máximo (usurpador)		
392-94	Eugenio (usurpador)		
395-423	Honorio (395-408 Estilicón como regente)	395-408	Arcadio
421	Constancio III	408-50	Teodosio II
423-25	Juan (usurpador)		
425-55	Valentiniano III	450-51	Marciano
455	Petronio Máximo		
455-56	Avito	457-74	León
457-61	Mayoriano		
461-65	Libio Severo		
467-72	Antemio		
472	Olibrio		
473	Glicerio		
473-75	Nepote	474-91	Zenón
475-76	Rómulo Augústulo	(475-76	Basilisco)

Gobernantes bárbaros de Italia:

476-93	Odoacro	491-518	Anastasio
493-526	Teodorico el Grande	518-27	Justino
526-34	Atalarico	527-65	Justiniano
534-36	Theodahad		
536-40	Witigis		período de la reconquista bizantina
440-41	Hildebad		
541-52	Tótila		
552-53	Teya		



Arriba: Marciano (?)

Abajo: Justiniano



El ejército de Trajano

Apolodoro de Damasco, proyectista de la columna de Trajano y del complejo monumental en que se asentaba, está considerado como uno de los grandes genios pragmáticos de la antigüedad. La columna narra, en forma de relieve continuo en espiral con más de doscientos metros de longitud, las dos guerras dacias de Trajano (101-102 y 105-106 d.C.). Es difícil verla desde el suelo, si bien originariamente las esculturas podían verse desde las galerías de los edificios de la biblioteca Ulpia, que rodeaban la columna. A pesar de las dificultades de detalle y de la casi total ausencia de otros datos, la narración de la campaña dacia se puede seguir con notable precisión.

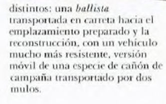
Aparte del interés que presentan su técnica narrativa y su estilo artístico, los relieves están llenos de detalles que reproducen fielmente la actividad del ejército romano. Ilustran no sólo el momento de la lucha sino también las marchas, la construcción y la ingeniería, las instalaciones médicas y el transporte, sin olvidar las prácticas religiosas, todo lo cual constituía el entramado de la vida el ejército romano.

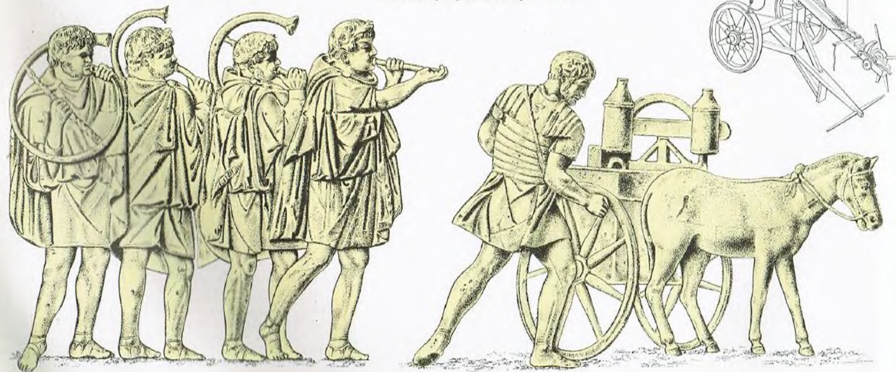
A lo largo de la serie, la figura de Trajano va apareciendo, por lo general acompañada de consejeros, arengando y pasando revista a sus tropas, ofreciendo sacrificios, recibiendo embajadas y prisioneros; en ocasiones (como se ven en el centro de la imagen de la derecha) mirando con calma expectante. Se le presenta como «compañero de armas» de sus hombres; con esta palabra, *commilitones,* debió dirigirse a ellos en sus discursos.



Abajo, izquierda: Músicos de una procesión relacionada con un sacrificio. Sus instrumentos no tienen válvula y el director de la banda —que toca un caño sin embocadura, parecido a una corneta— utiliza la mano derecha para obtener un cambio de tono o de sonido. La Legio III Augusta, estacionada en Lambaesis (África), tenía entre sus fuerzas 37 trompetas (*tubicines*) y 36 trompas (*cornicines*, como los aquí representados).

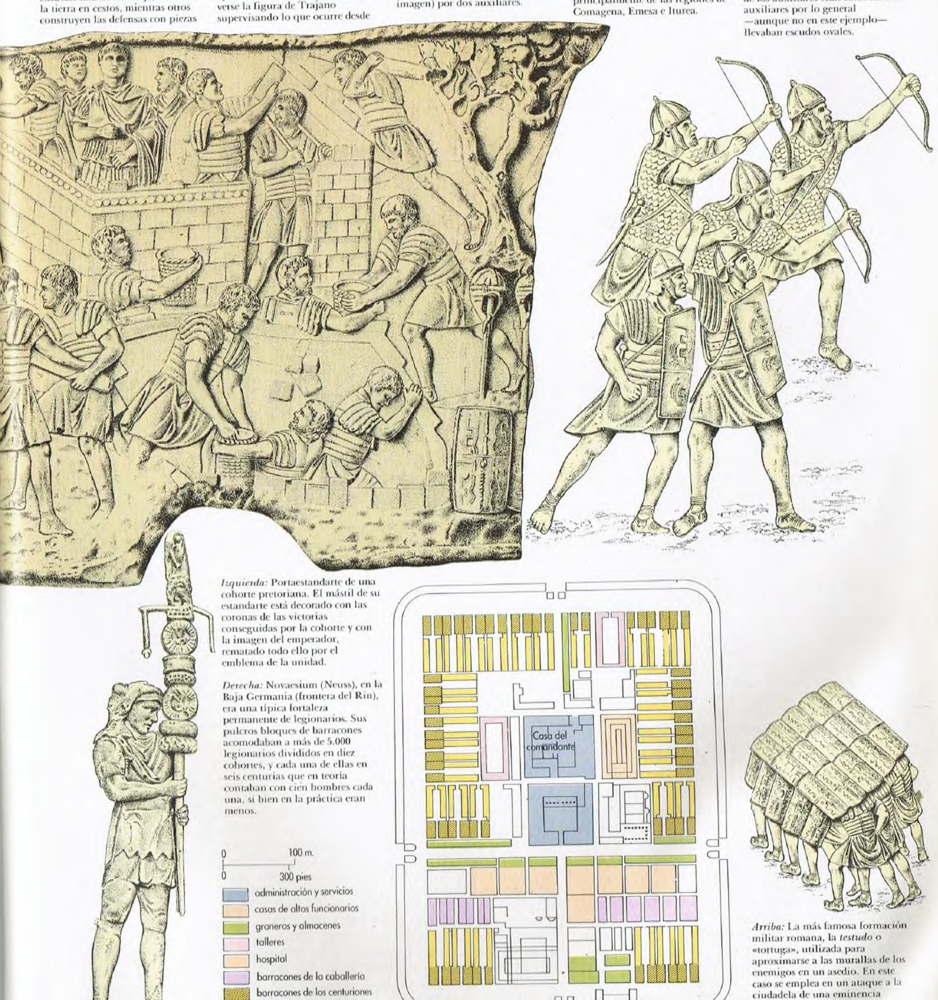
Abajo, derecha: Las *ballistae* romanas, parecidas a grandes ballestas, de gran precisión y distancia (más de 500 m según se ha estimado). Con ambos brazos se tensaban las cuerdas de fibra de las ballestas, sujetas por un cilindro a cada lado. Aquí aparecen dos tipos distintos: una *ballista* transportada en carreta hacia el emplazamiento preparado y la reconstrucción, con un vehículo mucho más resistente, versión móvil de una especie de cañón de campaña transportado por dos mulos.





Abajo: En esta escena de los primeros episodios de la primera guerra dacia se representa la construcción de un campamento de legionarios, cuyos cascos, picas y escudos están apoyados en las proximidades. Algunos soldados excavan una doble zanja, sacando la tierra en cestos, mientras otros construyen las defensas con piezas de turba escuadradas, algunas de las cuales aparecen en primer término. Los muros son estabilizados con traviesas de madera; el escultor ha realizado su obra mostrando los fines de esta construcción, sin entender aparentemente lo que era. Puede verse la figura de Trajano supervisando lo que ocurre desde su campamento. A la izquierda otros legionarios construyen un puente de madera sobre un arroyo, más allá del cual (comienzo del relato) hay otro campamento completo con su centinela. Abajo un prisionero dacio es llevado ante Trajano (que queda fuera de la imagen) por dos auxiliares.

Abajo: Detalle del ataque final a la capital dacia de Sarmizegetusa; las tropas auxiliares dirigen el ataque; son de infantería, van armados con espadas cortas y escudos rectangulares y los arqueros llevan armaduras de escama. Estos últimos eran reclutas orientales, principalmente de las regiones de Comagena, Emesa e Iturea. Cubrían a la infantería desde la retaguardia y lanzaban sus flechas contra los defensores dacios. Los honderos y los legionarios también participaban en el ataque. Tal como aparecen en la columna, los legionarios llevaban yelmos redondos, mientras que los de los auxiliares eran cónicos. Los auxiliares por lo general —aunque no en este ejemplo— llevaban escudos ovales.



Izquierda: Portaestandarte de una cohorte pretoriana. El mástil de su estandarte está decorado con las coronas de las victorias conseguidas por la cohorte y con la imagen del emperador, rematado todo ello por el emblema de la unidad.

Derecha: Novaesium (Neuss), en la Baja Germania (frontera del Rin), era una típica fortaleza permanente de legionarios. Sus pulcros bloques de barracones acomodaban a más de 5.000 legionarios divididos en diez cohortes, y cada una de ellas en seis centurias que en teoría contaban con cien hombres cada una, si bien en la práctica eran menos.

Arriba: La más famosa formación militar romana, la *testudo* o «tortuga», utilizada para aproximarse a las murallas de los enemigos en un asedio. En este caso se emplea en un ataque a la ciudadela de una eminencia fortificada de los dacios.

UN IMPERIO PODEROSO Y COMEDIDO

Asuntos imperiales
Es opinión general que durante el siglo y medio que transcurrió entre los años 70 y 235 a.C., el imperio romano alcanzó su máximo apogeo tanto en sus realizaciones políticas como en las culturales. Podemos considerarlo como un período de lento desarrollo más que de cambios radicales o acontecimientos espectaculares. Gibbon escribió acerca del emperador Antonino Pío (138-161) que «difundió el orden y la tranquilidad por la mayor parte de la tierra»; con el resultado de que su reinado ofrece escasos materiales para la historia «que apenas es otra cosa que el registro de los crímenes, locuras y desgracias de la humanidad». Gibbon pensaba en la narrativa histórica general, que cuenta con preferencia hechos políticos y militares. Pero tras la evidente prosperidad de la época de Antonino algunos cambios en el equilibrio militar del imperio, en relación con sus vecinos, acabaron por transformar las bases sociales del poder imperial y condujeron (en el siglo III y a finales del imperio) a una situación muy diferente. Al mismo tiempo, si observamos los cambios producidos en el siglo II en la sensibilidad social, descubriremos que algunos de los rasgos culturales y religiosos característicos de la sociedad romana de finales de la antigüedad clásica tuvieron sus antecedentes en este período.

Desde un punto de vista político fue un período en el que generalmente predominaron las dinastías imperiales bien establecidas, habiendo sido los momentos más críticos para el imperio las guerras civiles de 69-70 (que llevaron a los Flavios al poder) y de 193 (de la que emergió la dinastía de los Severos). Bajo los Flavios el principio de sucesión estaba basado en el hecho familiar hereditario. A Vespasiano le sucedieron sus hijos: el popular y malogrado Tito (79-81) y Domiciano (81-96). Este último era una personalidad compleja en la que se combinaban una moral puritana y el arcaísmo religioso (había sepultado viva a una virgen vestal adúltera) con una intolerancia tiránica que fue la causa de que en los últimos años su reinado degenerase en una sangrienta persecución de quienes expresaban públicamente su oposición al emperador, especialmente los filósofos. Su caracterización por el satírico Juvenal como un «Nerón calvo», agotando a un mundo medio muerto y esclavizando a Roma (*Sátiras*, 4.38), desde este punto de vista no dejaba de ser apropiada.

Parte del atractivo de Nerva como candidato imperial tras la inesperada muerte de Domiciano en un complot palaciego (18 de septiembre del 96) consistía en no tener hijos, lo que parecía dejar abierta una posibilidad de maniobrar políticamente; además, contaba su personalidad y su reputación de senador indulgente e intachable. Pero el breve reinado de Nerva (96-98) fue inseguro y turbulento y provocó una crisis todavía mayor; la guerra civil sólo pudo evitarse, quizá por la adopción de Trajano, comandante de los ejércitos de la Germania superior. Trajano y su sucesor, Adriano, que no tenían hijos, recurrieron a la adopción como medio para asegurar la continuidad del poder; pero el ascenso de Adriano en el 117 y los preparativos para su sucesión se vieron acompañados por la agitación política y las ejecuciones de algunos posibles rivales.

A excepción de Domiciano y Cómodo, la conducta política de los emperadores de las dinastías Flavia y Antonina fue relativamente moderada, por lo que la oposición que apareció de manera intermitente, no se generalizó. Puede atribuirse el mal recuerdo que ha dejado Adriano a la confusión y acritud que acompañaron sus intentos de asegurar su sucesión; el primero que eligió, Elio César, fue adoptado en 136 de una familia senatorial italiana; tras su muerte prematura, fue sustituido por el que fue luego emperador, Antonino Pío. Había poco malestar entre los ejércitos provinciales, en comparación con el que había permitido a Vespasiano alzarse con el poder (69), tras la proclamación de otros candidatos en Hispania, Germania, África y Roma. Domiciano hubo de reprimir la rebelión de Antonio Saturnino en Germania (89-90) y Marco Aurelio se vio amenazado por el levantamiento en Oriente de Avidio Casio, gobernador de Siria, en el 175. Esta rebelión, presumiblemente alimentada por la avanzada edad de Marco Aurelio y la aparente incapacidad de Cómodo para sucederle, parece haber obtenido algún apoyo en círculos cortesanos cercanos al propio Marco Aurelio. Se creyó saber que Faustina, su propia esposa, estaba implicada en la conspiración, pero (tras la liquidación de Casio), Marco Aurelio se abstuvo de llevar hasta el final unas indagaciones que podían producir resultados comprometedores.

El gobierno de los Flavios y Antoninos se caracterizó también, salvo escasas excepciones, por la moderación y la sobriedad. Ello fue especialmente cierto en el caso de Vespasiano, que justificó su notoria mezquindad financiera por el inmenso coste que supusieron para el imperio las guerras civiles de 69-70. Pero hasta Vespasiano hizo grandes dispendios en la reconstrucción de Roma; y el breve reinado de Tito se caracterizó por las fuertes sumas gastadas con ocasión sobre todo de la inauguración del anfiteatro flavio (el Coliseo) y en la reconstrucción de Roma tras un incendio que asoló la ciudad. Tito fue, además, ensalzado por las medidas que tomó para paliar las consecuencias de la destrucción de Pompeya y Herculano a causa de una erupción del Vesubio, en el 79. Se ha dicho que Domiciano se enfrentó a una seria crisis financiera, debida tal vez a que aumentó la paga militar en un tercio. Éste podría ser uno de los motivos por los que persiguió a los senadores; pero la amplitud de la crisis financiera, si realmente existió, sigue siendo incierta. Los Flavios, y especialmente Domiciano, exigieron una conducta responsable de los gobernadores provinciales. El biógrafo Suetonio, nada partidario de Domiciano, destacó que los gobernadores jamás fueron tan moderados y honrados como bajo este emperador.

La política militar de los Flavios evidencia una planificación cuidadosa y consistente, sobre todo en lo que se refiere al reforzamiento de las fronteras en las regiones del Rin superior y del Danubio. Las guerras de Dacia, de Domiciano, catastróficas al principio (con las grandes derrotas del 85 y el 86), acabaron victoriosamente con la batalla de Tapae (88)

Abajo: Este sestercio de plata fue emitido por el emperador Tito para conmemorar la inauguración, en el 79 d.C., del anfiteatro Flavio. Iniciado por Vespasiano como parte de sus obras de embellecimiento y reconstrucción de Roma tras las guerras civiles del 68-70, el anfiteatro podía dar cabida a 70.000 espectadores sentados y permaneció en uso hasta el siglo VI.







Arriba: Tetradracma de plata emitido por Simeón bar-Kosiba, o Bar-Kochba, dirigente de la tercera revuelta judía del 132-35 d.C. La inscripción dice (anverso) «Simeón», con una imagen de la fachada del templo, y (reverso) «de la libertad de Jerusalén».





Arriba: El relieve del *Lararium* o santuario doméstico de L. Cecilio Jucundo, de Pompeya, expresa gráficamente el efecto del terremoto que en el 62 d.C. dañó gran parte de la ciudad antes de su destrucción por la gran erupción del Vesubio en el año 79.

Abajo: Las dos guerras dacias de Trajano concluyeron con la conversión de Dacia en provincia romana (107 d.C.). Este relieve de la columna de Trajano muestra parte de la batalla final contra Decébalo, tras la cual el rey dacio se suicidió. Una inscripción recientemente publicada registra la hazaña del soldado romano Tiberio Claudio Máximo, que llevó a Trajano la cabeza de Decébalo.

y prepararon el camino para las guerras de Trajano y la anexión de Dacia. Entre las condiciones acordadas por Domiciano y el rey dacio Decébalo, cabe destacar la provisión de ingenieros romanos a los dacios, temprana muestra de los «programas de ayuda exterior» que tan a menudo han servido para la penetración extranjera en pueblos independientes pero menos avanzados.

La anexión de Dacia puede verse como parte de una maniobra defensiva, dentro del contexto estratégico general de las fronteras septentrionales del imperio; sin embargo, las guerras de Trajano, de 101-102 y 106, fueron presentadas al público romano con un espíritu abiertamente imperialista; los relieves de la columna trajana describen las campañas de este emperador con gran riqueza de detalles, recogiendo todos los aspectos de la vida del ejército. La construcción de la columna y del Foro de Trajano, en el que estaba emplazada, fue costeada casi en su totalidad con los recursos obtenidos del derrotado rey de Dacia. La otra empresa militar de Trajano, la invasión de Partia (aparentemente con vistas a la anexión), no puede justificarse más que como un imperialismo agresivo con el que intentaba emular a Alejandro Magno. Iniciado en 115, el proyecto se frustró en 117 por la enfermedad y muerte del emperador en Cilicia, quedando para Adriano la tarea de afianzar las anexiones y reprimir el descontento en Judea, Egipto y Cirenaica. Adriano abandonó el intento de conquistar el territorio parto... si es que Trajano no lo había hecho antes. Tras la segunda revuelta judía de Bar-Kochba (132-35), destruyó Jerusalén y estableció en su lugar el campamento legionario de Aelia Capitolina.

Por temperamento, Adriano fue muy diferente de su predecesor. Trajano fue un soldado sencillo, mientras que Adriano era un hombre con inquietudes intelectuales y que sentía predilección por la cultura griega. Durante sus 21 años de reinado viajó constantemente para visitar a sus ejércitos en las distintas regiones del imperio (una inscripción conserva un discurso pronunciado por él ante los soldados destacados en Lambaesis, Numidia, tras haberles pasado revista y haber presenciado sus maniobras) y conocer centros culturales como Atenas y Alejandría. La versatilidad de sus gustos está perfectamente reflejada en sus dos monumentos más famosos: la residencia imperial en Tibur (Tívoli), que refleja en su disposición la influencia de muchos de los lugares que había visitado, y la denominada muralla adriana, que delimitaba el punto más remoto y septentrional del imperio, en la frontera de Britania.

Al contrario que Trajano y Adriano, Antonino Pío no abandonó Italia mientras fue emperador; vivió tranquilamente en Roma dedicado al gobierno del imperio y rodeado de un hogar sobrio y de las virtudes de una familia honesta. A este último respecto también se diferenció de Adriano, que abandonó a su esposa, la desdichada Sabina, y tuvo escandalosas relaciones con el muchacho Antinoo, cuyo nombre puso a una población de Egipto tras la muerte accidental de éste, ahogado en el Nilo. En los últimos años de su reinado, Antonino gobernó conjuntamente con su sobrino e hijo adoptivo, N. Annio Vero (Marco Aurelio) y murió de muerte natural en 161. Marco Aurelio gobernó junto con su hermano adoptivo L. Vero hasta el 169, año en que éste murió cuando ambos regresaban de Germania; anteriormente había dirigido con éxito una campaña contra los partos. Desde 177 hasta el 180, Marco Aurelio gobernó con su hijo Cómodo. Su reinado puso de manifiesto las crecientes tensiones que afectarían al imperio romano y cambiarían las estructuras de su gobierno. Marco Aurelio fue un filósofo estoico y es uno de los emperadores romanos más admirados por antiguos y modernos. Escribió en griego las *Meditaciones*, que exponen con estilo espontáneo sus pensamientos más personales, así como los acontecimientos más importantes que vivió (su título original era, simplemente, «Para sí mismo»). No había aspirado al cargo de emperador y no debió gustarle mucho el poder que el cargo le otorgaba; pero su filosofía le dio un sentido muy estricto de las obligaciones de la función para la que había sido llamado y a la que debía dedicar todas sus capacidades morales e intelectuales. Escribió las *Meditaciones* mientras realizaba una serie de campañas en el norte del imperio contra los cuados y los marcomanos, enemigos de Roma, que requirieron su presencia durante varios años en el escenario de la guerra. Las campañas también fueron narradas en una columna de Roma, con un estilo más tosco pero en ciertos aspectos más vigoroso que el de la columna trajana, y no menos agresivo. Aquellas campañas no pretendían una expansión sino la mera defensa del imperio contra la creciente presión en la frontera del Danubio. Tal iba a ser la pauta militar romana en el siglo siguiente.

Marco murió en Vindobona (Viena), en el 180, en el curso de estas guerras. Su hijo y sucesor, Cómodo, fue criticado por la rapidez con que acordó la paz con los bárbaros y regresó a Roma. Prefería vivir en Roma a dirigir campañas en las fronteras. La historia de su reinado estuvo marcada por los sucesos que acaecieron en la capital, especialmente por las conspiraciones dirigidas contra él, que fueron violentamente sofocadas. También destacó por su excesiva prodiga-



Arriba: Busto del emperador Adriano, hacia 120 d.C.

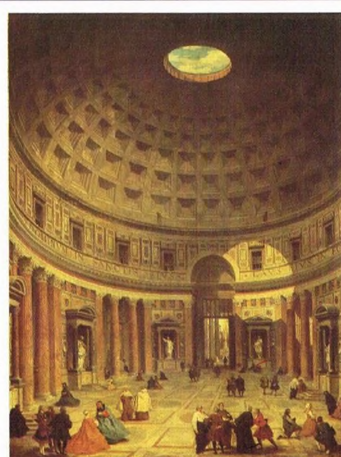
Derecha: Villa de Adriano en Tívoli (Tibur), que se puede describir como un grupo de pabellones distribuidos libremente como «un paisaje arquitectónico inventado» (B. Cunliffe). El efecto final es refinado, culto y un tanto nostálgico. Aquí se ve el «Canopus», que reproduce un elemento arquitectónico observado en esa ciudad egipcia. Los recuerdos que Adriano tenía de Egipto no eran sólo agradables, ya que allí fue donde se ahogó su joven amante Antinoo (*abajo*, en una de las muchas representaciones idealizadas que se hicieron de él).

Abajo, centro: Medallón con una escena de caza de jabalí (reutilizado en el siglo IV en el arco de Constantino, muestra a Adriano en una pose típica de holganza imperial). Es interesante compararlo con la imagen sasánida de la página 168.





Derecha: el nuevo panteón o «santuario de todos los dioses» de Roma, que aparece en la pintura de Panini, de hacia 1750, es una obra maestra de la época de Adriano, a pesar de que conserva la inscripción original de la dedicatoria a Agripa. El diámetro de la enorme cúpula —que con sus más de 45 m es la mayor de las construidas con métodos preindustriales— corresponde exactamente a su altura desde el suelo; así pues, constituye de hecho la mitad superior de una esfera perfecta. Es una imagen de la bóveda celeste y la abertura de su cúspide simboliza el sol.







Arriba: El medallón conmemorativo emitido en el último mes del reinado de Cómodo muestra al emperador con el tocado de piel de león de Hércules. El reverso del medallón (no reproducido) presenta a Hércules con los rasgos de Cómodo y la inscripción «HERCULI ROMANO»: «al Hércules romano».

Arriba, derecha: Este detalle de la columna de Marco Aurelio representa a un cautivo bárbaro en el momento de su ejecución por un soldado romano. Su rostro está desencajado por la agonía y su mano derecha extendida expresa una súplica desesperada; el movimiento del pelo indica el impacto de la lanza en su espalda.

lidad en la organización de los juegos, a los que era muy aficionado, los alborotos provocados por la escasez, que le llevaron a sacrificar a su favorito, el liberto Cleandro, y por su ambición religiosa, que le llevó a la adopción de Hércules como su deidad personal, con la que acabó identificándose. Cómodo aparece representado en monedas y bustos vestido con una piel de león y empuñando una maza, al modo de Hércules.

Cómodo murió víctima de una conspiración la víspera del nuevo año 192. Su sucesor, P. Helvio Pertinax, era un oficial cuyos servicios en las guerras de Marco Aurelio le habían llevado rápidamente del rango de los caballeros al consulado en el 175. Pertinax no satisfizo a quienes le habían apoyado y por el rigor de su política se ganó numerosos enemigos; a menos de tres meses de su subida al poder fue asesinado por la guardia pretoriana; le sucedió Didio Juliano, hasta este momento respetable senador y nieto de un gran jurista de la época de Adriano; tuvo la habilidad de reunir la suma de 25.000 sestercios por hombre a fin de asegurarse el apoyo de los pretorianos. Sin embargo, inmediatamente los ejércitos de Panonia proclamaron emperador a su comandante, Septimio Severo. Este se dirigió rápidamente a Italia y derrocó a Juliano; en una guerra civil que parecía cortada por el mismo patrón que la de 69-70, derrotó después a sus rivales: Pescenno Níger, comandante de los ejércitos de Siria, en el 194, y Claudio Albino, proclamado emperador en Britania y derrotado cerca de Lugdunum (Lyon) en el 196. Tras la rendición de Níger inició Severo casi inmediatamente una campaña contra los partos; con ello pretendía, en parte, distraer la opinión pública de las disputas internas y dirigir su atención hacia una victoria exterior. Regresó a Oriente, tras vencer a Albino, para consolidar sus conquistas. El resultado más importante de la guerra de Severo contra los partos fue la anexión del norte de Mesopotamia y el avance de la frontera romana hasta el Tigris, aunque fracasó en la conquista de la ciudad caravanera de Hatra, situada más al sur.

Septimio Severo concedió a sus hijos, Caracalla y Geta, la nominación oficial que enlazaba con la dinastía antonina e incluso él mismo, en las primeras acuñaciones de moneda con su efigie, aparecía con el calificativo de «hijo del divinizado Marco Pío». Su reinado fue notable por sus generosos programas de construcción y de gastos públicos, particularmente en su ciudad natal, Leptis Magna, en Tripolitania. Dirigió campañas militares en Britania, donde murió tras una penosa enfermedad en el 211. Su sucesor, Caracalla (M. Aurelio Antonino), combatió en las fronteras del Rin y del Danubio y visitó Alejandría antes de embarcarse, en el 216, en una campaña contra los partos. El año siguiente Caracalla fue asesinado cerca de Carrhae (Harrán), en Siria, a instigación de su prefecto pretoriano, Macrino.

En cuanto a su política interna, Septimio Severo y sus hijos no fueron bien considerados por las fuentes antiguas; tanto él como Caracalla fueron culpados (y no con excesiva exageración) de haber dado muerte a gran número de senadores y miembros del rango caballeresco. Se dice que en su lecho de muerte Septimio aconsejó a Caracalla que preservara la concordia con su hermano Geta, enriqueciera a los ejércitos y se olvidase de los demás. Caracalla desobedeció la primera parte del consejo, matando al joven Geta en el 212. Por lo que hace al segundo punto, el ejército fue ampliado y mejor retribuido bajo los emperado-



res Severos; además recibió ciertos privilegios, como el derecho de los soldados a contraer matrimonio legal estando aún en servicio. A pesar de los beneficios que recibió el ejército, no está claro que los Severos merecieran la reputación que tuvieron de haber «militarizado» el imperio romano. Más determinante fue quizá en este proceso la creciente prisión en las fronteras del norte, que por su misma naturaleza otorgó más importancia al ejército y exigió comandantes mejores y más expertos en un grado insospechado en el siglo I y principios del II.

Tras breve paréntesis de Macrino (217-218), una conspiración en Oriente permitió el acceso al poder de uno de los parientes sirios de la esposa de Septimio Severo, Julia Domna. Fue éste, Vario Avito Basiano, mejor conocido como Heliogábalo, joven sacerdote del templo de Elagabal, el dios indígena de Emesa (Homs). En su reinado breve pero excéntrico el acontecimiento más importante fue la importación a Roma de la piedra cónica negra que representaba el dios de Emesa, hecho que quedó plasmado en algunas monedas acuñadas por Heliogábalo. Se dice que el emperador precedía a pie el carruaje que cargaba la piedra, caminando de espaldas en actitud reverente. Las historias más fantásticas relatadas por las fuentes antiguas sobre el reinado de Heliogábalo no deben ser creídas a pie juntillas, como tampoco los relatos idealizados referidos a Alejandro Severo, sucesor de Heliogábalo tras el asesinato de éste en el 222. Alejandro, otro oriental de la misma familia, fue un emperador débil y dominado por su madre Julia Mamea. Tras unos comienzos felices, su reinado pronto degeneró en desórdenes políticos, con el asesinato, a poco más de un año, del prefecto pretoriano, el jurista Ulpiano. En el 231 dirigió una nueva campaña contra los partos, pero se vio obligado a regresar para hacer frente a una amenaza más inmediata en la frontera del Rin. En Moguntiacum (Maguncia), Alejandro y su madre murieron, en el 235, a manos de los soldados, que proclamaron nuevo emperador a C. Julio Maximino. La conspiración fue provocada

por la total incapacidad de Alejandro para hacer frente a la crisis militar en que se debatía el imperio. La ascensión al poder del oficial Maximino inaugura una nueva fase de la historia romana.

Expansión militar y económica

Tácito, a principios del siglo II atribuyó a los admiradores de Augusto la idea de que el imperio romano había conseguido (en 14 d.C.), al momento de su muerte, una total consolidación estratégica. «El imperio estaba enmarcado por el océano o por distantes ríos, con legiones, provincias y escuadras, que lo ataban y matenían unido» (*Anales*, 1.9). Se discute la validez de este juicio y algunos críticos piensan que esa situación responde al momento en que escribió Tácito más que a la época de Augusto. Aparte de la conquista y anexión de Mauritania y Britania por Claudio —que podría servir para ratificar más que para contradecir el juicio de Tácito—, durante los períodos de los Flavios y de Trajano se realizaron considerables mejoras en la defensa estratégica del imperio. Al acuerdo que había alcanzado Nerón con los partos (66 d.C.) y al aplastamiento de la revuelta judía por Tito, siguió bajo los Flavios la intensificación de la presencia militar en Siria, y establecimiento de una guarnición en Capadocia para la defensa de los pasos del alto Éufrates y la sistemática construcción de rutas para la comunicación militar en la región entre Palmira, las ciudades del norte de Siria y el Éufrates. En Germania se llevó a cabo asimismo una política cuidadosamente planeada y ejecutada que culminó en la anexión y fortificación de la zona situada entre el alto Rin y el Danubio, el saliente conocido como los *Agri Documates*. Esta política, iniciada por Vespasiano, continuada por Domiciano y llevada a su culminación en la primera mitad del siglo II, permitió despliegues más económicos y flexibles en el norte, lo cual hizo posible enviar tropas de la frontera del Rin al Danubio, donde la amenaza militar de los pueblos bárbaros era más peligrosa y tenía visos de agravarse. Ya durante el reinado de Nerón, un gobernador de Moesia se enfrentó con «reyes desconocidos y hostiles» a los romanos, suprimió un «movimiento oriental» de los sármatas y estableció relaciones diplomáticas con Bastarnae, Roxolani y los dacios, asentando a 100.000 transdanubianos en la orilla romana del río, con sus mujeres, niños y príncipes. Las guerras dacias de Domiciano prepararon el camino para las de Trajano, cuyo éxito más importante fue la anexión del reino de Decebalo como nueva provincia, limitada al este por el río Aluta (Olt), al oeste por el Marisia (Mures) y Tisia (Theiss) y al norte y nordeste por la barrera de los montes Cárpatos. Tal anexión, al igual que la fracasada tentativa atribuida a Marco Aurelio de crear las nuevas provincias de Marcomania y Sarmatia, pueden ser consideradas como maniobras defensivas. La provincia de Dacia aseguró la orilla romana del Danubio, formando un poderoso saliente que se proyectaba en territorio bárbaro definido por accidentes geográficos naturales.

En Oriente, Septimio Severo, como hemos visto, estableció la nueva provincia de Mesopotamia, que abarcaba desde el sur de Armenia hasta el río Tigris por el este y Singara, en el Djebel Sinjar, por el sur. Esta adquisición era potencialmente provocativa, ya que privó a los partos de lo que ellos creían, y continuaban creyendo, sus dominios ancestrales, pero ofrecieron protección a las ciudades romanas de Siria, que ahora quedaba muy lejos de la línea fronteriza. Al mismo tiempo, ciudades de Mesopotamia como Nisibis (actual Nisaybin), Resaina y Singara fueron colonizadas. Particularmente interesante es la expansión severa por el sur de Numidia, que alcanzó su punto más occidental, llegando incluso, durante un corto período, al Castellum Dimmidi (el oasis de Messad), en el límite del desierto del Sáhara.

Fotografías aéreas y reconocimientos de campo en los márgenes sur y oeste de los montes Aurés, especialmente en la región de El Kantara y los alrededores de Chatt el-Hodna, han revelado campos de cultivo, trabajos de irrigación y asentamientos pertenecientes al período romano, muchos de ellos a una escala y de una complejidad no alcanzadas en ninguna otra época de la historia. Más al norte, en las llanuras entre los Aurés y la ciudad de Sitifis (la moderna Setif), puede identificarse un asentamiento (organizado por procuradores imperiales) entre poblaciones importantes descritas en las inscripciones de finales del período severo, como *castella*. A principios del siglo III llega el momento máximo de la expansión del imperio romano y proporciona la prueba más evidente de una explotación sistemática de los recursos agrícolas de sus regiones extremas.

En el curso de las dos primeras centurias las provincias del imperio ganaron progresivamente en prosperidad. Un indicio claro que lo confirma son las importaciones de vino y aceite, particularmente de Hispania, patentes en la gran colina de vasijas rotas (50 m de altura) conocida como monte Testaccio o «colina de los cascotes», antiguo almacén de Roma. En los siglos II y III las importaciones de aceite de oliva de Numidia y del África proconsular alcanzaron un papel destacado en el mercado popular de estos productos. La gran ciudad de Thysdrus (El Djem), en el África proconsular, con su inmenso anfiteatro (el tercero mayor del imperio) de principios del siglo III y sus ricos mosaicos, debía su prosperidad a la expansión de la exportación comercial del aceite. En Numidia se desarrolló el mismo proceso, creándose una floreciente economía en las tierras interiores, de la que se beneficiaron importantes comunidades de pueblos y ciudades. Al mercado metropolitano de Roma llegaban los suministros de trigo africano en un comercio organizado por agentes imperiales, tanto en las provincias como en la capital; era producido y embarcado con métodos especiales, superando con mucho al que provenía de otras regiones o al que crecía en la misma Italia, aunque África no ganase proporcionalmente en la transacción. Otras regiones del imperio, como Britania y el norte de las Galias, Germania y las provincias danubianas alcanzaron un alto grado de cultura material, aun habiendo empezado como regiones subdesarrolladas que diríamos ahora.

Según resulta de lo dicho, la riqueza del imperio romano se basaba casi por completo en la tierra. La actividad comercial, aunque era fundamental para la riqueza de las grandes ciudades mercantiles como Alejandría, Palmira y Dura-Europus y tenía su peso en la prosperidad de las ciudades costeras como Leptis Magna en Tripolitania, no podía equipararse a la agricultura como productora de riqueza en el conjunto del imperio. En todo caso la mayor parte de la industria y del comercio tuvieron en el imperio un ámbito local (los altos costes del transporte terrestre bastaban por sí mismos para asegurarlo) y las funciones comerciales de las ciudades eran a menudo

Abajo: El dios sol de Emesa, representado en una moneda de Heliogábalo como fuego transportado en un carro tirado por cuatro caballos. Heliogábalo fue sacerdote de su culto y, al convertirse en emperador, se llevó al dios a Roma.





desempeñadas por los mismos productores o sus agentes. Tampoco la actividad industrial, más significativa de lo que se cree y que obviamente contribuyó al estilo de vida material de las ciudades del imperio, se desarrolló de modo que pudiera alcanzarse una producción en gran escala.

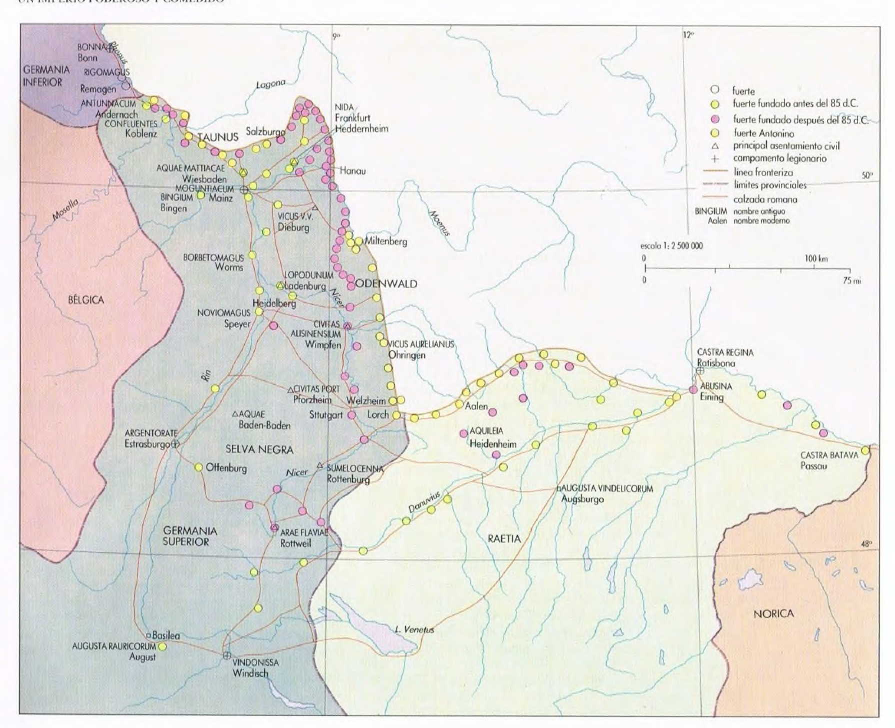
La evidente prosperidad urbana del imperio romano se apoyó, pues, en la producción de riqueza por parte de la población agrícola, cuyas características son relativamente poco conocidas por la escasez de datos. El estatus de los agricultores variaba mucho; unos eran propietarios de haciendas privadas, en las que a veces residían; en otros casos las tierras eran del emperador, que las poseía en todo el imperio; llegaban a sus manos por donación, por confiscación o por falta de testamento. En caso de ausencia del propietario, la administración de los latifundios era desempeñada por agentes, y en cuanto a las propiedades imperiales, por procuradores. La conducta opresiva de los procuradores imperiales en algunas zonas del norte de África se conoce por inscripciones que recuerdan los intentos de los arrendatarios del emperador o *coloni* de asegurarse protección.

El grado de riqueza que producían las explotaciones agrícolas era muy variado, desde los propietarios de inmensos recursos como Herodes Ático en Atenas, hasta los numerosos propietarios de pequeñas ciudades que apenas alcanzaban la cuota necesaria para ser miembros del consejo local o *curia*: la cifra relativamente modesta de 100.000 sestercios. Por debajo de ese estatus curial y en el escalón económico inmediato estaban los pequeños campesinos libres, presentes en la mayor parte del imperio, con sus granjas y pequeñas haciendas, que trabajaban sus tierras y vendían el producto obtenido en los mercados locales.

Un indicio del avance económico de las provincias occidentales del imperio durante los dos primeros siglos podemos verlo en los orígenes de los escritores latinos más significativos de este período. Además de los dos Sénecas y Lucano de Córdoba, también fueron de Hispania el poeta Marcial y el escritor y orador Quintiliano (respectivamente de las poblaciones de **Bilbilis** y Calagurris). Aunque se ha pensado en el origen africano del satírico Juvenal, es más probable su procedencia de Aquinum, en Italia Central, mientras que Plinio el Joven fue un italo transpadano de Comum. Tácito era del sur de Galia y estaba casado



Provincias y fronteras del imperio hasta el 106 d.C. Al terminar las guerras dacias de Trajano, el imperio romano había alcanzado su completa extensión. Con la anexión por los Flavios de los *Agri Decumates*, la tierra al norte de la frontera se redujo más que nunca, descontados los ulteriores avances sobre la Europa central intentados, y posteriormente abandonados, por Augusto. Dacia, sin embargo, fue la única de las grandes provincias abandonada en el siglo III (ver mapas de las páginas 171 y 173). Las únicas adquisiciones destacadas a partir del 106 fueron la anexión de Mesopotamia y algunos avances de corta duración en Mauritania. La distinción formal entre provincias «senatoriales» e «imperiales», aunque cada vez más difuminada en la práctica, siguió siendo válida; pero en los siglos II y III hubo un aumento considerable en su número al dividir las provincias para facilitar su administración. Compárense las provincias de la época de los Severos con las de la tetrarquía (ver mapa de la página 173).



***Limes* Germano-rhetio desde Vespasiano a los Antoninos.** El mapa denota la coherencia del avance del *limes* a medida que la línea de fuertes fronterizos era empujada más allá del Rin y del Danubio hasta las posiciones avanzadas del periodo Antonino. La mayor movilidad este-oeste, facilitada por la nueva frontera y las posibilidades de una mayor facilidad de despliegue militar, son también manifiestas. El avance de la frontera, sin embargo, no se apoyó en ninguna barrera física notable y se mantuvo en buena medida por el prestigio moral. A finales del imperio la región anexionada se abandonó y la defensa fronteriza se situó de nuevo sobre el Rin y el Danubio, fuertemente reforzada por fortificaciones a ambas orillas de los ríos (ver página 192).

con la hija de una familia opulenta de Forum Iulii (Fréjus). La aportación africana fue especialmente rica: el biógrafo Suetonio, oriundo de Hippo Regius en el África proconsular, Frontón de Cirta, Apuleyo, de la colonia flavia de Madauro y el polemista cristiano Tertuliano de Cartago. Ningún escritor conocido salió de Panonia hasta Victorino, obispo de Poetovio (Ptuj, antigua Pettau), a principios del siglo IV, y los intelectuales británicos están ausentes del panorama durante casi cien años. Sin embargo, las apariencias pueden ser engañosas. Las Galias central y occidental, superados los tres primeros siglos de oscuridad, de repente produjeron en el siglo IV toda una floración de escritores distinguidos; ello sería inexplicable si las provincias no hubieran participado con anterioridad en la cultura literaria. De Britania conocemos la única moneda en que se alude a Virgilio, así como mosaicos con escenas de la *Eneida*, y se dice que el latín hablado allí debió de ser de notable calidad.

La constante extensión de la ciudadanía romana durante los dos primeros siglos del imperio, por concesiones a individuos y comunidades, trajo como consecuencia que en el período severo su posesión dejara de ser una ventaja o distinción. Por una constitución de Caracalla, la *constitutio Antoniniana* del 212, todos los habitantes libres del imperio se convirtieron en ciudadanos romanos. A juzgar por el número de individuos que aparecen en los documentos de la época con el nombre de M. Aurelio (titulación oficial de Caracalla), muchos no eran más que esclavos manumitidos. La medida no tuvo, a pesar de ello, una importancia fundamental excepto para los contemporáneos (y para los críticos modernos) en el aspecto fiscal; Caracalla incrementó así el número de contribuyentes. Los privilegios anteriormente inherentes a la ciudadanía (como el reclamado por san Pablo contra la flagelación arbitraria por orden de oficiales romanos; *Hechos*, 22, 24 ss.) fueron mantenidos como parte de una distinción social ahora más precisa entre el estatus «más honorable» y «más humilde» (*honestiores* y *humiliores*), pudiendo identificarse en general los primeros como miembros de la clase curial de las ciudades del imperio. Los *honestiores* estaban exentos de ciertas penas, como el envío a las minas del Estado, los castigos corporales y las torturas (excepto en ciertos casos precisos, como el de traición), ser quemados vivos o morir devorados por bestias salvajes. La distinción entre las dos clases aparece por vez primera en textos legales de tiem-

pos de Adriano; pero es evidente que fue aplicada con anterioridad y que refleja las arraigadas ideas de los romanos en cuanto a los diferentes valores que se aplicaban a los hombres de distinta clase social.

Amplitud y variedad de orígenes de las clases gobernantes

Los orígenes de los emperadores de las dinastías Flavia, Antonina y Severa reflejan en términos sociales la constante expansión de los derechos políticos y el desarrollo económico del mundo romano. Los Flavios eran oriundos del municipio de Reate (Rieti), en el antiguo territorio sabino; Tácito consideraba que Vespasiano había promovido una atmósfera de «parsimonia doméstica» típica entre los nuevos hombres de Italia y las provincias, después de los excesos del período Julio-Claudio. Trajano y Adriano eran de Hispania, de la ciudad de Itálica, en la Bética. Antonino Pío era de Nermausus (Nîmes), un antiguo centro tribal y colonia romana del sur de Galia; su dinastía tras la prematura muerte de Elio César y a través de Marco Aurelio (cuyo abuelo procedía de Hispania) es un ejemplo de conexión entre las familias provinciales e italianas más poderosas, tal como ocurrió con frecuencia en los dos primeros siglos entre las aristocracias de Occidente. Septimio Severo y su familia ampliaron la gama aún más. El propio Severo era de Leptis Magna, antigua ciudad púnica que, gracias a la munificencia de sus familias más importantes, alcanzó una gran prosperidad y prestancia cívica bajo el imperio romano. Se ha sugerido que Septimio Severo descendía de una familia de italianos emigrados a África a finales de la república. Tal fue, realmente, la situación que vivieron varios de los senadores provinciales en Roma, como Séneca y el poeta Lucano, y quizá también el emperador Trajano; pero en el caso de Severo parece cierto que era miembro de una destacada familia púnica de Leptis, cuyo abuelo había llegado a Roma como senador a finales del siglo I. Por su matrimonio con Julia Domna, a la que conoció mientras servía en Siria, Severo se unió a una prominente familia oriental; en ello hemos visto la causa del ascenso al trono imperial de los candidatos de raíces sirias, Heliogábalo y Alejandro Severo. El posterior ascenso del danubiano C. Julio Maximino, popularmente conocido como Maximino el Tracio, representa un nuevo elemento en la progresiva ampliación de la base social de la vida política romana, que será debatido más adelante.

Las dinastías imperiales son el ejemplo más importante de la amplia composición provinciana de las clases gobernantes, senatorial y de los caballeros, del imperio romano. No se puede intentar una estadística precisa ya que los testimonios conservados no son suficientes a pesar de su extensión; pero está claro que los senadores que en el período Julio-Claudio llegaban del norte y centro de Italia, del sur de Galia y de Hispania, ya bajo los Flavios fueron sustituidos por aspirantes de África, donde la ciudad de Cirta (Constantine), con sus enormes y productivos territorios, jugaba un papel particularmente prominente. Las ciudades griegas de Asia Menor, como Éfeso y Pérgamo, pronto hicieron su aparición en la esfera política; citemos como ejemplo una familia que ha sido estudiada con detalle: la de los Plancii, de la gran ciudad menos conocida de Perge, en Panfilia. A principios del siglo II, Trajano sólo impuso como condición (sin que se sepa su alcance) que todos los senadores poseyeran un tercio de sus propiedades en Italia. Al adoptar esta medida, Trajano estaba evidentemente molesto por el número creciente de senadores provinciales sin conexiones con Italia, que probablemente no estaban cualificados para afrontar las obligaciones de un senador romano.

Algunas partes del imperio están visiblemente ausentes de la lista de provincias que aportaron senadores en este período. Ninguno llegó del norte u oeste de la Galia, de Germania, de Britania o de las provincias del Danubio, aunque no hay razón para creer que esas regiones no tuvieron los recursos económicos necesarios para producir senadores. Realmente, según los que criticaban la política de Claudio, muchos de los notables de la Galia podrían, de haber sido admitidos en el orden senatorial romano, eclipsar en opulencia a sus iguales italianos (Tácito, *Anales*, 11.23). Algunas veces, como en el caso de Britania, la lejanía geográfica del centro del imperio fue, obviamente, un factor determinante; mientras que otros lugares, especialmente la Galia, orientaron sus pautas sociales hacia formas locales de expresión basada en distritos rurales y en una economía de villas desarrolladas, más que en el estilo de vida más urbano del Mediterráneo. En el caso de Dalmacia, a las ciudades costeras les faltaba la rica agricultura del *hinterland* que debía generar la prosperidad necesaria para poder alcanzar el estatus senatorial. La economía del interior del área balcánica siguió dependiendo por completo de la presencia del ejército romano. El único senador de Panonia, conocido en los dos primeros siglos de nuestra era, fue Valerio Maximiano de Poetovio, que ascendió al rango senatorial y más tarde al consulado (184 o 185) por sus ininterrumpidos servicios militares, especialmente en las guerras de Marco Aurelio. El caso de Maximiano proporciona un buen precedente de la transformación de las clases romanas gobernantes en los siglos III y IV. Es improbable que fuera siempre a Roma para asistir a las reuniones del Senado o hacerse cargo de su consulado, que había obtenido estando ausente. Maximiano anticipa el crecimiento de una clase senatorial provincial a finales del imperio; obtuvo estos cargos por sus servicios imperiales pero jamás participó en la vida social y política del Senado en Roma.

La ampliación de la base social de la clase gobernante de principios del imperio fue así expresión de dos hechos: del crecimiento de la riqueza provincial, desarrollada en el período conocido como *pax romana* de los dos primeros siglos del imperio, y de una tradición de servicio a los emperadores y al imperio que condujo a muchos hombres a la carrera pública y les otorgó el estatus aristocrático sin imponerles las tradicionales obligaciones de los senadores romanos. La importancia del Senado en este proceso evolucionó desde su función política inicial hasta el papel de representar un orden en la sociedad romana.

Junto a la carrera senatorial regular, tanto en su aspecto militar como civil, pero sin ninguna distinción clara o formal entre ambos, se desarrolló una serie de oportunidades para los hombres pertenecientes al orden de los caballeros. Estas oportunidades provenían de la posibilidad de asumir cargos como las procuradurías, de las que ya hemos dicho algo; eran cargos administrativos relacionados con las posesiones provinciales del emperador pero comportaban una amplia serie de funciones en que el procurador jugaba un importante papel junto al gober-



Izquierda: Los generales romanos de principios de la época imperial, al igual que los de la república, eran senadores en una sociedad en que los éxitos bélicos no estaban reservados a los profesionales, sino que eran considerados parte de un estilo de vida integrado que incorporaba tanto la distinción civil como la militar. En el denominado sarcófago «Clemencia» de finales del siglo II (Roma), aquí reproducido, la ideología se muestra invertida: el difunto es presentado en el papel de general victorioso entre su guardia personal y sus trofeos, generoso con los enemigos derrotados y recibiendo la corona de una figura de la Victoria.

Divisiones lingüísticas del imperio y relación de las condiciones geográficas con la distribución de las ciudades. La distribución de los asentamientos urbanos se basa más en el desarrollo físico de las ciudades que en su estatus jurídico, pudiendo este último encubrir funciones económicas muy variables. En las provincias más septentrionales la importancia de la cultura de las villas debe ser nuevamente destacada (página 82). En el sur y en el este, al borde del desierto, la relación entre la urbanización y los 250 mm de pluviosidad anual es sorprendente: cada una de las ciudades ubicadas fuera de esos límites dependen de un oasis o del suministro artificial de aguas desde las distantes montañas por un sistema de canales. La correspondencia del área del cultivo del olivo con la urbanización es también evidente.

nador oficial de la provincia. Desde el punto de vista del jurista Ulpiano, cuando un asunto afectara tanto a los intereses del procónsul como a los del procurador imperial, el primero «debería mejor abstenerse» (*Digesto*, 1.16.9). Desde tal punto de vista el procurador podía llegar a ser gobernador de las provincias más pequeñas, correspondientes al estatus de los caballeros. La culminación del sistema de promoción eran las altas prefecturas (ver página 74).

Es importante no exagerar los aspectos formales inherentes a tales carreras. El elemento principal para la promoción de un individuo, tanto en éste como en otro tipo de carreras, era su acceso a los patronatos efectivos o el eventual reconocimiento de sus méritos por el emperador en un momento afortunado, mientras que otros pasaban inadvertidos. Pero una carta de nombramiento de Marco Aurelio a un procurador promovido, hacía hincapié en la necesidad de hacerse merecedor del favor del emperador por el vigor y la integridad de su conducta. Evidentemente, esto supone pautas de conducta inherentes al cargo en cuanto tal. El hecho de que el rango de la procuraduría se definiera por el salario que le correspondía («centenariado» y «ducenariado», según recibieran un salario anual de 100.000 o 200.000 sestercios) sugiere que nos encontramos con síntomas incipientes de un sistema «burocrático». Esto es muy importante para el estudio de los orígenes del estado romano tardío.

Las cualificaciones financieras de los candidatos a los cargos públicos garantizaban que los miembros de esta «aristocracia imperial de servicios» seguían procediendo de las clases altas de propietarios. No eran burócratas especializados por su origen o educación, sino hombres educados en la cultura literaria tradicional del imperio romano. Se creía que una educación literaria proporcionaba las cualidades morales necesarias para ser un buen gobernador, y hasta finales del imperio no hubo otras cualificaciones especializadas que se considerasen como relevantes.

Gobierno y retórica

Los procesos efectivos de gobierno del imperio romano siguieron siendo casi los mismos desde los Flavios a los Severos. Los emperadores, comúnmente no tomaban por sí mismos grandes iniciativas, salvo en asuntos de política militar, ni estaban preparados para hacerlo. No poseían los medios (y ni siquiera sentían la necesidad de hacerlo) para consultar a la opinión pública; por otro lado, tampoco podían idear los instrumentos de actuación política que en los gobiernos modernos resultaban naturales. Los gobernadores provinciales administraban las provincias a su libre albedrío, con la única limitación de una pauta general marcada por los emperadores. La administración financiera de las ciudades era una de las pocas áreas en que los emperadores intervenían, y lo fueron haciendo con mayor intensidad a medida que el tiempo pasaba, en parte con el nombramiento de funcionarios instruidos para supervisar la organización financiera de las ciudades y en parte exigiendo el consentimiento del emperador o del gobernador provincial en los acuerdos municipales sobre materias financieras. En general, los emperadores gobernaban respondiendo a las consultas que se les hacían. Si una comunidad deseaba dirigirse directamente al emperador, lo hacía mediante un acuerdo tomado en la forma conveniente por el consejo y la asamblea, que se enviaba al emperador, unas veces en forma de carta a través del gobernador de la provincia y otras mediante una embajada que presentaba el caso apoyando el acuerdo. Las inscripciones muestran que la participación en las embajadas y su financiación era una de las formas de munificencia cívica que practicaron con más frecuencia los dirigentes de las comunidades locales.

El procedimiento normal de una embajada, como ilustran numerosas anécdotas y los consejos de los libros de práctica retórica, era muy simple; se presentaban ante el emperador, le mostraban el acuerdo y exponían la defensa del caso tan persuasivamente como pudieran. Estos procedimientos, naturalmente, dependían del uso de la retórica (que era precisamen-





Arriba: La acuñación romana —como esta emisión de Trajano— ejemplifica algunas veces lo que un observador moderno denominaría política social. Aquí se ilustra el «programa alimentario» en virtud del cual los beneficios financieros obtenidos de los impuestos a las haciendas locales eran entregados a los niños y niñas de las ciudades italianas. La moneda recoge bellamente un espíritu de caridad paternalista con los niños tendiendo las manos para recibir los beneficios del emperador.

te el arte de la persuasión), y es sobre ese trasfondo de la utilidad práctica, como podemos entender, al menos en parte, el inmenso prestigio que alcanzó la retórica en el imperio de la era Antonina. El movimiento literario conocido como «la segunda sofística» se caracteriza por una amalgama de cultura filosófica y literaria que dio como resultado la que ha sido denominada «oratoria de concierto», en el que frecuentemente se daba rienda suelta al lucimiento personal. El marco de referencia de esta oratoria (que sobrevive sobre todo en griego, con algunos ejemplos en latín) se asentaba en la literatura del pasado, especialmente en Homero, y en los escritores y oradores griegos de los siglos V y IV a.C. Por ejemplo, cuando un sofista árabe se dirige al emperador Caracalla en Germania, se compara a sí mismo con Demóstenes cuando se presentó valientemente ante Filipo de Macedonia; aunque la comparación pueda parecer exagerada y remota, todos los allí presentes la consideraron apropiada para la ocasión y creó el trasfondo de simpatía y comprensión propios para la adopción de soluciones prácticas. Se ha supuesto que, haciendo mención constante del pasado remoto, los griegos del imperio romano veían compensada su carencia de poder político significativo. Ello es verdad en parte; por otro lado, ese entramado cultural proporcionaba un modo de comunicación entre los individuos y entre las comunidades y su emperador.

La munificencia cívica: el carácter de la era Antonina

En el período de los Flavios a los Severos se alcanzó el más alto grado de prosperidad en el imperio. Las ruinas abundantes que se conservan de este período en las ciudades de provincia son por sí mismas, según Gibbon, la prueba de que las provincias eran «la base de un imperio comedido y poderoso». Las inscripciones de los edificios y de los monumentos, así como las conmemorativas en honor de los benefactores públicos, muestran que esa grandeza cívica se debió a los dirigentes de las ciudades que testimoniaban así su compromiso público y el deseo de reforzar su prestigio personal. Los notables, que pueden ser identificados con los más opulentos de entre la clase de los consejeros provinciales, asumieron esta labor con un espíritu de complaciente generosidad para atender no sólo a las diversiones de sus ciudades, sino

CELTA
CELTA
desplazado por el latín
ALPES
LUGDUNUM
PIRINEOS
MASSILIA
ROMA
NEAPOLIS
LIBIO
Púnico
desplazado por el latín
CARTHAGO
MONTES CÁRPATOS
MONTES CÁUCASOS
MAR NEGRO
MONTES BALCANES
MONTES PINDUS
Tracio
desplazado por el griego y el latín, sobrevivió en algunas áreas hasta el siglo VII d.C.
ARMENIA
Celta
desplazado por el griego
Lycaonio
desplazado por el griego en siglo II d.C.
Frigio
desplazado por el griego en el siglo VI d.C.
MONTES TAURO
Isaurio
sobrevivió hasta el siglo VIII d.C.
ARAMEO/SIRIO
ATHENAE
EPHESUS
CILICIO
ANTIOCHIA
principal lengua hablada de Palestina, Siria, Mesopotamia y Babilonia desde 300 a.C. hasta 650 d.C.
BERYTUS
Fenicio
desplazado por el arameo
MAR MEDITERRÁNEO
Libio
lengua nativa de África al norte del Sahara y oeste de Egipto
ALEXANDRIA
COPTO/DEMÓTICO
NABATEO
ÁRABE

límite norte del cultivo de viñedos
límite norte del cultivo del olivo
límite norte de la palma datilera
250 mm de pluviosidad anual
desierto
tierras a 1.000 m sobre el nivel del mar
distribución de las ciudades
división entre las lenguas latina y griega
CELTA lengua local más importante superviviente en época romana
Púnico lengua local superviviente

también a muchas de sus necesidades materiales, como la distribución de trigo y vino, la calefacción en los baños públicos, la organización de juegos, la limpieza y alumbrado de las calles y el mantenimiento del orden en el campo, así como la supervisión de muchos aspectos de su administración financiera y legal. Eran hombres de esta clase los que viajaban fuera del país como embajadores y ofrecían sus servicios como expresión de su orgullo y munificencia cívicos. A finales del siglo II y principios del III empiezan los indicios de que ese espíritu de munificencia que sostenía la vida pública de las ciudades a comienzos del imperio, iba siendo reemplazado por una tendencia a rechazar los cargos públicos y sus obligaciones. No se conocen plenamente ni el alcance ni las causas de esta tendencia a evitar los cargos públicos que, de generalizarse, habría amenazado seriamente a la prosperidad cívica del imperio. Un factor parece haber sido la creciente influencia entre la clase de los decuriones, de una minoría de miembros particularmente opulentos de este orden, conocidos como *principales virin*, cuyas rivalidades entre ellos mismos y con los vecinos de otras ciudades tendían a elevar el coste de la munificencia a un nivel que sólo ellos podían soportar; al mismo tiempo su influencia política les permitía con más éxito que sus colegas evitar las cargas cívicas menos atractivas.

Otro posible factor podría hallarse en la creciente intromisión imperial dentro de los asuntos municipales. Desde finales del siglo I los emperadores habían empezado a intervenir de modo más directo en la organización financiera de las ciudades, enviando, por ejemplo funcionarios o *curatores* para supervisar las diversas ciudades e imponer, de este modo, pautas de referencia más estrictas a los gobernadores provinciales. La correspondencia de Plinio el Joven, nombrado en tiempos de Trajano gobernador de la provincia de Bitinia y el Ponto, nos permite conocer las actividades de un gobernador senatorial enviado con instrucciones para controlar de cerca las finanzas de las ciudades de su provincia, pues «en muchos aspectos —escribió Trajano— se muestra necesitado de corrección». Esta preocupación del gobierno por las finanzas municipales parece que se debió más a los gastos incontrolados que a los apuros financieros reales: las cartas dirigidas a Trajano por Plinio reflejan problemas como la mala administración de los fondos municipales, la realización de proyectos de construcción demasiado ambiciosos luego abandonados y el desfalco de fondos públicos por particulares, más que la escasez monetaria. Si ello era cierto en el Ponto y Bitinia, con más razón podría aplicarse a la provincia adyacente, y con riquezas más espectaculares, del Asia Menor. Tanto Bitinia y Ponto como el Asia Menor muestran otro rasgo que inevitablemente atraía la atención del emperador: la inquietud municipal generada en las comunidades por la competencia entre miembros de las clases superiores para conseguir influencias y por las rivalidades interurbanas de Éfeso y Esmirna, en Asia o de Nicea y Nicomedia, en Bitinia. Esto llevó a crear facciones combatientes y a revueltas que los emperadores —como es obvio— no podían ignorar.

La prosperidad cívica bajo los Antoninos procedía de una feliz combinación entre dos hechos potencialmente contradictorios: conciencia pública e individualismo. La combinación se basaba en el reconocimiento clásico de la virtud como esencialmente pública o cívica. Al mismo tiempo, el siglo II se caracterizó por el desarrollo de una concepción más personal del individuo (ver páginas 176-177). Ello comportó el incremento de la popularidad, por ejemplo, de las religiones de salvación personal, como el culto de Isis (recordado en el libro décimo de la *Metamorfosis*, de Apuleyo) y desde luego, el cristianismo. Otra fuente, el *Libro del sueño*, de Elio Arístides, es un documento en el que se relatan relaciones de un individuo con su dios tutor, el senador Esculapio, que en la narración de Arístides expresa a su devoto su propia personalidad a través de sueños y visiones. Arístides era un neurótico hipocondríaco, pero la hipocondría no es otra cosa que una preocupación personal; y ha sido considerada como una de las características más inquietantes de la era Antonina, encarnada quizás por el tremendo prestigio del doctor Galeno. La fama individual de los sofistas y los maestros de la segunda sofística, basada en sus talentos personales, la expone el biógrafo de los mismos, Filóstrato, que también escribió un relato de la vida y viajes de un famoso sabio que realizaba prodigios, llamado Apolonio de Tiana. Éste (al que se dedicó un culto) realizaba milagros por los que más tarde fue comparado con Jesucristo; Apolonio puede ser considerado uno de los filósofos y hombres sabios de inspiración religiosa, al igual que Peregrino y Alejandro Abounoteichos, presentados con intención satírica en los escritos de Luciano.

Así pues, podemos encontrar el carácter esencial de la era antonina en el equilibrio entre el individualismo privado y la munificencia cívica, que se complementan mutuamente.



Episodio de la época de Nerón que ilustra —en una pintura mural de Pompeya— las revueltas acaecidas entre pompeyanos y visitantes de la vecina Nuceria durante las luchas de gladiadores. Los tumultos —en que llevaron ventaja los pompeyanos por ser más numerosos y en los que «muchos nucerianos hubieron de llorar la muerte de niños o parientes» y muchos otros regresaron a sus casas lesionados (Tácito)— se habían iniciado con el intercambio de insultos entre ambos bandos durante los juegos, aunque la violencia con que se desarrollaron expresaba la profunda rivalidad existente entre las dos ciudades. Esa rivalidad la confirman algunos grafiti de Pompeya como «Nucerinis infelicia» («mala suerte para los de Nuceria»). El episodio culminó con la clausura obligada del anfiteatro durante diez años. Ello ilustra las circunstancias en que una competición en una ciudad o entre ciudadanos desembocaba en violencia destructiva y en la consiguiente restricción de la autonomía local.

ATLAS CULTURALES DEL MUNDO

ROMA

